

LA
A
M

estafeta

LITERARIA 1967

DICIEMBRE 31 - ENERO 14

NUMS. 360 - 361

RUBEN



DARIO

INDICE-SUMARIO

RUBEN DARIO

POEMAS

Eladio Cabañero	11
Alfonso Canales	13
Xosé María Castroviejo	29
Carmen Conde	18
José Cruset	16
Salvador Espriu	20
Ramón de Garciasol	15-32
Jesús Lizano	12
Luis López Anglada	21
Leopoldo de Luis	23
Miquel Melendres	17
Julio E. Miranda	27
Federico Muelas	28
José María Pemán	25
Juan Pérez Creus	19
Cipriano Torre Enciso	31

COMUNICACIONES

Ignacio Aizmendi	36
Vicente Aleixandre	35
Dámaso Alonso	39
Guillermo Díaz-Plaja	33
Gerardo Diego	41
Juan Esplandiú	40
Pedro Gimferrer	41
Jorge Guillén	41
Ramón J. Sender	34

ARTICULOS

Concha Alós: «Rubén en la isla dorada»	16
Antonio Manuel Campoy: «El último raro»	26
Raúl Chávarri: «Rubén Darío y un "descubrimiento"»	50
Carlos-José Costas: «Música sin partitura con dos excepciones»	33
Joaquín de Entrambasaguas: «La técnica del modernismo en Rubén»	21
Francisco Garfias: «Rubén, lujoso, y Juan Ramón, lunático»	37
Luis Hernández Aquino: «Rubén llega a Puerto Rico»	14
Luis Jiménez Martos: «La métrica en Rubén»	25
Rafael Manzano: «Rubén en Cataluña»	19
Anxelo Novo: «Rubén en la cacharrería»	9
Neruda-García Lorca: «Coloquio»	42
Pedro Ortiz Armengol: «Rubén, parisino delirante»	10
Emilio Romero: «Periodista de hoy mira a periodista de ayer»	29
Nicasio Salvador: «Cronología de Rubén Darío»	6
Nicasio Salvador: «Destino Transoceánico en el amor de JRJ»	46

Dámaso Santos: «Rubén y Unamuno, esos pilares...»	35
Sarduy-Segovia-R. Monegal: «Coloquio»	37
Carlos Sentís: «Rubén, enviado especial»	30
Francisco Umbral: «La Francisca Sánchez que yo acompañé»	18

LENGUA DE VARIOS MUNDOS

Francisco Hernández Pinzón Jiménez: «JRJ y la conspiración del <i>New York Times</i> »	44
Puchi de Guzmán: «JRJ no fué un refugiado»	45
Juan Ramón Jiménez: «Textos idiomáticos»	47
Luis Montero Alonso: «La Quinta América»	79
Prous i Vila: «Paz continuada»	80
Hugo Emilio Pedemonte: «Geografía inmensa»	80

NARRACIONES

Rubén Darío: «El caso de la señorita Amelia»	52
Juan José Plans: «La última noche»	54
Othon Castillo: «El hombre, el niño y la patineta»	56
Lorenzo Andreo: «Navidad azul»	57

SECCIONES HABITUALES

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

ROSA MARÍA FERNÁNDEZ-ARROYO: <i>Tres cuentos y dos poemas.</i>	76
---	----

LIBROS

EMILIA DE ZULUETA: <i>Historia de la crítica española contemporánea.</i> LUIS GASCA: <i>Tebeo y cultura de masas.</i> ERNESTO JUAN FONFRÍAS: <i>Razón del idioma español en Puerto Rico.</i> MARCELINO ZAPICO: <i>Revolución en Hispanoamérica.</i> JOSÉ MARÍA DELGADO VARELA: <i>Supervivencia del hombre.</i> JOSÉ MANUEL GARCÍA ROCA: <i>Universidad y política en América.</i> FEDERICO PELTZER: <i>La noche.</i> NICOLÁS COCARÓ: <i>Los creyentes.</i> FÉLIX MARTÍ IBÁÑEZ: <i>De noche brilla el sol.</i> KAREL REISZ: <i>Técnica del montaje.</i> ANTONIO CRESPO: <i>El guión de cine.</i> J. M. NÚÑEZ LAGOS: <i>Información al inversionista.</i> MIGUEL SIGUAN SOLER: <i>El medio rural castellano y sus posibilidades de ordenación.</i> LIONEL ROBBINS: <i>Teoría de política económica.</i> H. M. CRUICKSHANK y K. DAVIS: <i>Casos prácticos de dirección de empresas.</i> GASTÓN BACHELARD: <i>Psicoanálisis del fuego.</i> JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS: <i>El canto del hombre.</i> JOSÉ RIERA CLAVILLÉ: <i>Solsticios y estancias del amor.</i> JULIO TORARH: <i>Desvelada soledad.</i> FERNANDO ALLUÉ Y MORELL: <i>Ciudad de oro</i>	59
--	----

CRONICAS

Acerca de los Premios nacionales de Literatura	65
Plástica	67
Teatral	68
Musical	70
Extranjera	71
Provincial	72
Concursística	75
Social	76

CORRESPONSALIAS

Toledo: Exposición de Tomás Camarero	74
---	----

LA
estafeta
LITERARIA 1967

Dirige: LUIS PONCE DE LEON • Edita: EDITORA NACIONAL, Castellana, 40.-MADRID • Subdirector, JUAN EMILIO ARAGONES • ANTONIO IGLESIAS LAGUNA, Redactor-Jefe • Jefe de Información, JUAN JOSE PLANS • Confecionador, JUAN BARBERAN RUANO

Calle del Prado, 21. Madrid - 14, ESPAÑA • Teléfonos 222 85 14 y 232 33 74 • Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión), 400 ptas. (ordinario) • OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

Este núm. 360-361

[CONFESION, CONVERSACION]



ERA DE PREVER QUE AL CUMPLIRSE EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE RUBÉN DARÍO se multiplicarían los homenajes literarios en todo el orbe de habla hispánica y que ni una sola publicación de esta clase dejaría de hacer su conmemoración extraordinaria. Al vernos en el caso, quisimos distinguarnos de algún modo, con la intención de que un asunto que había de trillarse tanto no lo difuminaran la monotonía o las demasiadas coincidencias. Nos propusimos en principio que esta Revista, que alberga o cultiva esencialmente la prosa, dedicase a Rubén un número escrito exclusivamente en verso.

Perilando la idea, tomamos el acuerdo de solicitar poemas sobre Rubén a un elenco significativo de poetas. Elegir los convocados nos resultaba incómodo, dificultoso, dado el número innumerable de personas que versifican. Desde ya, pedimos perdón a los que no han recibido nuestro pedido o llamada.

Nos trazamos una primera limitación: la de convocar tan sólo a los poetas del Viejo Continente, para que lo nuestro significara la admiración de la España europea frente al máximo poeta de los Ultramares hispánicos. Y aquí verán ustedes la razón de que, entre los colaboradores en verso del presente número, no haya ninguno del Nuevo ni del Novísimo Continente.

En seguida, tomamos el acuerdo de dirigir nuestra llamada a los liróforos de todas las lenguas españolas. En estas páginas el lector hallará poemas para Rubén escritos en castellano, en catalán, en gallego. Sepa el lector que también hemos pedido poesías escritas en vascuence. Y también en el ladino o sefardí, que sigue hablándose en el próximo y medio Oriente. Damos un telegrama de un poeta éuskaró. La respuesta de Israel ha llegado demasiado tarde, pero aparecerá en uno de los próximos números.

La noticia de que LA ESTAFETA LITERARIA programaba su homenaje a Rubén suscitó colaboraciones espontáneas en prosa. Al mismo tiempo, poetas nos contestaron comunicándonos que ya tenían comprometidos sus versos para las grandes conmemoraciones oficiales de Rubén Darío. Esto nos hizo volver de nuestro acuerdo inicial.

Por una parte, insertamos las cartas en prosa de los poetas, con autorización expresa de sus autores. Por otra parte, hemos combinado, junto a la colaboración poética, varios trabajos prosaicos acerca de Rubén.

De verdad, lector, esperamos que te satisfaga el resultado final de nuestros sinceros desvelos.

[VERSOS Y PROSAS]

AL ADMITIR LA PROSA EN EL PRESENTE HOMENAJE HEMOS QUERIDO SER MUY SINTÉTICOS. Rubén Darío, cuando escribió en prosa, fue particularmente periodista. Su técnica retórica merece ser analizada en prosa. La poética prosa de su vida transcurre por diversas partes de este Continente. Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez le son mayor y menor, respectivamente, «en edad, saber y gobierno», según los antiguos catecismos.

Esta es la explicación interna de la contextura prosaica del presente número.

Minorísima en todo es la niña de ocho años, llamada Rosa María, cuyos escritos ocupan otras páginas. Un famoso poema de Rubén trata de una niña y el Cid. Aquí ponemos a una niña junto a nuestro Señor Félix Rubén García y Sarmiento. Seguro que le gustará en el otro mundo la amable compañía de la chiquilla, cuyos versos, pandereta y chundarata de Navidad, infantiles, dan pie al **christmas** que recibirán nuestros suscriptores con el presente número de LA ESTAFETA.

La vida son versos y prosas, vejez y puerilidades, tiempo que va y viene y siempre caduca y se renueva. Tiempo que hubo y se pasó; tiempo que vuelve y se revuelve. La vida y la poesía son así.

[POLITICA]

«APROVECHO LA OCASION PARA DE PASO RECORDARLE QUE POLITICAMENTE ESTOY EN ABSOLUTO DESACUERDO CON LA ESTAFETA LITERARIA», nos dice el gran poeta Jorge Guillén en la carta con que responde a nuestro requerimiento. Los poetas Leopoldo de Luis y Ramón de Garciasol fijan la atención de su musa rubendariana en la guerra del Vietnam. Algunos otros puntos de polémica política puede que encuentre el lector avisado (y muchos más el lector desavisado) en el presente número.

El meter a Rubén Darío en la guerra yanqui-vietnamita es comprensible, aunque no sea muy estrictamente literario, si se recuerdan determinados versos del nicaragüense disparados frente a los USA. Pero el que Jorge Guillén esté en absoluto desacuerdo con nosotros políticamente es cosa que nos pasma; y, como él no nos lo explique, nos tendrá estupefactos todo el año que entra. Por caridad, explíquenoslo. Desde luego, para evitar quebraderos de cabeza, dudas y suspicacias en el lector, nos comprometemos ya mismo a insertar las explicaciones que Jorge Guillén quiera dar a su frase, para nosotros enigmática.

La política de LA ESTAFETA viene siendo el promover las lenguas y las literaturas hispánicas, sin más limitación que las impuestas por su periodicidad y por sus dimensiones tipográficas. Aquí escriben autores consagrados por la fama o por el éxito editorial junto a autores jóvenes y desconocidos. Aquí se escribe en todos los idiomas españoles, con la debida proporción que el público lector requiere. Aquí no se discrimina por razones ajenas a la literatura. De nosotros ha dicho en privado algún notorio enemigo o adversario del régimen político español que somos «la única revista libre de España».

Los que viven en España peninsular y los que se dan aire de exiliados fuera, unos y otros, y todos tienen abiertas nuestras páginas: con más cariño para los de fuera que para los que gozan la suerte de residir en la Patria.

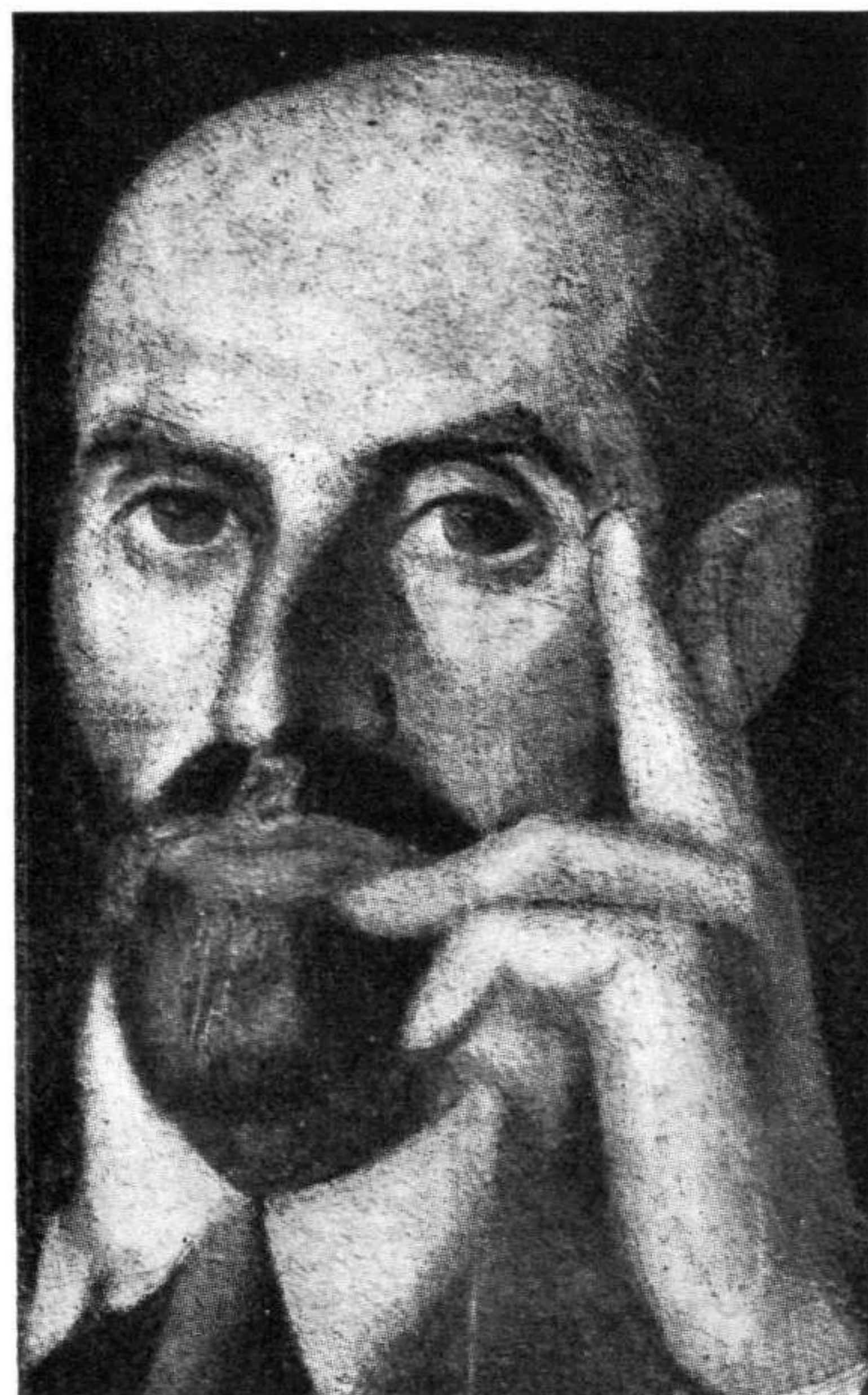
En este mismo número, y en el sitio de honor de la contraportada, van unos versos de un exiliado que escribe en lengua catalana y los escribió—ya ha llovido desde entonces—en 1944, y en Montpellier de la Francia.

Es doloroso que cualquier escritor se encuentre en la obligación de hacer declaraciones políticas. Acompañamos en su sentimiento a cualquiera que se vea en un trance tan ridículo y tan inferior a su propia categoría humana. Pero nosotros, a la vista está, no tenemos la culpa.

[HISTORIA]

EL QUE ESTAS LINEAS ESCRIBE, ESCRIBIO, HACE BASTANTE TIEMPO, QUE LA PALABRA «HISTORIA» ES UN SUPERLATIVO DE LA PALABRA «POLITICA». Rubén Darío puede ser entendido desde la Historia, no desde la política.

Igual pasa con Unamuno y con Juan Ramón. La grave y profunda historia de los idiomas por los que se hace el ánimo expreso y cursa la cultura se llama casticismo. El casticismo es la aportación de cualquier pueblo a la historia universal. El casticismo de España—su aportación principal al género humano—se llama mestizaje.



Nos complace resaltar en esta entrada el diálogo entre Federico García Lorca y Pablo Neruda; el diálogo entre Emir Rodríguez Monegal, Tomás Segovia y Severo Sarduy. Impensadamente, todos dan respuesta de antemano a las alegrías y desconfianzas que expone el profesor Guillermo Díaz-Plaja.

El ciudadano del mundo Félix Rubén García Sarmiento, nacido en Metapa, aldea del Departamento de Nueva Segovia, República de Nicaragua, el 18 de enero de 1867, hijo de Manuel García y de Rosa Sarmiento, según parece, ni se adscribió a la obediencia de algún partido político, ni se cuidó de comprometerse con clanes ni ku-kux-klanés que pudieran excomulgarlo, ni odió ni detestó a nada ni a nadie. Fue un hombre. Fue además un español. Fue, sobre todo, alguien. Dios lo tiene en su gloria. En gloria está. Que en gloria esté.

[CORRESPONDENCIAS]

TAMBIEN COMO HOMENAJE A RUBEN, CORRESPONSAL DE PRENSA Y CORRESPONSAL DE TODAS LAS ALMAS QUE DIVAGAN POR EL MUNDO, en este número publicamos bastantes correspondencias: iracundas y templadas, pausadas y suspicaces, insinuantes y leves.

Nos tomamos la libertad (y esta frase está escrita con suma ironía: como si la libertad fuera una cosa que se toma o se deja; como si la libertad no fuese una calidad que nos es intrínseca) de recordar unos versos de don Antonio Machado:

¿Tu verdad? No, la verdad;
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

Sin pretenderlo, dejando simplemente que las cosas rueden a su aire, se nos han ido acumulando nombres de hombres que han andado esparcidos por la geografía inmensa de nuestra área idiomática. El uruguayo Hugo Emilio Pedemonte, en su cordial carta, menciona al humanista del XVI Pedro de Valencia, junto al baturro integral Ramón J. Sender, al poeta Garcilaso—con cuyo nombre se produjo el primer movimiento lírico de la posguerra española—y a otros escritores que sufrieron la herida de desgajarse, por momento de más o momento de menos, del paterno tronco peninsular: Ortega, JRJ, Antonio Machado, Ramón Gómez de la Serna, Madariaga, Cernuda, Altolaguirre, Salinas, Alberti, Casona... Si esto no es la prueba de la cualidad expansiva del español, idioma hablado en varios mundos, muchas más hay.

En estos momentos, la luz y la gloria de Rubén están acogiendo a su robusta sombra miles y miles de escribientes y leyentes de un lenguaje que, a piedra y sangre, a fuerza y a conciencia, se hizo universal. ¿Habrá que añadir que todos los éxitos literarios hispánicos resuenan en los redados del Padre Patrio como la gracia y la forma de una cultura general que salió de estos redados y vuelve multiplicada?



La Est^a. Lit^a.

BIOGRAFIA

CRONOLOGIA DE RUBEN DARIO CON REFERENCIAS A SU EPOCA (1867-1916)

NICASIO SALVADOR MIGUEL

1867

El 18 de enero nace en Metapa, Departamento de Nueva Segovia (Nicaragua), Félix Rubén García Sarmiento, hijo de Manuel García y Rosa Sarmiento.

El 3 de marzo es bautizado en la catedral de León, siendo su padrino el general Máximo Jerez, partidario de la Unión Centroamericana, representado por un hijo suyo.

1870

Tres años. Según cuenta en su Autobiografía sabía leer. Sus primeros maestros de escuela son Jacoba Tellería y Felipe Ibarra. Por esta época lee el *Quijote*, las obras de Moratín, las *Mil y Una Noches*, los *Oficios*, de Cicerón; *Corina*, de madame Staël, y una novela folletinesca, *La caverna*, de Strozzi. El mismo año nace el poeta español Gabriel y Galán.

1872

La tía abuela doña Bernarda descubre los precoces manuscritos del niño, en que se encuentran sus primeros versos. Nace en España Pío Baroja.

1879

Publica el poeta sus primeros poemas en *El Termómetro*, de la ciudad de Rivas, que dirige el historiador y político José Dolores Gómez. Adopta el apellido «Darío» de un tatarabuelo a quien llamaban «don Darío». La primera poesía que publica es una elegía dedicada a un amigo que había perdido recientemente a su padre.

1880

Entra en la Redacción de *La Verdad*, de León, donde escribe artículos políticos contra el Gobierno. Se emplea en un colegio como profesor de Gramática. Abolición de la esclavitud en Cuba.

1881

En una velada fúnebre en honor del general Máximo Jerez lee un poema en su elogio. Hacia esta época debió reunir en un cuaderno sus primeros trabajos (*Poesías y artículos en prosa*) y escribir dos dramas,

Manuel Acuña y *Cada Oveja*, que se representaron con éxito. (Véase Andrés Largaespada. *El primer libro original de Rubén Darío*, Ateneo de El Salvador, 1916.) Se traslada a Managua invitado por algunos políticos liberales. Obtiene allí un puesto en la Biblioteca Nacional, con la ayuda del historiador guatemalteco Lorenzo Montúfar y el orador cubano Antonio Zambrana. Nace Juan Ramón Jiménez.

1882-83

Vida bohemia y sentimental en El Salvador. Escribe muchos versos amorosos y lee una elegía con ocasión del centenario de Bolívar, encargada por el presidente de la República, Rafael Zaldívar.

1883

Vuelve a Managua, donde recibe un puesto en la Secretaría del presidente de la República.

1883-84

Publica en la prensa versos, cuentos y artículos políticos, de los que reunirá los mejores en *Primeras notas*. Este último año publica Pereda *Sotileza*.

1885

Se edita en Managua *Primeras notas*, en edición costada por el presidente de la República. Es el año de la muerte de Alfonso XII (25 de noviembre), de la invención del cinematógrafo por los hermanos Lumière y de la construcción por Isaac Peral del primer submarino.

1886

A primeros de julio llega a Chile. Colabora en *La Epoca*, de Santiago; en *El Diario de Nicaragua* y *El Imparcial*, de Buenos Aires, y en *El Mercurio*, de Valparaíso. Inicia su amistad con Pedro Balmaceda, hijo del presidente chileno. El 27 de mayo nace Alfonso XIII; y en Galicia, W. Fernández Flórez.

1887

Pasa unos días en Viña del Mar, la costa de las gentes adineradas, y es invitado a comer por el presidente Balmaceda. Aparece su volumen *Abrojos*, en elegante edición, gracias a la ayuda de Rodríguez

Mendoza y de Balmaceda. Pierde el empleo de *La Epoca* y comienza a colaborar en *La Libertad Electoral* y en *El Heraldo*, de Valparaíso. Presenta al Certamen Varela su *Canto épico a las glorias de Chile* y las *Otoñales*. El *Canto* obtiene el primer premio, conjuntamente con otro poema de Pedro Nolasco Préndez.

1888

Publica *Azul...*—prosa y verso—, en Valparaíso, dedicado a Federico Varela y con un prólogo de Eduardo de la Barra (julio). Salvador Rueda edita en España la *Sinfonía del año*, libro que guarda muchas analogías con *Azul...* En Barcelona se celebra la Exposición Universal.

1889

En febrero regresa a su país. Aparece su primer libro en prosa: *A De Gilbert*. Pasa cierto tiempo en la ciudad de Sonsonete en casa de su amigo Rubén Rivera. En esta ciudad compone su poema *Claro de luna*, que no recogería en volumen, y algunos versos en francés, que publicaría en la segunda edición de *Azul...* Compone otros versos y un cuento, *La muerte de la emperatriz de la China*. Aparece el diario *La Unión Centroamericana*, del que es director y propietario. Don Juan Valera publica sus *Cartas americanas*, en que elogia al joven poeta, y cuyos juicios servirán de prólogo a las ediciones posteriores de *Azul...*

1890

Contrae matrimonio civil en San Salvador con Rafaela Contreras (22 de junio). La misma noche sale para Guatemala a consecuencia de la revolución que estalla ese día en San Salvador. Publica *Historia negra*, relato indignado de la tragedia política. Reedita *Azul...*, en Guatemala, con adiciones a la edición original. El 8 de diciembre comienza a aparecer en Guatemala, dirigido por él, *El Correo de la Tarde*, subvencionado por el presidente, general Barrillos. El padre Luis Coloma publica *Pequeñeces*.

1891

El 5 de junio aparece el último número de *El Correo de la Tarde*, al que el Gobierno retira la subvención. Se traslada Rubén a Costa Rica y escribe en *La Prensa Libre*. Muere Pedro Antonio de Alarcón.

1892

De marzo a mayo codirige con el poeta Pío Viquez *El Heraldo*. Colabora en *La República*, *La Revista de Costa Rica*, *El Partido Constitucional* y el *Diario del Comercio*. Parte de estas colaboraciones las recogería posteriormente en *Prosas profanas* y *El Canto Errante*. Realiza el primer viaje a España como miembro de la delegación de su país, que acude a los actos del IV Centenario del Descubrimiento de América. Entra en contacto con los círculos literarios españoles y conoce a Salvador Rueda, que este año publica *En Tropel* con un poema de Rubén, como introducción, titulado *Pórtico*. En una velada litera-

ria recita, por primera vez, su poema *A Colón*, que imprime en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, y que, más tarde, recogerá en *El Canto Errante*. Escribe entonces *Elogio de la Seguidilla* y *Blasón*, que publicará en *Prosas Profanas*. Nace su primer hijo, Rubén. Pasa unos días en Cuba. Marcha a París.

1893

Muere su esposa Rafaela Contreras. Casa con Rosario Murillo. En París traba amistad con Paul Morice, quien le dedica su libro sobre Verlaine. Conoce a muchos escritores e intelectuales franceses: entre ellos, a Jean Moreas y Maurice Duplessis. En Nicaragua estalla la revolución que lleva a José Santos Zelaya hasta la presidencia de la república. En España mueren José Zorrilla y Gaspar Núñez de Arce, a quienes había conocido en Madrid. Pereda publica *Peñas arriba*.

1894

Marcha a Buenos Aires.

1895

En *La Nación* (junio) aparece *Sonatina*, que incluirá en *Prosas Profanas*. Guerra de Cuba. Alzamiento de Máximo Gómez.

1896

Edita en Buenos Aires *Prosas Profanas*. Publica *Los Raros*. En *La Biblioteca* imprime un comentario a los *Fabliaux* de Bédier. Este año Palacio Valdés publica *La Hermana San Sulpicio* y estalla la insurrección de Filipinas.

1894-96

Durante estos dos años colabora en *La Tribuna* y en *El Tiempo* de Buenos Aires y funda *La Revista de América* en colaboración con Ricardo Jaimes Freyre.

1898

Viene a España como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. Colabora en *La Revista Nueva*, fundada por Ruiz Contreras. Vive algunos meses en París. Incidente del Maine (16 de febrero). Estados Unidos declara la guerra a España. Tratado de París (10 de diciembre). Pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Muere Angel Gani-vet, P. Curie y su esposa María Sklodowska descubren el radium.

1900

En abril, marcha a París a la Exposición Universal por encargo de su diario. Vida bohemia. Viaje a Italia (septiembre). Visita a León XIII. Vuelve a París (mediados de noviembre), donde prosigue su vida bohemia en compañía de Amado Nervo y otros escritores.

1901

Imprime *España Contemporánea*. En París edita *Peregrinaciones* y realiza varias reediciones de obras anteriores, entre ellas de *Prosas Profanas*. Continúa sus amores con la española Francisca Sánchez, de la que ya había tenido una hija que murió pronto. En España muere Campoamor, a quien conocía desde su primer viaje a la península.

1902

Recorre minuciosamente los Salones de los Artistas Franceses y de la Sociedad Nacional de esa nación, y asiste a la recepción del vizconde Melchior de Vogué en la Academia Francesa.

1903

Viajes por Bélgica, Alemania, Italia, Austria y Hungría. Antonio Machado publica *Soledades*.

1904

Recibe el nombramiento de cónsul general de Nicaragua en París. Tiene otro hijo de Francisca Sánchez, que muere a los pocos meses y a quien da el nombre literario de Phocas. Publica *Tierras solares*, impresiones de sus viajes recientes.



1905

Edita *Cantos de vida y esperanza*. Conoce a Oviedo y veranea en el pueblo de Arenas, donde lo visita Azorín. Muere José María de Pereda.

1906

Publica *Opiniones*. Es nombrado secretario de la delegación de Nicaragua en el Congreso Panamericano de Río de Janeiro. Este año cae el presidente de Nicaragua Zelaya; muere P. Curie y Alfonso XIII contrae matrimonio con doña Victoria Eugenia de Battenberg.

1907

Edita en Madrid *El canto Errante*—libro misceláneo—y *Poema del Otoño*. Pasa unos meses en Mallorca, cuyos plácidos días recordará en su *Epístola* a la señora de Lugones. Intrigas de su segunda esposa, Rosario Murillo. Viaje a Nicaragua, donde llega el 23 de noviembre. Las emociones de la vuelta las recogerá en su poema *El retorno a la patria*.

1908

Pasa el verano en la isla del Cordón, frente a Corinto, invitado por su amigo el doctor Debayle. Tiene un nuevo hijo de Francisca Sánchez, a quien llamó Rubén Darío.

1909

Es nombrado ministro plenipotenciario de Nicaragua en Madrid, instalando su casa particular en la calle de Serrano. Poco después marcha a París, quejándose de sus modestos recursos oficiales. Jacinto Benavente estrena *Los intereses creados*.

1910

Colabora en *El Imparcial* y en *El Herald* de Madrid. Reedita *Poema de Otoño* y otros poemas. En *Paris Journal* publica un artículo, finamente irónico, sobre las conferencias dadas ese año por T. Roosevelt en la Sorbona. El gobierno de Nicaragua lo nombra enviado especial ante el gobierno de Méjico en las fiestas del centenario de la independencia del país (junio). En aquellos días Madriz es derrocado por la revolución de Estrada, quien lo destituye. Muere R. Koch, descubridor del bacilo de la tuberculosis.

1911

Se empieza a publicar *Mundial* (mayo), revista más de carácter social que literario, y, poco después, *Elegancias* dedicada a la mujer, las que dirige con elevados sueldos.

1912

Con Alfredo Guido realiza viajes por el mundo español dando conferencias y haciendo propaganda de *Mundial*. La dirección de *Caras y Caretas* le encomienda la redacción de su autobiografía. En los últimos días del año viene a Barcelona. Revolución en Nicaragua, que lleva a la presidencia a Adolfo Díaz. Muere en Santander Marcelino Menéndez y Pelayo. Tratado hispano-francés para el Protectorado de Marruecos.

1913

Va a Mallorca, invitado por su amigo el catalán Juan Sureda. Comienza a escribir una novela, *Oro de Mallorca*.

1914

Publica *Canto a la Argentina* y otros poemas. En París se estrena la ópera de Falla *La vida breve*. Fallece Federico Mistral. Comienza la guerra europea (30 de junio).

1915

Marcha a Nicaragua. Edita *Canto del Cisne*, escrito para las fiestas guatemaltecas de Minerva. El 4 de febrero la Universidad de Colombia organiza una velada en su honor, en la que lee el poema *Pax*. A fines del año marcha a Guatemala.

1916

El 6 de febrero muere en su casa de León, en Nicaragua. El mismo año fallecerá José de Echegaray.

RUBÉN



Azorín



Maeztu

LA escena, en la Cacharrería del Ateneo, hace muchos años, poco después de la muerte de Rubén Darío. Han coincidido aquella tarde en la docta casa unos cuantos escritores que ya entonces era difícil ver juntos. Pura coincidencia, que aproveché, tomando disimuladamente unas notas de lo que decían. Hablaban de Rubén, aquella tarde, Azorín, Maeztu, Ortega y Valle-Inclán. Unos cuantos ateneístas jóvenes les escuchábamos, sospechando que, más que en la Cacharrería, estábamos en el Olimpo...

LOS DEL 98 OPINAN

—A los del 98 nos llamaban modernistas—decía don Ramón—porque no seguíamos el castellano del siglo XIX. Rubén Darío y yo quisimos volver al castellano en las normas tradicionales que estaban detrás de la feliz pareja de los Reyes Católicos.

—¿Se le ocurrió a Rubén o a usted esa vuelta a las normas tradicionales?—preguntó don Ramiro—. Mi idea es de que su influencia ha sido decisiva sobre Darío. Usted le agitó como una bandera. ¡Sin Valle-Inclán, Rubén Darío no hubiera sido quien fué! ¿No le parece así, Azorín?—quiso Maeztu corroborar su opinión con el asentimiento del autor de Castilla.

—Rubén Darío derivaba hacia lo fatal—manifestó Azorín, saliendo de su ensimismamiento—como va derivando en un río un árbol derribado hacia el mar. El poeta se encuentra desorientado en la inmensidad. No puede detenerse. Le arrastra una poderosa fuerza incontrastable. Cada mortal tiene su sino, y el de Rubén Darío es la fatalidad. Lo que ha de ser, será.

—Quizá—interrumpió Maeztu—, pero no ha entendido usted bien la cuestión que yo planteaba, amigo Azorín. Mas siga, siga usted con su impresión de Rubén; me interesa.

—Hombre de tan fina sensibilidad como Rubén Darío—continuó el autor de Pueblos sin inmutarse—percibe el mundo, percibe las cosas varias y encontradas del mundo; percibe «el agua, la tierra y el mar», y entre las cosas del mundo advierte cómo él se va deslizando poco a poco, sin poderlo remediar, hacia la eterna noche, mar sin orillas y fatal.

N LA CACHARRERIA

ANXELO NOVO



Ortega



Valle-Inclán

—Tiene usted razón, Azorín —concedió Valle-Inclán—. Darío era un niño. Era inmensamente bueno. Vivía en un santo temor religioso. Sin cesar, veía cosas del otro mundo. No había cosas, mejor dicho, que no se le proyectaran allá. Repito que era un niño. Ni orgulloso, ni rencoroso, ni ambicioso. No tenía ninguno de los pecados angélicos. Lejos como nadie de todo pecado luzbólico, él no conocía otros pecados que los de la carne. Era goloso; a veces,

glotón. Era sensual, era muelle. Todo eso muere con la carne. Su alma era pura, purísima.

—La comprensión melancólica del poeta le hace ser indulgente para todos y para todo —reafirma Azorín—. Teniendo una personalidad única como poeta, no se encierra en su estética. Comprende a los otros poetas, que chocan violentamente con su sensibilidad.

Fué en ese momento cuando intervino Ortega y Gasset en el diálogo. Estuvo conciso;

se advertía que aquella tarde no tenía muchas ganas de hablar.

—Rubén era muy generoso con los demás escritores. No sólo con los consagrados, sino también con los que empiezan. Cuando yo apenas era más que un estudiante, en el año 1907, ya él dijo de mí: «Ortega y Gasset, cuyos pensamientos me halagan.» A mí sí que ningún otro pensar me halagó tanto como aquel de Darío. Y es que nadie decía, como él, lo que pensaba. Fué el domesticador de palabras. Quien nos enseñó a tensar las cuerdas del instrumento verbal. Mi prosa no sería la que es si Rubén no hubiera escrito antes... en prosa. Pues no sólo fué Rubén gran poeta; también supo descubrirnos la armonía de la prosa castellana.

—En efecto —subrayó Valle-Inclán—, la armonía de la antigua prosa castellana es una armonía artificial que muy rara vez se adapta al concepto; una armonía que jamás se ciñe en el ondular de la emoción, porque toda emoción tiene un ritmo propio. Don Quijote no se expresa jamás en el ritmo del que habla cabalgando y vestido de hierro.

—Me parece muy aventurada su opinión, querido Valle —protestó Maeztu.

—Nadie entendió como Zorrilla —continuó don Ramón, sin hacer caso de la interrupción de don Ramiro— que hay palabras y hay construcciones que por su valor griego, latino, gótico, árabe, tienen un prestigio. Y sólo a su igual puede ponerse Rubén Darío, que a las palabras de remoto abolengo ha sabido unir las palabras nuevas de idiomas extranjeros, como cuando dice en una sinfonía:

Es viejo ese lobo; tostaron su cara
los rayos de fuego del sol del Brasil;
los recios tifones del mar de la China
le han visto bebiendo su frasco de «gin».

ORTEGA HABLA DE RUBEN

La entrada de Gómez Carrillo, acompañado de García Martí, en la Cacharrería, interrumpió el coloquio, o, mejor dicho, descendió de la categoría a la anécdota. El famoso periodista hispanoamericano comenzó a referir curiosas incidencias de la vida de Rubén y él en París. Valle-Inclán relató asimismo algunos de los episodios que vivieron juntos, él y el Cisne Nicaragüense, en Madrid. Ortega también contó alguna historia de Rubén que le habían narrado durante su reciente viaje a América.

El centelleo del anecdotario se cortó cuando don Victoriano, entonces secretario del Ateneo, advirtió:

—El salón de actos ya está hasta los topes. No olviden ustedes que están esperando para escuchar a Ortega. No le han oído —dijo al meditador de El Escorial sombrío— desde que se fué usted a América. Ahora, desde la tribuna, podrá seguir hablándonos de Rubén...

—Sin duda. Precisamente, el poeta, en aquel año 1907, me señaló el camino de América. Sintió la predestinación de mi viaje allá; de la influencia que parece que comienzo a ejercer en la cultura, en el pensamiento de aquel continente... Pero ya hablaré luego de eso. No hagamos esperar más a la gente.

Ortega se levantó de su asiento para dirigirse al salón de actos. Valle-Inclán, Gómez Carrillo, García Martí y los demás que allí estábamos le seguimos hacia el salón, salvo Maeztu y Azorín, que se excusaron; uno tenía que ir a El Sol y el otro al ABC.





La gongorina fontana de Médicis a un lado, con Galatea y Polifemo; un fauno encaramado en un pedestal y —al fondo— un Olimpo. Leed la autobiografía pánica de Rubén, aquella que comienza: «Yo soy aquel que ayer no más decía...» y planteáros si no la ha escrito en este lugar

RUBEN, PARISINO DELIRANTE

PEDRO ORTIZ ARMENGOL

EL inclito —y ya ubérrimo— niño de Metapa soñaba con las ciudades que habría de abrazar en su vivir futuro. Desde su obra infantil, las ondas de vida van incorporando zonas nuevas, aumentando el ámbito con los círculos concéntricos de su atención: lo femenino, lo lírico, lo romántico, lo exótico oriental; cosas tales como un paisaje, la amistad, el mar, la fe, la conciencia del divino tesoro. Más tarde van surgiendo caras: las de Cervantes y Dulcinea, las de Abelardo y Eloisa, las de Pablo y Virginia, todas las caras verdaderas humanas. Y las de aquellos cuya existencia está igual de probada: Nuñez de Arce, Campoamor, Byron, Quevedo, Cicerón, Milton, Calderón, Espronceda, Victor Hugo

*el pensador
de Hernani, inmortal cantor.*

Las ondas iban abarcándolo todo, englutándolo todo. Una de ellas abarca ya París; desde el trópico, el niño de Nicaragua soñaba en *Azul* con el París bajo la nieve, en el soneto *De invierno*.

Continuaba soñando. En su autobiografía escribirá más tarde: «Soñaba en París desde mi infancia, a tal punto que le pedía a Dios en mis oraciones que no me dejara morir sin conocer París. París era para mí como una especie de paraíso, en el que se respiraba la esencia de la felicidad terrestre. Era la ciudad del arte, de la belleza, de la gloria, y, por encima de todo, la capital del amor, la reina de los sueños.» Un día va a conocerlo y a realizar la mayor aspiración de su vida. «Y cuando, en la estación de Saint-Lazare, pisé tierra parisina, creí pisar tierra sagrada.» Vendría de algún puerto del canal, si entraba por Saint-Lazare. Venía ya viudo, ya padre, ya consagrado poeta, ya empapado de Verlaine y de Whinsky y ya camino de los delirios tremendos. Vive en el pomposo Gran Hotel de la Bolsa y de los Embajadores, en el barrio, ya en decadencia, del distrito segundo.

ALEJANDRO SAWA, INTRODUCTOR DE POETAS

El bohemio Alejandro Sawa se le hace amigo; es uno de los griegos pequeños del Olimpo de París. Rubén le dedicará unos años más tarde un precioso prólogo en el libro póstumo que publicara en 1910 la viuda de Sawa: *Iluminaciones en la sombra*. Rubén dirá de Alejandro que «tenía a todo París metido en el cerebro y en la sangre. Aún había bohemia a la antigua...» En el barrio Latino, Sawa, el brillante, ilusorio y desorbitado Sawa, pilota a Rubén, como a tantos otros, por los tabernáculos. «¡Pobre Alex! Recorriamos el país latino calentando las imaginaciones con excitantes productores de paraísos y de infiernos artificiales. ¡El ángel diablo del alcohol! Unos cayeron víctimas de él; otros pudimos amaestrarle y dominarle...»

Alex será —como todos saben— el «Max Estrella» de las valleinclanescas *Luces de Bohemia*. Baroja le admiraba y le temía y le hará aparecer en muchos de sus escritos; con su nombre en sus libros de memorias y con el de Andión, en *Los últimos románticos*. Sawa leyó esta novela barojiana y tomó odio a Baroja por el fiel retrato. Odio sólo pasajero, porque Alejandro sintió siempre una enorme admiración por el vasco, como prueban los escritos de ambos. «¡Pobre Alejandro!», escribe Baroja del pobre griego metido en París, como Rubén escribiera «¡pobre Alex!»

Sawa, el griego-sevillano de Lutecia, era amigo de Verlaine, cofrade de Verlaine. El lunático Sawa llevó a Rubén al café de Harcourt para presentarle al autor de los *Poemas saturnales*. El café estaba donde hoy la librería Saint-Michel, en el número 47 del bulevar del Arcángel, esquina a la plaza de la Sorbona. Verlaine estaba ebrio, con una cortesana, y ante su vaso de ajenjo, perfectamente ambientado. El nicaragüense musita su admiración y el «pobre Lelian», ebrio, sigue golpeando la mesa sin hacer caso. Rubén murmura la palabra «gloire» y el francés se vuelve desdenoso a él, y sin dejar de golpear en el mármol con-

testa: «la gloire, la gloire, merde et merde encore...» Sumido en su pequeño Waterloo del ajenjo, presentó al emocionado Rubén una imagen triste, dolorosa, grotesca y trágica. Siempre le vió ya así. (Dejemos ahora a Sawa, colaborador a remo de Rubén, según sospecha Luis S. Granjel, en un reciente artículo de *Cuadernos Hispanoamericanos* del pasado mes de marzo. Dejemos al gran fanteoche literato.)

Gómez Carrillo le presentó a otros griegos de París. Jean Moreas, otro heleno puesto sobre los mármoles —cafeteriles— de París. En un artículo de 1904, Rubén contará cómo conoció al parnasiano a través de Carrillo. Cree recordar fué en el café Vachette —donde hoy el número 27 del bulevar Saint-Michel— en una tertulia que blasonaba de estar abierta veintidós horas diarias, de ocho de la mañana a cinco de la madrugada. El griego Moreas le aparece al de Nicaragua «sereno, sonoro, admirable parlante, amable, noblemente fraternal», y por eso se van a comer de madrugada unas almendras verdes en Les Halles. Fecundo encuentro de maestro y discípulo fértil, ambos amantes de una belleza clásica, que ya está a punto de desaparecer del barrio bajo los golpes de otros ciclopes:

*De Picasso al golpe
¿qué pueden las risas de Grecia?*

Rubén divulga a Moreas en América y en España, pero no le buscará en otros encuentros. Años después, le verá en la tertulia del café Napolitain, melancólico y altivo. «Y Moreas, notaba yo, no estaba en su centro.» Como que esto era ya la orilla derecha por donde pilota, a Rubén, Gómez Carrillo. El Napolitain, café literario famoso, existe hoy aún, cohabitando con la «Banque Transatlantique», en el número 1 del bulevar de las Capuchinas, frente a la esquina del desaparecido Vaudeville, la esquina donde más se ha pecado con la vista en todo el siglo XIX.

Como ya ha muerto Victor Hugo, como Verlaine está ebrio permanente, Rubén ya nada

tiene que hacer en París esta primera vez y se va a Buenos Aires para ser cónsul colombiano. Su *Responso a Verlaine* le recordará a los griegos del bulevar de Saint-Michel.

SEGUNDO VIAJE

Han transcurrido unos años y estamos ya en el 98; Rubén sangra con su cuerpo, que le deja de ser indio o griego para no ser—precisamente en ese año—más que hispanida, porque Rubén era lo contrario de un bellaco. Rubén ha venido a Europa para escribir para *La Nación*, de Buenos Aires. Rubén se sumerge en la pobre España de la derrota, uniéndose a los mejores que vivían entre las ruinas: Unamuno, Valle, Cavia, Juan Ramón, Baroja. Para saber del mundo leía—entonces necesario como ahora— *Le Figaro*, y así conoció el grito del rey Oscar, de Suecia y Noruega, al pisar Fuenterrabía. El divino poema *Al rey de un norte limpio* es un bonito recuerdo en este año del centenario del gran diario de París; que lo sepan Lacretelle y Gabriel-Robinet en este cumpleaños.

Bajando paralelos, Rubén se une también a la España más humilde en la persona de Francisca. Alta, bella, capaz de refinarse rápidamente, conformada con todo—¿le llegaba al poeta? ¿O era una mujer sumisa que no jugaba a ser la heroína de detrás del decorado?—. No entiendo la relación del poeta con Francisca, no me parece de este siglo.

Juan Ramón Jiménez ha conocido en Madrid a la pareja amante. Juan Ramón ve a Paca—horrible nombre en la antípoda del Parnaso—gruesa, blanca, «con niño dentro». («Mis Rubén Darío».) Mientras la musa Paca se queda en Madrid para dar a luz, Juan Ramón está en la estación del Norte viendo partir hacia París al marino Rubén, camino del puerto de Lutecia. De abril a diciembre de 1900 el nicaragüense escribe desde aquí crónicas para *La Nación*, las que luego recogió en *Parisianas*, *Peregrinaciones*, *Opiniones*, *Rosas políticas*. Las primeras no tienen mucho interés; son del aburrido género admirativo-descriptivo del que vivieron cientos de escritores del siglo pasado, contando en lejanos periódicos lo que veían en los teatros, las exposiciones y los paseos de París. Juan Ramón, el entregado y apasionado amigo, se los elogia en *Helios* y le pide colaboraciones.

Rubén se pasea, mira, escucha, escribe para su público. Para el de *La Nación* finge escandalizarse de que el sexo sea—en 1910—la única finalidad de la literatura. Le escandaliza también que Sacha Guitry, que tiene dieciséis años, tenga amantes de trece con el consentimiento de su madre... En otro artículo de 1900 escribe Rubén: «Como hago muy poca vida social...»

En septiembre y octubre, una escapada a Italia, y en noviembre, alquiler de un modesto piso en el 29 del Faubourg Montmartre. Lo comparte con Amado Nervo y llama junto a sí a Francisca. La asustada mujer del pueblo llega por tren, pero en tren cambiado y no la encuentran en la estación. Como puede, ella llega al domicilio de su compañero. Es el 18 de enero de 1901, el día en que Rubén cumple treinta y cuatro años.

JUAN RAMON, DESPUES DE ANTONIO DE ZAYAS

Curiosa calle del Faubourg Montmartre, hoy esmaltada por bares, pastelerías griegas o árabes, y un comercio barato, recordando todo ello bárbaramente a Madrid. No sabría decirse por qué, pero—así como Chueca—Goitia halló que el sector oriental de la plaza Mayor de Madrid es muy parisino—y es verdad—; estas calles donde están el Folies Bergères y cien hoteles infimos y otras cien tabernas mediterráneas, recuerdan enormemente Carretas, Fuencarral, Victoria y Cruz. Quizá sea ese aire de bullicio; quizá sea ese tener que ir bajando continuamente de la acera a la calzada, tan madrileño y tan extraño en París; quizá las sombras españolas, miles de espectros españoles que pulularon por este barrio hace un siglo, alrededor del pasaje Jouffroy, la Puerta del Sol parisina de la emigración española.

Reunidos Francisca y Rubén, ganándose la vida con artículos, ¿qué escribe entre 1901 y 1903 de su gran obra? Ignoro todos los detalles y las cronologías. El libro de A. Oliver nos resulta corto, como todos los libros. Quizá el Archivo rubeniano de Madrid nos diga cosas esenciales. Por aquí se dice que desde 1903 será cónsul general de su país en Lutecia; que beberá enormemente; que vive en la calle de Odesa, junto a Montparnasse, ya cambiado definitivamente de orilla. ¿Qué germina en estos años? Nada menos que los *Cantos de vida*

y de esperanza; ese canto con ese increíble cortejo de palabras que desfilan como figuras de oro, de hierro o de bronce. Para Juan Ramón, allá enfermo en Madrid, tiene *Los cisnes* y *Helios*. Entre lagos, delicadas alas, salta para Juan Ramón la Salutación al Pesimista: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?» (Juan Ramón nunca, ni palabra, ni en los Estados Unidos, ni en Puerto Rico. Ni una palabra, como contestando—hasta cincuenta años más tarde—, conscientemente, a su amigo Rubén.)

Juan Ramón también desea venir a París. Es lo propio. Este Proust del verso, *Mallarmé de Huelva*, aéreo como una opalina, tenía su encaje natural en esta Francia delicada, finisecular de flor de hortensia. Juan Ramón parecía destinado a ser un enlace de lo francés con lo español y un momento pudo serlo. Pero no. Sorprendentemente—el azar de un matrimonio con una fuerte catalana de Malgrat—le gira hacia los Estados Unidos, que es su antítesis. En 1903 todavía no se ha producido el giro. Escribe a Rubén desde la Corte: «¿No vendrá usted a Madrid? Si yo estuviera fuerte y despreocupado iría a París a pasar una temporada al lado de usted; mi hipocondría, mi maldita idea fija no me deja hacer nada. Mi alma, sin embargo, está con usted.» París no pesa en Juan Ramón, adverso a las babilonias capitalistas.

Rubén ¿cuánto estima, poéticamente, a Juan Ramón? En su artículo *Nuevos poetas de España*, cita en primer lugar a Antonio Machado y a Manuel, a Pérez de Ayala y a Unamuno. Después de Antonio de Zayas, aparece Juan Ramón como el «más sutil y sentimental». El andaluz principesco e hiperestésico se ha hecho a sí mismo a través de versos sencillos como lirios y musicales como fuentes. Zenobia llevó a Juan Ramón hacia otro cenit, alejándole de su paisaje natural literario que era el parque abandonado por Verlaine y por Proust.

MALAGA Y PARIS OTRA VEZ

Francisca regresa a España; él va también, en cura de desintoxicación. Reencuentra a Juan Ramón en casa del doctor Achúcarro; Juan Ramón ve cómo el potente Rubén le presenta a una mujer blanca, delgada, que habla bien francés, con estas palabras: «Mi compañera». Paca ha aprendido, ha guardado blancura y

ELADIO CABAÑERO

SONETO PARA RELEER «CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA»

*BELLO ES PONER UN PAN SOBRE LA MESA
y un vaso de agua en la región más clara,
y un libro, un hombre que aún vuelve la cara
en verso dolorido, en alma impresa.*

*Canta este libro. Cumple su promesa
de sostenerse en vida, acaso, para
no olvidar nunca al hombre que lo amara,
no tropezar la vieja piedra esa.*

*Tumba el tiempo los hombres más derechos;
se hacen señas los dichos y los hechos
con palabras que el tiempo nos perdona.*

*Todos en vela, avizorando. En vilo
todos por si la muerte mella el filo
y por fin salva un verso a una persona.*



El 29 del Faubourg Montmartre, donde Rubén Darío y Amado Nervo alquilaron un apartamento en 1900. Rubén hizo venir a Francisca desde Madrid, pero por una confusión de ella no la encontraron en la estación. Este fué el primer domicilio parisino de Francisca

para ella Rubén ha traducido lo de «la compagne». Se acepta esta situación; la acepta ella: en los matrimonios españoles, cuando la mujer es—aunque sea inteligente—ignara por su origen, se supone que es, al menos, una excelente, una sufrida y ordenada ama de casa. Van a Málaga, a certámenes poéticos y a tomar el sol para quemar el alcohol de la sangre. Pero en el año 1904 vuelta a París. Revuelta de Francisca a España para alumbrar al primer Rubén Darío Sánchez, que queda con la abuela materna en el pueblecito de Gredos. Desembarazada ya, una Paca elegantizada viene otra vez a París con Rubén, trayéndose a su hermana María, la quinceañera. Oliver, el biógrafo de Rubén, escribe que viajaron mucho y que vivieron París a toda vela.

*Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo...*

Darío está con Cervantes, con otros poetas hermanos y con el más profundo de todos, el Machado misterioso y silencioso que le acaba de dedicar un poema de alegría dramática y marinera. Rubén le paga con la prodigiosa *Oración por Antonio Machado*, y con ese soneto que es un caracol, caracol de oro rubeniano, también marino y profetizador del rumor de olas y del misterioso viento que había de envolver a Antonio Machado hasta dejarle desnudo como los hijos de la mar. Tenía muy presente este caracol rubeniano, dedicado al santo Machado, el poeta de Huelva, Juan Ramón cuando escribe en 1940 que Rubén tenía por instrumento sonoro favorito el caracol: «Su poesía ¿no es una cantata de caracol y lira?» Rubén marino, soplador, venusino, crustáceo él mismo, como le ve Juan Ramón entre los *Españoles de tres mundos*.

De 1905 es el *Misterioso y silencioso*, en homenaje al ex empleadito del Consulado de Guatemala. Algún viaje a Versalles de Rubén para ver a Bradomin, para chocar sonata con sonata.

ENTRE ESPRONCEDA Y LUGONES

Trato leve, de roce de ala, con Remy de Gourmont, a quien visita Rubén, tras cinco años de pensárselo, en su domicilio de la rue des Saints-Pères, 71. Ve Rubén en el escritor francés una bandera contra lo vulgar, lo híbrido, el cientifismo oficial, contra todo dogma, disciplina y profesorado; contra el socialismo y contra el nacionalismo.

JESUS LIZANO

SONETO DE TRECE VERSOS A RUBÉN DARÍO

*DE UN MARAVILLOSO POETA
¿qué conservar sino el sutil
descubrimiento de los mil
y un días del alba concreta?*

*Eras un místico, un profeta
pero tu abril era el abril
de los que unimos el marfil
y el hierro de nuestra paleta.*

*Scherezada ya se durmió...
Los cuentos ya van pasando...
Sí: tu corazón comprendió...*

*Y tu corazón respondió:
Pero...*

No obstante...

Siempre...

Cuando...

El doctor Chafarain viene aconsejando a Rubén no beba tanto, se modere, pasee, no beba, no tome especies, reciba friegas. El se emborracha con los viajes. Recorre Europa y América buscando dinero, regresa a París al hogar de la samaritana. Viven ahora en la Rue Marivaux, junto a la Opera italiana; en los bulevares, junto a la Biblioteca Nacional, como tantos y tantos escritores españoles de los últimos cuatro siglos. No sabe Rubén que en esa corta calle, quizá bajo el mismo techo, se efectuó el rapto de Teresa por Espronceda. Medio siglo más tarde se alberga en la misma calle el sorprendente concubinato rubeniano.

Aparece por París un brillante matrimonio argentino: los Lugones. El es un íntimo amigo de juventud y un alma poética gemela de Rubén. Antiguo revolucionario, Lugones es un burgués bien casado, con una intelectual bonaerense, y arde en deseos de ver al tradicionalista hispánico. Los Lugones ¿tienen reservas ante Francisca, la humilde compañera? Desde un hotel de la calle Feydeau—junto a la Bolsa—invitan a Rubén a tomar café en otro hotel, el de Calais, en la «rue des Capucines». Se comprende que van a cambiar de hotel de aquí al domingo próximo. No se exceden en invitar a Rubén ni parece que deseen conocer a Paca, pues bien claramente dice la breve misiva de invitación: «... y claro es que si el señor Guerra quiere venir, será bienvenido...» No queremos saber quién es el señor Guerra porque nos basta saber que servía para decir a Paca que no apareciese. De esa toma de café, huyendo de la abominable populachería del domingo—(y estamos en 1906)—surgirá esa admirable «Epístola a la señora de Lugones», fechada en París en ese año de 1906. Precioso texto autobiográfico de un Rubén luminoso, luchando como un titán contra los delirios que se le venían encima. De Europa al Brasil, a Buenos Aires, vuelta al séptimo círculo del infierno:

*Me volví al enemigo
terrible, centro de la neurosis, ombligo
de la locura, foco de todo «surmenage»
donde hago buenamente mi papel de «sauvage»
encerrado en mi celda de la rue Marivaux
confiando sólo en mí y resguardando el yo...*

Así que en esta calle esproncediana escribió Rubén la maravillosa «Epístola»; también seguramente el «Pequeño poema de Carnaval», que en ese mismo año dedica también a Juana de Lugones, broma poética, elogio turístico de París, burbuja del Sena, que encantaría a su destinataria. (De 1911 es otro poema a la misma señora, el titulado «A Gilles de Watteau»... Tres poemas espaciados en cinco años a la misma dama. ¿Pueden suponer una atención secreta y vestida en Rubén?)

De París al descanso de Mallorca, llevándose a Francisca y a María, la cuñadita. Fecunda estancia donde todo es afirmativo, hermoso y soleado. Alomar, Alcover, Sureda... En abril del año 1907 otra vez en París, después de haber engendrado en Mallorca a otro hijo, el tercero.

RUBÉN ELIGE EL LUXEMBURGO

Nace otro Rubén Darío Sánchez el 7 de octubre del año 1907, en el número 3 de la calle Corneille, frente a los arcos del teatro Odeón, en el nobilísimo barrio del Luxemburgo. En el número 5 vivió Baudelaire. A cuatro pasos, en la rue Tournon, ha vivido Balzac; a dos pasos y medio Beaumarchais escribió el *Barbero de Sevilla*. A tres pasos, ahí atrás, el misterioso y silencioso escribió la primera versión de *La tierra de Alvargonzález*. Ahí enfrente, Baroja escribió *El árbol de la ciencia*. Nos interrumpimos para no llenar las siguientes tres páginas de LA ESTAFETA.

Con Rubén Darío Sánchez—con el Sánchez detrás del Darío—, nacido nada menos que frente al Odeón, se anuncia un reino nuevo. Ya está esta desequilibrada familia frente al jardín más rubeniano de París, viendo desde allí el Palacio del Luxemburgo, la Fontana de Medicis, los faunos, y los centauros. Todas las marquesas Eulalia y todos los violines del Luxemburgo debieron de erguirse para saludar a Rubén y felicitarle por el Rubencito que se añadía a la nómina del barrio, nieto de paletos de Avila. Todos los cisnes y los pavos reales—ya en trance de que les fuera torcido el cuello por la evolución poética—debieron de estirarse al saber que había venido



El Hotel de Calais, donde el matrimonio Lugones recibe a Rubén



La rue Corneille con el teatro Odeón a la izquierda y la casa número 3 a la derecha, donde nació Rubén Darío Sánchez, el 7 de octubre de 1907

a vivir junto a aquellas verjas, Rubén, el hijo de Pan. Los quioscos de malaquita se sacudirían su lluvia, sabiendo como sabían que Rubén vivía *El canto errante* y los *Poemas del otoño*. Son años de pensar y de no publicar.

En 1908, ministro de Nicaragua en Madrid; primavera en Nueva York, en angustiosa búsqueda de dinero; veraneo en Asturias. Al año

siguiente regresa a la capital de Francia. Aunque los escritores españoles le miman y adoran, aunque en Madrid no es anónimo como en París, aunque allí es alguien y aquí es un insignificante paseante por lugares amables, pesa en Rubén el hecho de que la peana de Madrid sea pétrea y esté montada sobre un paisaje de piedra. (Juan Ramón ha señalado este rasgo que nos parece es explicativo de todo cuanto escribe de Rubén: «creo que no sentía bastante lo pedrero».)

En 1909 se instala en los alrededores del Luxemburgo, encontrado ya su centro. Alquila un «rez-de-chaussée» en el número 4 de la calle de Herschel, donde vive con Francisca, con Rubencito el parisiense y con la cuñada María. ¿Cómo no volver a París? Rubén no vivía a gusto fuera de estas suntuosidades de los alrededores del Luxemburgo. España era la espontaneidad, la generosidad, la entrega; París era la libertad cultivada, la exigencia continua, el refinamiento y el ahilar continuo. Los valores de unos y de otros no pueden ponerse en la balanza, no son oponibles. Para Rubén y para el no desalmado, París es el saber «tout court»: el saber vivir, el saber complicar con un adelgazamiento. Con Grecia al fondo, Francia vive la religión de las letras. Grecia y Lucea ya señalan el consonante. Francia y fragancia es un imperativo de la rima y Rubén las casa innumerables veces sin preocuparse apenas de hacer descansar de vez en cuando a la «fragancia» y alternándola alguna vez con «escancia», «elegancia», «arrogancia», la infancia en Francia escancia la fragancia con elegancia...

España es «hazaña», «extraña», «baña» y «champaña». A España la bañan extrañas hazañas. Véase cómo el genio del idioma traza retratos con parecido total.

Cuando hay un pequeño mito con aire común—y los hay, como Cyrano de Bergerac y como tantos otros—en medio de la divergencia, Rubén lo borda con algo tan flúido, tan grácil, tan hábil, tan bello y tan productor de calor cordial como ese admirable verso «Cyrano en España», perfecto discurso de embajador pronunciado a nivel angélico. La champaña cruza su copa en un brindis con nuestro Valdepeñas.

CON FLORES A MARIA

Precioso lugar el de la rue Herschel, junto a la pulcra y versallesca avenida del Observatorio y al Luxemburgo mismo. Saliendo por un extremo de esta corta calle entras en el París antiguo y universitario. Saliendo por el otro extremo pasas a un París suntuoso, donde vivió primero un diablo medieval—«le demon Vauvert»—. Y después los caballeros de la princesa Medicis, constructora del Palacio. Todavía hoy, ablanda ese lujo silencioso, cuando ya no se ve ni apenas se mira. Cada español—para estar completo—podría pasar media docena de años de su vida en Francia. Y que los franceses vayan pasando otros cuantos de la suya en España tampoco les vendrá mal.

El piso bajo de la rue Herschel es el más prolongado hogar de Rubén en París; verdadero hogar, pues lo gobierna la callada, trabajadora Francisca. Está también la cuñada, bella, fina, según el retrato en el que figura con su hermana y con el sobrino. El biógrafo Oliver dice rápidamente que a Rubén le alarmaba el mosconeo en aquel hogar de algunos que miraban demasiado a María, y que temía por ella. ¿Quiénes eran? La poesía, la generosidad, la botella siempre destapada, son poderosos atractivos para una fauna paseante como la que circulaba entonces por París. Hundido en su sillón, bajo el peso del alcohol, Rubén debía de recibir a mucho poeta. El mismo dedica a la cuñadita bella unos «Ritmos íntimos», donde se percibe el galopar de sentimentosos sordos. Rubén desea a María un corazón que arda, pero para ella sola; que aguarde a un príncipe encantador, que resista a todo, permaneciendo en el ensueño, que se espose con la vida y el amor pero permaneciendo blanca, rosada, hecha rosa, gentil. ¿Qué pasaría por la mente de Francisca ante estos versos íntimos?

Según Oliver, una carta de Santos Chocano revela que Manolo Machado anduvo enamorado de esta Mariquita Sánchez. El informal, el más chic que helénico, el de Montmartre y de Sevilla, el más banderillero que poeta, recibe de Rubén la «¡Aleluya!», que figura en los *Cantos de Vida y Esperanza*, con recuerdos a las rosas

PROSA PROFANA

AMO EMPEZAR LOS LIBROS POR EL FIN, PORQUE SIENTO que en la última palabra dicha, en la cerradura del libro, está la clave puesta, con que segura puedo adentrarme en él, sin ese lento

esfuerzo que me suele rendir, siempre que intento la lectura ordenada. La verdad, la más pura verdad, está escondida bajo la sepultura de una página en blanco por la que el pensamiento

se esfuerza en discurrir a solas. Hace treinta años que me entregaron aquel volumen frío donde, por disciplina, debí sumar la cuenta

de los poetas: daba mar a tan ancho río Rubén. Y al mar me fui, y aún su espuma me tienta, y aún espero en sus aguas encontrar lo más mío.

rosadas y blancas, a las muchachas de quince años, a la alegría de las ingenuas hembras. La poesía a Manuel Machado es anterior a 1905. Los ritmos íntimos dedicados a Mariquita ¿de cuándo son? ¿Hay un hilo misterioso, sólo conocido por el cerebro de Rubén, entre estos dos poemas? El Archivo rubeniano de Madrid ¿puede descubrir ya estos secretos que no van siendo tan cercanos?

ANTONIO MACHADO Y OTROS

Manolo se ha casado en Sevilla. Traería noticias de él su hermano Antonio cuando viene a París en la Navidad del año 10, recién casado con una señorita de Soria, hija de un guardia civil. La hija del guarda de la Casa de Campo ¿halló en seguida una amiga en la tímida y casi infantil hija del guardia civil de Almenar? Dos humildes mujeres unidas a dos de los más grandes poetas del siglo se entenderían bien. Francisca, dura y fuerte, viendo desde niña por el ojo de la cerradura el espectáculo de la Corte de Madrid, más tarde el del gran París, con muchos años de sufrimientos, sería una mujer hecha y derecha para la infeliz Leonor Izquierdo de Machado, recién salida de Soria, casi niña. La amistad de los dos matrimonios es patente, puesto que cuando Leonor se hospitaliza en París, la mujer y la cuñada de Rubén van a verla.

En la rue Herschel Rubén vive con cierto desahogo. El, tan amigo de lanzarse a la calle para buscar un compañero de alcohol, tenía ahora un trabajo serio. Unos judíos argentinos, los hermanos Guido, habían creado la revista literaria en castellano que titulaban *Mundial Magazine* y habían dado la dirección literaria a Rubén. Darío ejerció su generosidad y su perspicacia al congregarse en ella las mejores firmas literarias. En el número uno, que lleva la fecha de mayo de 1911, figuran Nervo, Valle-Inclán, Larreta, el propio Rubén, Lugones, Manuel Machado, García Calderón, Pompeyo Gener, Unamuno, Ghiraldó. Se anuncia a Galdós, Guimera. Dibujan Vázquez Díaz, Xaudaró y otros muchos. En la Biblioteca Nacional de París no está la colección entera de *Mundial*. Solamente sirven los seis primeros números—mayo a octubre 1911—y los que van del 13 al 24—mayo 1912 a abril 1913—. Rubén escribe en casi todos los números, prodiga su pluma, estrena alguna de sus poesías más conocidas en esta revista. Quiso atraer a ella a Baroja, pero don Pío se resistió con cierta hosquedad, según nos ha contado repetidas veces. Rubén viaja a Barcelona, a Madrid y a América en 1912, cosechando entrevistas con Galdós, con Baroja y con Valle-Inclán, relacionándose con Benavente y con todos los valores nuevos (Antonio Machado, allá perdido

en Baeza, está ausente en este viaje. En los números que hemos visto tampoco aparecen los nombres de Azorín ni de Blasco Ibáñez. Curioso en el caso de Blasco, aunque se explica por el hecho de que entonces Francia no le había acuñado aún como valor porque no había prestado aún los servicios de guerra).

Mundial funciona sin complejos. Su oficina está en pleno Boulevard des Capucines, pero la administración y la publicidad están en el número 6 de la Cité Paradis, lugar que menciona Baroja reiteradas veces. Cuando Rubén y uno de los hermanos Guido parten para su triunfal periplo americano, el banquete de despedida tiene lugar en uno de los mejores restaurantes de París, el Riche (Bulevar de los Italianos, número 16, donde hoy se levanta la «Banque du Commerce et de l'Industrie»). Es un estilo nuevo de letras en contacto con la política y con el capital, donde no faltan las gotas de malicia que hacen divertido a París. Por ejemplo: cuando se banquetea a Gómez Carrillo por la publicación de una nueva obra, están presentes algunos de los principales escritores del momento, el embajador de España Pérez Caballero y... Soledad Villafranca, la amiga de Ferrer.

Mundial es una empresa generosa, sin veneno cotidiano, sin abuso de poder, sin adulación al fuerte y sin invocaciones a la virtud más pura para tapar todo lo anterior. Era una cosa sorprendente y extraordinaria. Todavía viven por París gentes que colaboraron en aquella empresa, como el anciano uruguayo Barbagelata.

También vive en París el anciano venezolano señor Zérega Fombona, que fué secretario de Rubén. Hay todo un culto vivo a Rubén entre los hispanoamericanos de París: el cónsul Ibarra, siempre los de Nicaragua; el activo embajador de El Salvador Gallardo, organizador de actos y empresas rubenianas.

Rubén tuvo que dejar *Mundial*... No conocemos la historia. En 1912 se van a Madrid los Darío, pero al año siguiente están nuevamente en París, en el 133 de la calle Miguel Ángel, muy lejos, lejos del centro, en el barrio de Auteuil. Rubén está ya frente a sus delirios más tremendos, viviendo como puede de la correspondencia con la benemérita *La Nación* de Buenos Aires. Hay en su casa «disidencias íntimas», dice el biógrafo Oliver. De entonces son sus hondos versos a Francisca Sánchez, fogonera de ese barco viejo que es ya Rubén. En el año 13, nuevo viaje a Mallorca, comienzo del vértigo final, en el 14 a Barcelona, regreso a París, regreso a su tierra materna de América, quedando otra vez París lejos de él, soñado, hasta que en febrero del año 16, mientras París queda otra vez, como cuando niño, bajo la nieve, Rubén queda esta vez en su América bajo la tierra.

RUBEN LLEGA A PUERTO RICO

LUIS HERNANDEZ AQUINO

Uno de los aspectos esenciales de la temática poética de Rubén Darío fué de decisiva importancia en el modernismo puertorriqueño, que se inició a finales del siglo XIX y se extendió hasta los años treinta del siglo XX.

Puerto Rico había tenido un poeta y un escritor premodernistas en José de Jesús Domínguez (1843-1896), educado en París, y Manuel de Elzaburu (1851-1892), quien estudió en Madrid y fué gran conocedor del parnasianismo francés, habiendo sido traductor de Teófilo Gautier y otros poetas franceses. Antes que Darío escribiera *Azul* (1888), libro que inicia propiamente el modernismo en América, ya José de Jesús Domínguez había publicado *Poemas de Gerardo Alcides* (1879) y *Las huries blancas* (1886), obras de un evidente premodernismo, tanto en algunos temas y parte del contenido, como en ciertos aspectos formales, especialmente *Las huries blancas*.

Sin embargo, en estos autores prevalece la estética sobre cualquier otro valor. El color, la plasticidad, el regodeo preciosista, predominan en sus trabajos. Los temas de José de Jesús Domínguez predominarán más tarde en el modernismo, preferentemente los de cariz exotista y raro. Manuel de Elzaburu, apuntará, pero no desarrollará plenamente, el tema autóctono. Además de buen traductor del francés, es quien inicia en la literatura puertorriqueña el poema en prosa, por el estilo de los de Baudelaire.

El año 1898 fué de honda crisis para España. Llevada a una guerra injusta, pierde la Madre Patria sus últimas colonias en América, y entre ellas, la isla de Puerto Rico. España había concedido a la Isla una carta autonómica, liberal y democrática en 1897, carta que se aprestaba a estrenar y que no pudo hacerlo debido a la irrupción invasora de las tropas norteamericanas en 1898. A la invasión sigue una serie de regímenes militares, se devalúa la moneda, arruinándose muchos propietarios, y en 1899 azota a la isla el ciclón de San Ciriaco, que destruye la economía insular, quedando postrado el país por un período de años. Encima de todo ello, el sistema escolar es transformado radicalmente, pretendiéndose la erradicación de la lengua española, para substituirse con una lengua exótica: el inglés. Todo ello entrará en juego en el modernismo puertorriqueño.

RUBENIANOS PUERTORRIQUEÑOS

Existió en Puerto Rico el culto a Rubén Darío desde los comienzos del modernismo. El poeta nicaragüense había pasado fugazmente por el país en 1892, de regreso de España, estableciendo vínculos de amistad con don Manuel Fernández Juncos, escritor astur-puertorriqueño, director del periódico *El Buscapié* y más tarde la *Revista Puertorriqueña*, en los que dió a conocer la poesía y prosa de Rubén Darío.

Aunque Darío no volvió a la dorada isla tropical envió sus colaboraciones a aquéllos y otros periódicos y revistas del país, donde también se dieron a conocer sus libros. También se correspondió

con otros poetas, entre ellos la revolucionaria Lola Rodríguez de Tió y Luis Lloréns Torres. Igualmente fué admirado por el poeta José de Diego, comentador de su poesía y quien con Lloréns Torres fué uno de los innovadores de la poesía puertorriqueña.

Es cierto que se registró una reacción contra ciertos aspectos del modernismo rubendariano, pero más que contra Rubén, la crítica fué dirigida hacia el decadentismo y el exotismo, que había heredado la escuela modernista del simbolismo y el parnasianismo francés, respectivamente.

La influencia directa y general de Darío en los poetas puertorriqueños comienza en 1905, cuando Aristides Moll Boscana, nuestro primer poeta modernista cronológicamente, se da en forma abierta a los temas, el vocabulario y las formas modernistas, si bien eludiendo los temas de trascendencia histórica y política. En su único libro, titulado *Mi misa rosa* (1905), cuyo título extrae de *Prosas profanas* (1896), predominan el exotismo y la evasión: cisnes, princesas, países lejanos, la Grecia mitológica y el neoclasicismo dieciochesco.

Jesús María Lago (1873-1929), autor de *Cofre de sándalo* (1929), libro publicado tardíamente, presenta también influencias darianas, aunque figuran en él los temas del hispanismo y el amor a España, cantados nostálgicamente.

Los poetas que siguen—y es larga la nómina—durante el primer cuarto de siglo, rinden culto a Rubén Darío, a quien elogian y de quien continúan los temas. Algunos de estos poetas, de relevante importancia, fueron Antonio Pérez Pierret, Antonio Nicolás Blanco, Evaristo Ribera Chevremont, José de Jesús Esteves, Gustavo Fort, Rafael H. Monagas, Luis Palés Matos, José P. H. Hernández, José

Isaac de Diego Padró, Nemesio Canales, Virgilio Dávila y José S. Alegria.

Estos poetas tuvieron como motivo preponderante a la afirmación hispánica y de los valores hispánicos, antillanismo e hispanoamericanismo, y sus temas giraron especialmente alrededor de la lengua, España, la tradición y la patria puertorriqueña. La visita de los poetas españoles Francisco Villaespesa y Eduardo Marquina contribuyó a fomentar el amor hacia España y lo español. De esa forma surgieron poemas antológicos dedicados a España, Isabel la Católica, Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Juan Ponce de León, Bolívar y Maceo. Conquistadores españoles y libertadores americanos van cogidos de la mano en una poesía de exaltación de la raza.

CONTRA EL IMPERIALISMO YANQUI

Dos poetas de gran importancia en el desarrollo de la poesía puertorriqueña, quienes tuvieron vinculación con Rubén Darío, fueron José de Diego y Luis Lloréns Torres. Ambos considerados hoy poetas nacionales. Pasión patriótica y poesía afirmativa fué la suya. Los temas del latinismo, hispanismo, la raza y la lengua española, tienen en ellos máxima expresión. Son ellos quienes mejor registran, llevándola al máximo, la reacción contra Norteamérica y el imperialismo norteamericano en Puerto Rico.

Vivos estaban en la conciencia americana, entre finales de un siglo y comienzos del otro, los casos de Panamá, México, Nicaragua, Puerto Rico y Santo Domingo, víctimas del expansionismo territorial norteamericano. Rubén Darío había tenido conciencia del problema político y lo abordó en su poesía. En 1903 escribió su *Oda a Roosevelt*, la cual resultaba ser un manifiesto contra el imperialismo y la dominación yanquis, y en la que además arremetía contra Teodoro Roosevelt, el *rough rider* que había participado contra España en Cuba, durante la guerra hispano-americana, y quien era a la sazón presidente de los Estados Unidos de Norteamérica:

*Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción,
que en donde pones la bala
el porvenir pones.*

No.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

La lección de hispanismo de Darío a los poetas puertorriqueños se registra asimismo desde esta época y la siguiente de *Cantos de vida y esperanza* (1905), con los poemas *Salutación del optimista*, *Retratos de don Gil, don Diego, don Juan...*, *Un soneto a Cervantes*, *Letanía de nuestro señor don Quijote* y otros poemas significativos en ese orden.

La posición política expresada por Rubén Darío contra los invasores en 1903 se acentúa con motivo de su viaje a México en 1910, y como afirma el erudito dariano Antonio Oliver Belmás, duró hasta el año 1913, a pesar de que en 1906, y bajo la influencia del poeta brasileño Fontoura Xavier, había escrito su *Salutación al águila*, que enojó a muchos. Debe tomarse en cuenta que lo escribió en la misma época en que compuso el poema *Epístola*, diri-



José de Diego, poeta nacional de Puerto Rico

gido a la esposa de Leopoldo Lugones, donde expresa su decepción en cuanto al panamericanismo:

*Et pour cause. Yo pan-americanicé
con un vago temor y con muy poca fe...*

Realizó Darío varios viajes a los Estados Unidos de Norteamérica. El final fué casi a las postrimerías de su vida, con motivo de ofrecer conferencias en pro de la paz universal, durante la primera guerra mundial. El proyecto tuvo el respaldo del Gobierno español y de varias entidades norteamericanas. Hay que reconocer que el poeta nicaragüense admiró lo mejor de los Estados Unidos—Walt Whitman, Edgar Allan Poe, Emerson—, sus mejores instituciones intelectuales y sus mejores hombres, pero detestó a los políticos, a los ambiciosos de guerras y a los usurpadores de los derechos de los pueblos.

JOSE DE DIEGO LOS MANDA AL DIABLO

La posición de los poetas nacionales de Puerto Rico—José de Diego y Luis Lloréns Torres—es la misma de Rubén, pero mucho más justificada, puesto que los Estados Unidos habían invadido la Isla y pretendían cambiar su personalidad histórica, privarla de su lengua y transformar o destruir su espíritu.

José de Diego, quien reconoció la importancia de Darío, a quien llamó «altísima cumbre de la poesía» y fué su mejor comentarista, censuró de otra parte a aquellos poetas modernistas sin genialidad, que en actitud desarraigada escapaban hacia un mundo de princesas, cisnes, hetairas griegas y abates, olvidándose de su circunstancia histórica y telúrica. Predicó la nacionalización de la literatura puertorriqueña y la destrucción de la *torre de marfil*. Aunque no fué un poeta ideológicamente modernista, utilizó metros del modernismo antes que Darío y después creó nuevas formas métricas, por lo cual cabría clasificarle

como premodernista, modernista y postmodernista. Su poesía patriótica, que por serlo nunca dejó de tener grandes valores estéticos, culminó en *Cantos de rebeldía* (1916), obra en que aparece el arte al servicio de la patria—poesía comprometida se diría hoy—y en la cual hay resonancias del Rubén Darío de la *Oda a Roosevelt*:

*Ni sabemos del salto mortal de las doctrinas
que puso a California al pie de Filipinas.
Perdonad, Caballeros, si estamos inconscientes
de vuestras concepciones del Derecho de gentes.
Ignoramos aquellas sublimes concepciones
que os dieron la simbólica Isla de los Ladrones.
Ignoramos, en estos históricos reveses,
la lengua y el sentido de los pueblos ingleses.
Hablamos otra lengua, con otro pensamiento,
en la onda del espíritu y en la onda del viento.
Y os estamos diciendo hace tiempo en las dos,
que os vayáis con el diablo y nos dejéis con*

[Dios.

(Aleluyas—A los caballeros del Norte)

La obra total de José de Diego está saturada de los temas latino, hispánico, antillano y autóctono, así como de simbologías sacras, de las cuales la más dramática es la del cordero pascual del escudo puertorriqueño (otorgado por los Reyes Católicos), convertido en el cordero del sacrificio, entre las garras del águila norteamericana.

Luis Lloréns Torres igualmente fué un poeta admirador y seguidor de Rubén Darío. Inventor de dos nuevos ismos, el *pancalismo* (todo es bello) y el *panedismo* (todo es verso), siempre miró hacia el modernismo, que quiso innovar con sus novedosas ideas estéticas. Sin embargo, lo importante de este poeta es la temática: hispanismo, antillanismo, tradición vernácula, folclore. Como José de Diego arremetió contra el imperialismo norteamericano, dejando una obra interesante en ese sentido, que recogió en su poemario último *Alturas de América*, que como indica el título, aspira a ofrecer una visión cumbre del mundo sudamericano. Ejemplo de su reacción a la dominación norteamericana de Puerto Rico es el

fragmento siguiente de su poema *Recibo de intereses vencidos*:

*31 de diciembre de 1938 de Jesucristo:
año 40 de la dominación yanqui en Puerto Rico.
En este año hoy finiquito,
cincuenta millones de dólares volaron de nues-
[tros bolsillos
al mercado de los Estados Unidos,
como todos los años que han transcurrido
desde la dominación yanqui en Puerto Rico.*

Los temas antillano e hispánico quedan registrados magistralmente en su famoso poema *Canción de las Antillas*, que aparece publicado en el mismo libro y del cual ofrecemos el siguiente fragmento:

*¡Somos las Antillas! Hijas de la Antilla fabu-
[losa.*

*Las Hespérides amadas por los dioses.
Las Hespérides soñadas por los héroes.
Las Hespérides cantadas por los bardos.
Las amadas y soñadas y cantadas
por los dioses y los héroes y los bardos.
Cuando vuelvan las hispánicas legiones
a volar sobre la tierra como águilas;
cuando América sea América, que asombre
con sus urbes y repúblicas;
cuando Hispania sea Hispania, la primera
por la ciencia, por el arte y por la historia;
cuando medio mundo sea
de la fuerte raza iberoamericana,
las Hespérides seremos las Antillas,
icumbre y centro de la lengua y de la raza!*

No solamente los poetas, sino que también los prosistas del modernismo puertorriqueño siguieron la temática descrita. Es interesante concluir finalmente que el modernismo literario puertorriqueño dió impulso y renovación a nuestras letras, despertó la conciencia patria, defendió la tradición y la lengua en momentos cruciales de transición histórica de nuestro pueblo, todo ello en un arte que, a pesar de seguir al modernismo rubendariano, ofreció matices propios y tuvo su sentido de originalidad.

RAMON DE GARCIASOL

QUEJAS A RUBEN DARIO (1941)

*POR TODOS QUIERO HABLARTE MI DON RUBEN DARIO,
porque es hora madura para decir verdades
desde este hermoso puesto donde sangro y sonrío,
manadero consciente de tantas claridades.*

*Quiero varonilmente decirte que las rosas
están desatendidas y solas justamente,
que nuestra sangre fluye por más rotundas cosas
y más altos luceros se encienden tras la frente.*

*Ha llegado la hora —óyelo bien, maestro—
de jugarse la vida completamente en serio
y validar con brío del corazón más nuestro
un mundo sin carisma de poesía y misterio.*

*Ha llegado la hora imponente y sin par
de romper con las modas, con las falsas canciones
con que se entretuvieron tus tiempos en cantar
y oponer a lo enteco razón de corazones.*

*Por vosotros tenemos huérfanos los costados
y la voz sin respuesta fraterna abandonada,
y andan entre las balas como robles sagrados
los hombres por la Tierra toda mortificada.*

*Pero ya nunca, oidlo con el sentido claro
que os da el haberos muerto para siempre jamás,
volverá el hombre a verse para sí tan avaro,
tan fuera de sí mismo como vosotros. Mas:*

*estamos orgullosos, aunque os recriminamos,
de estar en la palestra primeros y seguros,
pero porque os queremos y en vuestra lengua hablamos,
sentimos en justicia ser filialmente duros.*

*No negamos la sangre que nos viene de casta,
que al fin la vida os debe nuestra vida de penas
y esperanzas más fuertes: mas sabed que no basta
sentiros como padres presentes en las venas*

*para admitir sin juicio severo y amoroso
vuestro hacer que hoy nos mata, vuestra menguada herencia
a que no renunciamos: hijo respetuoso
no es ser ciego y ser sordo y mudo a la decencia.*

*El mundo tiene hoy alma y el alma es pura llama,
y en los pulsos del hombre hay soles inspirados.
En vuestro pobre tiempo se moría en la cama,
se iba ante la muerte con los ojos vendados.*

*De tú, de igual a igual, a hablar nos da derecho
este esfuerzo gigante, con los héroes más altos,
porque tenemos bosques de fe poblando el pecho
y mares de esperanza forjando nuevos saltos.*

*Los sollozos de otoño, crepúsculo —¡Verlaine!—,
os dejaron la médula del hueso sin coraje,
el alma desalmada cegada al mal y al bien,
y mansamente ajenos a vuestro propio ultraje.*

*Tú te salvas de tantas palabras que es preciso
decir desde este frente cercado de hambre y fuego
porque en el narcisismo tú no fuiste Narciso
y no tomaste al hombre a esclavitud y juego.*

*Pero tu voz andina, de alientos oceánicos
no empleaste como era tu ley en la batalla
de ahorrar, Rubén Darío, sacrificios titánicos
porque no sea el cosmos un jardín de metralla.*

*Tú pudiste, maestro, como nadie hasta entonces,
remover las conciencias al soplo de tus versos,
y repicar peligros con los más puros bronce
de la palabra humana sobre los universos.*

*Tú pudiste, Darío, cantar menos la orgía
de la celeste carne de la mujer, y darte
juvenilmente al canto de abrir a la alegría
del hombre la grandeza de ser hombre, con arte.*

*Tu cantar ha podido, con voz de continente
a continente, cantar como nadie, Rubén,
este impulso divino a la luz de la gente
en pie frente a la muerte, sobre el dolor. Amén.*

*Por eso a ti, Darío, me dirijo violento
desde el duro combate florido de balazos,
y al tiempo que te increpo decirte que te siento
andarme por las sienas, erguido entre mis brazos.*

*Piensa que no nos duele vivir como nos toca,
sino que no podamos decir de nuestros muertos
de otras generaciones, llenándonos la boca,
lo que dirá la Historia de nuestros hechos ciertos.*

*Pero cuando la hombría responde a la llamada
dando su paso al frente de tan perfecto modo,
al no ser para siempre, no se ha perdido nada,
definitivamente se está ganando todo.*

RUBEN en la ISLA DORADA

CONCHA ALOS

ALGUNAS veces parece existir una misteriosa correspondencia entre el hombre y su medio. En ocasiones uno y otro se complementan de una forma imperceptible, real. Podía decirse que en esos casos la asociación hombre-tierra-paisaje se asemeja a esos musgos de aspecto aterciopelado y agreste que se integran para vivir en una simbiosis afortunada. Si el hombre es un artista, absorbe de esa tierra el estímulo de trabajo, brindando a cambio su obra, el *leitmotiv* de su temática, extraída del paisaje, hombres, usos en que ha bebido. El Greco, que deambuló por Italia pintando obesas matronas a lo Rubens, no se encontró a sí mismo hasta pisar un Toledo inquisitorial y esplendoroso. Dante, expulsado de Florencia, nunca pudo olvidar su armonía, la corriente del Arno, sus enemigos ni el platónico amor que le inspiró una florentina lejana e imposible. Rubén Darío, errabundo y envenenado por todas las nostalgias y todos los aburrimientos, por amores y ajenjos, experimenta esa llamada de la tierra, atracción extraña y enraizadora, promotora de emociones e impulsora de trabajo, en Mallorca, la isla de oro como la llama él, manejando esta palabra, oro, que tanto le gustaba:

*Quietud, quietud... Ya la ciudad de oro
ha entrado en el misterio de la tarde.
La catedral es un gran relicario.
La bahía unifica sus cristales
en un azul de arcaicas mayúsculas
de los antifonarios y misales...*

El apunte parece tomado desde el barco momentos antes de pisar tierra mallorquina, como si a la vista de la catedral, de las palmeras de Sagrera, de los festones simétricos del techo de la lonja, ya se le hinchara el corazón de música y por fuerza tuviera que dejarlo estallar en versos.

PRIMERA ESTANCIA

Rubén Darío visitó la isla en dos ocasiones y en las dos navegó hacia ella en plena crisis de melancolía, impulsado, sin duda, por esa fuerza instintiva que tienen algunos espíritus vitales para escapar de la tristeza y no morir. La primera vez (1906-1907) habitó la colina de Bellver, cerca del castillo donde el monarca catalán Juan I tuvo por un tiempo su regalada corte, donde Jovellanos gozó y padeció destierro y donde el general Lacy fué fusilado. Allí poseía una abierta ventana asomada a los pinos. Unos pinos que por los años cincuenta y seis se poblaron de tozudas y arrasadoras procesionarias, hermosas y urticantes, que se unían en inacabables manadas reptantes, ciegas a todo lo que no fuera su feroz voracidad para acabarse hasta la última aguja de pino. Pero Darío no vivió la plaga. Los pinos que nos pinta no son moribundos, sino verdes, son pinos que esconden ruiseñores y son argentados por una luna gorda que aparece cada veintiocho días por el monte y se refleja, luego, en el mar.

*Cuando en mis errantes pasos peregrinos
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos...*

A este primer período corresponde su novela *La isla de oro* y su obra lírica de tono más luminoso y optimista. A veces incluso bañada con un humor claro y eufórico, con el que

se burla de sus propios males, de sus achaques y de sus defectos, como en la *Epístola* a la señora de Lugones:

*Hoy, heme aquí en Mallorca, la terra dels
[foners,
como dice Mossen Cinto, el gran catalán.
Y desde aquí, señora, mis versos a tí van...*

En esta poesía, descriptiva y colorista, nos retrata Darío lugares y personas de aquel tiem-

po: la Plaza Mayor, Porto Pi, el archiduque austriaco Luis Salvador, los cuadros sobre Pollensa de Santiago Rusiñol...

SEGUNDA ESTANCIA

Según el padre Batllori, en un corto y completo estudio de la estancia del poeta en la isla, Rubén Darío realiza su segundo viaje



Valldeмосa, con la Cartuja tras su huerto de cipreses. En uno de los edificios de la derecha vivió Rubén Darío

JOSE CRUSET

*POR DEBAJO DEL SIMBOLO, POR ENCIMA DEL CANTO,
como un río de siglos, transcurrían las tristes,
encendidas palabras de lo antiguo del alma,
que tu cuerpo, enemigo, navegaban. El brillo
de tus nombres, tus principes; de tu estirpe de cónsul,
bebedor de champaña, de ancestrales recuerdos
anteriores a todo, ha dejado semilla.*

*Y, al pararnos, ahora, a contemplar tu nombre,
al pararse la sangre de repetir tus versos,
cruza un rumor de tules, o de palomas suaves
que añoran la aventura de tu voz y tus manos.*

en 1913. Entonces, se instala en el hoy llamado Palacio del Rey Sancho, junto a la cartuja de Valldemosa. Era la quinta de recreo del matrimonio Juan Sureda y Pilar Muntaner. Juan Sureda, teorizador de la estética modernista sobre cuya tendencia pronuncia conferencias y Pilar Muntaner, que pinta olivos, árboles venerables de troncos grises, torcidos en chepas, arrastrados y mates sobre la tierra rojiza, bajo la luz naranja de los atardeceres.

Los «olivos que tu Pilar pintó» fué la definición del olivo que dieron los versos de Darío. Por allí, por un camino de olivos que reptaba hasta la montaña, salpicado de romero y de excrementos de cabra, está la ermita de la Trinidad, donde media docena de monjes barbudos y sencillos profesan la pobreza y la castidad en votos perpetuos y simples. Bajo la advocación de san Antonio Abad, regalan al visitante agua fresca y aceitunas ásperas aderezadas con hinojo marino. Aquí, en la ermita de la Trinidad, conversaba Darío largamente con un viejo ermitaño que, procedente de un hospital de Palma, subió a morir cerca de este incomparable y luminoso cementerio que, pequeño y pobre, cercado de panales de abejas, se tiende entre la ermita y el mar azul, indiferente y soberbio. Y dice Unamuno que en la Foradada, la roca gigante entre Valldemosa y Deyá, encontró todavía (1916) la señal tiznada del humo que hizo el poeta al guisar, vestido de cocinero, una succulenta paella con sus propias manos.

LA CARNE, LA LIRA Y EL PADRENUESTRO

Este tiempo está señalado con la colección de prosas que recoge con el título de *Oro de Mallorca* y una serie de poesías muy melancólicas, algunas incluso angustiosas, en las que parece buscar con las manos extendidas una fe que se le resiste. Son los días de *La Cartuja, Valldemosa, Danzas gimnesias*, que fueron elaboradas por el poeta más tarde, con recuerdos e impresiones de aquellas horas en que él luchaba contra la tentación del licor, por motivos no puramente morales. Una crisis hepática lo tenía enfermo y el médico le había impuesto una dieta rigurosa. A veces caía en la tentación como aquella mañana que escapó de la vigilancia del matrimonio Sureda para correr a la farmacia y comprar una botella de vino quinado que tragó de golpe. Porque, como él dice, débil es su carne, floja su voluntad:

*Dadme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca en que vino y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.*

El tiempo que Rubén Darío vivió en Mallorca es intelectualmente magnífico y cuenta con un plantel de mallorquines admirables que, en la isla o fuera de ella, influyen decisivamente en la vida mallorquina: Costa y Llobera, Gabriel Alomar, Miguel de los Santos Oliver, Juan Alcover. Este poeta dedica al nicaragüense un retrato sincero en sus prosas *Mestres i amics* y otro, en verso, de una gran fuerza plástica, *L'hoste*, el huésped:

*Ha arribat un home intensament pàllid,
que la dolça lira punteja per joc;
a terra ivernenca porta un alè càlid,
porta un alè jove del país del foc...*

Unamuno, alojado años después en el mismo casal valldemosino por los hospitalarios Pedro Sureda y Pilar Muntaner, nos cuenta en *Andanzas y visiones* lo siguiente:

«Al arrancarse Rubén de Valldemosa, cuando le llamaban el mundo y la muerte, llegó por la carretera de Palma a un punto en que descubrió la airosa fábrica de la catedral y entonces hizo parar el carretón, descubriéndose, pidió a su cordial amigo Sureda que le rezase un padrenuestro, contestóle devotamente, se santiguó e hizo luego un gesto de trágica resignación que era una despedida y como el último saludo de quien se dispone a arrojarse al abismo...»

DES DE L'URNA EL POETA

Voy a decir, en la rigurosa fluidez de los hexámetros, para cuyas cesuras masculinas tanto se presta el catalán, mi canto al autor de «La salutación del optimista», que hace a sus lectores, en el atrio de «Cantos de Vida y Esperanza», esta corta advertencia: «En todos los países cultos de Europa se ha usado del hexámetro absolutamente clásico, sin que la mayoría letrada y, sobre todo, la minoría leída se asustase de semejante manera de cantar. En Italia ha mucho tiempo, sin citar antiguos, que Carducci ha autorizado el hexámetro; en inglés...»

M.M.

*TUSTO AMB NUSETS D'ESPONDEUS I DACTILS L'URNA ON
Rei del vers, el cos segat pel tall de la dalla REPOSES,
que, tants cops, glaça els robins de les teves pupil·les
tòrridament cremades pel foc de la carn en incendi.
Tusto, ja un xic las, com tu quan cantaves la Vida
roja i blava: de sang i de venes, de dol i Esperança,
plens, els llavis del cor famolenc, de sagradas preguntes.
No és el mateix guaitar en un bressol que tustar en una tomba;
amanyagar el cap ros d'un nadó on apunten els rinxols,
que interrogar davant la fredor pelada d'un crani,
ni que —greu i llis com el teu— l'abrillanti la Fama.
Quan la dolçor dels dits maternals et cobria de blondes
i de cançons el clot del bres, la Vida et somreis
—flor de pètals de llum i perfum— esclatant optimismes.
«Tot —mussitava— és bell i dolç: copes altes en brindis.»
«Tot, si és bell i dolç —ja gran—, tu affegies, és apte
per a que l'home espremi, golut, l'alegria de viure.
Poques raons, doctors, contra el dret a la sacra verema
entre els vinyets llampants pels frondosos pàmpols de Bacus.
Morts, cauran els mots dels caducs sermonaris que vulguin
desencisar de faunes i nimfes la jave Natura.
Sí, que passi el Jesús suau del cast Evangeli,
rio de paraules crestant fines mels de rústegues arnes.
Tots hi cabem al sarau del món; mes que no l'aigualeixin!»*

*Prompte es véu que les aigües lustrals de la font del baptisme
foren escasses per a tants fronts encisers de sirenes
joguinejant al teu pensament. Els rancis misteris
del d'on venim i on anem, del que lluu a l'altra boca del túnel,
amb uns toquets més valents de lira pagana, els mataves.
Es tan senzill, mentre els poltres ardents a la porta renillen,
de no negar-se al goig xuclador de la brida tivada
únicament per —coltell al flanc— fer més folla la cursa!
Es tan senzill taponar les crelles al clam dels silencis
insatisfets que criden, criden del fons de l'orgia,
i de tancar la nina feliç als zodíacs impàvids
fosforejants al cor de les nits fatigues i insomnis!
Mes a la creu dels alts esperits mai no hi manquen les ales,
mentre no es neguin, per tesi, als ocults esbatecs de la Psiquis
que, en papalló, tu envies a un clau de la Creu redemptora.
Un com a deix de Déu enyorat redimeix els teus llibres,
com un sanglot somort clamant al Crist perquè ensengui
sobre l'abisme del món sensual cinc nafres sagnotes.*

*Ara, doncs, que ja has traspasat les muralles obscures
de la ciutat teològica on viu la Pau sempiterna,
ara que ja el teu esquif ha trencat els cristalls de l'Aurora
çoi que ja has redreçat, a la neu del coll del teu cigne,
l'interrogant de tots els perquès que et nuaven la gorja?
Oi que ja, en els veires daurats dels teus versos, aixeques
sucs de raïme d'Engaddi no espremut per les potes de Bacus?
Ah, no és igual guaitar en un bressol que tustar en una tomba;
interrogar els ullets vius d'un infant que les conques d'un crani
plenes de pols, de mort... Rubèn! Terminà l'agonia
que t'angoixà sota el pes de plom de la culpa nefanda.
No, no et fallà la veu pressentida d'«Aixeca't i tresca!»
I la «tristesa immortal de ser diví» ara et canta
ja convertida en goig etern d'encarnat a l'Altura!
Déu existeix! L'Amor és immens! Els clarins ho proclamen
per les esclertes del vas que guarda els teus ossos d'inclit
més fortament que ho feies cantar al seguici dels Màgics.
Crist, no Zeus, estreny al puny els llamps de la Vida!
Crist, no Diònisis, omple els calzes del vi de la Joia!
Còndors d'ales enormes al vent, estendards solemníssims,
nues espases que enceguen els ulls, lloers en corona,
trompes de Pau en concert de clamor i silenci, al·leluia!
Es l'Esperit, qui triomfa. Ho diu, des de l'urna, el Poeta!*



Francisca Sánchez, la amada de Rubén Darío, en sus últimos años

LA FRANCISCA SÁNCHEZ YO ACOMPAÑÉ

HOSPITAL Clínico de Madrid. A las cinco de la tarde, el cáncer pica dulcemente, como una enfermedad benigna. Conocí a Francisca Sánchez en el Hospital Clínico de Madrid. Buenos oficios del poeta López Anglada y del rubenista Antonio Oliver. Uno, por entonces, entraba en los hospitales como en las salas de exposiciones. Dispuesto a sorprenderse, pero no demasiado. Uno, por entonces —hace pocos años— no tomaba en serio eso de los hospitales. Ahora es otra cosa.

Francisca Sánchez, la musa de Rubén, murió al poco tiempo. Tenía media cara tapada por una gasa blanca. Tenía media vida comida por el cáncer. Fui con el fotógrafo para que le hiciese las fotos crueles entre la vida y la muerte. Pero Francisca Sánchez andaba bien tiesa por los pasillos. «Es la viuda de un señor que fué famoso», decían las enfermeras y los enfermeros. La viuda del Modernismo era una vieja alta y de negro, con el blanco trágico de la gasa

sobre el rostro. Yo acompañé alguna tarde a Francisca Sánchez en sus recuerdos, en sus memorias, en sus cosas. Sacaba de un armario blanco, como del hospital de los recuerdos muertos, reliquias del poeta. Y charlábamos.

—Yo era hija de un guarda de la Casa de Campo. Había ido allí, como todas las mañanas, a llevarle la comida a mi padre. Y de pronto me encontré con dos señores que me observaban y me llamaron. Primero me fijé en el de la barba grande, que estaba manco. Era don Ramón del Valle-Inclán. Qué apuesto era. Pero el otro me miraba de una manera tan fija... Tenía una cara extraña. No parecía español. Era él. Era Rubén. Luego nos enamoramos y ya ve usted...

Francisca Sánchez, acompañame. La analfabeta posparnasiana metía alguna vez baza ignorante en la conversación, en casa del poeta. Rubén debía de sentir por ella eso que Eugenio d'Ors llamaba «alipori». Y procuraba alejarla de la tertulia: «Francisca, te llaman al fondo.» Y todos sabíamos que al fondo no había nadie.

CARMEN CONDE

LE DIGO A RUBEN DARIO EN SU AUSENCIA...

*LIBROS DESLUMBRANTES ERAS.
Rotundos sonoros versos.
Eras un grave retrato.
La torre más torre de Dios.*

*Cuando un día,
coronando la sierra de Gredos,
te trajeron a carne y a hueso:
cuajaste en un hombre,
de caliente y fraterna presencia.*

*—Francisca me hablaba de ti;
a vivo te me traía.
Tan firme y rotundo que, a veces,
latían tu frente y tus manos.
Amigos, bebimos champagne de Francia
con ella. Los tres.*

*Agil lumbre consumiendo niebla
en Metapa irrumpiste, Rubén.
Desgranaron mis dedos la tierra
que cuajara en tus labios. Tu tumba
me abrumaba de ajena.
Porque tú aún latías allí;
porque tú eras fuego y no cosa
de metálica fama batiente.*

*—¡Cuánto hablamos reunidos
(digo Francisca, tú y yo)
por la Casa de Campo!
De tu Europa, de América,
de viviendas humildes y blandos salones...
Junto a Nervo prendimos un fuego
—con libros de versos y cartas—
que ofreciera, en París,
a Francisca calor.*

*En algunas poesías te ciñen
casacas, galones de oro;
en otras fulgura
un manto de ajeno francés.*

*¡Clarines, timbales, los pífanos, claman!
Y gimen suspiros de brisa,
trémulas lágrimas tiernas...
(Prefiero, perdona,
que no te retumbe la lira).*

*Me gusta que digas que amas y gozas
y alabo tus nobles palabras de esposo:
aquellas que, un día,
rendiste a Francisca con fe.*

*Leyendo en tu Archivo, te encuentro
muy noble señor.
Trabajabas tan duro, consciente;
hablabas despacio... Sonámbulo
serviste al amor y a la vida.
(¡También privaciones constantes
cercaron tu casa...
Y aquellos que te rebanaron
de lo que tú mismo fuiste...!)
Lo supe por ella, y más tarde,
en toda la americanidad.*

*¡Ahora dicen que tienes cien años...!
No saben el tiempo que puso
Nicaragua para hacerte a ti.
Tú traes milenios. Los siglos
Junios fueron tuyos.*

*—A la fuente de la eterna sombra
casi acabo de acompañar
a aquella a quien tú le pediste
que te acompañara...*

*Por ella
y no por tu fama,
yo aprendí a quererte, Rubén!*

FRANCISCO UMBRAL

Me lo ha contado un poeta cubano. A las cinco de la tarde, en el Hospital Clínico de Madrid, el cáncer pica como una enfermedad benigna. Allí murió Francisca Sánchez, la olvidada musa de alejandrinos. Entre grandes ingenios la enseñaron a leer. Ella fué la primera mujer que disfrutó eso de igualdad de oportunidades. Una igualdad que fué, realmente, privilegio. No a todo el mundo le ha enseñado las primeras letras don Ramón del Valle-Inclán. Porque Rubén tenía menos paciencia con ella. ¿Por qué olvidarnos del Rubén bebido, bebedor e irascible? Para ver por dentro a un genio no hay más que mirarse por dentro. La genialidad es lo que se manifiesta hacia afuera, en obras. Por «de dentro», todos igual de borrachos. Borrachos de vanidad, o de miedo, o de vino. Francisca Sánchez estaba allí, a las cinco de la tarde, tiesa y entera, cerca ya de la muerte. Luego la sacarían por la puerta trasera, en el negro furgón. Francisca Sánchez—¿por qué tanta vida dentro de la muerte, por qué tanta

muerte dentro de la vida?—, acompáñame. Y no hay más que hablar.

—Salvo que el responso a Verlaine lo escribió Rubén de un tirón, en un tirón, en un café, sin correcciones—me sigue contando el poeta cubano.

Y hay en mi evocación un poeta cubano que interpone su sombra oscura y una mujer de negro, terrosa la cara junto al paño blanco de la carcoma. Y aquella mañana de la Casa de Campo, como una litografía del Modernismo, donde dos poetas retóricos se encuentran con una casi campesina y se enamoran.

Pero el tiempo se ha puesto amarillo también sobre estas fotografías. Uno ya no anda por los hospitales ni por los cócteles ni por sitio que lo valga, buscando al famoso de ayer o de hoy o de mañana, buscando al juguete roto. Francisca Sánchez, niña de luto del Modernismo, juguete roto que Summers no filmó a tiempo.

La mejor musa es la de carne y hueso. Salvo que el cáncer suele llevársela por delante. El mejor poeta es el que pastorea todo un idioma inclito y ubérrimo. Salvo que el alcohol u otras miserias suelen llevárselo por delante. Yo no tengo nada a favor ni en contra. Es la vida la que pone las cosas así. Vivir es una mala jugada que nos hacen. «Somos eternos soñadores de salud», dijo el nada rubeniano Jorge Guillén, paisano del corazón, con cuya amistad perdida y encontrada me honro. Las musas se mueren con un trapo en la cara. Los poetas se mueren de perfil, como los gitanos de Federico. Pero los poetas y las musas siguen moviendo el mundo. Yo, que llevo largos meses muriendo de enfermedades leves, viviendo de enfermedades graves, digo y me digo: «Francisca Sánchez, acompáñame.»

ESTA TRONANDO MOMOTOMBO:
tambor de lava, voz de trueno.

Canta una vieja canción dura.
Dice la edad que tiene el viento.

Rompe los duros odres grises
por donde se desangra el cielo,
sobre las dos lagunas anchas,
sobre los ríos, sobre el suelo
rubio de suaves platanares...

Golpea manos, rostros, pechos,
enciende antiguos ojos indios,
pone guitarras al silencio...

Está tronando Momotombo
y a rojos gritos va diciendo
por el cristal de la montaña
un nombre que es un recio verso,
un nombre que es una bandera
hecha de luz, y sangre, y tiempo.

Está gritando Momotombo:
¡Félix Rubén García Sarmiento!

RUBEN en CATALUÑA

RAFAEL MANZANO

No puede escribirse una biografía de Rubén Darío sin instalar, al fondo, una escenografía de Barcelona, así como de esa otra Cataluña del oleaje que es Mallorca.

Su llegada a la Ciudad Condal se ubica en una fecha crítica: 1898. Planteado, en la redacción del diario *La Nación*, de Buenos Aires, el problema de enviar un redactor que informase sobre la coyuntura española después del Desastre, el poeta de *Cantos de vida y esperanza* dió un paso al frente, pronunciando una sola palabra: ¡Yo!

Las noticias sobre el estado de España deberían ser alarmantes. Sin embargo, Rubén Darío tiene la fortuna de entrar en nuestro País por la puerta de Barcelona. El poeta, que es a su vez agudo periodista, sabe captar en el ambiente una atmósfera confortadora. «Llegué a Barcelona—escribirá en su precipitada "Autobiografía"—y mi impresión fué de lo más optimista posible. Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador, que siempre es aquí un poco práctico, como en el menestral, que es siempre un poco soñador.»

Con fiebre periodística escribe, bajo el cielo barcelonés, su primera crónica. Uno de sus más inteligentes biógrafos, Juan Antonio Cabezas, registra, con lealtad, el giro del espíritu de Rubén Darío en las jornadas vividas en Barcelona. «Su contacto con la gran ciudad

mediterránea cambia un poco la imagen que se había formado de España.» «Su optimismo intelectual se fortalece al contacto con la vida catalana.»

COLON Y LAS CHIMENEAS

La inicial crónica la fecha el 1 de enero de 1899. En los primeros párrafos de su trabajo literario transcribe un diálogo recogido de labios de pasajeros de la nave y de los hombres del muelle. Se lamenta de no poder transmitirnos el coloquio en idioma catalán; «como lo oí—son sus palabras—, porque ganaría en hierro».

¡Mira qué hermosa la estatua de Colón, al amanecer!

En Deu. Mas valiera que le hubieran sacado los ojos a ese tal.

Duele en Cataluña, en mayor parte que en otro lugar de España, el Desastre; esta región había empezado, tardíamente, la aventura americana en el siglo XVIII. Primero, sobre los «Navíos de la Ilustración» que historiara Bastera. Luego, a bordo de los buques del marqués de Comillas. Cataluña, cuando llega el corte brusco con América, tiene fresco, en los labios, el sabor de la fruta cuando el resto de las comarcas españolas sentían la fatiga de la posesión. Resuena en el aire el verbo de Maragall, llorando a los barcos y a los



Rubén y Francisca Sánchez (joven, guapa y con sombrero de época)

hombres perdidos y tienen sus palabras acen-
tos de tragedia helénica.

On son els barcos? On son els fills?

Pregunta-ho al ponen i a l'ona brava.

Sin embargo, se palpa en la Ciudad Condal, cabeza de Cataluña, un deseo muy vivo de «regeneración». «Sano y robusto—escribirá— es este pueblo desde los tiempos antiguos. Sus hijos son naturales y simples, llenos de la viva sangre que les da su tierra fecunda.» «Ellos han erizado su tierra de chimeneas, han puesto por todas partes los corazones de las fábricas. Tienen buena mente y lengua, poetas y artistas de primer orden; pero, además, están ricamente provistos de ingenieros industriales.»

Rubén Darío se entrevista con fabricantes y catedráticos. Pasea por las ramblas, «esa larga vía donde van y vienen, rozándose, el sombrero de copa y la gorra obrera, el smoking y la blusa, la señorita y la menegilda.»

UN REMEDO DE LO FRANCES

En el breve puñado de tiempo que dura su contacto con Cataluña se entera de muchas cosas sustantivas, con las que adoba su crónica: de la presencia de un poderoso regionalismo nacido a la sombra de la vuelta de los «indianos» de América, con una mentalidad liberal que choca con el resto del país; recogen sus antenas «la sorda agitación del movimiento social (palabras insertas en su "Autobiografía") que más tarde habría de estallar en rojas explosiones». Visita *Els quatre gats*, y—buen parisino—no se le escapa el sabor montmartresco de su atmósfera. «*Els quatre gats remeda a Chat Noir, con Pere Romeu por Salis.*» En el puñado de horas barcelonesas advierte que la generación romántica catalana ha periclitado, así como perdido influencia la de la Renaixença. «*Balaguer*—escribe Rubén— es del pasado; el padre Verdager apenas logró llamar la atención con su último libro de Jesús; vive del reflejo de La Atlántida y del rumor de El Canigó.»

Al vate nicaragüense lo atraerá el «modernismo» respirado en las calles barcelonesas; el primer nombre de literato nuevo catalán incluido en sus crónicas será el de Santiago Rusiñol.

No obstante la cantidad de material recogido en su husmeo por nuestras tierras, se promete a sí mismo un retorno a ellas. «*He de volver a Cataluña y estudiar esa existencia fabril que se desarrolla pródiga en focos como Reus, Mataró, Villanueva y Sitges.*»

El contraste entre la advertida vitalidad catalana y el ambiente que captará en Madrid es muy acusado. También en la capital de España una nueva generación pugna por ocupar los puestos que el tiempo y el viento de la historia deja al desnudo. «*Cánovas ha muerto*—escribe Rubén—; *Castelar vive desilusionado; Valera está ciego; "Clarín", agotado.*» Y apura su acedo juicio diciendo: «*no está España para literaturas, amputada, dolorida, vencida.*» (Se le escapa al sagaz periodista una cosa: que precisamente, sangrante y en cruz, España está para literatura.)

PRELUDIO CATALAN

La cita con Barcelona la aplaza Rubén Darío hasta 1913. Hay, como un anticipo en Mallorca, huésped de la familia Sureda, preparador de su ánimo para el encuentro con Cataluña. Será su estancia mallorquina, trabajadora y mística, un verdadero preludio catalán. Oye, en el puro catalán mallorquín, rumoroso y dulce, como una zumbadora colmena el elogio a su persona escrito por Joan Alcover.

*Ha arribat un home intensament pallid,
que la dolça lira punteja per joc.
a terra hivernenca porta un alé càlid
porta un alé jove del país del foc.*

El mismo introducirá vocablos catalanes—como también haría su amigo don José Zorrilla—en el triunfo multicolor de sus versos. En la maravillosa epístola a la esposa de Lu-

*ÉS «ADMIRABLE»
la paraula que deien
els grossos llavis,
amb desdenyós elogi.
Després, cansats, callaven.*

*En una illa
d'aquesta mar, un dia
ens arribava,
trist, molt malalt, un home
d'intensa pallidesa.*

*Cendra de somnis
dintre pous de silenci
colgà. Sabia
com l'aigua pot mirar-nos
des d'un fons d'ulls immòbils.*

*Llot, solitari
palau. Enllà de nues
estances closes,
fredes pors començaven
altes cançons de l'aire.*

*Sols ell sentia
remor de veus antigues,
la lenta sorra
del temps, vidre d'escuma
trenecat a frec de platja.*



Rubén Darío, en sus buenos tiempos

gonos encontramos, por ejemplo, estos simpáticos «catalanismos».

*Tal continué en Paris lo empezado en Anvers.
Hoy, hème aquí en Mallorca, la terra dels
[forners
Como dice Mosen Cinto, el gran Catalán.*

Relee a Lull en libros primorosos, y la terminología difícil se la aclarará Joan Sureda, leal luliano. Paseará junto a Alomar...

No está Francisca Sánchez a su lado. Y aunque la culpa y la disculpa, su sombra cruza por sus cartas a Julio Piquet perfilando su vacío. «*Tenia a esa pobre mujer—y mi vida por culpa mia, de ella, de la suerte—era un infierno. Y ahora, la soledad.*» (29 noviembre 1913.)

De Mallorca a Barcelona, en el «Jaime I». Va a empezar una aventura heroica, pues esfumados sus ingresos de embajador, cónsul, director de *Mundial*, sólo tiene, para mantener a flote la nave, las colaboraciones de *La Nación*.

EL HUERTO DE FRANCISCA Y «EL GLOSARIO»

Se instala en el Tibidabo, en la calle Tiziano, número 16, en una torre propiedad del señor Cortés, en la barriada de «Los penitentes» (allí había vivido también Mosen Cinto). Vuelve al nidal del águila Francisca, la «princesa Paca», como la bautizó donosamente Amado Nervo, y Güichin, el polluelo.

Francisca Sánchez disfruta de huerto donde criar aves domésticas; Rubén Darío, contagiado de la solidez de la familia catalana, vive felices horas hogareñas. Engalana a Francisca y a su bella y frágil hermana María. Las sorprende con cenas fantásticas que él mismo prepara. Va logrando apartar, en lo posible, el demonio del alcohol, que, como un can, ronda su puerta. Un escritor catalán, en una visita, lo vio agarrado a un crucifijo, del que nunca se separaba, lleno de horror por su existencia pecaminosa; de terrores, como un monje del medievo, ante la posible presencia del Maligno.

Vuelve a trabajar en el manuscrito de su novela, empezada en la isla de la calma, titulada *El oro de Mallorca*. Su protagonista, el poeta Itaspes, es una especie de su trasunto biográfico. Teme finalizar su escrito, porque deberá matar a su personaje. Le preocupa—como le oyera decir doña Pilar Montaner, esposa de Joan Sureda—el *más allá*.

Todo discurre muy a la catalana, lleno de «seny». Hace amistad con don Eugenio d'Ors, que le dedicará páginas de su *Glosario*; le organiza Rusiñol un homenaje, ofrecido por el Alejandro Sawa catalán, Pompeyo Gener; lo visitan Alfonso Maseras, Rafael Vehil, Federico Rahola, el joven y exquisito periodista Mario Verdager. Convivirá con otros huéspedes hispánicos de la Ciudad Condal, como el poeta Osvaldo Bazil y el ex presidente de Nicaragua señor Zelaya, descubridor anticipado del mundo luminoso de Sitges.

Pero el Maligno, pese a la vigilancia de Francisca Sánchez y de María, se filtra en la casa del Tibidabo tomando la figura del ingeniero Alejandro Bermúdez. Con su sutil táctica tomada del Averno, consigue dos pasajes, gratis, rumbo a Nueva York, en el «Vicente López», de la Compañía de Comillas; domina la escasa voluntad del poeta con dosis masivas de alcohol, sustrayéndolo al benéfico influjo de Francisca Sánchez. Y a Norteamérica se nos va Rubén Darío, como una trágica figura de marionetas de «*Els quatre gats*», cuyos hilos maneja Bermúdez bajo el pretexto de hacer propaganda aliadófila en el país del rifle terrible y el fuerte cazador...

«*¡Qué dolor que el poeta no siguiera en 1914 en Barcelona! Asociado a escritores y a editores catalanes, sus problemas económicos, no obstante la guerra de 1914, hubieran tenido solución.*» Así escribió varón tan documentado en la vida de Darío como Antonio Oliver.

Sola en las Ramblas, con Guicho de la mano, queda Francisca Sánchez. ¿Como un fantasma?

*Si no pretextos de mis rimas
fantasmas de mi corazón.*

Así recitó, rematando una cuarteta, el poeta Itaspes, de la novela rubeniana. No y no. La señora de la calle de Tiziano número 16, a la sombra del barcelonés Tibidabo, que se verá obligada a montar una pensión en su «torre» vacía y paradójicamente llena de memorias será, a partir de entonces, como una dulce sombra enamorada.

Cuando la inmensa pesadumbre rinde a su corazón, encuentra, en una hermosa dama barcelonesa, alto consuelo. En la Virgen de la Bonanova, en la que vierte sus penas, tan en confianza, que, aún hoy continúa la celestial Señora guardando su secreto.

LA TECNICA DEL MODERNISMO EN RUBEN

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Es cierto que el Movimiento Modernista tuvo en España brotes anteriores a Rubén Darío, pero no de la innovación total que hoy conocemos con aquella designación, sino de algunos de sus integrantes europeos—la creación poética de Verlaine, de los parnasianos y simbolistas, y sus seguidores; las derivaciones estéticas del prerrafaelismo inglés, etcétera. En Barcelona, siempre avizora a las nuevas tendencias artísticas y literarias, se traducen obras y comentan autores de las principales corrientes renovadoras de la literatura y singularmente de la poesía. La revista *Pel & Ploma*, y su sucesora, *Forura*, y el importantísimo grupo de sus colaboradores—Ramón Casas, Santiago Rusiñol, Apeles Mestres y algunos más—, muy en contacto con París, desarrollan diversas actividades. En el curioso libro de Llanos Aguilaniedo, *Alma contemporánea*, donde da unas normas que luego no sigue fielmente en sus obras, hay atisbos tan agudos como erróneas conclusiones, salvo en su novela *Pytiusa*, lo más logrado del autor. Lo mismo en Málaga, Salvador Rueda, asomado al ventanal de Europa, sin abandonar su poesía de patio andaluz, españolísima, parecerá un precursor porque en él se dan, más por deducción de lo que conoce y de intuición de lo que puede dar, características que naturalmente habrán de encontrarse en Rubén Darío, pero sólo en éste aparece la totalidad del Movimiento Modernista, con este adjetivo que, en un principio, fué una amplia calificación de modernidad—como en los «curas modernistas» alemanes coetáneos, que nada tienen que ver con él—y luego se llenó de sustantividad determinada e inseparable de un período estético, literario y aun vital y social, como señalaron dos modernistas, luego transformados: Juan Ramón Jiménez y Manuel Machado.

Lo que yo he llamado en otra ocasión «la vuelta de las carabelas», fué el Modernismo para la desangelada poesía de la época—el orquestal Núñez de Arce, el tremendo Campoamor y algunos otros no más destacados, y, detrás, la sombra venerable y alerta de Bécquer, conservando la auténtica lírica, en medio de la retumbante oquedad prosaica y narrativa de su tiempo—, que la vivificó en absoluto, porque poeta era su impulsor Rubén Darío.

Mucho ha costado y temo que cueste para quienes defienden sus errores como verdades, hacer ver a la crítica y a la seudocrítica del Modernismo que no se trata en modo alguno de unas influencias europeas fin de siglo, sino de un movimiento revolucionario que nos trae el poeta nicaragüense a España, ya totalmente desarrollado, y que, por lo tanto, estamos ante el primer movimiento trascendental de la poe-

sía hispanoamericana donde tuvo los mismos antecedentes que en España con otros poetas de allá—Gutiérrez Nájera, Casal, etc., más al tanto de lo europeo que España y Europa misma—, pero que en todo caso, sin duda alguna, supo aunar y cristalizar, en una técnica poética, el genio de Rubén Darío por toda la Hispanidad desde la propia América, siendo él el maestro indiscutible y admirado en un lado y el otro del Atlántico, sin que alcanzara con esto o quizás por esto, por su hispanoamericanismo latente en todo, la universalidad de otros poetas que luego no han tenido su trascendencia.

Y para disipar toda duda de la procedencia del Modernismo, así como de algunos de sus integrantes, escuchemos lo que dicen los enemigos suyos ante la floración prodigiosa que adquiere en la Península desde la aparición de *Prosas profanas*, esencialmente que envió su

autor, no como libro de venta sino a las pocas y creadoras mentes que habían de comprender su mensaje lírico y de toda suerte.

He aquí lo que en un soneto, imitando otro de Quevedo contra los poetas cultos, dice el archiacadémico y correcto poeta Ferrari:

*Mézclense sin concierto, a la ventura,
el lago, la neurosis, el delirio,
Titania, el sueño, Satanás, el lirio,
la libélula, el ponche y la escultura;*

*disuélvase en helénica tintura
palidez auroral y luz de cirio,
dése a Musset y Baudelaire martirio,
y lengua y rima pónganse en tortura.*

*Pasad después la mezcolanza espesa
por alambique a la sesera vana
de un bardo azur de la última remesa,*

*y tendréis esa jerga soberana,
que es Góngora vestido a la francesa
y pringado en compota americana.*

LUIS LOPEZ ANGLADA

AL NACIMIENTO DE RUBEN DARIO

*YA HAS SIDO MADRE, AMERICA; YA TIENES
un hijo poderoso como la voz del mar,
ya has ceñido corona de laurel a tus sienes
y hablas como las madres de la España solar.*

*Ya sabes de qué razas y qué volcanes vienes,
qué cruz te crucifica, qué alma te hace volar;
con qué cóndores vuelas, en qué Andes te sostienes,
a qué hijos, caudalosa, derramas tu cantar.*

*Mágica hermana América; nuestros viejos vitrales
saludan al incaico sol de tus catedrales
cuando te nace el hijo predilecto del sol;*

*cuando de oro y amor nuestra sangre coronas
y el acanto te ofrendan todas las amazonas
«y hay cien cachorros sueltos del león español».*

Creo que lo subrayado debiera haber abierto los ojos a algunos críticos en sus desvarios y errores, pero también con su conocimiento del origen de la odiada «nueva poesía», pero no quiero dejar de citar, para mayor exactitud, el pie de una caricatura de uno de los poetas modernistas, con melena, chalina, aspecto enfermizo y afeminado, y cara triste, un «poeta glauco», según sus torpes enemigos, que apunta ya directamente al creador de «toda gentileza», el propio Rubén: «Aldemaro Merengue, poeta nicaragüense, joya no descubierta todavía por nuestros modernistas.»

Pero no sólo yo en diversos estudios sin indecisión, sino tímidamente, el sagaz Henríquez Ureña, ha sostenido también la hispanoamericanidad del Movimiento Modernista.

Y, sin embargo, mentes confusas, pero obstinadas en mantener lo que no han querido

EL MUNDO POETICO MODERNISTA

Por eso en el Modernismo, cuyo mundo poético es «muy antiguo y muy moderno», presenta, junto a formas clásicas, un espíritu romántico; el medievalismo español con el exotismo oriental; el neoclasicismo francés y el impulso barroco de nuestro Siglo de Oro; la mitología griega con sus dioses, sus héroes, sus esfinges, sus centauros, sus faunos, sus sátiros, sus canéforas, sus efebos, sus bacantes, vista a través del Renacimiento italiano, y las damas y los abates en el encanto versallesco del dieciocho.

Los temas líricos serán los muertos jardines otoñales; las fuentes con temblorosos surtidores, cercadas de piedra gris y musgo; los estanques de aguas verdes y quietas; pero también

del siglo XIX, que tiene a veces la sombra de la muerte, pero no, como él, los cipreses del cementerio; la sombra de la muerte, con su evasión misteriosa y su seguridad inmortal, como en el gran siglo; no en sus miserables consecuencias de este mundo como en un realismo naturalista.

Pero también la serenidad clásica de un «mármol desnudo», de un friso, en que la acción se paraliza, como una secuencia cinematográfica que para su movimiento; el paisaje griego concebido por los helenistas franceses..., sin salir de Francia, cuyas sequedades peninsulares son verdes y los pintarrajeados templos, de rojo, amarillo y añil, se han vuelto blancos, como las leyendas clásicas, libres de su repugnante crueldad; olvidando a Tieste, o a Proque y Filomena por Adonis y la rosa por el laurel de Dafne...

Los países que se evocan alguna vez, antiguos o de la época, tienen el misterio de lo lejano o lo exótico; la belleza del tiempo o la fascinación cosmopolita: Oriente, Grecia, Roma, Arabia, China, Japón, Samarcanda, Africa, Florencia, París..., entre símbolo y ensueño.

Se pensará que esto es producto de una prodigiosa selección de lo bello y de lo emotivo, con mirada clásica y romántica a la vez, que así puede fundir con estas potencias —que Eugenio d'Ors, no mucho después, convertirá en categorías filosóficas— todo el mundo europeo, en una antología, como ya dije, reunida por el saber ávido de un hispanoamericano, como un turista de la historia y de la vida.

Ciertamente. Pero también percibido todo con una poderosa sensualidad que sólo tienen los pueblos nuevos, como los hispanoamericanos: valorado por una infinita serie de sensaciones que se oponen, se entrecruzan, se hermanan, se funden...

LA TECNICA DE LA SENSACION

El Modernismo enseña a dar vida real, con un realismo simbólico más que imitativo, a temas de ensueño idealista que no habían tenido vida literaria hasta entonces. Incluso cuando ha de llegarse a una situación naturalista se huye de lo puramente cotidiano y se centra en un ambiente imaginativo sin disminuir por ello su tónica de tensión dramática. Es como si la vida se estilizara en una elegante supresión de lo vulgar, de lo tosco, de lo gastado, sin perder sus líneas humanas, sino acentuándolas hasta dejar una imagen de ellas de fuerza involuible.

Para conseguir esto, el poeta ha de valorar en lo accesorio no todo, sino lo que es realmente significativo en el ambiente que crea y dedicarle descripciones en que se procura, más que la totalidad, lo evocador. El presente, por lo observado; el pasado, por la evocación de lo que queda, pero no con la mirada directa del realismo anterior y persistente junto a él, sino con la interpretación lírica, íntima del autor, que le ha dejado el innegable fondo poético del Modernismo, aun en nuestros días.

Muy superficial e injusto sería suponer, sin penetrar en ello, que el Modernismo no creó sino formas métricas, por otra parte importantísimas, ya que él las remozó o inventó para siempre y que es fácil descubrir en casi todos los versificadores actuales, pero sin el acompañamiento sensorial que es la clave si no es por el precursor, que siguen, de toda la poesía íntima, que es Rubén Darío.

Porque el movimiento modernista sustituye la visión del mundo que rodea al escritor por las sensaciones que le produce y llevará a su asociación y multiplicidad que anima primordialmente la literatura actual.

La sensación literaria y poética, no la apreciación directa del mundo que rodea al artista, al escritor y esencialmente al poeta, ansioso de la integridad de su mensaje, sino como lo ve éste, admitiendo y rechazando lo eficaz e ineficaz, respectivamente, para poder transmitirlo al lector, es el gran descubrimiento modernista; lo que hasta entonces no había constituido una técnica estética, un verdadero sistema poético, sino unos esporádicos elementos cuya trascendencia ni se intuía, y sustituirá, en gran parte, al antiguo metafórico verbal, radiado o encadenado, como cuando nos habla de una Diana, viril en lo cazadora y femenina en la lunar



10 enero 1907.

Sr. D. Rubén Darío

1880



Me estimado amigo y maestro: nada tiene usted que agradecer por el saludo; es justicia estricta. Ahora le saludo yo personalmente.

¿Cuándo nos favorece usted con unas palabras?

Le admira cordialmente,

J. Martínez Ruiz

1880

Azorin pide una colaboración a Rubén Darío

averiguar, lo relacionan y lo oponen o mezclan, según los casos, con la llamada «generación del 98», que tampoco discernen bien, llevando el confusiónismo suyo, ya que no la claridad científica, a los demás.

Sólo con la lejana y amplia mirada desde América se pueden integrar los elementos europeos —dejando a un lado los hispanoamericanismos— que se funden en el Modernismo y que a un europeo nunca le parecerían totalmente ensamblables. Y no es reacción contra nada porque en su origen no ha tenido que oponerse a nada tampoco. Se diría lo antológico de una cultura, en sus muy diversas manifestaciones, la europea, que una mente genial ha podido igualar, enlazar, con hallazgos insospechados para cualquier europeo, a través de España y de Francia, con una sensibilidad desconocida en la poesía de lengua castellana, desde Bécquer, o en la gallega desde Rosalía Castro, que emplea en la lengua catalana el supremo lírico Maragall, más aún que Verdaguer el inmenso.

la primavera, como juventud del tiempo, fecunda y creadora y de ella el mes de abril —¡de largo ha venido algún abril de ahora!—; los palacios olvidados o fantasmales con vitrales, mejor que vidrieras; los lagos tranquilos, con luna...

Los seres que transcurren vagamente por ellos son princesas, marquesas —alguna condesa no más—, con cierta tendencia a la clorosis y a la perversión, hadas, negros, abates dieciochescos, bufones, que se confunden con el fondo decorativamente, aunque les anima un ansia y angustia indefinidos, pero no desesperanzados, ya que aguardan el amor. Junto a los labios rojos de las damas, están sus manos pálidas, que desde el Greco no han sido valoradas jamás con tal belleza. Una melancolía elegante invade los lugares y las almas que juegan a ser refinadamente pervertidas con sus cinco sentidos.

Evidente romanticismo si se quiere, pero superado, de estética mucho más conseguida que la del superromanticismo macabro y nervioso

mitografía, en que la sensación, puesta en difícil trance, salta de un sexo al otro, dándonos la asexuada diosa:

y como un efebo que fuera una niña

Aquí, en este metaforismo de sensaciones y no de palabras sólo, podría afirmarse que se cierra el libro de la lógica renacentista de la metáfora gongorina y se contempla el paisaje sin límites de la poesía de hoy.

EL IDIOMA COMO EXPRESION DE LAS SENSACIONES

El poeta modernista y el escritor modernista en general —un estudio sobre Valle-Inclán en este sentido y no como se ha hecho hasta ahora sobre su estilo, sin conocer los de otros escritores, en la inexistente estilística española manejada con inverecundia sin igual— cuidarán, más que ninguno, de la semántica de las palabras; de ponderar su significado hasta hallar el de la sensación personal o personalísima que quieren expresar y cuando, como Bécquer, hallen insuficiente «el rebelde y mezquino idioma», no dudarán en crear las palabras necesarias, los neologismos precisos, si no es posible el metaforismo sensorial para poder lograr su expresión exacta, con la cual enriquecen, sin duda alguna, el vocabulario, como se había enriquecido con el Renacimiento, su homólogo, en muchos aspectos.

Creo importante y eficaz para la comprensión del idioma al servicio del Modernismo, concebido por Darío, considerar cuantas palabras y expresiones—como en la poesía culta del Siglo de Oro, sólo que en muy superior número, desde el punto de vista del vocabulario— que

antes y aun entonces se consideraban extrañas o desusadas, se crearon a la sazón sobre todo verbos y hoy son ya del dominio público cuando han perdurado.

Las expresiones sensoriales son, como es de calcular después de lo anteriormente dicho, las más opulentas. Con superioridad sobre todos los sentidos, la vista; con circunscripción importante, los colores. Una selección del léxico más característico, a lo largo de una lectura de la poesía de Rubén, nos permite apreciar, en líneas generales, su aportación lingüística, cuyo estudio completo y científicamente ordenado sería de máximo interés, que aquí no es lícito ni esbozar. Hay colores predilectos en que se rehuyen los tonos detonantes o vivos: *violeta, malva, lila, azur* mejor que *azul, oro, gris, perla, plata, marfil, ébano, nieve*, la inagotable. Los aromas son múltiples y de sutil perfección expresiva: de vinos, del cuerpo femenino, como excitación sexual, de flores, de plantas exóticas o afines a símbolos que, a la vez, como los colores, excitan la vista y el tacto de modo casi metafórico: *lirios* o más grato *lilios, lises, magnolias, nardos, mirto, acanto, crisantemos, lotos, dalias, laureo* más que *laurel y laurel rosa*, con más frecuencia; *adelfas, nenúfares; rosas*, las eternas rosas, blancas casi siempre. Las piedras preciosas, con todas sus clases, desde el *ágata* al *diamante*, con delectación, el *jade*, la *malaquita*, el *lapislázuli*, el *ópalo*, las *esmeraldas*, las *amatistas*, los *zafiros*, se emplean también como riqueza, pero no en su sentido verdadero, sino colorista, como las flores también.

La enumeración de determinados instrumentos musicales busca más la sensación de un tiempo o de un momento, simbólicamente, que la evocación de sonido: *arpas, liras, flautas, sistros, tambores, piano* y más, *clave* y, sobre todo, *clavicordio*...

Los animales son fabulosos, raros o elegantes: *dragones, cisnes, faisanes, pavos reales, le-*

breles, galgos, abejas «de oro», papemor—«ave rara»—, *libélulas, ruiseñores*—llamados alguna vez *bulbules*—, *leopardos, panteras, tigres, dromedarios, camellos, gerifaltes, mariposas, crisálidas* (sic), *hipocampos, halcones*...

Muchos de estos nombres, entre heráldica y tapicería, y en todo caso con un completo concierto de armonía musical en que «les sanglots du violon» verleniano se han transformado en amplísima orquestación, perfectamente perceptible, rivalizando con el verso, en las palabras señaladas anteriormente y en el empleo de estas otras, espigadas al azar en la obra más modernista de Rubén Darío: *ebúrneo, broncíneo, fragancia, mágico, enflorar, epitalamio, ambrosia, tirsos, ninjas, ninfalias, ninfeas, gemas, boscaje, cordaje, plinto, venusino, escanciar, madrigalizar, olímpico, prora, muequear, piruetear, harmonía* mejor que *armonía*—caso curioso de embellecimiento ortográfico innegable—, *aúreo, faunesa, satiresa, crinado, linfa, biforme, bicorne, sideral, núbil, subitáneo, pandórica, ubérrimas, ámbitos, talismánica, áptera, triptolémica, ecuménica, búcaro, oriflama, sirte, ánfora*...

Muchas anteriores pero olvidadas; otras extraídas de los clásicos españoles; otras creadas por el gran poeta hispanoamericano. Todo un vocabulario, más precioso que preciosista, que irá aumentando y exagerándose en los imitadores, a lo largo del Movimiento Modernista, pero que perdurará, en gran parte, hasta ahora, con esperanza cierta de pervivir, porque muchas de estas palabras se han hecho familiares, templándose así el metal poético en que se acuñaron.

En otros casos el cambio semántico—como Góngora había hecho sigulendo otros caminos y propósitos— da a determinadas palabras novedad. Por ejemplo curioso, la serie de palabras propias de la arquitectura que toman sentido literario en los títulos: *Friso, Pórtico, Umbral, Dintel, Atrio*...

Y cuando la expresión modernista ha conseguido una cierta difusión y la sorpresa en las gentes rutinarias, se escucha como un eco burlesco que hace reír a ésta, la parodia, más o menos certera del estilo modernista, en las palabras mismas y en otros medios expresivos que confirman y completan lo anterior.

Algunas de estas caricaturas modernistas en que se acentúa lo más llamativo, desarmonizado con un corriente lenguaje para que destaque más, tienen evidente gracia y merecen reproducirse porque aún definen mejor las características del vocabulario antes aludido. Las encuentro en dos escritores humorísticos de la época bien conocidos: Juan Pérez Zúñiga y, más aún, *Melitón González*—Pablo Parellada—, en que su obsesión antimodernista le impulsó a escribir un *Tenorio Modernista* que fué famoso entre el gran público.

CREAR EL IDIOMA, MEJOR QUE FIJARLO

Los enemigos del Modernismo se burlaban en primer lugar de sus aficiones a las denominaciones arquitecturales; de su afán de formar verbos posnominales, o sea, de sustantivos y adjetivos; del empleo de algunas palabras latinas fuera de lugar, según ellos, o castellanas supercultas; de su audacia femeneizando palabras como *crisantema*, pedantescamente; de crear adjetivos con la terminación -oso, -osa, sin caer en la cuenta que se dan bastante en algunas formas dialectales andaluzas, quizá por influencia de hermoso-osa, tan difundido; de las reiteraciones de versos en los poemas, cuyo origen podría buscarse en la poesía arábigoandaluza, aunque sin duda no procediera de ella su inspiración; de las dedicatorias de éstos, como una prolongación a veces de la propia poesía, novedad a la que habían llegado, sin saberlo sin duda, al *comiato* de las canciones petrarquistas en su sentido, ya que no en la forma; pero, sobre todo, al abuso o reiteración de palabras predilectas entre modernistas apasionados, culminantes en *glauco* y *lilial*, que dieron lugar, como es sabido, a que a los poetas modernistas se les llamara *glaucos* y *liliales*—con equívoco de afeminados— como los designó por primera vez la revista humorística *Gedeón*. Pero ha de advertirse que todos los tiros, salvo alguna excepción o algún reboite no iban contra Rubén Darío, que pronto

LEOPOLDO DE LUIS

UN AIRE SUAVE

Mañana podemos ser yankis

.....

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

R. D.

NO ERAN SOLO PALABRAS. SE ROMPIA
tu corazón en gritos castellanos
y el ala de los cisnes se teñía
de sangre derramada por las injustas manos.

La máquina que avanza y el idioma
con el imperio—ya se dijo—. Escucha.
Tu cisne ha muerto, pero la paloma
asesinada ha sido por otra torva lucha.

Cómo pararnos a medir hexámetros,
a adivinar madrêporas verbales,
si la muerte habla inglés ahora sobre miriámetros
de tierra y los convierte sangrientos arrozales.

Tantos millones de hombres... Temeroso
dejaste de cantar jaspes y acantos
para clamar por algo más hermoso:
la libertad de tantos hombres, tantos

como pasan sin ver cisnes ni rosas,
sin pronunciar palabras de alegría,
nacidos para dioses y apenas vueltos cosas
que esperan todavía.

Rubén, Rubén, se acerca ese mañana
que predijiste. El verso se torna adusto y grave.
Hoy pienso en ti. Pero abro la ventana...
ya no es un aire suave.

alcanzó entre las personas cultas, incluso la crítica, la admiración sin límites que se merecía el más grande poeta contemporáneo—solamente rival, por su trascendencia, de Juan Ramón Jiménez—, sino que se disparaban contra sus discípulos e imitadores malos, a quienes se criticaba también el uso de melenas, chalin y caspa—según los maldicientes—que nunca aprendieron del maestro extraordinario.

Mas completemos el vocabulario modernista seleccionado con este otro de sus enemigos, no completo tampoco, que nos sirve para corroborarlo, con sus seguidores y descubrir lo que más extrañaba de él. La orientación no deja de ser útil en este caso: *alma, estival, enervante, primavera, luminico, claror, clorótico, gemas, egregio, misterio, doliente, jardines, otoño, corifeo, crepúsculo, pomas, libélulas, opalescente, malva, desmayo, hadas, diamantes, pétalos, ninfas, muriente, gris, enflorar, violáceo, lirios, lagos, rosas blancas, azul, nostalgia, sollozos, oro, ensueños, búcaro, sátiro, cisnes...* La evolución se trasluce claramente, aunque sería interesantísimo puntualizar el debido estudio filológico, que, vuelvo a repetir, no es ocasión de hacer aquí, aunque no desisto ni mucho menos de realizarlo antes de que acabe el centenario rubeniano.

Inútil creo decir que muchas de estas palabras, como *búcaro, oro* o *diamante*, tuvieron su solera en la Edad de Oro y algunos son de uso actual y eterno.

Advirtamos, además, que este poner los ojos en la literatura clásica de España y en el castellano no menos clásico, se unía a otros recursos también no menos nobles de raigambre, como, por ejemplo, la onomatopeya, de que sólo quiero dar unas cuantas, como muestra bien clara.

Si el divino Fernando de Herrera nos sorprende con aquella magnífica del cansancio en sus versos, donde unos hiatos genialmente aprovechados dan su sensación, precursora inconsciente del Modernismo:

*por esta alta empinada, aguda sierra...
del golpe y de la carga, maltratado...
me alzo apenas...*

(de muy superior calidad que la romántica, más fácil, imitando el fragor de la tempestad: «el eco ronco del lejano trueno que en las hondas cavernas retumbó», clásico ejemplo de Espronceda), Rubén Darío supera a todos, cuando nos capta el invisible aire del abanico de la marquesa Eulalia, que había de glosar, con su risa, el cubano Agustín Acosta:

*que desdeñes rudos lanza bajo el ala,
bajo el ala aleve del leve abanico.*



Ramón Pérez de Ayala, poeta modernista en quien también influyó Rubén Darío

O el monótono ritmo de la siesta tropical:

*La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil
y el grillo prelude un solo monótono
en la única cuerda que está en su violín.*

O, en fin, el paso de los osos, de difícilísima perfección:

*que la peluda alpargata
cubra la prudente pata
cuyo paso no se siente.*

Bien se le puede perdonar al poeta que por buscar tanta belleza, nos haya dejado en sus versos magníficos, aquellas magnolias confundidas con lirios:

*cuando acariciaban los sedosos trajes
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias,*

o aquel gran barullo de fauna y flora, que prudentemente no han aclarado sus críticos—¿será posible hacerlo con exactitud?—y que parece escuchado en un pentagrama de Debussy: «¡Oh, quien fuera hipsipila que dejó la crisálida!»

Pero sería imperdonable intentar corregir, aunque fuera críticamente, la poesía fragante que todo encierra. Si el *Diccionario* académico—que niega tantas palabras que existen y creó una sobre una errata tipográfica del *Buscón*, con etimología y todo—nos saca de su olla o crisol—donde limpia así la lengua y se atribuye el fijarla, que lo hace el pueblo y el darle esplendor, que es obra de los buenos escritores no académicos—estas tristes verdades: *Hipsipila*, no está, aunque alguien ha dicho que era una planta; *Crisálida* es la ninfa de los insectos lepidópteros y no el capullo que forma... ¿A qué seguir?

TORCER EL CUELLO, APARECER DESNUDA

Creo que sería mejor que los naturalistas, en homenaje a Rubén Darío, dieran significado a la nomenclatura del poeta, cuya belleza no puede negarse por quienes están en contacto con la naturaleza... y que lograran ser obedecidos por la Academia, de quien, con razón adivinatoria, pedía a Dios que le librara el poeta de Nicaragua.

Largo ha salido esto para ser un artículo de divulgación, pero más largo sería hablar de todo lo imperecedero de Rubén Darío. Especialmente de su influjo en la poesía actual española e hispanoamericana, aunque algunos—quizá de los que más le deben—intenten negarlo, si no es que han dado un salto, mortal de necesidad, desde la poesía decimonónica a la de ahora.

Ni siquiera ha podido evitar la fecunda influencia del maestro el agresivo verso de un buen poeta mejicano, González y Martínez, cuando creía asesinar el Modernismo, de que está contaminadísimo, en un soneto; simbolizando en el cisne, tan representativo de Rubén, su poesía:

Tuércele el cuello al cisne de vistoso plumaje

Mejor que este torpe romper el espejo quien no ha sabido descubrir, como Darío, la juventud eterna de la poesía, está la evolutiva comprensión del poeta que halló la suya, en estos versos hospitalarios y, por tanto, creadores de una nueva etapa poética sin ruda solución de continuidad, Juan Ramón Jiménez, a quien quizá algún día se intente negar su total proyección sobre la poesía actual de aquende y de allende el Océano:

*Vino primero pura,
vestida de inocencia
y la amé como un niño.
Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando sin saberlo.
Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Que iracundia de yel y sin sentido
...Mas se fué desnudando.
Y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!*

¡Qué gran lección de Modernismo y poesía pura! La del propio Juan Ramón.

*Como quien pone oro sobre oro,
escribo en esta cuartilla tu nombre
para decirte adiós.*

Rubén Darío.

En los brazos de un amigo

Salvador Rueda

*Pido a Marcano de Vel, nuestro austro poeta, una
cuartilla de oro para saludarte, y me da esta*

Salvador Rueda, el prerrubeniano, saluda en papel de oro al poeta nicaragüense

LA METRICA EN RUBEN

LUIS JIMENEZ MARTOS

CUANDO vamos al mismo origen del manantial, Rubén Darío salta inmediatamente a la vista un hecho: su temprana preocupación por la métrica, su olfato para conocer que sólo un nuevo ritmo da como resultado una nueva poesía.

Era aún Félix Rubén García Sarmiento un niño cabezón, enfermizo y amigo de la lectura, cuando ya su maestro Felipe Ibarra le puso ante los modelos Zorrilla, Núñez de Arce, Campoamor, Bécquer y Bartrina. ¿Y qué hizo aquel alevín? Pues lo natural: zambullirse en el mimetismo de los grandes, copiarles sobre todo el son, realizar el esfuerzo para encajar en tales falsillas un alma que había nacido pitagórica; aprender a tiro hecho, a ritmos hechos, desde el atril de unos textos orientadores que, según es sabido, abarcaba a los clásicos de la colección Rivadaneira.

Con timidez aún, el Rubén de los primeros libros va introduciendo en las reglas retóricas asimiladas a machamartillo, algunas transgresiones voluntarias o involuntarias. Hay genios que lo son gracias a una incapacidad; y ella les lleva a diferenciarse del común. Pero el caso de Darío es distinto, porque desde sus balbuceos se revela su arte, todavía de artesano, para tomar en cuenta la obra de otros. Siempre se cita en este caso, ese alarde titulado La poesía castellana, que es también un honor debido a quienes le sirvieron de andaderas en su búsqueda de lo propio.

El primer fundamento es, pues, de nombres castellanos; nadie lo duda. Como nadie duda tampoco lo que le significó a Rubén el encuentro con la poesía de José Asunción Silva, cuyo Nocturno fué un primerizo impulso hacia las nuevas armonías; pero es el contacto con los versos de Víctor Hugo lo que le orienta más claramente aún: y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente ensayara en castellano no surgió en mí la idea de renovación, que debía ampliar y realizar más tarde.

Dejemos en su punto esta declaración. Los afluentes del río son arroyos, y no sabemos por lo general sus nombres. Pocas veces ha ido más agua a un solo poeta. Lo que importa no es de dónde le llega, sino a dónde le conduce. Rubén es lo más parecido a un océano. Hugo, un catalizador de ese deseo de servirse de otra métrica, aspecto tan fundamental de cuanto Darío trajo al verso de habla española. Pero antes del encuentro con los poetas franceses está el rastreo por ejemplos más próximos a la propia raíz del buscador. En el proceso hacia el gran objetivo, hallamos, junto a Hugo y su chispa decididora, griegos y latinos, españoles y franceses, sombras de unos y otros siglos.

EN VEZ DE SILABAS, ACENTOS

Del modernismo en general y de Rubén en concreto, lo verdaderamente transformador es el cambio de la medida silábica por la medida acentual, norma que desde entonces se cumple, con mayor o menor frecuencia, en el verso nuestro de cada día. Los románticos habían puesto su peso en el decir; generalmente iban arrastrados por una serie de factores complejos, con su música, claro es. Darío, un poeta estudioso (se sabe que leyó minuciosamente el Sistema musical de la lengua castellana, de Sinibaldo de Más), mira por instinto al siglo anterior para despegarse de lo inmediato. Mira hacia el XVIII y hacia otras partes, ya se ha dicho.

Es curioso comprobar, como señalan algunos de sus críticos, que José Asunción Silva—pri-

mero entre los precursores modernistas—dejó de lado la cuestión del número de sílabas fijas al objeto de escribir un verso en series de bisílabos, trisílabos, etc.; pero mucho más curioso aún que el poeta del Nocturno dijera haberse inspirado en nuestro fabulista Tomás Iriarte, aquel gustoso lector y defensor de Góngora, y que no sólo se limitó a ensayar metros extranjeros, sino que ensayó también otros de su invención, pero al que le faltaba el buen oído indispensable para el cuajo de sus escarceos.

Entre Buenos Aires—1896—y París—1901—escribe Rubén Prosas profanas. Ahí, en unas palabras liminares, pide plaza la nueva estética. Se pregunta el poeta: «¿Y la cuestión métrica? Y se responde: Como cada palabra tiene un alma hay en cada verso además de la armonía verbal una armonía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.

Sería una impertinencia citar en este punto a Verlaine, entre otras razones porque lo que propugna nuestro nicaragüense, Colón de la poesía, es lo mismo y no es lo mismo, que por aquellas fechas no había dicho aún Juan Ramón Jiménez.

Escojamos un ejemplo característico, tópico si se quiere, de una de las innovaciones métricas rubenianas: Sonatina.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales
Parlanchina la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón, etc.

El ritmo del verso con acentuación anapéstica (el compuesto por dos sílabas breves y otra larga) es el recurso que hace posible este hallazgo. La música de los acentos y la eliminación o suavización de las pausas lo apoyan. Pero sería enfadoso a estas alturas, y aun ciñéndose de manera muy estricta al tema propuesto, olvidar lo que mueve, sea cual fuere el metro escogido, la revolución rubeniana. En un mundo dieciochesco, donde el castellano se suaviza increíblemente, penetra, por otra parte, la libertad romántica, referida más a la estructura del lenguaje que a otro cualquier factor expresivo. El ritmo es la consecuencia de esa síntesis, y la brillante fonética su resultado bien visible.

Pero Rubén no fué un poeta que gustara de detenerse en sus logros—ay de nosotros si hubiese decidido hacerlo—; no teme que la variedad le arrebatase el ser, como parece que ahora

JOSE MARIA PEMAN

CREACION DE LA PALABRA

IGUAL QUE EL PRIMER HOMBRE EL PRIMER DIA
me encontré con las cosas:
con el romero, con las mariposas
y con la pena y la alegría.

Igual que el primer día el primer hombre
sentí el dolor de dar a luz el Nombre...
¿Cómo les llamaría?

Conocí a la mujer
y la tristeza del atardecer
cuando se acaba el día...
¿Cómo la llamaría?

Y conocí los sueños
azules y violetas
de los nuevos empeños
y los nuevos poetas,
tocados por el ala de la melancolía...
¿Cómo los llamaría?

Y un día
sentí cómo mis nubes y vapores
cobraban el perfil y los colores
de la palabra y de la melodía.

Y que todo—el estío,
la lluvia, el sol, el frío;
el agua clara y el oscuro lodo
y el camino sombrío,
y la humildad florida del recodo
y lo ajeno y lo mío;
todo, al hacerse verso, todo, todo,
se empezaba a llamar Rubén Darío...

temen muchos. Cada tema tiene su música, y cada música su razón profunda.

Así, un poco adelante de esta Sonatina, nos espera otro texto fundamental, métricamente y en todos los restantes aspectos. Se trata de Pórtico, escrito para frontis del En tropel, de Salvador Rueda.

Griega es su sangre, su abuelo era ciego; sobre la cumbre del Pindo sonoro el sagitario del carro de fuego puso en su lira las cuerdas de oro, etc.

Es historia que Clarín se sorprendió mucho de estos versos; peor aún: erró al calificarlos, mientras Menéndez y Pelayo dijo a Rubén que lo que había escrito no eran sino endecasílabos de gaita gallega, lo cual no deja de ser gracioso. Por todas partes se va a Roma; por el oído puesto en la poesía francesa puede llegarse —véase— al descubrimiento de lo que estaba en casa desde hace mucho tiempo.

DEZIRES, LAYES, ROMANCES

La española de Rubén —sigue la historia— le hizo buscar en los desvanes poéticos. Han comprobado los eruditos que los dezires y layes vienen del Cancionero inédito de Pérez Gómez Nieva. El nicaragüense redescubridor se asoma al siglo XV como a cualquier otro donde hubiera una brizna renovable. A veces, incluso llama a esta faena recreaciones arqueológicas; no desdeñó esa clase de arqueología, pero a condición de higienizarla. Los antañones metros populares, los dezires y layes, entre otros, pierden en sus manos el peso sentencioso y ganan en combinaciones inesperadas.

El metro de la poesía es una preocupación constante. Así a la seguidilla le llamará metro mágico y rico que al alma expresas / llameantes alegrías, penas arcanas. ¿Y qué diremos de ese decir tan dieciochesco?

Ponte el traje azul, que más conviene a tu rubio encanto. Luego, Mía, te pondrás, otro color de amaranto, etc.

Siguiendo por estos castellanísimos senderos y senderillos, se plantea Rubén la renovación del romance. ¿Cómo? En primer lugar, suele variarle las rimas, para que la flexibilidad sea mayor, y así lo divide en trozos sujetos a sonas distintos. Y aun su volteo rimador llega al recurso de dejar libres algunos versos y de cerrar cada uno de esos fragmentos de una misma pieza con versos cortos, que quiebran el bloque.

Acordándose sin duda de Zorrilla, Rubén usa de asuntos legendarios, y entonces comprobamos otra vez lo que va del modelo a quien lo adopta y cómo su sentido de la tradición poética cumple la frase d'orsiana sobre tradición y plagio. Fijémonos, en fin, que el romance puesto al día servirá de estribo a grandes poetas posteriores; así, particularmente a Juan Ramón Jiménez, otro suavizador del castellano, otro voraz de las influencias, con sus clásicos dentro y fuera de las bardas hispanas. Y no se pierda de vista que Darío saludó en Salvador Rueda a toda la familia mediterránea y concretamente andaluza.

HEXAMETROS DE UN POETA CIVIL

El paso siguiente a Prosas profanas es Cantos de vida y esperanza, no sólo por el orden de publicación, sino por el proceso del estilo. Rubén va, en su búsqueda de contactos poéticos que puedan proporcionarle elementos positivos a su renovación, a cada vez más remotos sitios. La finura y la gracia se le vuelven un día canto exaltado. Y le surge esa Salutación del optimista, llamada de fe gritadora puesta en hexámetros.

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania [fecunda, espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve! Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos, etc.

Elegí el hexámetro —dice— por ser de tradición grecolatina, porque yo creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma *malgré* la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es el análisis más hondo y musical de nuestra prosodia.

Si recordamos las palabras preliminares de Prosas profanas, veremos que estas otras son su complemento. Aquel enunciado de estética es ya abierta crítica a quienes no acaban de entender sus innovaciones. En verdad, algunos catedráticos y otros que no lo eran, dijeron entonces que Rubén llevaba en la cabeza unos versos raros que él llamaba hexámetros. No dejaban de tener su razón, pero el poeta siempre podía contestar lo mismo que Manuel Machado a los impugnadores de sus sonetos (serán sonites). La calidad como marmórea de los hexámetros grecolatinos, adquiere en Darío una fuerza dinámica extraordinaria. Son versos para no respirar quien los dice y quienes los oyen; versos para convencer de algo; son poesía civil que, como la de Whitmann, abarca a un continente.

Nunca el ritmo llegó a más en nuestra lengua. En esta composición, la práctica del sistema de pies acentuales, desenterrada por Darío, alcanza su plenitud. En el aparente atropellamiento de vocablos que se devoran unos a otros, hay un orden y una técnica. Ciertamente el poeta había estudiado el asunto, pero, ante todo, como en lo demás, había puesto una intuición incomparable, sujetando a norma de rima y medida el gran río del versículo bíblico.

Luego, de este hexámetro surgen combinaciones con el pentámetro y con otros metros. Combinar: he aquí otros de los secretos claves de la poesía de Rubén. Lo hace aun al repetir el tono de un poema; de la familia de Salutación al optimista es A Roosevelt y, sin embargo, notemos de qué perfecta manera mezcla el alejandrino con versos octosílabos, de sabroso romancero:

que en donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

EL SUPERVIVIENTE ENEASILABO

De todos los metros utilizados por nuestro —y qué nuestro— poeta, es el eneasilabo el que pervive más en la poesía española de hoy. (Gerardo Diego, José Hierro, Mariano Roldán, Caro Romero...) Rubén lo tomó de Francia para imprimirle, según su inalterable costumbre, una personalísima identidad. Copio de los tratadistas Díez Echarrí y Roca Franquesa, lo siguiente sobre este tipo de verso: La mayor innovación afecta a la parte rítmica. Sustituido el concepto silábico por el concepto acentual y aplicadas a nuestra métrica convencionalmente las denominaciones de los pies clásicos más importantes —yambos, troqueos, anapestos, dáctilos y anfibracos— quedaba abierto el camino para las más arriesgadas experiencias.

Vengan riesgos como éste. Una experiencia múltiple es todo Rubén; desde la resucitada cuaderna vía al soneto de trece versos; desde el dodecasílabo y el decasílabo hasta la balada y el soneto alejandrino, etcétera.

Apoyémonos nuevamente en el protagonista, que escribió: A cada cual le aprendí lo que más me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte.

¿Cabe una declaración más explícita de la fórmula sucesiva y cambiante empleada por Rubén para hacer su revolución poética?

AVISO A LOS NAVEGANTES DE LA POESIA

Según Dámaso Alonso, por ejemplo, seguimos viviendo (poéticamente) en la era rubeniana. En lo esencial, se entiende, y sin quitarle a nadie lo que sea suyo. Hemos llegado a la máxima libertad expresiva conocida hasta ahora. Los problemas de la métrica suenan tal vez a cosa antañona. Bien; pero es el caso que sin invención o reinventación de ritmos, mal puede transformarse radicalmente la poesía. Quizá si seguimos en la era de Rubén Darío, el de la música en los acentos, el de la constante inquietud por dar con la música de cada cosa; si seguimos ahí, sesenta y tantos años después, es porque la disciplina que suponen el ritmo y la medida ha pasado a ser una cuestión secundaria. Tenemos un concepto, a veces demasiado cómodo, de lo que es la forma. Y no debiéramos olvidar —lo dijo Rubén— que la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres.

EL

Este noble poeta, que ha escuchado los ecos de la tarde y los violines del otoño en Verlaine...

A. MACHADO

TENGO una bonita edición de *Los raros*, volumen XVIII de la Biblioteca Rubén Darío de Villarejo del Valle, Avila, de 1929, ejemplar con la firma de Rubén Darío Sánchez, a cuya devoción filial se debió la biblioteca que digo en el pueblo de la amada Francisca. Este libro me lo regaló una noche don Luis Ruiz Contreras, que se conoce que lo llevó al café pensando leer algo y luego no lo hizo, por lo que seguramente me lo regaló, pues no iba a volverse a su casa con el libro en el bolsillo, teniendo como tendría en su biblioteca todos los libros de Rubén dedicados.

HOMENAJE EN LA CRIPTA DE DON QUIJOTE

Fué una noche que por milagro no acabó siendo noche solanesca. Ernesto Giménez Caballero había fundado en los sótanos del Café de Levante la famosa Cripta de Don Quijote, y entre los muchos homenajes que se le ocurrió organizar allí dedicó uno a Rubén Darío, un acto entre cariñoso y esperpéntico que estuvo amenizado por una orquestina de ciegos que tocaron el pasodoble «Francisco Alegre y olé», que entonces estaba de moda, y al que Rosita Turcios de Vaquero aportó ricos postres de la cocina nicaragüense, amén de un fuerte aguardiente de Managua que llevó don Andrés Vega Bolaños, que era embajador del país de Rubén.

En el homenaje tomaron parte un puñado de viejos que habían conocido más o menos de cerca al noble poeta. Primero habló un camarero del Varela, ya carcamal, que evocó a Rubén durmiendo sus grandes monas en los divanes. Luego hizo uso de la palabra don Luis Ruiz Contreras, que se presentó en el Levante vestido de Anatole France, con un abrigo larguísimo y un bonete en la cabeza. Ruiz Contreras, a fuerza de pasarse la vida traduciendo a Anatole, acabó pareciéndosele físicamente, y en los últimos años de su vida se vestía exactamente igual que el autor de *La Rotisserie de la Reine Pédauque*. Don Luis evocó a Rubén tomándose buenos vasos de vino tinto revuelto con cazalla, según la fórmula que ya había inventado don Marcelino Menéndez Pelayo.

También habló Alberto Insúa, quien, naturalmente, puso a Paris por testigo de su amistad con Rubén, del que recibió un beso en la frente, como el que Rodín le dió a Vázquez Díaz. El único que habló cabalmente del poeta fué Dionisio Gamallo Fierros, que por entonces había estado hurgando en los archivos santanderinos para hacerse con la fecha clave del primer desembarco de Rubén en España. En el homenaje hubo mucha gente que después se ha ido muriendo, no sé si por azares de la vida o si debido a que las humedades de la Cripta de Don Quijote debían ser fatales. Recuerdo entre otros asistentes al acto a los poetas Eduardo Alonso, Manolo el Pollero y Leopoldo Panero, y también recuerdo haber visto allí aquella noche a Mourlane Michelena, Ledesma Miranda, Astrana Marín y al doctor Camino, el hermano de León Felipe, todos difuntos ya.

ULTIMO RARO

ANTONIO MANUEL CAMPOY



Rubén, en su lecho mortuario

JULIO E. MIRANDA

HEMOS BUSCADO CISNES:

bajo las piedras
bajo las etiquetas de las latas
tras los grandes letreros pegados a los
[muros
apretando hasta el fin los tubos de den-
[tífico
desmontando los huesos y corazones
[proprios

pero no hemos hallado sino nada

En el peor sentido de los contrasentidos:
nada

En la ausencia más cruel y en las presencias
que no debieran serlo:
nada

En los gritos sin voz y en el silencio amargo:
nada

Alguno de nosotros asegura haber visto ensangretadas plumas
siempre hay quien adivina cabezas degolladas en las manchas de tinta
y aquel muchacho pálido continúa rastreando las inefables huellas que
[encontrara en la luna

Mas yo personalmente no quiero establecer juicios exactos
inmerso como estoy en esta desmesura que nos cerca

Pese a todo
creo interpretar a mis hermanos cuando

baja la espada
desgastado el brillo
pronuncio con nostalgia una palabra:

azul

y la emparento con un verbo:

mañana

En el café de enfrente pontificaba al mismo tiempo don Rafael Cansinos Assens, que, según nos dijo luego—pues fuimos a verle después del homenaje a Rubén—no quiso encontrarse con Ruiz Contreras a horas tan peligrosas de la noche. Yo le mostré a Cansinos esta edición de *Los raros*, que me acababa de regalar «el Desmemoriado», y a propósito de ella soltó don Rafael su verbo soleado de rabinista ultraísta, y, en honor de don Francisco de la Vega, recitó solemnemente el *Responso a Verlaine*. Cansinos acabó su recitado lamentando no haber podido llevar una punta del manto del poeta maldito, después de lo cual todos fuimos invitados por don Francisco de la Vega, que era el dueño del café Universal y rico poeta de las Asturias de Santillana... Cuento todo esto porque esta edición de *Los raros*, que había estado diez o doce años sin moverse de la estantería, me lo ha evocado muy sentimentalmente ahora.

Los raros, para mí al menos, es uno de los libros más interesantes del Rubén periodista, pues de crónicas periodísticas se trata, escritas por el poeta en ocasión de las muertes magníficas de los malditos y reunidas luego en libro: Maclair, Poe, Leconte de Lisle, Verlaine, Villiers de L'Isle Adam, León Bloy, Moreas, Rachilde, George d'Esparsés, el conde de Lautréamont, Paul Adam, Ibsen y otros muchos por el estilo, son la elísea materia de estas crónicas, hechas a manera de retratos poéticos y analíticos, por el estilo de los contenidos en *L'Art en silence*, de Camilo Maclair, y precursores de los *Retratos*, de Ramón, todos los cuales vienen, a su vez, de *Hombres de mi tiempo*, de Verlaine el mágico.

Verlaine, en efecto, se ocupa de Leconte de Lisle, de Copée, de Edmundo de Goncourt, de Richepin, de Sully-Prudhomme, de José María de Heredia y varios más. El libro de Rubén, sus materiales mejor dicho, datan de 1893, año en que el poeta debía tener veintiséis o veintisiete años, y en el que Ramón sólo tendría dos añitos nada más. *Les Poètes maudits* es un libro de 1884. Los retratos de Rubén deben ser anteriores al libro de Maclair, pues dice el poeta, en su prólogo de 1905, que todo el contenido de *Los raros* ya estaba publicado en la prensa bonaerense, excepto las notas sobre *L'Art en silence*. Creo, desde luego, que Verlaine, Rubén, Maclair y Ramón, ocupándose de los mismos personajes, dieron de ellos versiones muy distintas.

Verlaine habla de sus iguales, de sus amigos, conoce directamente a los grandes poetas de su tiempo, fueran malditos o no. Verlaine siente por sus poetas una gran piedad, les comprende y les admira. Rubén ha conocido a muchos de sus raros, pero tardía y fugazmente, y a otros los conoció a través de sus libros y de las referencias que de ellos tuvo por sus amistades de París. Maclair, que había nacido en 1872, tampoco podría alternar con los grandes poetas malditos, y Ramón mucho menos, aunque sí llegó a conocer a los nuevos malditos, como Alejandro Sawa, que se había venido de París en 1897, un año después de haberse muerto Verlaine, con la frente llena de marraneria, pues alrededor de 1894 se la había besado el autor de *La Bonne Chanson*, y también a Pedro Luis de Gálvez, verídico poeta maldito que iba por los cafés exhibiendo el cadáver corrompido de un hijito que se le había muerto hacía diez o doce días, y con el cual conmovía a los amigos para que le diesen una peseta.

Creo, sinceramente, que el mejor de todos estos libros es el de Ramón Gómez de la Serna, que está hecho como una fantástica operación de cirugía espiritual, utilizando un bisturí hecho a base de rayos de sol y de luna. Ramón, aunque en muchos de sus retratos se deja arrastrar por la simpatía, como le ocurre con el gran mariscal Barbey d'Aureville, y con Nerval, y con Wilde, siempre está vigilante como crítico, y cuantas más pirotecnias psicológicas se saca de la manga, más certeros e incisivos son sus juicios de analista. Rubén Darío, en cambio, es todo admiración, todo laudes. Ramón clava a Poe y a Baudelaire como si fueran mariposas rarísimas, con la fría pasión del entomólogo. Ramón es el Buffon de la literatura maldita, el Linneo del

FEDERICO MUELAS

VENIAN TESTIMONIOS: LOS METALES preciosos, las especias codiciadas; hazañas, sacrificios... Y asombradas pupilas de tus gentes virginales.

Era tu exvoto, América, en raudales de tus nobles entrañas desgarradas en un parto feliz que desplegadas velas traían sobre temporales.

Algo faltaba en la cruzada pura que agavilló la joya y la aventura la espectación, la calma y la tormenta.

Y fué tu voz, Rubén, tu centén de oro colmando inmensamente aquel tesoro que desbordaba la gloriosa cuenta.

jardín de Apolo, y estudió sus hierbas maravillosas en la marmórea mesa del café de Pombo, con el mismo rigor que el otro lo hacía en su huerto de Upsala.

LAS ADMIRACIONES DE RUBEN

Rubén Darío llegó a Francia lleno de una admiración supersticiosa, como un indito al que acoquinan sagradamente los grandes bulevares, y por eso se quedó lipotímico de admiración cuando Leconte de Lisle lo recibió el primer sábado en el saloncito de su casa, en los Inválidos. Tiene, no obstante, momentos de lucidez analítica y suelta frases que, además de ser lapidarias, dan en el blanco de sus personajes. Ve a Poe como a un excepcional producto del país que produce todo lo contrario, y ve sus ensueños poblados de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo: «Hasta su misterio es matemático», dice Rubén tomando la frase de James Russell Lowell, pues el poeta que escribía para los periódicos de Buenos Aires era hombre de más lecturas de las que puedan creerse. Rubén fué un intuitivo, sí, pero leyó mucho y, sobre todo, tuvo un oído finísimo para oír a los amigos cultos que tenía.

Dice de Poe que «su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido», en lo cual coincide con Baudelaire, primer introductor del máximo embajador norteamericano en París. Cuando Leconte de Lisle muere en 1894, Rubén llora al gran pontífice del Parnaso, vicario de Hugo en la tierra. El poeta nicara-

guense había profesado una admiración filial al autor de *Los bárbaros*, poeta en versos de mármol, en cuya obra jamás se escucha un solo eco de sentimiento: «Eros mismo, si pasa por esas inmensas florestas, es como un ave desolada.» Leconte había nacido en una isla india de sol, pero su inspiración era la misma de Homero, y escribió «en clásicos alejandrinos que bien valen por hexámetros de la antigüedad». Rubén lo tiene por hijo putativo de Homero. El poeta tropical ama al parnasiano del Trópico, lo mismo que ama a José María de Heredia y a José Martí, otros dos poetas tropicales.

Después de traducir el bellissimo y siniestro poema de *Los Elfos*, Rubén se entenece y dice: «Duerma en paz el hermoso anciano, el caballero de Apolo. Ya su espíritu sabrá de cierto lo que se esconde tras el negro velo de la tumba.» Y cuando se le muere Verlaine le dice llorosamente también: «Al fin vas a descansar; al fin has dejado de arrastrar tu pierna lamentable y anquilótica, y tu existencia extraña y llena de dolor y de ensueños, ¡oh, pobre viejo divino! Ya no padeces el mal de la vida...» Cuando Rubén Darío pasó por París en 1893, Enrique Gómez Carrillo le había dicho que lo llevaría ante Pablo Verlaine, que por entonces debía estar en el hospital de Brossais, pero no tengo noticias de que se celebrara la entrevista. No he de insistir en la devoción de Rubén Darío por Verlaine: «Desde Jacopone de Todi, desde el *Stabat Mater*, nadie ha alabado a la Virgen con la melodía filial, ardiente y humilde de *Sagesse*», y acaba su crónica, que debe ser del año 1896, en que muere Verlaine, con estas palabras: «No era mala, estaba enferma su *animula, blandula, vagula*... ¡Dios la haya acogido en el cielo como en un hospital!»

Otro de los personajes malditos por los que Rubén siente profunda simpatía y respeto es el conde Matías Augusto de Villiers de L'Isle Adam, monarca *raté*, pero prodigioso poeta. ¿Y su amor por Leon Bloy? Dice que en el apóstol de los bulevares «no hay injusticia, sino exceso de celo», y a propósito suyo lanza esta aguda sentencia: «La fama no prefiere a los católicos.» El conde de Lautréamont, que «escribió un libro que sería único si no existiesen las prosas de Rimbaud», es otro de los santos negativos del cielo de Rubén: «No aconsejaré yo—dice—a la juventud que se abreve en estas negras aguas, por más que en ellas se refleje la maravilla de las constelaciones.» Por cierto que sería curioso averiguar si el culto judío checoslovaco, Franz Kafka (1883-1924), no había leído contagiosamente *Les chants de Maldoror*, publicados en 1869, en uno de cuyos sueños hay uno en el que nos sentimos metamorfoseados en cerdo, hasta el punto de no quedar en nosotros ni la menor partícula de divinidad, esto es, de humanidad.

Otra de las siluetas raras que traza Rubén es la de Rachilde, la anticristesa que escribió *Monsieur Vénus*, a propósito de la cual suelta el poeta toda la erudición que tiene sobre literatura diabólica y decadente. Y le tentó también la obra de Fra Domenico Cavalca, en la que se describen la vida y las costumbres de los demonios, rindiendo así tributo Rubén a una moda muy de entonces, que pasó por Anatole France y por Gómez Carrillo, de irse al desierto eremiteo a ver qué hacían los tentados padres del yermo. El único que falta en este libro de *Los raros* es el propio Rubén, verlainescamente evocado la noche aquella de la Cripta de Don Quijote, en el café de Levante de la Puerta del Sol.

2008

Luis Rubén

MI PADRE ESTÁ EXPIRANDO.
Figúrate mi situación,
agravada aún por
indecibles dificultades
económicas. Ven en
mi ayuda.

El portador de estas líneas,
que es persona de toda
mi confianza, tiene el
encargo de transmitirte
tu respuesta.

Un abrazo al amigo y
al maestro. Alex

Rubén, alma generosa aunque a menudo indigente, ayudaría más de una vez al Gran Bohemio Alejandro Sawa. En este facsímil el pobre Alex pide ayuda al gran poeta. Y suponemos que éste condescendería amablemente al sablazo. La cosa no era para menos.

PERIODISTA DE HOY MIRA A PERIODISTA DE AYER

EMILIO ROMERO

DETRÁS de toda apariencia hay una realidad determinada por circunstancias biológicas y vitales. Debajo del nombre eufónico de Rubén Darío estaba la partida de bautismo de Félix Rubén García Sarmiento. Tras el poeta de las bellas palabras y las metáforas helenizantes quedaba uno de los periodistas más activos y constantes de su tiempo. Es ésta una sorpresa que suelen darnos los grandes hombres: sus vidas auténticas son más hermosas que las biografías resultantes de las ficciones y afectaciones de su personalidad. Como Verlaine, como Proust, como D'Annunzio, como González Ruano, como todos los espíritus fugitivos de la mentalidad burguesa hacia los parnasos epatantes del supremo refinamiento, Rubén era un gran trabajador y un curioso insaciable de todas las cosas. Por cada una de sus escapatorias al mundo poético de los marfiles, los cristales, las rosas y las canéforas, el poeta recorría mucha tierra firme apisonada por el dolor y la experiencia de los hombres. Por cada uno de sus poemas exquisitos, Rubén debía escribir varios artículos y crónicas para lucrando para las revistas y los periódicos de Europa y América. El oro lírico de Rubén Darío tenía su equivalencia en la calderilla periodística de sus colaboraciones remuneradas. Y hasta los versos inmortales de la Oda a Roosevelt y la Salutación al Aguila están nutridos por la opinión apasionada del periodista de El Porvenir de Nicaragua y de El Imparcial, de Managua, de El Mercurio y El Heraldo, de Valparaíso, o de La Epoca, de Santiago de Chile.



Rubén, de punta en blanco

literatura ocupa en los periódicos una situación preponderante. Si en los diarios franceses predominan los textos irisados de Catulle Ménéndès, Bainville y Rémy de Gourmont, en los españoles imperan los de Valera, Pedro Antonio de Alarcón y doña Emilia Pardo Bazán. El reportero de El Porvenir de Nicaragua ha de comenzar por la humilde entrevista, la crónica de los viajes de las personalidades políticas y el artículo de humor, que descarga las páginas de la densidad didáctica de los colaboradores consagrados. Pero en esta misión se consagra Rubén Darío, que pasa, de periodista nicaragüense, a figura continental en la prensa hispanoamericana. Sólo en cuatro años asciende el joven reportero del periódico de Managua a crítico de La Epoca, de Santiago, a colaborador de La Nación, de Buenos Aires, y luego a director de El Correo de la Tarde, de Guatemala.

Pero el periodista excelente—y Rubén tenía que serlo para justificar esta carrera estelar—es siempre un escritor que transluce su calidad en la más modesta gaceta. Rubén aporta al trabajo periodístico la maravilla de una prosa lacónica, directa e intensamente sugeridora, que debía deslumbrar a la docta crítica de don Juan Valera. La prosa de Rubén es como el hueso íntegro y duro destinado a mover la prodigiosa musculatura de su poesía barroca y reverberante. La prosa de Rubén, hasta en los escritos de fantasía, es clara y rigurosa. Al revés de Bécquer, que asciende

Pero esto no debe admirarnos. El escritor de raza, por muy ambicioso que sea el vuelo de su fantasía, es inicialmente un hombre comprometido e interesado por el universo que le rodea. El reportero moderno, especializado en la técnica de la noticia, no es otra cosa que la consecuencia profesional del escritor afanado en averiguar lo que ocurre en su contorno. Todos los escritores españoles y americanos del siglo XIX forjaron en la prensa sus actitudes y adiestraron sus plumas en la servidumbre de la polémica y la información. La imagen del poeta distante, sumergido en la esfera vaporosa de sus sueños, es una simple ficción literaria. La intimidad que emerge del mundo lírico sólo es una transfiguración de la huella que dejó en la conciencia del poeta la identificación humana de la realidad. Rubén Darío y Charles Péguy quedarán en la historia por sus poemas sutiles y delicados. Pero Rubén Darío y Charles Péguy fueron hombres de letras implicados en los problemas de su tiempo, y en La Nación, de Buenos Aires, y en los Cahiers de la Quinzaine quedaron los leales testimonios informativos que Rubén y Péguy expresaron del affaire Dreyfus.

LA PROSA

La vida periodística de Rubén Darío comienza en 1885, a los dieciocho años, en la redacción de El Porvenir de Nicaragua. Todavía el modernismo no ha abierto brecha, y el joven reportero debe atenerse al servicio informativo. Es una época en la que la prensa se afana en promover una conciencia dirigente en los estratos superiores de la sociedad y la

XOSE MARIA CASTROVIEJO

RUBEN, 1967

ERGEUSE SECO, ENTEIRO, ABSURDO
(Poderían semearse ferros na súa testa)
Contra os Andes, coma un Cristo,
Lambendolle os ósos o balbordo da mar
Sin facer un resto: soio os ollos cavados miraban.
Pendurabanlle do pescozo sapos, morcegos e ratas podres
(Era o tributo triste da carne)
De súpeto sacudeuse, e cairon cal follas fedorentas
Tamen cairon, coma monifates, abades, princesas e clavicordios
Ficou desnudo e inmenso: Todo era unha gran lus.
O resprandor enchía América enteira
Tamen chegou a España, mais poucos a percibiron.
De súpeto berrou: Está chegando a hora sacra da liberdade!
O coloso do Norde afogase na sangue dos pobos!
E xá o tempo! Escravos en marcha!
Non falaremos en inglés!
As outas cimas acenderon fogueiras de entusiasmo
E un urro inmorredeiro estremeceu o continente...
No azul intacto do ceo ascendía un condor...

de la simplicidad expresiva de sus Rimas a la retórica de sus Leyendas, Rubén parte de una objetividad rectilínea de prosa periodística, que es como el tallo de la flor poética que coronará su obra con la exuberancia de sus formas y colores.

LA OPINION

Pero no se puede ser periodista sin ser previamente hombre de opinión. Gran parte de la obra periodística de Rubén queda remanada en la crítica literaria y la crónica de costumbres. Los años de vida diplomática del poeta, en París y en Madrid, no permitieron que la opinión definitiva del escritor alcanzara expresiones más firmes y constantes. Es difícil identificar los juicios sociales y políticos de Rubén Darío en sus colaboraciones de La Vida Literaria, de Benavente, o de la Revista Nueva, de José Lázaro. Tampoco es fácil seguir una línea coherente de pensamiento en Mundial o Elegancias—las dos revistas que Rubén dirigió en París, como portavoces de la estética y la sociología del modernismo—, pero la tendencia de su opinión no desaparece nunca de sus poemas ni sus artículos. Las páginas de Tierras solares, España contemporánea y Emilio Castelar atestiguan la consecuencia de una opinión trascendida como hábito de la sensibilidad.

Rubén Darío nació en Nicaragua cuando toda Centroamérica ardía en la guerra civil sucesiva a la independencia. Las primeras vivencias del poeta están matizadas por el influjo de su tío el coronel Ramírez, un liberal adicto al ideal de la gran nación centroamericana que señalara e impusiera los límites a la federación anglosajona del Norte. Todo el europeísmo de Darío tiene su origen en la vo-

luntad de oponer a los Estados Unidos la superioridad cultural de una tradición criolla, de raíz hispánica en su mayor y mejor parte.

Esta opinión es la que Rubén Darío debió de acreditar en La Nación, de Buenos Aires, cuando el gran periódico argentino lo mandó a España, como enviado especial, para detectar las reacciones españolas ante la derrota del 98. Rubén compartió con los españoles el doloroso impacto, como poeta y como periodista. Antes, durante sus años de redactor en los diarios americanos, expuso su fidelidad hispánica a la política maniobrera de los Cárdenas, Barrillas y Sacasas, que mantenían la división de Centroamérica con fútiles motivos de prestigio y de fronteras. Y cuando, en 1891, surge en Nicaragua la figura del general José Santos Zelaya, representante de la tradición criolla de Manuel Jerez y los lugartenientes centroamericanos de Bolívar, Rubén Darío queda en la órbita de una nueva ilusión política, disuelta más tarde en las intrigas del avispero del Caribe.

EL SINO

Cuando LA ESTAFETA LITERARIA me ha pedido unas líneas sobre la faceta periodística de Rubén Darío, he tenido miedo al tema. Rubén está ya considerado en todo el mundo como el más alto y poderoso poeta de su tiempo. No es posible que se le pueda otorgar el mismo rango a su dedicación periodística. Pero Rubén fué periodista al mismo tiempo que poeta. Son periodísticas su curiosidad universal; su mentalidad opinante, que destella hasta en sus más elaboradas creaciones líricas; su fantasía evocadora del mundo, su interés por los hombres y las costumbres, su pasión por la verdad, que justifica la sinceri-

dad conmovedora de sus crisis religiosas, y hasta el estilo pulcramente meridiano de su prosa, poética, clara y objetiva.

Pero la naturaleza periodística de Rubén Darío queda avalada, además, por las circunstancias que vertieron sobre su vida todas las amarguras, las ingraticudes y las desilusiones, que ponen a prueba los quilates de la vocación. Rubén Darío conoció, como periodista, del exilio político, el fracaso económico, las estrecheces pecuniarias y los paternales rapapolvos de La Nación, de Buenos Aires, cuando la colaboración no era plenamente satisfactoria.

Por último, para que nada faltara a su experiencia, probó, en su ocaso, el egoísmo de los editores de Mundial y Elegancias—las dos revistas difundidas en el mundo por el exclusivo prestigio de Rubén—, que, por razones económicas, le excluyeron de la propiedad. Mundial, la revista internacional del modernismo, quedó en las manos de sus financieros.

Como patrimonio del periodista Rubén Darío, sólo restó el nombre de «Mundial», que su viuda dió a la pensión madrileña que hubo de instalar, con sus parcos ahorros, para atender a la crianza de su hijo. Esta fué la parva herencia periodística del embajador, el publicista y el poeta, que hoy podría ver su gloria reconocida en una veintena de monumentos de mármoles y bronces.

Bajo la leyenda transfigurada del poeta yace la tragedia, que no puede sernos indiferente. El periodista, que hace al periódico influyente y rentable, sólo es el alma de la publicación que no cabe en ningún inventario. Y a la hora de la verdad es el periodista el que asume todas las responsabilidades y el que no tiene ningún derecho sobre el negocio, acreditado con su esfuerzo y con su nombre.

RUBEN, ENVIADO ESPECIAL

CARLOS SÉNTIS

Es oportunísimo, en estos momentos, recordar que la labor de mayor fuste periodístico desarrollada por el gran Rubén Darío coincide con estas fechas de principio de año y en la ciudad—Barcelona—desde la cual escribo estas líneas. Fué hacia finales del año 1898 cuando a Rubén Darío, que anda entonces por la Argentina merodeando en torno a sus diversas funciones diplomáticas (tan pronto enaltecidas como hundidas en el tráfigo de los cambiantes regímenes políticos de su país), se ve encargado por el director de La Nación, el gran Bartolito Mitre, de una misión de algo que, años más tarde, iba a conocer una gran boga en el mejor periodismo universal: «Enviado especial».

La misión de Rubén Darío consistía en ir a España, que acababa de recibir el mazazo de la pérdida de Cuba y Filipinas, y describir, para los lectores bonaerenses, cómo la «madre Patria» reaccionaba ante la espectacular desgracia. Le proponen esta corresponsalia con carácter de urgencia porque en La Nación quieren seguir y observar los primeros efectos de lo que para España constituyó una catástrofe nacional.

UN ESPAÑOL DE CORAZON

Tuvimos suerte. A pesar de que Rubén Darío, a su paso por Nueva York, unos pocos años antes, se entrevistó con Martí «el libertador» y fué agasajado por los cubanos allí residentes y que desde allí mismo combatían directa o indirectamente a España, Rubén era, desde chico, un español de corazón. Su curiosidad literaria e histórica le había llevado a conocer a Martí, pero de eso a adherirse a su causa mediaba un amplio trecho. Asistió a la cena, con que los cubanos de Nueva York le quisie-

ron obsequiar, pero se negó a hablar y no pronunció ningún discurso. Entonces ya había pasado por la deslumbrante plataforma literaria y artística del Madrid finisecular. No hay que olvidar que todavía muy joven, el poeta—«niño prodigio» de Centroamérica—fué incorporado a la Misión Diplomática Nicaragüense que asistió en Madrid a las conmemoraciones del cuatricentenario de Colón. Casi un muchacho, Rubén, conoce en sus casas y visita a españoles que nunca iba a olvidar. El primero de todos, para él, Castelar. A Cánovas del Castillo, a Juan de Valera y, al entonces todavía relativamente joven, Valle-Inclán. Con este bagaje intelectual el joven centroamericano reafirmó la inclinación pro-española que en sus mocedades había iniciado al través de la lectura de nuestros clásicos en la biblioteca de Granada o de la otra ciudad nicaragüense, León, ambas más importantes que la capital Managua, entonces recién instalada.

Perdido en sus Américas, primero en Chile y luego en la Argentina, a Rubén se le presentó, con la oferta de La Nación, una ocasión de dos vertientes: por una parte pudo dedicarse al periodismo de una manera continuada, asidua y económicamente rentable, cosa que nunca había hecho hasta entonces. De colaboración de diarios y periódicos políticos había pasado, años antes, a colaborador distinguido de otros órganos importantes, pero nunca basó en ello su economía o medio de vida. Por otra parte, se le daba ocasión de volver a España, donde había intentado radicarse definitivamente cuando su viaje tan aprovechado, pero fugaz de la conmemoración colombina.

En los últimos días del 1898 navegó Rubén Darío desde Buenos Aires a Barcelona. No conocía de España más que Madrid y Santander, puerto que utilizó en su primer viaje. Después de haber navegado por primera vez por el Mediterráneo español, entabló conocimiento con



chorotega que nunca, más delgado tras veces: Rubén

la capital catalana el mismo día de Año Nuevo del 1899. Desembarcó cerca del mediodía una vez terminados los trámites administrativos y aduaneros, y el impacto que le produjo la soleada Barcelona fué extraordinario. Al redactar su primera crónica para *La Nación* aparece, a nuestro modesto entender, lo mejor del Rubén Darío periodista. Y como continuación de ello, no nos costaría afirmar que la crónica y prosa periodística de Rubén es lo mejor de su producción literaria, dejando, naturalmente, aparte los versos o poesía propiamente dicha. En sus artículos de colaboración escritos con lo que algunos llaman prosa poética, Darío da demasiado rienda suelta a cierto barroquismo y engolamiento muy de su época y aun de su circunstancia, pero excesivamente sonoro y huero a juicio de cualquier lector moderno, avezado a leer el castellano que ciñeron y depuraron nuestros escritores pertenecientes precisamente a la generación de aquel 1898, cuyos primeros vagidos vino él a auscultar. Las crónicas de este viaje para *La Nación* a través de España y su circunstancia tienen un estilo muy moderno, eficaz, incisivo y, siempre que hace falta, sabe ser evocador y poético. Diríase que la realidad que presencia hace innecesaria, dada su concreción, la grandilocuencia a que se lanzaba cuando estaba menos obligado por imperativos de tema, tiempo o espacio.

BARCELONA, BARAJA SOCIAL

Empleando una fórmula muy propia del castellano antiguo, Rubén Darío, en su primera crónica, fechada en Barcelona, dice que ha entrado «con pie derecho». El entusiasmo por el espectáculo que le proporciona la vida catala-

SOL DA POESIA

*NON PODE O TEMPO CO SOL DA POESIA
nin siquiera matar o seu roibén...*

*Ôs cen anos, Rubén Darío ten
a mesma estrela do primeiro día.*

*Quixo conoscer do mundo a orxia...
Anguriado pol-a sorte do alén
entregouse ô pracer en arrafén
pra non ollar a Morte ô fin da vía.*

*Xogaba cas palabras con fervura,
deu ô idioma da Raza fermosura,
música, ritmo, sangue, fogo, ar...*

*e deixounos ronsel de perduranza
cos seus cantos de vida i esperanza
por España e as Españas de Ultramar.*

VILLA CARMEN

MIRA-CONCHA-15.

2032

Septiembre = 8-1911

Querido Darío:

Supongo habrá recibido el
segundo acto de "Voces de
Gesta" = que le mandé
hace días. No dejen de envi-
arme las pruebas para co-
rregir deficiencias que no
he podido subsanar en la
copia.

¿Y mi prólogo en verso?

Un abrazo -

Valle-Inclán

De vuelta en el recibid

Don Ramón del Valle-Inclán envía una comedia a Rubén

na queda patente en cada una de sus líneas. Esperaba ver un pueblo desconcertado, abatido, y una población presa de una notoria decadencia. Contrariamente a ello se queda estónto ante el espectáculo de un pueblo trabajador, pujante, optimista y dispuesto, a primera hora de todas las mañanas, a la tarea. Rubén Darío, como un enviado especial muy moderno, va por las Ramblas con los ojos abiertos y con visión, tanto de poeta como de reporter, capta toda la génesis del pueblo catalán: su espíritu democrático, su vitalidad y su clasicismo mediterráneo. Adivina que en el transcurso de la brillante vida ciudadana hay un fermento social que, como en otros sitios de Europa, transmutará aquellos moldes finiseculares.

Al ver la Rambla, escribe: «Es esta calle, como sabréis, de un pintoresco curioso y digno de nota, baraja social, revelador termómetro de una especial existencia ciudadana. En la larga vía van y viene, rozándose, el sombrero de copa y la gorra obrera, el smoking y la blusa, la señorita y la menegilda», y luego proyectándose al futuro, apunta: «Que esta tierra de trabajadores, de honradez artesana y de vanidad heroica esté siempre de pie manifestando su musculatura y su empuje, no es extraño; y que el desnivel causante de la sorda amenaza, que hoy va por el corazón de la tierra formando el terremoto de mañana, aquí haya provocado, más que en parte alguna, la actitud de las clases laboriosas que comprenden la aproximación de un universal cambio, no es sino hecho que se impone por su ley lógica.»

Si Rubén Darío fué un «españolista» con toda la fuerza de este adjetivo, fué también, dentro del ámbito español, un «catalanista». Se sentía atraído, *avant la lettre*, por el mundo catalán, y ardoroso fué en busca de Santiago Rusiñol, de Juan Maragall, de Joaquín Mir y de toda la pléyade que diera nacimiento a *Els Quatre Gats*. Precisamente su crónica o reportaje de la visita que hiciera al artístico cenáculo, que bajo la sombra de Ramón Casas y Miguel Utrillo iba a ser cuna de Pablo Picasso, constituye una pieza periodística, que tendría hoy plena vitalidad en el mejor periódico de Europa o de América. Es casi una pieza antológica, por lo que sugiere, por lo que intuye, por lo que describe. Con una prosa ceñida, y esta vez casi azoriniana, ve la influencia que el Barrio Latino de París ejerció sobre ese extraordinario club sin entrada ni socios, que tanto peso ejerció en el arte de Cataluña y de España, pese a lo efímero de su vida.

MELENUDOS «FIN DE SIÈCLE»

Rubén Darío, en aquella época, no conocía todavía el París que después le había de ser tan familiar y en el cual transcurrió uno de los periodos más esenciales de su vida. Sin embargo, como muchos de sus colegas hispano-americanos, Rubén Darío «sabía» de París antes de conocerlo. Alumbraba en él la llama de un culto a la capital de Francia, que debía pasar como una antorcha a tantos de sus discípulos y seguidores. Hablaba muy mal el francés y apenas se le entendía, pero gustaba esmaltar sus escritos con palabras y locuciones galas. En su artículo *Els Quatre Gats* se lanza a su afición parisién, que adivina a través del cabaret de Pere Romeu. Sesenta y seis años después de su descripción del ambiente de *Els Quatre Gats* podemos pensar que es de hoy mismo esta visión de lo que ahora se llamaría una «cave» o sótano existencialista, valedero lo mismo para París, para Londres, Madrid o Barcelona: «En el local, casi lleno, resaltaba la nota graciosa de varias señoritas, intelectuales se nos dijo, pero que no eran ni Botticelli ni Aubrey Beardsley, ni el peinado ni el traje enarbolaban los snob. Abundaban los tipos de artistas del *Boul' Miche*; jóvenes melenudos, corbatas mil ochocientos treinta y otras corbatas. Los *bocks* circulaban, al chillar la vocecilla de los titeres. Naturalmente, los titeres de los *Quatre Gats* hablan en catalán, y apenas me pude dar cuenta de lo que se trataba en la escena. Era una pieza de argumento local, que debe de haber sido muy graciosa, cuando la gente ríe tanto. Yo no pude entender sino que a uno de los personajes le llovían palos, como en Molière, y que la milicia no estaba muy bien tratada.»

NOTARIO DEL NOVENTA Y OCHO

Después de su estancia en Barcelona, Rubén Darío va a Madrid, donde sigue y resigue para *La Nación* la actualidad política, literaria y social de la España del último año del siglo XIX. En Madrid, tampoco descubre dema-

siada postración. Por lo menos en el ambiente intelectual, que diríase resurge indómito cuanto más apagado podía haber quedado en la vida española. Ciertamente encuentra a Castelar muy enfermo, ya del otro lado de este mundo. De la misma manera que se despide de él Juan de Valera, pero, al mismo tiempo, registra el brote de una intelectualidad tan pujante como la que después debía llevar por etiqueta aquel mismo año. Al «periodista» Rubén Darío le estaba reservado ser uno de los notarios que pudo levantar acta del nacimiento de la generación del 98, cuyo último representante vive todavía en la persona de Azorín. Característica sorprendente, o por lo menos curiosa de Rubén Darío, a diferencia de otros escritores contemporáneos suyos, no describe paisajes, sino que se concentra en el estudio de las personas. Si hubiera sido como periodista tan romántico como demostró cuando escribió poesía, se hubiera —y tras él sus lectores— perdido en jardines, ruinas y atardeceres. Pero él no. Va a Toledo y no nos habla del Zocodover, ni del Tajo. Solamente de Castelar.

RUBEN DARIO CUBRE A NICARAGUA

Como catalán, me interesó el fenómeno Rubén Darío, que llegó hasta mí a través de lo mucho que escribieron quienes le conocieron en Barcelona y quienes sin conocerle alcanzaron, a través de algún intermediario, el testimonio vivo de su presencia barcelonesa. Quizá hubiera sido lo mismo de haberme llegado de estudiante madrileño o sevillano los ecos del Rubén Darío que supo desglosarse, durante su estancia española, en catalán, castellano, andaluz o asturiano. Para mí, Rubén Darío informa toda una nación, y cuando hace quince años, en Méjico, conocí al nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, le interrogué, durante horas, sobre este enigmático Rubén Darío, que ha dejado entre nosotros el testimonio inmortal de la poesía. Mucho más recientemente, este mismo año, en Managua, volví a ver a Pablo Antonio Cuadra y el grupo de intelectuales y universitarios que hacen del culto a Rubén Darío la razón de su vida.

Pude ver allí lo que significa todavía hoy

Rubén Darío, en una nación que cubre por entero bajo su nombre. Y al mismo tiempo la proyección que Nicaragua tiene, a causa de Rubén Darío, por todo el istmo y toda la América hispana. Pienso que en España haría falta también conocer un poco más el caso insólito de este fenomenal poeta y escritor, viajero empedernido, sentimental, bohemio y borracho, que ha hecho por España y su proyección universal más que muchos otros españoles de la misma categoría o formación.

Y EN BARCELONA SE LE PONE EL SOL

Como barcelonés, creo que no se ha señalado lo bastante el curioso dato de que en la Ciudad Condal apareciera uno de los mejores momentos de Rubén Darío y quizá el peor. En 1914, Rubén Darío, derrotado en el ambiente político nicaragüense y afectado por la primera guerra mundial que acababa de estallar, se refugia en Barcelona y vive en la calle de Ticiano, en el barrio de Vallcarca, en la ladera del Tibidabo, su último año europeo que debía preceder, de sólo dos, su muerte.

Donde conoció su pujanza y prosperidad, le asaltó también su postración y decadencia. No tiene dinero. Se le cierran los horizontes, y sin hacer ya demasiado caso a Francisca Sánchez, su mujer española, se hunde en el alcoholismo, hasta que otro poeta, también nicaragüense, logra un pasaje gratuito de los condes de Güell, de la Compañía Transatlántica, y se lo lleva a Nueva York. En esos momentos de su intoxicación etílica, Rubén Darío no escribe ni razona, y se va tras una absurda campaña para hacer propaganda de la paz en los Estados Unidos; abandona, de manera que hubiera sido más cruel de ser también más consciente, a Francisca Sánchez, a su hijo y a todo lo que él representaba en Europa.

Desembarcó el día 1 del año 1899, al pie de la estatua de Colón y del mismo muelle reembarcó, quince años después, agotada su pluma y medio agotada su vida, hacia el ocaso. Lentamente, el barco de la Transatlántica sigue la misma dirección de la puesta del sol. Del gran sol que para las letras españolas nació un día junto a una laguna de Nicaragua.

RAMON DE GARCIASOL

HOMENAJE A RUBEN DARIO

(1867-1967)

«Odio imperante en todo el universo,
odio en el mar y debajo del mar,
odio en la tierra firme y en el viento,
y sangre y sangre que puede llegar
a salpicar el mismo firmamento.»

(RUBÉN DARIO)

*ESTOY AQUI MUY MAL, RUBEN DARIO,
sin otro aire, súbdito del llanto.
Veo sin impedir, consciente espanto,
porque la sangre ha llegado al río.*

*¡Los bárbaros, Lutecia! Y era juego
infantil la matanza de tus días
—entre sábanas blancas te morías—
para cuanto la gente supo luego.*

*Fuisteis hombres, ¿los últimos? Nosotros
apenas número, sospecha, decididos
por el color, esclavos de los otros*

*fundados en la fuerza o el dinero.
No somos lo que pudo ser, vividos
en falso, el castramiento verdadero.*

*No sé si ya los números humanos
te dirán algo: ¡Veinte mil millones
de dólares al año, más montones
de muertos en Vietnam! Sí, muy lejanos*

*los arrozales, el horror. Está la mesa
para el banquete a punto, amonedada
la carne gozadera, vigilada
la casa, sin peligro. Mas no cesa*

*de crecer la marea, el clamoreo
del grito de ese niño mutilado,
victoria de perfecto bombardeo.*

*Y resultamos todos asesinos:
el que mata, quien calla, el complicado
en impedir al alba los caminos.*

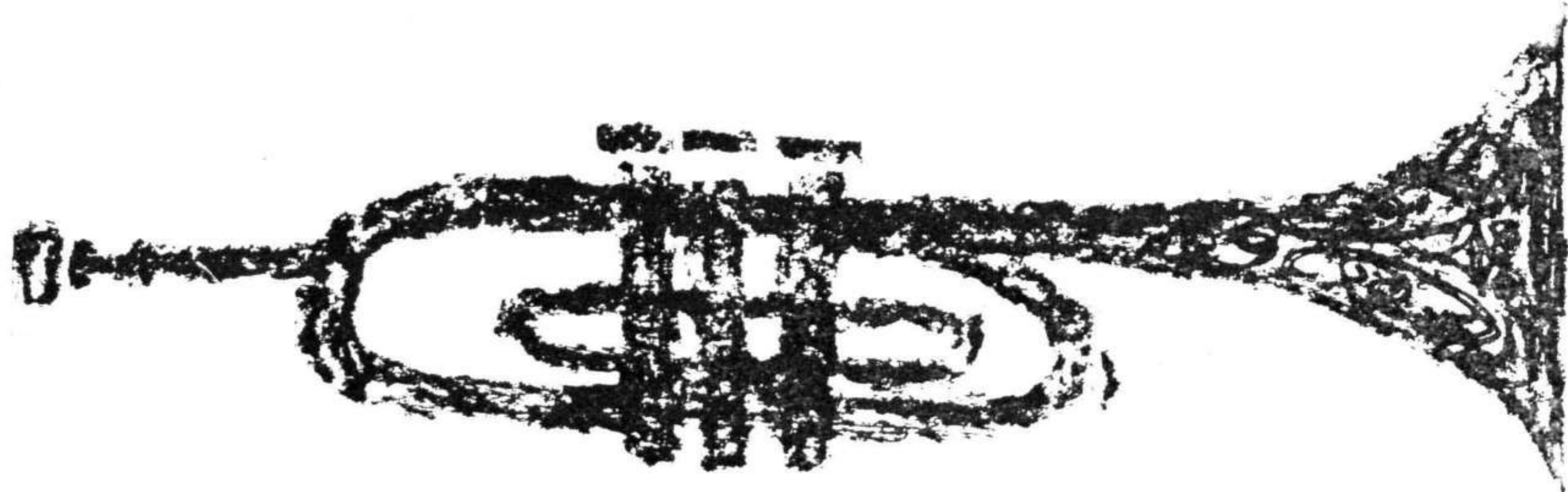
*Esto no es poesía, ni homenaje,
dirán malhumorados tantos puros
desguarnecidos de los altos muros
egoístas con lágrimas de ultraje*

*en el verdín antiguo. La belleza
—¡padre, maestro mágico!— no dice
lo que decía ayer.*

*Escandalice
el verso y nos devuelva la certeza*

*de que cabe esperanza entre los hombres,
de que no hiciste mal, Rubén Darío,
recamando metáforas y nombres.*

*Hazme un hueco en la nada. Quiero verte.
Me ahogo. Yo también —¡perdón, Dios mío!—
estoy triste, muy triste, hasta la muerte.*



MUSICA SIN PARTITURA, CON DOS EXCEPCIONES

CARLOS-JOSE COSTAS

RITMO, cadencia, métrica, ciclo, ritornelo y muchos otros conceptos se aplican por igual a la música y a la poesía. No se pretende ir en busca de esas semejanzas, ni de recorrerlas exhaustivamente, sino traerlas al recuerdo, dejar constancia de su realidad. Tal vez si habláramos de un poeta aún vivo tendríamos que acudir a otros equivalentes. La poesía de hoy—y de un ayer próximo—, y sobre todo la música, han cambiado: mejor, han evolucionado hacia otras concepciones. La relación no se ha perdido, sólo se han modificado los conceptos por una y otra parte de postulados distintos a los del pasado.

MUSICAL RUBEN

Rubén nos habla de músicas. Músicas que oía en su mundo interior, que expresan, como las descripciones, fragmentos del ambiente. Son piezas que entran en el juego de la construcción del decorado. Un decorado que, como los de las buenas películas históricas, nos parecen reales, vibran «por simpatía» con nuestras cuerdas, aunque parezca que presumimos de Casanovas vencedores del tiempo o de viajeros de todos los paisajes. Rubén nos habla de músicas que sentía, sin pentagramas, como nubes de fondo, como susurros de vientos que escuchaba y nos hace escuchar, como fuentes, como cantos de victorias permanentes, sin fecha, con sólo un cielo azul de esperanzas históricas.

Son precisamente estos dos conceptos los que aparecen con más frecuencia en la poesía dariana: lo heroico y lo tierno. Para la música, si pueden parecer—y de hecho lo son—extraños. Pero no es posible olvidar lo descriptivo, no lo programático, y otra fuente de relaciones sonoro-poéticas que ha creado la costumbre y que una mayoría asocia inevitablemente. Los claros clarines que anuncian espadas; los arpegios que suenan (?) a fuentes de jardines tranquilos; el timbal que preludia las marchas. Por un camino o por otro la música se integra en la poesía, se funde con ella y en ella.

Siempre ha quedado pendiente de análisis por qué el músico elige al poeta o, concretando, por qué selecciona determinado poema. En este sentido la colaboración no cuenta; el conocimiento mutuo, con o sin amistad, no precisa de aclaraciones. Lo curioso reside en las elecciones. ¿Qué mueve al compositor? ¿Una tendencia personal? ¿Una inclinación esporádica? ¿El descubrimiento de un poeta, de un poema? ¿Una búsqueda consciente? Todos

los términos son posibles. Todas las circunstancias se producen sin un orden, sin una conexión. La llegada al poeta o al poema no importan demasiado. Lo esencial es la identificación con la materia poética. Después viene la adecuación al lenguaje, sin duda más importante que el propio contenido.

SILABAS Y SONIDOS

No siempre elige el compositor poetas de su propia lengua. No siempre una música corresponde a todos los idiomas. Se dice, con frecuencia y con razón, que la poesía no es traducible. El hecho de ir subrayada por una música no implica variaciones en el criterio; más aún, lo acentúa. La música y la palabra

se han identificado, no ya por sílaba-sonido, sino porque esos sonidos exigen esa sílaba y viceversa, y la ruptura se hace imposible si se quiere conservar la unidad creada.

Pero Rubén—quisiéramos saber la causa—no ha despertado la elección de los compositores. Su prestigio, su difusión como poeta no está en relación con su presencia en la música. Es como si—aventuremos—ya la llevara dentro y sólo unos pocos se hayan decidido a encontrar nuevos ecos por su cuenta. Rubén, poeta lírico, poeta heroico, va a servir de tema a mundos muy distintos en los que su palabra se pierde en símbolos, en gestos; se diluye en danzas, en explosiones contenidas de un lirismo disfrazado de esquematismos o de pinceladas de concentración.

Por el contrario, ¿cuántos compositores jó-

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

ALEGRÍAS Y DESCONFIANZAS

Sr. D. Luis Ponce de León
Director de LA ESTAFETA LITERARIA
MADRID

Querido Ponce de León: Voy a exponerte mis alegrías y mis desconfianzas en torno al Centenario de Rubén.

Mis alegrías se derivan de que creo que Rubén va a salir de este Centenario redivivo y cierto. Creo que hay un Rubén para cada edad, y que todo clásico lo es por su capacidad de reviviscencia. No hay un Rubén, hay mil Rubenes. Y estoy seguro de que la conmemoración de este año alumbrará un Dario todavía vigente en una estética interiorista y angustiada que no suele tenerse en cuenta.

Por lo que se refiere a mis desconfianzas, temo que todos—unos y otros—no estemos a la altura:

1.º Porque convirtamos el Centenario en unos Juegos Florales de la Raza, en los que el tópico obtenga la Flor Natural.

2.º Porque se vislumbrará solamente el Dario exterior y musical.

3.º Porque el tribalismo hispánico pretenda hacer en cada rincón del mundo de habla castellana un Rubén personal e intransferible como los billetes del travía.

Un abrazo,

G. D.-P.

Querido Ponce de León:

De Rubén podríamos decir lo mismo que decía el poeta centroamericano sobre Verlaine y llamarlo «liróforo celeste» con todos los riesgos e implicaciones. Como otros poetas que crean escuela ha quedado Rubén un poco encerrado en ella y con ella va envejeciendo.

Nadie duda, sin embargo, de que Rubén fué el mirlo blanco de las letras hispánicas en los últimos veinte años de su vida. Su gay trinar todavía suena dulce y profundamente si podemos olvidar los vicios modernistas, sobre todo el enfermizo culto de lo decorativo.

Las escuelas pasan y se recuerdan casi siempre sólo por sus errores. Los poetas de genio rebasan su escuela y son recordados, como Rubén, por alguna clase de doble tono y acento más o menos aparente. El hedonismo de buena ley (made in Paris), pero rehecho en Buenos Aires, en Salamanca o en Sevilla, tenía un doble fondo de melancolía infecciosa que ha influido en todos.

Rubén incorporó a su acento personal la complejidad de Mallarmé, el vigor de Hugo, el atrevimiento de Rimbaud, la ambigüedad de Verlaine y la rara perfección formal de Baudelaire. Supo darles el acento de su propia naturaleza: lo excesivo mestizo mixtificante. No hay que extrañarse del mestizaje. El mundo es más pequeño cada día y las culturas que antes tenían una relación sólo tangencial hoy la tienen intersticial; es decir, que todos somos más o menos mestizos. Rubén trajo a la clase media española culta el amor por las formas del decadentismo francés del siglo pasado. En 1915, todas las muchachas españolas recitaban la Sonatina y todos los chicos la Marcha triunfal. La cursilería encontró también —¿cómo no?— su musiquita. Y la poesía hispánica (al mismo tiempo) su orquesta de cámara y hasta su gran conjunto sinfónico. Todavía se oyen los ecos. Y seguirán oyéndose.

Sin embargo, es turbadora a veces la reflexión de que el cántico de San Juan de la Cruz es más moderno ahora que Rubén. Y algunos versos de Góngora, como

las horas ya de números vestidas

pueden servir de norma en nuestro tiempo que el bufón que piruetea vestido de rojo. Rubén presentía ya todo esto con su mirada turbia y profética (en tiempos, los adivinos se ayudaban con el alcohol) cuando, refiriéndose a los vicios del modernismo, los llamaba graciosamente la pendejada de la época.

Sabía más de sus propios defectos Rubén que todos sus adversarios, y de ahí su condición a un tiempo cauta, tímida y segura de sí. Cuando se tiene la sutileza y la vibradora conciencia de Rubén, el poeta se hace invulnerable por una especie de dimensión extraliteraria que no tienen sus críticos y que es la misma de los filósofos, los místicos y algunos hombres de ciencia. Hay una zona y nivel enrarecidos donde sólo las águilas pueden ver y adonde los disparos no alcanzan.

Decir del modernismo que era ingenuamente decorativo es verdad, pero si muchos modernistas tomaban por oro todo lo que relucía, el fundador de la escuela sabía distinguir muy bien y evitar el oropel y la bisutería baja. Aunque sólo quedaran seis u ocho estrofas de Rubén, bastarían para justificar su inmensa gloria oficial. No son muchas más las que dejó San Juan de la Cruz, y ahí están también.

En el crisol del tiempo, lo esencial y lo contingente se separan ellos solos.

Yo prefiero, en nuestros días, a César Vallejo, que trajo a Europa más de lo que de ella tomó. Pero Rubén sigue siendo el primero, el gran capitán de bomberos del Parnaso vestido de gala, que tiene consignas especiales y secretas para los escogidos.

venes aún desconocidos, o menos jóvenes que lo serán para siempre, habrán elegido a Rubén por poeta? Estamos seguros de que el número ha de ser considerable. Su popularidad, su difusión, al menos de parte de su obra, así lo hace suponer. Y en esa misma popularidad puede residir el secreto de su ausencia en tantas colecciones de opus que parecen corresponderle.

Del mismo modo que en nuestros años de estudiante de arquitecturas musicales medimos verso a verso, sílaba a sílaba, tantos y tantos poemas de Antonio Machado, muchos compañeros de clase tenían abiertos sus papeles pautados con el nombre de Rubén Darío sobre las primeras cinco líneas. Tal vez no pasaron de ahí, tal vez llegaron hasta la última cadencia, pero quedaron cerrados tan sólo un mes más tarde, que a esa velocidad se mueven y evolucionan las alegrías primeras frente a la lección de cada día que va cortando alas por desconfianza en los propios conocimientos a la vista de una nueva recta en cada curva del camino.

LAS DOS EXCEPCIONES

Digamos, pues, que Rubén es excepción en la música y para probarlo nada mejor que dos ejemplos a modos de excepciones. Hemos elegido ambas, a la vez, para probar también, por el medio directo, el temor que despiertan sus palabras, ya que no sus ideas o sus sugerencias. Y, naturalmente —el lenguaje obliga—, de dos representantes de los dos mundos del castellano: España y Nicaragua.

Empecemos por su compatriota. Luis A. Delgadillo es figura de su país, también de Panamá que le ha visto vivir lo cotidiano y de América, que le ha guardado un puesto en sus diccionarios y en sus conciertos. Delgadillo, nacionalista, en la generación que tuvo que nutrirse en Europa para despertarse más tarde y hacerse rabiosamente americana, ve en Rubén un temario. A la trayectoria nacionalista aporta lo mejor de su obra. La Sinfonía incaica, la Sinfonía de los Andes, etc., son concepciones que se debaten entre la herencia de una Europa que aún no ha reaccionado frente al romanticismo y la búsqueda de un «sabor» de la tierra, de un grito de independencia madrugador, lleno de impacencias juveniles.

Para Rubén cuenta Delgadillo con una obligación de nacionalidad. Y en el fluir de las tendencias del momento encuentra en él el fundamento de un exotismo muy a la moda. Por eso, va a ser La cabeza del rabi el tema elegido. Asoma el miedo a las palabras demasiado conocidas, el miedo a no encontrar eco para su concepto del encaje. Recurre al «ballet». Y como «ballet» oriental nace su obra que conserva de Rubén el título, el ambiente y el esquema de su argumento. Las «divinas palabras» bailarían en la imaginación del espectador con las imágenes de los símbolos de la danza. Delgadillo ha cumplido su deber de homenaje. Y, en el fondo, tiene razón. ¿Para qué repetir lo que todos conocen? La evocación se nos antoja suficiente.

Desde España, Ernesto Halffter también siente la necesidad del homenaje, del recuerdo. Una pequeña orquesta —la Sinfonietta ha dejado su huella—, le basta para su propósito. Cada instrumento participa como «solo», cada nota está medida pensando en el Rubén de la intimidad, de la ternura. Halffter es ya —hace tiempo— Halffter, pero uno no puede evitar que el pensamiento acuda a Ravel, no por el parecido, naturalmente, sino por esos elementos de delicadeza con que trata el tema.

La Sonatina se estrena en París en 1928. Antonia Mercé, «La Argentina», se ocupa de describir tema y espíritu del poema de Rubén Darío. Como dijo un crítico ante el estreno, Halffter y «La Argentina», música y danza, buscan la evocación del pasado, letra y sentido del original.

Rubén Darío, poeta del castellano, lleva consigo su propia música, la música que todos conocemos. No importa mucho si los claros clarines, al cantar el verso, no se han visto precedidos o acompañados de un toque real; dentro de cada palabra ya hay ritmo, cadencia, métrica, sonido...

EN otros tiempos un mal entendimiento de la poesía llevó a considerar antagónicos a Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Los avisados de siempre consideraban «ropel modernista» la lírica del nicaragüense en comparación con la «poesía pura» del andaluz. Visión errónea ya superada, similar al error de la «oposición» entre modernismo y Noventa y Ocho. O al de los que rebajaban quilates a Juan Ramón Jiménez para realzar más aún a Antonio Machado. Entendemos, por el contrario, que no hay antagonismo entre Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, sino afinidad artística y comprensión humana. En el artículo de Francisco Garfias, que publicamos más adelante, se estudia el fervor rubeniano de Juan Ramón Jiménez y examina—como en otras páginas Joaquín de Entrambasaguas y Luis Jiménez Martos—la huella de Rubén en el andaluz universal. Por ello LA ESTAFETA empareja a estos dos poetas hispánicos y concluye la parte de este número, 360-361, dedicada a Rubén Darío, con el trabajo ya citado de Garfias. O si se quiere—tanto monta—inicia las páginas sobre Juan Ramón Jiménez con la glosa del juanramoniano Francisco Garfias al fervor que por Rubén sintiera Juan Ramón, cuya es esta frase: «¡Rubén, Rubén Darío mío!»

Es posible—y no sólo por razones de residencia—que Juan Ramón sea el más americano de los poetas españoles, así como Rubén es el más español de los poetas americanos. Resulta inconcebible una historia de la poesía española donde no figure Rubén. Juan Ramón dió nacimiento en América a corrientes poéticas como el «pedracielismo» colombiano. El hecho no es casual, sino resultante de lo que Unamuno llamaba la «sangre del espíritu»: nuestra lengua general, que dilata su verbo sobre los continentes, hispaniza a los americanos y americaniza a los peninsulares; una lengua universal que hermana a veintitantas naciones, a la que Rubén supo dar nuevo esplendor en horas duras para España y de la que Juan Ramón fué adalid en la difícil frontera puertorriqueña. Más adelante reproducimos textos juanramonianos sobre el idioma común. En ellos advertirá el lector la sorpresa del poeta al encontrarse en el otro mundo con su propio idioma, enriquecido allá a través de los siglos. ¿Español de América? ¿Español de España? Todo es uno y lo mismo, el producto de una simbiosis étnica y cultural que tiene muchas facetas, pero que posee unidad indisoluble.

RUBÉN Y UNAMUNO, ESOS PILARES...

DAMASO SANTOS

HUBO un tiempo en el que interesaba mucho distanciar, oponer a los grandes poetas en reinados hostiles, en clientelas irreconciliables, en «hinchadas» y aficiones contrapuestas. Había que optar entre Rubén o Unamuno, Antonio Machado o Juan Ramón, por uno u otro de los hermanos Machado... La tendencia ha remltido o, por mejor decir, siempre estuvo anulada en una crítica creadora que busca, al par que las diferencias de todo tipo, los nexos en la unidad total de la poesía, el entendimiento y la interinfluencia o hallazgos comunes entre los grandes vates de una misma época.

«Los jóvenes de entonces—dicta a Ricardo Gullón—aceptaban al mismo tiempo a Darío y Unamuno. Esto se ve en Antonio Machado, cuya obra supone ambas influencias. En los retratos está influido por Darío. Hubo un tiempo en que Machado y yo nos paseábamos por los altos del Hipódromo, en tardes de verano, recitando versos de Darío... De la generación del 98, a la cual llamaron primero generación del 96, no se empezó a hablar como tal generación hasta 1913. Los inventores de ella fueron Azorin y Gabriel Maura. La

verdad es que cuando yo llegué a Madrid todos los escritores del 98 eran modernistas ideológicos; todos querían revisar los clásicos y aceptar o imponer las libertades de la época.»

MODERNISMO Y 98

Quizá se equivoca el poeta en las mismas declaraciones al decir que el libro de Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a noventa y ocho*, vino a sembrar confusión en

LECCIONES DE JRJ

Quizá uno de los intentos más sutiles de integración—aunque sus juicios ocasionales sean a menudo dolorosas lanzadas—sea el de las lecciones de Juan Ramón Jiménez sobre el modernismo, recogidas, con sus apuntes, por Zenobia Camprubí y comentadas por Ricardo Gullón, y las conversaciones—también recogidas en libro—que el poeta tuvo con el mencionado crítico. Para Juan Ramón no hay 98 y modernismo, sino que el criticismo noventa-yochista es una modalidad, un aspecto del movimiento modernista que Juan Ramón hace durar hasta los mismos poetas españoles del 27, incluido el chileno Neruda. Según su teoría, el modernismo lírico debe ser no ya solamente encabezado por Rubén, sino que todo el movimiento ha de tener dos cabezas: Rubén y Unamuno, o Unamuno y Rubén.

VICENTE ALEIXANDRE

Sr. D. Luis Ponce de León
MADRID

Mi distinguido amigo: Muchas gracias por su amable invitación para colaborar en el número sobre Rubén Darío. Es poeta de toda mi admiración y siento no poder enviarle un poema como desea. Pero los versos que poseo tienen ya un destinatario: la Academia, en el homenaje que prepara y en el que he de tomar parte.

Cordialmente, con atento saludo.

V. A.

Luis Ponce de León:

Siéntome incapaz resaltar obra Rubén Darío, gloria letras hispanas.

esto. La confusión, el problema ya existía, porque la corriente noventayochista es ética, y la modernista es estética y, en gran parte de los epígonos, puro decadentismo. Guillermo Díaz-Plaja viene a fijar los términos de la cuestión, las aristas conflictivas, aunque muchos modernistas participen del pensar o del sentir del criticismo noventayochista y sea evidente el íntimo esteticismo, los cuidados de estilo de los noventayochistas y, como dice Lain, su vivir «una España de ensueño».

Había conflicto entre Unamuno y Darío. Rubén se creía y estaba más en contacto con las derivaciones del simbolismo y el parnasianismo francés a las que no estaba dispuesto a renunciar por mucho que irritara al anti-francesismo de don Miguel, que se sentía muy apegado al posible desarrollo en Hispanoamérica, de lo popular gauchesco y a la continuación del poderoso tradicionalismo de Zorrilla de San Martín. Más lo importante de este conflicto es cómo ambos lo superan y orillan a la hora de la verdad. «¿Quién no sabe —escribe Unamuno de Darío— que por debajo de su afrancesamiento, más aparente que real, Darío ha sido, y va cada vez más siendo, profundamente español? ¿Quién no sabe que ha ido a buscar fuerzas, para remozar sus formas líricas, en antiguos cantores españoles del *mester de clerecía*?» Así lo va haciendo años y años —aunque nunca acabe, y lo lamente, por dedicarle un estudio completo— en multitud de alusiones, algunas de estremecedora belleza y precisión, entreveradas de su instintiva repulsa a las musicalidades, artificios y evasiones, de su resistencia a «las caramilladas artificiosas del nicaragüense». Pero este juicio no deja lugar a dudas: «¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre y éste me llevó al poeta! ¡Al indio —lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio.»

Más generosa y entregada ha de ser la postura rubeniana: «El canto, quizá duro, de Unamuno me place entre tanta meliflua lira

que acaba de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento, que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en el infinito. Dicen que los versos de Unamuno son pasados, También el hierro y el oro lo son.»

Todo ello queda muy lejos de las «caramilladas» o versos «gaseosos» con que Unamuno dictaría a Rubén o de las solideces de los versos del vasco de la burla rubeniana. Hasta en ese insulto que ambos se dirigieran —ocasionando después entre ambos nobilísimas cartas de reconciliación— había una gran admiración y acierto expresivo. Archiconocido es el episodio y José Luis Cano lo ha relatado, con precisiones que llevan la misma intención de este artículo, en un capítulo singularmente bien conseguido de su libro *Poesía española del siglo XX*. El insulto de Unamuno —que en seguida circuló hasta el mismo Rubén— fue decir que «a Rubén se le veían las plumas debajo del sombrero». Esto fue en réplica de otro del nicaragüense contra él: «Es un pelotari en Patmos». Unamuno recogió el halago —y no sé si el verdadero grafismo— de la frase. Rubén, por su parte, tuvo la ocasión de escribir una de las más hermosas cartas con que cuenta el epistolario entre grandes escritores: «Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro...»

Está bien claro que hay en las cabezas más representativas un «modernismo frente a noventa y ocho» o viceversa. Pero también coincidencias ideológicas —como explica bien pormenorizadamente Juan Ramón— tomadas de los ambientes filosóficos, políticos, religiosos y sociales de la época. Hay evasiones líricas en Unamuno y hay páginas en verso y en prosa de Rubén que pertenecen al mismo tiempo de preocupaciones españolas unamunianas —dobladadas en él y en Unamuno por el sentimiento de la hispanidad— para constituir am-

bos —el duro vasco y el indio chorotega— las voces más significativas de todas las Españas. Son también los dos poetas los de mayor obsesión religiosa —en medio de sus terribles dudas y negaciones uno, en medio de sus devaneos y hedonismo otro— de todos los escritores de su tiempo.

LOS DOS PILARES

Hace unos cuantos meses me encontraba yo en compañía del novelista Ramón Solís ante la tumba de Rubén Darío en la ciudad nicaragüense de León. Una tumba humilde y pobre aun dentro de la solemnidad de hallarse en la catedral, al lado de la epístola, debajo de la imagen de san Pablo. Era un domingo en la hora de misa. Sombrero de paja en mano —seguramente un sombrero de fiesta por sus ramelados en oro— descalzos muchos de ellos, aquellos feligreses de rostro tostado, ojos negros y labios afilados, seguían con fervor la ceremonia. Encima del mustio y encalado león que decora el enterramiento había unas flores artificiales —paradójica manera de que las flores sean frescas en Centroamérica— y una lira tosca hecha con papeles de colores, homenaje reciente seguramente de hombre o de niños como aquellos que oían la misa. Yo pensé un instante en Unamuno y en lo del sombrero. Y en Rubén, diciéndole: «Sea usted bueno, don Miguel...» Me fijé en la humilde lira de homenaje: «Nadie esta lira taña...», recé con Antonio Machado. Le hubiera gustado también rezarlo, seguramente, a Unamuno, y lo hubiera hecho de haberse decidido a cruzar el charco.

Hoy tenemos conocimiento de abundante correspondencia entre ambos recogida por Antonio Oliver del archivo donado por Francisca Sánchez —la bien biografiada por Carmen Conde—, la española que unió tanto a Rubén con España; también por la publicación de las investigaciones de García Blanco sobre Unamuno. Hay modernismo contra 98 o viceversa. Pero cada vez menos. Cada vez tiene más razón la teoría de Juan Ramón. Cada vez son más grandes y universales ambos poetas. Y cada vez sabemos mejor que ambos constituyen los pilares de nuestra lírica moderna, aunque Luis Cernuda crea no deberle nada a Rubén, aunque prácticamente hasta después de nuestra guerra —la antología de Vivanco— no fuera bien reconocido. Unamuno como poeta. Hostiles y todo, ellos no se equivocaron y se comprendieron con una anticipación tan genial como la que mostraron en el resto de su obra. Con todas las equivocaciones y conflictos que puedan producir, no hay mejores críticos, en lo fundamental, que los propios poetas cuando verdaderamente lo son.

Rubén, en los años buenos



Unamuno, vestido de «Unamuno» y paseando por las calles de la Salamanca chiquita de principios de siglo



RUBEN, LUJOSO, Y JUAN RAMON, LUNATICO

FRANCISCO GARFIAS

RUBEN y Juan Ramón. He aquí dos nombres avasalladores en la historia de la poesía española contemporánea. Si el primero representa la apoteosis de un modo poético que casi acaba con él, el segundo es la iniciación de un glorioso camino a seguir. El primero es la síntesis, el compendio no ya de una manera poética, sino de una reacción ante la vida. El segundo representa un corte voluntarioso sobre el abismo orquestal, hinchado, peligrosísimo, a que habían llegado los poetas de su tiempo. Rubén lucía, como una joya, su onda rítmica, el fastuoso tesoro de su poesía. Tenía «fuera su dentro». Su vibración auténtica iba de dentro a fuera y su fondo, de rica materia sensitiva, se le derramaba hacia el exterior, lujoso, ardiente, rutilante de belleza expresiva. El poeta de Moguer, en cambio, llevaba escondida su poesía, con la que mantenía relaciones de enamorado, y el proceso de exhibirla, de volcarla hacia fuera, era en él dolorosísimo. Acaso por eso no la dejaba nunca aislada del todo y a ella volvía, en un oleaje trémulo de fiebre, como a lo suyo natural, en un constante y mortificante retocar, «revivir», irremediable, fatal.

Diferencias de edad y de ritmos de vida lo separaban: formación, familia, geografía, educación, clima espiritual... La existencia de Darío—escribe Donald F. Fogelquist—fué «una continuada y no restringida persecución de los placeres físicos. Era un incurable alcohólico, un sibarita cuyo impulso erótico lo llevaba de una sórdida aventura a otra. Tenía gran debilidad por todas aquellas cosas que en su mismo temprano ambiente le habían sido negadas: posición, prestigio, el fulgor de la vida aristocrática, la sociedad y su élite, la pincelada y resplandor de la corte. Juan Ramón era, por contraste, una persona de simples y austeras costumbres que rehuía del exceso, la indecencia y la vida desordenada. Sus poemas eran un producto del reposo, la soledad y la meditación. Sentía gran aversión por todo aquello que era pomposo, falso o superficial».

UNIDOS POR EL VERSO Y LA TRISTEZA

El poeta andaluz venía como de vuelta de sureñas y señoriales indolencias, de una niñez y una adolescencia mimada, allá en su pueblo natal o en sucesivos sanatorios de convaleciente rico. Los jardines, los salones, los pasos apagados en las alfombras, los viajes en vagones de lujo, le eran familiares. Como le era familiar el gusto depurado, el espíritu de selección, la disciplina y el orden. Rubén se perdía a cada paso en una confusión de superaciones y retrocesos anímicos. Juan Ramón caminaba recto hacia una pureza estética, o ética-estética, que había de llegar a ser, con el tiempo, el centro de su vida.

Y, sin embargo, había algo poderoso, más poderoso aún que sus propias vidas, que los unía misteriosamente: la poesía. Llama lírica, movidiza, plural, entre pagana y religiosa, entre exótica y tradicional, es el proceso creador del nicaragüense. Llama que danza alrededor de sí misma, dibujando difíciles círculos concéntricos, es el camino creador del poeta moguerense. La diferencia estriba en que Rubén se multiplica, aquí o allá, acuciado por mil sugerencias, mientras que Juan Ramón permanece en lo que él llamará su «reino permanente», quemándose en una estremecedora fidelidad de pureza lírica. Pero los dos, cada uno a su manera, se fundieron, se confundieron, se abismaron, se consumieron en su propia brasa.

SARDUY, SEGOVIA, R. MONEGAL

Durante la preparación del presente número recibimos el séptimo de la revista «Mundo Nuevo», donde esta publicación rinde homenaje a Rubén Darío. Reproduce diversos comentarios de escritores en lengua castellana, la mayoría de ultramar y la mayoría ya difuntos. Más interesante nos ha parecido el diálogo entre Severo Sarduy, Tomás Segovia y Emir Rodríguez Monegal, este último director de «Mundo Nuevo». Copiamos algunos extractos de dicha plática, que se refieren al casticismo hispanoamericano. El diálogo, en conjunto, es sumamente extenso y aborda muy diversos aspectos.

SEGOVIA: ... Entonces se me apareció Darío como personaje y casi como símbolo, y ya no hablo sólo de su obra, de un fenómeno central en la historia de algo que para no llamar la hispanidad (palabra muy corrompida) habría que llamar el mundo de habla española.

MONEGAL: El mundo hispánico.

SEGOVIA: Mundo hispánico es también una palabra corrompida. Hay hasta una revista que se llama así.

MONEGAL: Digamos entonces el mundo de habla española.

SEGOVIA: Bueno, sí. Los franceses encontraron esa expresión francophone, pero en español hispanófono suena espantoso.

SARDUY: ¿Hispanoparlante?

SEGOVIA: Hispanoparlante también suena mal, en fin, el mundo de habla española.

MONEGAL: El nuestro, el hispanohablante.

SEGOVIA: Sí, sí. Ahora ese mundo para mí es muy importante. Yo nací en España y me eduqué en México. Naturalmente, el aspecto lingüístico de la realidad, forma para mí un mundo, mi mundo. El hecho de que haya una serie de pueblos de uno y otro lado del Atlántico que tienen una misma lengua...

MONEGAL: Y hasta en el Pacífico, ya que no hay que olvidar las Filipinas.

SEGOVIA: También en el Pacífico. Como decía, esos pueblos no es sólo que por tener una misma lengua los identifica en cierto nivel. No pongo lo uno como causa de lo otro ni viceversa, sino que subrayo. Al decir pueblos que hablan español ya se establece una unidad que es lingüística y culturalmente válida. Entonces, en ese contexto de pueblos que hablan español, Rubén Darío adquiría a mis ojos una importancia fundamental, se presentaba como figura casi histórica, no sólo literaria. Trataré de presentar en resumen esta impresión a ver si podemos dialogar un poco sobre ella. Ante todo, la figura de Darío tomaba para mí el aspecto central de un retorno del idioma español a España, y eso es muy importante. Ya no se trata sólo de un problema poético, de la influencia de Darío sobre la lírica española, etc., tema en que ya han abundado los historiadores y críticos literarios desde Rodó, por lo menos. Sino que se trata de un problema sobre todo lingüístico. Con Darío, por primera vez el español de América se impone claramente al español de España. Eso adquiere una gran importancia, a mi juicio. Creo que uno de los grandes problemas de los mundos de habla española es lo que habría que llamar, aunque en un sentido muy distinto del habitual, el casticismo. Siempre se ha visto éste como un problema del español de España, pero yo creo que también está reflejado en el español de América. Insisto en que no lo tomo ahora sólo

(Continúa)

a nivel gramatical, como se suele hacer. Yo veo al casticismo, en su sentido etimológico, como la castidad vuelta sobre sí misma, involuntaria, y cerrada. En ese contexto, entonces, la apertura de España hacia América presenta una curiosísima paradoja: España es un país que tiene esa apertura, históricamente única, hacia todo un continente y, sin embargo, sigue siendo un país cerrado. Esto se ve mejor que nada en el problema del casticismo. Recuerdo de paso, ahora, nada más que porque viene a cuento, un artículo que leí en «Preuves» y que creo que se va a publicar en «Mundo Nuevo». Es un trabajo de Herbert Lüthy, leído en un congreso sobre Europa que organizó Denis de Rougemont hace poco. Allí se habla al pasar de España desde un punto de vista histórico, pero al aplicar Lüthy su tesis sobre la colonización, llega a decir nada menos que esto: los procesos de colonización, que para él son la esencia misma de la historia, se dividen en dos clases: por un lado está el proceso de España; por el otro, todos los demás procesos. De aquí a decir que no hay más que dos clases de historia, la historia de todos los demás pueblos colonizadores y la historia de la colonización española, hay sólo un paso.

MONEGAL: Voy a aprovechar esta mención suya, Segovia, para aclarar que el artículo de Lüthy parte de una distinción muy precisa entre colonialismo y colonización. Para él, colonialismo es todo lo que nosotros abominamos en este siglo, y colonización, un proceso creador e inevitable en el desarrollo cultural.

SEGURA: Sí, así es en efecto, y creo que la distinción de Lüthy es muy válida, pero lo que quiero subrayar ahora es que, incluso desde un punto de vista histórico, el mundo de habla española toma un carácter muy especial. Entonces, dentro de ese mundo, a mí me parece que el fenómeno del casticismo es muy peculiar de la lengua española, hasta el punto que en francés no existe la palabra. No creo que la haya en otra lengua, por lo menos en otra lengua que yo conozca, ¿no?, hasta ese punto ese fenómeno es tan de España. Justamente es en Darío donde este fenómeno encuentra su crisis, su cruzamiento. Crisis que desde mi punto de vista no se ha superado, que está aún viva. Casi diría, desde que Darío llega a España ya no se puede soslayar tampoco en América el problema del casticismo en un sentido metafórico. Aunque no sea el mismo, el casticismo histórico de España tiene sus consecuencias en nuestra América. En ella es heredado, pero también hay que resolverlo. Y ese problema me parece muy importante.

MONEGAL: Claro, biográficamente, el problema del viaje de Darío a España es muy significativo. Sobre todo el segundo, de 1898, que es el viaje en que entra en contacto con los escritores más jóvenes, porque en el primero, de 1892, sólo conoció a las grandes celebridades del siglo XIX, esas que su renovación poética y lingüística no podía tocar para nada. El segundo viaje le permite convertirse en el primer escritor latinoamericano que influye sobre importantes poetas españoles.

La verdad es que Darío pertenece a todos. A nosotros ahora no nos interesa que Darío haya ido a poner una pica en España y que esa pica lleve una imaginaria bandera latinoamericana. Eso ya es secundario en el contexto actual de las relaciones entre la literatura de América Latina y la de España. Lo que interesa, hoy, es la presencia de Darío en España y, por lo tanto, de la lengua española americana en la Península. Porque esto significa un replanteo vivo, creador, polémico, de todo el problema de la lengua española universal que se había ido volviendo cada día más provinciana desde la pérdida del imperio. El retorno de los galeones, sí, si esos galeones retornan con algo más que oro.

SARDUY: Yo diría que ocurre un fenómeno curioso y es que cuando Darío retoma el español en sus manos después de haberse paseado por toda la cultura francesa, griega, en fin, por esa cultura enciclopédica de Petit Larousse que le reprocha Borges, lo que hace es reenviar el español a su esencia. Lo que Darío vierte en ese español visto a través de la cultura francesa es el gran Español. El hecho de que Darío se haya ocupado de Santa Teresa, por ejemplo (hace una recreación de las primeras páginas de «Las Moradas»), de Cervantes o del Cid, demuestra, por movimiento de «boomerang» curiosísimo, que su intención era la de resituar el idioma en el espacio fundamental de su creación, espacio que no había sido alcanzado ni por los americanos, en esos momentos, ni por los españoles.

SEGOVIA: Sí, sí, me parece que es eso exactamente, me parece que ahora se van uniendo todas las cosas.

Pero para no andarnos por los cerros de Ubeda, vuelvo al casticismo. España estaba en Europa y Europa era (o parecía en 1900) lo universal. España era lo particular dentro de lo universal. Pero de golpe a España llega Darío, este hijo de un gran continente con el cual España se encuentra en una relación muy particular. Ese gran continente le envía a su hijo pródigo a llevarle la palabra de vuelta, pero también devuelta, en el sentido de devolución. América le devuelve a España la palabra que ésta le ha dado. Me parece que por ahí, por un terreno metafórico, podríamos ir muy lejos.

MONEGAL: Y claro, esa devolución suscita todo un nuevo problema porque se vuelve a plantear el problema del casticismo, que tanto habían fatigado los académicos españoles, sólo que ahora se plantea en un contexto muy distinto y verdaderamente fecundo.

Pero aún hay otro motivo soterrado que los unía fatalmente: la tristeza. Juan Ramón es, en los años en que conoce a Rubén, un muchacho absolutamente triste, enfermo de tedio, solitario y lunático. Tras su primera aventura madrileña de 1900 vuelve a Moguer, de donde saldrá para pasear sus «soledades sonoras» por los parques románticos de varios sanatorios de Francia y España. Luego tornará a su pueblo, en donde llevará una existencia huidiza, entre la ciudad y el campo. Lo que al principio eran avenidas con estatuas mutiladas y otoños amarillos sobre los jardines de Arcachon o Madrid, serán después campos bucólicos con coplas perdidas, flautas olvidadas y chamarices crepusculares, pero siempre con un fondo estremecido de tristeza y de lágrimas. Rubén, entre tanto, va y viene —Nicaragua, Chile, Argentina, España, Francia...— sonreando por el mundo, con un afán de vida, con una pasión vital que le irá gastando la alegría y la salud. En Juan Ramón, por esta época, todo se vuelve una pura queja y es precisamente este hilo delgado, esta voz rota, lo que atrae a Rubén hacia el poeta de las Arias tristes. Recordemos que lo primero que impresiona y hace escribir a Darío un elogio del moguerense es su «tristeza andaluza». «Se llama Juan, como el Arcipreste, y Jiménez, como el Cardenal» y tiene, dice, «la transparencia de un espíritu fino como un diamante y deliciosamente sensitivo. He aquí un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine, que permanece, no solamente español, sino andaluz, andaluz de la triste Andalucía».

Rubén, mayor en edad y sabiduría, intenta consolar a su joven amigo con unas cartas llenas de consejos casi paternales. En una ocasión le escribe: «Lo que no me agrada es la melancolía de sus versos, de todo usted. Yo creo que usted está enfermo de tristeza. Eso no está bien. Hay que reaccionar y vencer a la vida, viviendo y luchando. Fortaléscase y véngase a pasar por acá unos días. Iremos a Versalles, y a otras partes. Y se volverá usted con otras ideas y con alegría de vivir.»

EN PARIS ESCASEA LA NOSTALGIA

Pero Rubén no es sincero del todo. La alegría desbordante que el nicaragüense pretende insuflar en el ánimo del joven poeta de Ninfes es más literaria que real. Porque Rubén también está triste, de una tristeza distinta, pero acaso más minadora. En otra carta —octubre de 1903— es aclarado el verdadero estado espiritual del autor de los Cantos de vida y esperanza: «No le he escrito antes —dice— porque desde hace muchos días me encuentro en un estado de espíritu muy molesto. Estoy enfermo del entendimiento, de la memoria, de la voluntad. Mi pobre alma, con sus tres potencias dadas al diablo, no sabe qué hacer.» Y unos días después vuelve a insistir: «Mil gracias por sus líneas, por sus buenos deseos, por su afecto de siempre, por su talento. Mi mal es duro, pero no inminentemente grave. Es una neurastenia del demonio.» Parece como si en la dulce tristeza del joven amigo encontrara Rubén un eco consolador. El 24 de diciembre de 1903 vuelve a escribirle: «Estoy un poco triste y otro poco decepcionado. Hay odios y miserias en las letras. Me estoy llenando de canas a los treinta y siete años... Su amistad me compensa muchas penas.» Y en carta del 15 de junio de 1904: «Apenas me queda, después de tantas decepciones, la fe en usted.»

Juan Ramón siente la tristeza del contraste entre la vida y el sueño y escribe al «maestro» lamentándose de esta inadaptación de su espíritu en el ambiente en que tiene que vivir: «Me habla usted de aislamiento ¡mi aislamiento! Yo he sido siempre, como usted sabe, un aislado: como que la soledad es buena amiga de la bondad y de la belleza. Ahora bien, la cuestión es ésta: ¿Dónde debe uno aislarse? ¿En un pueblo como Moguer? Hay paz, hay silencio... relativo; se reciben libros, revistas, cartas; pero no puede ir uno a un museo, a un concierto, a un parque monumental. ¿En una gran ciudad como París? En el ambiente de una gran ciudad existe todo, pero, por lo mismo, falta la nostalgia. En fin, el asunto es soñar, pensar y cantar de un modo o de otro, pues que en todas direcciones puede encontrarse la belleza absoluta; ir arrancando las mejores rosas por todas las avenidas del destino. Ultimamente me ha-



¿Estaría el poeta en Chile cuando se hizo esta foto o habría llegado ya a España?



Rubén en la época de esplendor diplomático, tan breve...

bía trazado un plan: estudiar bien algunas lenguas muertas y completar mi cultura en las modernas, para poder leerlo todo —todo no, yo sé que esto no es posible, pero... ¡mucho de todo, sí!—. Mas aquí no hay maestros de nada, como no sea de salud, el sol, el cielo azul, el campo verde, la arena roja, cosas que, sin un fondo de tesoros mentales, puede conducir a una apoteosis a lo Rueda, ¡tan temible! La soledad del sabio sería el ideal perfecto. Llegaría uno a escribir sin gritos, a escuchar solamente el enorme rumor del gran silencio de oro del día, el hervidero de plata de la noche sin fin. Ninguna ciudad del mundo es «la única»; por tanto, todas son malas... o todas son buenas... Desde Lérida, sueño con las columnas de Tebas o con las Pirámides; desde Atenas soñaría con un Tokio del siglo XVIII; desde Babilonia, con el Londres actual; desde París, con... ¡el Jardín de las Hespérides! Y quizá la impresión de las lecturas sea, en resumen, lo mejor.»

¿Pero es que acaso no es Rubén un inadaptable incurable? Constantemente, a través de su vida, va cambiando sucesivamente de ciudad, de paisaje, de casa, de mujer y de ética. Tan pronto se cree americano ancestral como francés exquisito, cristiano riguroso como pagano integral. ¿Santiago de Chile, Buenos Aires, París, Madrid, Málaga, Palma de Mallorca, Barcelona? Su vida se va derramando en un incesante cambiar de estados anímicos, en cada uno de los cuales deja un trozo de su alma. En noviembre de 1903 escribe a Juan Ramón:

«Cada carta suya es un placer. Y yo que he perdido muchas simpatías y me he hecho enemigos por no escribir cartas, escribo a usted más que voluntariamente. Porque, disgustado como estoy con los hombres de letras y de todas las porquerías de la vida que se llama literaria, veo en usted a un poeta verdadero que tiene el corazón sano. Ve alto, vuela alto, vive en su sueño de hermosuras. Y yo, por mi desgracia, hace tiempo que veo, más o menos de cerca, solamente arrivistas, malvados finos, sólo de arte, falsedad sinuosamente amistosa.» Y añade, en su deseo de cambiar de ambiente: «Me voy, por fin el 30, a Barcelona y de allí a Málaga. No pasaré a la vuelta por Madrid, pero si usted quiere, nos podemos encontrar en Granada. Y eso será bello y grato.»

TORCER EL CUELLO AL CISNE EN MEJICANO

Cuando en 1892 viene por vez primera Rubén Darío a España—enviado por La Nación, de Buenos Aires, con motivo del Centenario del Descubrimiento—, Juan Ramón sólo tiene once años. No pudo oír hablar del poeta de Azul, que empezaba a sonar en los ambientes literarios con paso crítico de don Juan Valera. Juan Ramón cuenta que la primera noticia que tuvo del nicaragüense fué hacia 1898: un poema leído en la Ilustración Española y Americana que pondría en órbita lo que el poeta de Mogue llamará más tarde «la memoria del corazón». Este mismo año, o el siguiente, Juan Ramón es invitado a ir a Madrid «a ganar la batalla por el Modernismo». Recordándolo después, escribirá: «Rubén Darío era mi sol, era el sol de Nicaragua y de muchos muchachos y países más. Y aquel sol fué de aurora para los españoles y esa aurora venía, nadie lo duda, fuera por donde fuera, de la América de nuestra lengua.»

El Modernismo había puesto de moda en España todo lo hispanoamericano. A Juan Ramón le mantenía este fervor americanista el calor de las cartas enfáticas de Villaespesa «que mantenía correspondencia con todos los poetas hispanoamericanos, modernistas o no, porque para él lo de hispanoamericano era ya una garantía. Libros que entonces reputábamos joyas misteriosas y que en realidad eran y son libros de valor, unos más y otros menos, los tenía él: Ritos, de Guillermo Valencia; Castalia Bárbara, de Ricardo Jaime Freyre; Los crepúsculos del jardín, de Leopoldo Lugones; Perlas negras, de Amado Nervo...». El Modernismo había traído este fervor inusitado por todo lo del nuevo continente. Era acaso una reacción natural en aquella hora en que América acababa de dejar de ser española. Por pérdida, se apreciaba más. Se cantaban con fruición habaneras, bambucos y vidalitas. Era como el pobre canto del cisne, un cisne que perdurará hasta que el poeta mexicano Enrique González Martínez le tuerza el cuello.

LAS BOTAS, LOS ALCOHOLES, EL TRANVIA

Entre tanto, la poesía, para muchos, se llamará Rubén Darío. Para Juan Ramón de un modo especial. «Un día—escribe—, con motivo de la publicación en Vida Nueva con retrato mío y todo—de unas traducciones de Ibsen y de otro poema mío, anárquico y americanista, recibí una tarjeta postal de Villaespesa en la que me llamaba hermano y me invitaba a ir a Madrid a luchar con él por el Modernismo. Y la tarjeta venía firmada también por Rubén Darío. ¡Rubén Darío! Mi casa mogueresa, blanca y verde, se llenó, tan grande, de extraños espejismos y ecos mágicos. El patio de mármol, el de las flores, los corrales, las escaleras, la azotea, el mirador, el largo balcón de quince metros, todo vibraba con el nombre de Rubén Darío. ¡Qué locura, qué frenesí, qué paraíso!» Ese día se inicia una amistad entrañable que sólo acabará con la muerte del poeta de Metapa. El juicio crítico del mogueres, tan antojadizo a veces, tan lleno de arrepentimientos, chispazos y remordimientos súbitos, tendrá en adelante una sola, evidente, fidelidad total: Rubén.

Se conocieron personalmente en Madrid muy en los comienzos del siglo. «Rubén Darío—escribirá después Juan Ramón—, de copa alta y levita, en casa de Pidoux. Villaespesa, Valle-Inclán, Ricardo Baroja, yo... Valle leía Cosas del Cid, que ya yo conocía. Alrededor de Rubén—licores selectos—se reunían, grupo tras grupo, extraños entes españoles, hispanoamericanos, franceses, despatriados. Benavente, príncipe entonces de aquel renacimiento, lo admiraba, franco. Ramón del Valle-Inclán lo leía, lo releía, lo citaba y lo copiaría luego. Los demás, con los pintores de la hora, lo rodeaban, lo mimaban, lo querían, lo trataban como a un niño grande y extraño. Los más jóvenes, lo buscaban. Villaespesa le servía de paje y yo lo adoraba desde lejos.»

Hacia 1903 debió ser la segunda entrevista, posiblemente en casa del doctor Simarro. «Una mañana, muy temprano—dice el autor de Platero y yo—la doncella me anunció a Rubén Darío. Venía vestido de kaki, con sombrero blanco de paja, un panamá, botas amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño. Oscuro, muy indio y mogol de facciones. «He venido a Madrid sólo a verle a usted. Sorpresa.» Juan Ramón era un joven que empezaba, que apenas había publicado unos libritos iniciales. Rubén era ya el pontífice. La emoción sentida, al oír aquellas palabras, no la olvidará jamás el poeta andaluz.

«Pasó entonces camino de Málaga, a curarse una bronquitis alcohólica en el clima inocente. Desde allí me mandó para la revista Helios la soberbia Oda a Roosevelt. Francisco A. de Icaza lloró de emoción cuando yo, en un tranvía, le enseñé el manuscrito de la oda.»

Muy poco después volvieron a verse en la fonda «Los leones de oro», donde Rubén se

DAMASO ALONSO

Sr. D. Luis Ponce de León

MADRID

Mi querido amigo: Muchas gracias por tu invitación a colaborar en LA ESTAFETA. Me pides un poema dedicado a Rubén Darío. Mi musa está ahora de vacaciones, y nunca se mostró obediente al encargo. Lo siento mucho.

Mi admiración por Rubén es muy grande y muy auténtica, desde que le «descubrí» tardíamente (en 1916): lo he contado ya en algún sitio. Sin embargo, en estas fiestas del Centenario permaneceré mudo. Tres países de América me han invitado con este motivo; los tres viajes me atraían. No iré a ninguno. No puedo ir a decir lo primero que se me ocurra. Sobre Rubén Darío hay montañas de bibliografía. La mayor parte muy mala, es verdad; pero no hay más remedio que leérselo todo. No tengo tiempo. Tengo entre manos trabajos muy modestos, pero que no puedo demorar más.

Tuyo, muy cordialmente,

D. A.

hospedó a su vuelta de Málaga. «Lo encontré disminuído, vacilante. Se tomaba constantemente el pulso...» El siguiente encuentro es en la estación del Norte. El nicaragüense viene de París, «otra vez de sombrero de copa, alto, ancho, y siempre con botas de pie chiquito, apretadas, incómodas». Se hospeda en el hotel Inglés en donde Juan Ramón va a verlo muchas tardes. Luego se instala en un «entresuelo agobiante». El alcohol le va minando poco a poco. Juan Ramón le suplica que no beba más. Como le quiere mucho, para no disgustarle instala su bodega—whisky, soda, martel, mariscos—en el dormitorio. «Con la luz encendida lo veo beber por el cristal pintado y rayado; beber, comer, enjuagarse la boca, volver serio al despacho...»

¡TANTO RUBÉN EN MI, SIEMPRE TAN NUEVO!

Los años van pasando. Rubén, el eterno viajero, va de un lado a otro en busca siempre de lo desconocido. París, Roma, Madrid de nuevo... Bélgica, Alemania, Inglaterra... En 1907 es nombrado ministro de Nicaragua en Madrid. Málaga. Mallorca. Paisajes españoles van abriendo a su espíritu emociones indefinidas. Siente «su antigüedad» junto al Mediterráneo, y en Valldemosa se extasia en el silencio cartujo que le arranca una voz nueva y estremecedora.

Juan Ramón, entre tanto, se ha refugiado en Moguer y vive unos años de paz bucólica. Súbitamente, se interrumpe el epistolario entre los dos grandes poetas, pero el espíritu de la

obra del vate nicaragüense sigue flotando en los versos del autor de Elegías, La soledad sonora, Poemas mágicos y dolientes, Laberinto... Suena el alejandrino juanramoniano «fastuoso de tesoro», con una música doliente que a veces trae ecos del amigo y maestro. «Rubén Darío me—escribirá después—. ¡Tanto Rubén Darío en mí; tan vivo siempre, tan igual y tan distinto; siempre tan nuevo!» Los versos de Rubén acompañan, durante toda esta época, con su halo de prestigio musical, al moguerense. Y éste, que detestó siempre el modernismo de salón, el de los surtidores, los cisnes y la japonería de imitación, se lo perdona todo a Rubén, porque sabe que dentro de todo eso late una voz lírica que perdurará por encima de modas y de modos. Juan Ramón entendió bien que con Rubén se iniciaba aquello que Enrique Díez Canedo llamó «influencia de retorno, o sea, un comienzo de influjo del espíritu americano en el español, que hasta entonces había dejado de sentir principalmente su peso sobre las letras de América». El autor de las Arias tristes supo administrarse este influjo americano y montar sobre la experiencia rubeniana, su propio mundo.

JUAN RAMÓN, RUBENIANO E INTIMISTA

La influencia de Rubén en Juan Ramón fué, sin duda desde el primer instante, una influencia sana y necesaria: influencia formal, de amor a la expresión bella, de curiosidad y universalismo. Todo eso que le estaba haciendo

JUAN ESPLANDIU

Sr. D. Luis Ponce de León
MADRID

Querido Luis:

En el año 1967 se cumple—si la memoria no me falla—el centenario de Rubén Darío. Me he enterado que vuestra ESTAFETA le va a dedicar un número especial. La cosa no es para menos. No todos los días ve la luz un poeta de su importancia.

¿Puede un pintor opinar sobre un poeta? ¿Tiene algún interés nuestra opinión sobre un genio como Rubén? Sí. He escrito genio, y a pesar de lo desacreditado del adjetivo, en este caso no lo es.

Recuerdo—era yo muy niño—la primera década del siglo. Con frecuencia veía en los periódicos el nombre de Rubén. Me extrañó desde la primera vez. Rubén me sonaba a algo exótico. Darío, ya no. Me era más familiar. Y en una revista literaria ví, ilustrado con unos fastuosos dibujos de Néstor, unos versos maravillosos que firmaba Rubén Darío. Eran los siete pecados capitales y las siete virtudes. Hicieron tal mella en mí que me los aprendí de memoria. Después, verso de Rubén que veía, verso que hacía mío. Por entonces leí «Azul». Y en seguida, en la Prensa, la noticia de su muerte.

Ví la faz ancha de su cara en los periódicos, en las revistas gráficas. El retrato al carbón, magistral de Vázquez-Díaz. El retrato de Rubén, vestido de cartujo en Valldemosa. Retrato que me inquietó. ¿Era monje o poeta? ¿Por qué estaba vestido de monje? Tardé años en aclararlo.

Después, todo fué más claro. Ya Rubén era para mí algo entrañable y sin misterio. A pesar de que leí que había sido diplomático (recuerdo hasta haber visto una foto suya con uniforme y espadín) me lo figuré siempre como poeta y desdichado. Sí, Rubén Darío fué un incomprendido, y como todos los genios, un hombre al margen de la sociedad de su tiempo.

En París, donde residió muchos años, no pasó de ser un extranjero más. Un extranjero empapado en absenta, bebida de poetas y de hombres malditos. Hombres que terminaban con «delirium tremens» en un hospital o colgados de un farol.

Para mí, Rubén siempre fué un poeta extraordinario. Podían cambiar los gustos, las escuelas, Rubén siempre era el poeta.

Por los años «veinte» ni el «dadaísmo» ni la poesía nueva pudieron con él. Posteriormente no hubo escuela que lo anulase. Luego surgieron Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Lorca, Alberti, etc. Valle-Inclán llegó a decir que Rubén Darío era el poeta lírico más grande de lengua castellana.

Ahora, al cumplirse el centenario del poeta nicaragüense, todos los españoles estamos obligados a recordarle. Yo, como pintor y admirador del genio poético, te pido un hueco en tu revista. Que sean las páginas de LA ESTAFETA LITERARIA las que nos ayuden al reconocimiento eterno del genio poético de Rubén Darío y a hacer público este reconocimiento.

Queda tuyo, amigo y compañero,

J. E.



tanta falta a la poesía de su tiempo. Juan Ramón fué rubeniano sin dejar de ser íntimo. Lo que hizo fué, en un determinado momento de su obra, volcar en moldes nuevos sus quejas puramente románticas. Porque en lo mejor del modernismo español seguía vigente la calidad de Bécquer. Y hasta habría que situar, en lo más perdurable del modernismo general, junto a Rubén «exterior» a Unamuno «interior», y acabar con esa barrera innecesaria que alguien levantó entre modernismo y generación del 98. Pensemos que Antonio Machado, poeta representativo del 98, era, a su vez, rubeniano en una parte bien visible de su obra, y que Valle-Inclán llevó a su prosa recamada las lánguidas elegancias del vate de Metapa.

El modernismo fué una época más que un movimiento literario. Modernista era todo lo que cabía en ella: parnasianismo, simbolismo, impresionismo... En América el modernismo fué siempre parnasiano, o casi siempre; en España muy rara vez, porque aquí se luchaba con la gran cantera tradicional que había de perdurar, un poco contra corriente, en poetas interiores como Unamuno, Machado o Jiménez, que sólo tomaron del modernismo lo que había en él de libertad y de proyección. «El modernismo—escribirá Juan Ramón—no fué solamente una tendencia literaria: el modernismo fué una tendencia general. Alcanzó a todo. El nombre vino de Alemania, donde se producía en movimientos renovados por los curas llamados modernistas. Y aquí en España, la gente nos puso ese nombre por nuestra actitud. Porque lo que se llama modernismo no es cosa de escuela, sino de actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza.»

En este movimiento de renovación, lo que Rubén realizó en relación con la estética, lo realizó, un poco después, Unamuno en relación con la idea. De los dos—fondo y forma—y de Bécquer, surgiría Juan Ramón, que se sintió siempre hijo espiritual de los tres y que iniciaría, con esta herencia, un nuevo camino lírico que ya está en la mejor historia de la poesía española. El propio Juan Ramón—a diferencia de muchos otros poetas que niegan sus orígenes literarios—confesó repetidamente de

donde procedía y, de un modo insistente, su admiración y reconocimiento hacia Rubén. «¡Rubén Darío mío!»

En 1916, en el primer viaje del «andaluz universal» a América, en vísperas de su boda, «yendo yo—dice—de España a New York, febrero crudísimo, me dolió el radio con la noticia lamentable frente a Terranova, ciego de ciclón blanco en la tarde; en un vano de la ruta que él, un poco vivo aún en sí, había ocupado antes». Rubén acababa de morir y el amigo fidelísimo anotaría en su diario de poeta enamorado:

Si, se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado
a América en el pecho
su propio corazón...

CONTRA EL RUBÉN MONUMENTAL DE PIEDRA

Con los años, Rubén fué haciéndose, en la memoria de Juan Ramón, un símbolo puro. Desaparecería del recuerdo todo lo que estorbaba al espíritu verdadero del poeta de América. Olvidos voluntarios fueron alzando la figura del gran poeta, libre ya de versos de ocasión, mareos de Noé y uniformes decorativos. Del «gran niño nervioso» que era Rubén quedaba sólo el artista insigne que era el poeta Darío: inmenso, esbeltísimo, dominador, intocable. Juan Ramón, que ya es maestro de poetas, en quien el modernismo es ya pura anécdota, sigue manteniendo, como un culto, el fervor por el cantor de Metapa. Parnasianismo, simbolismo, surrealismo, lorquismo, marinerismo... Todo va pasando rápido en la estimación juanramoniana en donde queda, alzado, casi solitario, el nombre del autor de Prosas profanas. Por eso, cuando en 1923, el Congreso de Juventudes Hispanoamericanas pretende erigir un monumento al cantor de las Sonatinas e intentan nombrar al mogueño vocal de la Junta organizadora, Juan Ramón, que no puede o no quiere bajar de su pedestal ideal a Rubén para colocarlo en caprichoso pedestal de piedra, escribe al secretario de la Junta una carta que define perfectamente su postura fervorosa ante una moda más o menos trasnochada de recitación, ripio, copia y empalago. La carta, inédita hasta ahora, decía así:

«Muy señor mío: He recibido su atenta carta circular del 22 del corriente, en la que me invita usted a aceptar mi designación para vocal de la Junta que ha de intervenir en la erección de un monumento, en Madrid, a Rubén Darío.

Agradezco profundamente el honor que me hace usted, esa "Juventud Hispanoamericana y las personalidades adheridas a la idea"; pero lamento tener que decirle que no me son gratos estos negocios de hispanoamericanismo de oficio, liceo y junta suprema, y que, por lo tanto, me es imposible aceptar designación tan honrosa para mí en sí misma y más con la compañía de los variados señores que constituyen dicha Junta...

La ¿popularidad? que, desde los últimos años de su vida arrastra diariamente a Rubén Darío de un lado absurdo a otro vano, nace, por desdicha del poeta, de aquellas vagas concesiones de su turbio ocaso, que sería más piadoso borrar para siempre con una oscura noche limpia. La gente toda, con motivo o sin él, viene cogiendo, hace diez o doce años, al bondadoso y grande americano—como otro día a nuestro pobre andaluz Bécquer—para lugar común constante—cita, parodia—de un ridícula, barata farsa de gloria. ¡No, no más! Si el poeta, al final de su traqueteada y triste existencia, cayó un poco—por sinrazones sólo disculpables en él, que tanto tenía de razón alta—en ciertos nauseabundos beleños de patriotía, academicismo y compadreo fácil, la obligación de quienes lo admiramos de veras es no hundirlo más—con la pesada mortaja de un uniforme que él se puso a veces, inconscientemente, como un niño—en ellos; sino levantarlo, en una purificación de respetuoso «olvido transitorio», hasta que quede únicamente de él lo que no puede nunca entrar en carroza de cartón ni velada de encrucijado Ateneo, a una música celestial... de plafón con semimusas.

En cuanto a la idea concreta del monumen-

to: el Rubén Darío que tenemos la ineludible deuda de perpetuar en esta España que tales pruebas le mereció de exaltación y cariño, no puede ser—insisto, porque será necesario insistir mucho en esto—ese Rubén Darío tan manoseado por ahí, de revista cuché y latina de modas, turné de ballena indefensa, postal, álbum, abanico y ¡ay! prólogo de compromiso diplomático o periodístico; cantor vicioso que correspondería a un bloque nefasto de esos que van cayendo sobre Madrid; sino el otro, mejor, el «uno», arisco y desnudo, de la mar, la carne y el cielo; «presencia» que se evadirá—¡no lo dudéis!—de glorietas de quita y pon, de encostados y machuchos pedruscos «de la raza», de procesiones cívicas, de amparos de comedias. Y éste lo que anda pidiendo a gritos divinos es... edición seria y cuidada, lectura tranquila en ella, ¡no más empalagosa imitación!, y gozo ardiente y recogido.

Estoy seguro de que doy alegría a la sombra tolerante de mi inolvidable amigo y maestro no interviniendo en favor de este asunto monumental. Si hay quienes piensen como yo, me declaro dispuesto a formar parte con ellos de una agrupación contra «ese» monumento y por el otro: la edición perfecta, sólida, sencilla, definitiva, que digo, de su obra buena.

Usted me perdonará, y con usted esa «Juventud Hispanoamericana y esas personalidades

adheridas», si con esta carta contrario los intereses de ustedes; pero he creído que mi deber era escribirla. Si en otra cosa más de acuerdo con mi modo de sentir y pensar puedo servirle, cuente con su afectísimo y muy reconocido amigo, Juan Ramón Jiménez.»

En la amistad entre los dos grandes poetas está buena parte de la historia literaria de su tiempo. Late en ella, entrañablemente, el fulgor del modernismo, su decadencia y la iniciación de un sistema poético más desnudo, riguroso y esencial. Y late, sobre todo, la vida de los dos poetas que más han influido en la poesía española contemporánea; la vida de dos hombres en los que alienta una corriente sucesiva de belleza, corriente que sigue por suerte, inevitable, de mano en mano como una antorcha. La fuerza de esa corriente, que Juan Ramón tomó del mejor instante literario en que se formó—Rubén—, está ya, y seguirá estando, en lo mejor de las generaciones siguientes. Un río es, y seguirá siendo siempre, su imagen mejor. Y desgraciado el que no advierta el fluir incesante de ese río, «desgraciado del que se quede con la antorcha y del que no la reciba». Rubén y Juan Ramón representaron, cada uno a su modo, el llamear de esa antorcha y los dos quisieron y supieron fundirse, confundirse, abismarse, consumirse en la llama de la belleza eterna de la poesía.

GERARDO DIEGO

Sr. D. Luis Ponce de León

Director de LA ESTAFETA LITERARIA

Mi querido amigo: Me pides una poesía en honor de Rubén Darío para publicarla en unión de otras de poetas españoles. Mi vida en este mes, desde que recibí tu amable carta, está recargada de trabajos y viajes y no me es posible concentrarme para un trabajo poético, ni recuerdo nada que tuviese hecho, como no sea alguna estrofa irresponsable de adolescencia. Bien lo siento, pero ya te darás cuenta de lo difíciles que resultan estas cosas cuando le sorprenden a uno con la caldera apagada.

Sí te diré en llana prosa que desde mis trece años le he sido y sigo siendo hoy fiel a Rubén. He proclamado siempre en clases, conferencias y escritos que le considero el más alto poeta de lengua española después—cronológicamente—de Lope y de Góngora. Ninguno, ni Bécquer, ni Antonio Machado, ni Juan Ramón, ni los que siguen le iguala. Habrá que ir puntualizando todo esto en estos meses.

Un abrazo de tu buen amigo,

G. D.

JORGE GUILLEN

Sr. D. Luis Ponce de León

Mi querido amigo: Al regresar de Verona encuentro a la vez su carta y su telegrama. Le agradezco mucho su interés. Sucede lo siguiente. Yo tenía compuesto un poema sobre Rubén Darío, y no con motivo de este centenario. Pero ya se lo entregué al profesor argentino A. Roggiam, que lo publicará en la revista que él dirige. (Aprovecho la ocasión para de paso recordarle que políticamente estoy en absoluto desacuerdo con LA ESTAFETA LITERARIA.)

Conste de nuevo cuanto le agradezco su insistencia. Cordialmente le saluda,

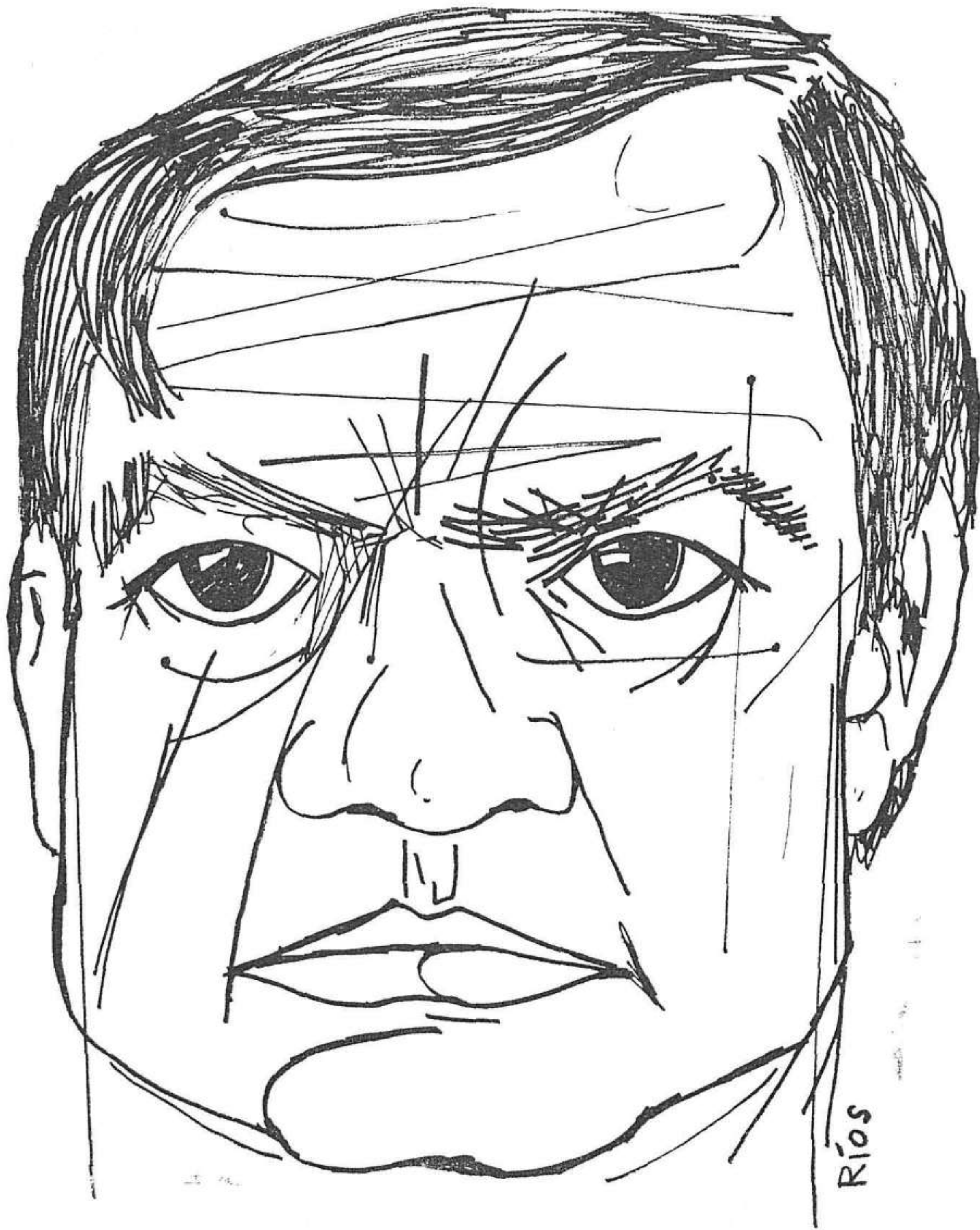
J. G.

PEDRO GIMFERRER

Querido amigo:

La inspiración no llega—pues creo en ella—cuando queremos, sino cuando quiere, y el ajeteo de estos días no la ha favorecido. No quiero estar ausente de un homenaje a Rubén; pero mi amor al gran poeta no me permite colaborar con un poema que no sea digno de su memoria. Quede, pues, solamente constancia de mi adhesión a éste y a cualquier otro homenaje rubeniano. Por respeto a Rubén y a los lectores no quiero ni debo mandar más que estas líneas de disculpa, pues los versos que he intentado escribir no me convencen. Cordialmente,

P. G.



Damos aquí una famosa conferencia al alimón (toreando los diestros Pablo Neruda—Neftalí Reyes—y Federico García Lorca) en su día, en Buenos Aires. Se han hecho diversas ediciones y figura en las obras completas de Federico.

NERUDA.—Señoras...

GARCÍA LORCA.—y señores: Existe en la fiesta de los toros una suerte llamada «toreo alimón», en que dos toreros hurtan su cuerpo al toro cogidos de la misma capa.

NERUDA.—Federico y yo, amarrados por un alambre eléctrico, vamos a parear y a responder esta recepción muy decisiva.

GARCÍA LORCA.—Es costumbre en estas reuniones que los poetas muestren su palabra viva, plata o madera, y saluden con su voz propia a sus compañeros y amigos.

NERUDA.—Pero nosotros vamos a establecer entre vosotros un muerto, un comensal viudo, oscuro en las tinieblas de una muerte más grande que otras muertes, viudo de la vida, de quien fuera en su hora marido deslumbrante. Nos vamos a esconder bajo su sombra ardiendo, vamos a repetir su nombre hasta que su poder salte del olvido.

GARCÍA LORCA.—Nosotros vamos, después de enviar nuestro abrazo con ternura de pingüino al delicado poeta Amado Villar, vamos a lanzar un gran nombre sobre el mantel, en la seguridad de que se han de romper las copas, han de saltar los tenedores, buscando el ojo que ellos ansían, y un golpe de mar ha de manchar los manteles. Nosotros vamos a nombrar al poeta de América y de España: Rubén...

NERUDA.—Darío. Porque, señoras...

GARCÍA LORCA.—y señores...

NERUDA.—¿Dónde está, en Buenos Aires, la plaza de Rubén Darío?

GARCÍA LORCA.—¿Dónde está la estatua de Rubén Darío?

NERUDA.—El amaba los parques. ¿Dónde está el parque Rubén Darío?

GARCÍA LORCA.—¿Dónde está la tienda de rosas de Rubén Darío?

NERUDA.—¿Dónde está el manzano y las manzanas de Rubén Darío?

GARCÍA LORCA.—¿Dónde está la mano cortada de Rubén Darío?

NERUDA.—¿Dónde está el aceite, la resina, el cisne de Rubén Darío?

GARCÍA LORCA.—Rubén Darío duerme en su «Nicaragua natal» bajo su espantoso león de marmolina, como esos leones que los ricos ponen en los portales de sus casas.

NERUDA.—Un león de botica, a él, fundador de leones, un león sin estrellas a quien dedicaba estrellas.

GARCÍA LORCA.—Dió el rumor de la selva con un adjetivo, y como Fray Luis de Granada, jefe de idioma, hizo signos estelares con el limón, y la pata de ciervo, y los moluscos llenos de terror e infinito; nos puso al mar con fragatas y sombras en las niñas de nuestros ojos y construyó un enorme paseo de Gin sobre la tarde más gris que ha tenido el cielo, y saludó de tú a tú el ábrego oscuro, todo pecho, como un poeta romántico, y puso la mano sobre el capitel corintio con una duda irónica y triste, de todas las épocas.

NERUDA.—Merece su nombre rojo recordarlo en sus direcciones esenciales con sus terribles dolores del corazón, su incertidumbre incandescente, su descenso a los hospitales del infierno, su subida a los castillos de la fama, sus atributos de poeta grande, desde entonces y para siempre e imprescindible.

GARCÍA LORCA.—Como poeta español, enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle-Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fué agua y salitre, en el curso del venerable idioma. Desde Rodrigo Caro a los Argensolas o don Juan Argüeso no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y forma como en Rubén Darío. Desde el paisaje de Velázquez y la hoguera de Goya y desde la melancolía de Quevedo al culto color manzana de las payesas mallorquinas, Darío paseó la tierra de España como su propia tierra.

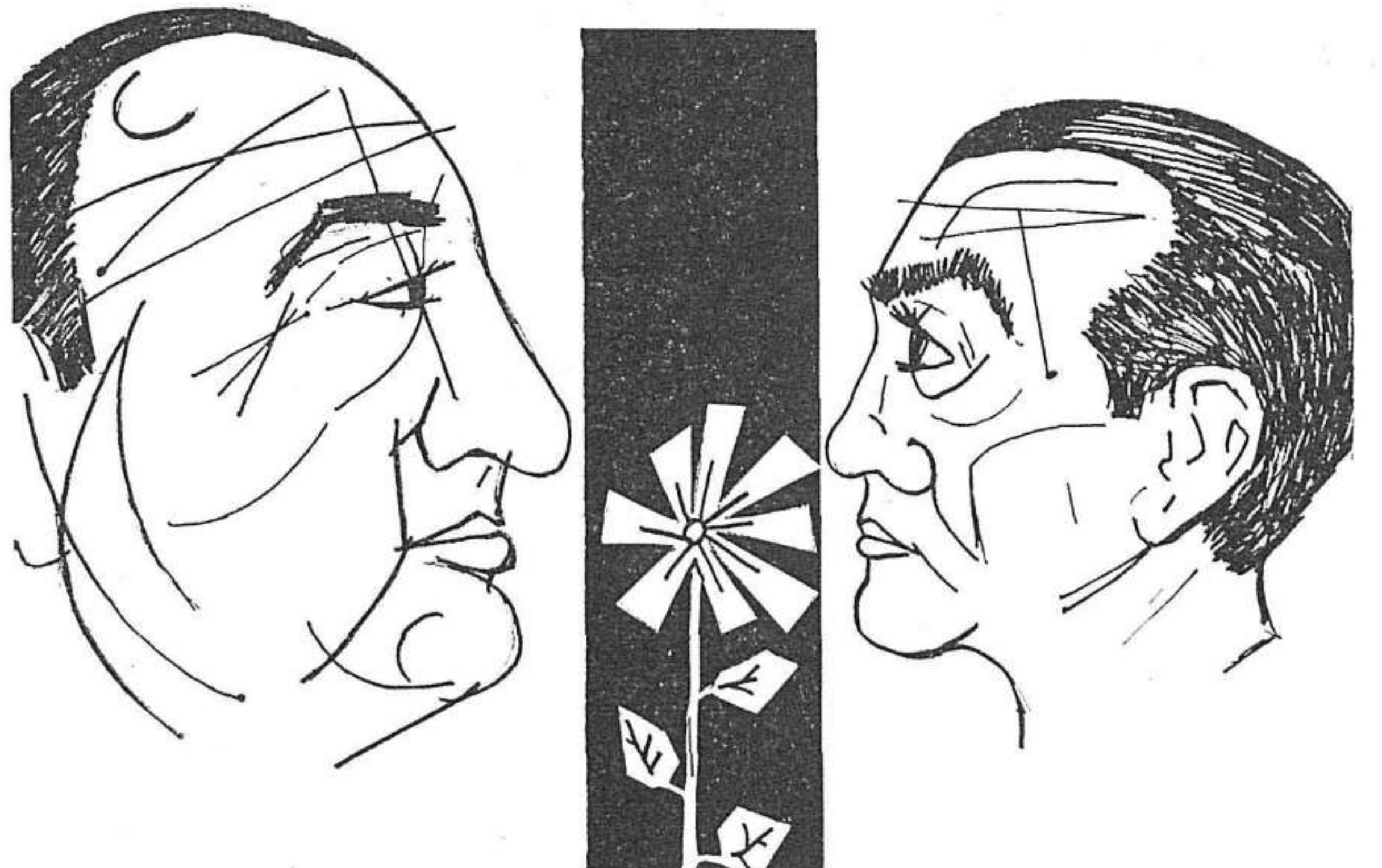
NERUDA.—Lo trajo a Chile una marea, el mar caliente del norte, y lo dejó allí el mar, abandonado en costa dura y dentada, y el océano lo golpeaba con espumas y campanas, y el viento negro de Valparaíso lo llenaba de sal sonora. Hagamos esta noche su estatua con el aire, atravesada por el humo y la voz y por las circunstancias, y por la vida, como esta su poética magnífica, atravesada por sueños y sonidos.

GARCÍA LORCA.—Pero sobre esta estatua de aire yo quiero poner su sangre como un ramo de coral, agitado por la marea, sus nervios idénticos a la fotografía de un grupo de rayos, su cabeza de minotauro, donde la nieve gongorina es pintada por un vuelo de colibrís, sus ojos vagos y ausentes de millonario de lágrimas, y también sus defectos. Las estanterías comidas ya por los jaramagos, donde suenan vacíos de flauta, las botellas de coñac de su dramática embriaguez, y su mal gusto encantador, y sus ripios descarados que llenan de humanidad la muchedumbre de sus versos. Fuera de normas, formas y escuelas queda en pie la fecunda sustancia de su gran poesía.

NERUDA.—Federico García Lorca, español, y yo, chileno, declinamos la responsabilidad de esta noche de camaradas, hacia esa gran sombra que cantó más altamente que nosotros, y saludó con voz inusitada a la tierra argentina que pisamos.

GARCÍA LORCA.—Pablo Neruda, chileno, y yo, español, coincidimos en el idioma y en el gran poeta nicaragüense, argentino, chileno y español, Rubén Darío.

NERUDA Y GARCÍA LORCA.—Por cuyo homenaje y gloria levantamos nuestro vaso.



A FRANCISCA

RUBEN DARIO

I

Francisca, tú has venido
en la hora segura;
la mañana es oscura
y está caliente el nido.

Tú tienes el sentido
de la palabra pura,
y tu alma te asegura
el amante marido.

Un marido y amante
que, terrible y constante,
será contigo dos.

Y que fuera contigo,
como amante y amigo,
al infierno o a Dios.

II

Francisca es la alborada,
y la aurora es azul;
el amor es inmenso
y eres pequeña tú.

Mas en tu pobre urna
cabe la eterna luz,
que es de tu alma y la mía
un diamante común.

III

Franca, cristalina,
alma sororal,
entre la neblina
de mi dolor y de mi mal!

Alma pura,
alma franca,
alma oscura,
y tan blanca...
Sé conmigo

un amigo,
sé lo que debes ser,
lo que Dios te propuso,
la ternura y el huso
con el grano de trigo
y la copa de vino,
y el arrullo sincero
y el trino,
a la hora y a tiempo.
A la hora del alba y de la tarde,
del despertar y del soñar y el beso!

Alma sororal y oscura,
con tus cantos de España,
que te juntas a mi vida
rara,
y a mi soñar difuso,
y a mi soberbia lira,
con tu rueca y tu huso,
ante mi bella mentira,
ante Verlaine y Hugo,
tú que vienes
de campos remotos y ocultos!

IV

La fuente dice: "Yo te he visto soñar."
El árbol dice: "Yo te he visto pensar."
Y aquel ruiseñor de los mil años
repite lo del cuervo: "Jamás!"

V

Francisca, sé suave
es tu dulce deber;
sé para mí un ave
que fuera una mujer.

Francisca, sé una flor
y mi vida perfuma,
hecha toda de amor
y de dolor y espuma.
Francisca, sé un ungüento
como mi pensamiento;
Francisca, sé una flor
cual mi sutil amor;
Francisca, sé mujer
como se debe ser...

Saber amar y sentir
y admirar como rezar...
Y la ciencia del vivir
y la virtud de esperar.

VI

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez acompaña-mé...

En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompaña-mé!...

(París, 21 de febrero de 1914)

POEMA INEDITO DE RUBEN DARIO

"Para Antonio Machado, en contestación a su poema Al Maestro R. D."

GRACIAS, Antonio, por tu verso puro,
por tu saludo fraternal,
que me redimen del imperio oscuro
del paraíso artificial.

"Salterios del loor vibran en coro..."
También mañana vibrarán
cuando llegue mi nave con su oro.
Pero no me conocerán.

En mi verán, tan sólo, la elegancia
del cisne yendo hacia la diosa,
el sonar del laurel y la fragancia
maravillosa de la rosa.

¿Y los limos más hondos y secretos
donde mi canto se apasiona,
pródiga savia y hojas como retos
verdes, al aire que erosiona?

¿Y mi sangre, áureo vino repetido
en testamentos y esponsales
(oh cripta de tres días, dulce olvido
entre gusanos celestiales)?

¿Y mi carne, odio de la piedra muda,
empeño de la llama viva,
y Venus mercenaria y mal desnuda
multiplicada en comitiva?

¿Y mis ojos, frecuencia de los suelos
recientes de ceniza y llanto,
tentando con su brillo de desvelos
la mole espuria del espanto?

Gracias, Antonio. Volverá mi nave
de oro, mas nunca como ahora:
mi corazón ha adivinado y sabe
que el viento empujará a deshora.

Lo mismo que tu verso puro un día
pasto será de iras civiles,
y lo usarán a la manera impía
de los epilogos seniles,

tampoco a mí me entenderán. Amigo,
buitres impedirán tu fosa,
ignorarán cómo era yo conmigo...
Me quedo, Antonio, con mi rosa.

(1914)

(Poema inédito transcrito por Manuel Mantero)



Juan Ramón y Zenobia,
recién casados

JUAN RAMON JIMENEZ y la Conspiración del «New York Times»

(Carta de Hernández Pinzón)

Madrid, 4 de noviembre de 1966

Sr. D. Luis Ponce de León
Director de LA ESTAFETA LITERARIA
Prado, 21
MADRID

Mi querido amigo:

Agradezco la amable invitación que me haces para hablar de los papeles y documentos de J. R.; pero ya sabes que no soy escritor y esto impone grandes limitaciones que me impiden dar cumplimiento a tus deseos de manera acertada. Trataré de complacerte, aunque todo ello resulte tan difícil y penoso para mí.

De los documentos y papeles de J. R. existen dos importantes depósitos. En ellos hay abundante obra inédita, debido al sistema conocido —que empleaba el poeta— de archivar sus escritos para las sucesivas depuraciones a que sometía incansablemente sus creaciones. Uno de ellos está actualmente en nuestro Archivo Histórico, y lo constituye el material de que hice entrega al Ministerio de Educación en 1958. Estos documentos fueron perfectamente archivados, ordenados y catalogados, en la Biblioteca Nacional, por personal técnico de Archivos y Bibliotecas que han realizado una importantísima e ingente labor. De este fondo proceden, principalmente, las publicaciones póstumas aparecidas de la obra de J. R. (admirablemente recopiladas y ordenadas por Francisco Garfias) y otras que están todavía pendientes o en el editor. La ya larga serie de obras nuevas que se han editado dan fe de la importante labor realizada, y queda relativamente poco, de este depósito, por «desamortizar».

El segundo depósito está en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, de la Universidad de

Puerto Rico, sobre el cual hemos presentado continuadas reclamaciones por estimar que constituye, en su forma actual, un evidente atropello para los indiscutibles derechos que poseemos por manifiesto deseo de J. R., expresado en vida y en su testamento. Pero éste es un problema que se inició hace unos diez años y desde entonces está dando continuos coletazos, enmarañándose más cada día, por la serie de interferencias extrañas y las versiones interesadas que sobre el asunto han ido acumulando. Trataré de explicarlo con la brevedad que me sea posible.

Aunque parezca divagación, todo parte de mi primer viaje a Puerto Rico (en 1956), que hice atendiendo la llamada de Zenobia, ya en período agónico, para hacerme cargo de J. R. y traerlo a España. Estaba plenamente convencida que la única solución para J. R., al faltar ella, era pasar los últimos años de su vida al cuidado de los familiares que le quedaban. Los desgraciados hechos posteriores confirmaron toda la razón que tenía. A mi llegada, la opinión de todos coincidía con esta idea, pero la casi seguridad del Nobel, que aumentaba por días, a la llegada del Sr. Benítez (Rector de la Universidad) de un viaje por Sudamérica, hizo variar totalmente el panorama. Hubo ciertas actuaciones verdaderamente pintorescas y no me resisto a exponer una, sucintamente, a modo de ejemplo: antes de mi llegada, un importante señor se presentó alarmado en el Consulado de España, pidiendo su intervención, para que la familia recogiera a J. R. (que, según él, lo tenía abandonado), ya que, al morir Zenobia, constituiría su continuidad en Puerto Rico un pavoroso problema. Esta misma persona no tuvo inconveniente en venir a mi con la embajada de que J. R. no podía salir de P. R., porque tenía un contrato con la Universidad que sería impropio rescindir.

A partir de entonces se suceden una serie de hechos más desagradables, verdaderamente lamentables, que prefiero no detallar. Culminando todo ello en mi segundo viaje a la «Isla de la Simpatía» (en 1958), con motivo de una grave fractura que sufre J. R., cuando ya habían conseguido su prodigiosa recuperación síquica en el Hospital de Hato Tejas. Avanzada ya la convalecencia de la fractura decidimos el regreso; pero entonces montaron una gran maniobra periodística con la finalidad de impedirlo. Para ello se valieron del New York Times y de mister Herbert L. Matthews (el glorificador de Fidel Castro), con objeto de darle la gran difusión mundial que tuvo esta farsa y que sólo fue ignorada por la prensa de aquí, con valiosas y contadas excepciones. A partir de esto, los acontecimientos me encadenan y marcan toda mi obligada actuación; por la cual no he dejado de ser hostigado en todos estos años y hasta muy recientemente han continuado los sucesivos episodios. Esta campaña nos hizo aplazar el viaje de regreso; la inesperada muerte de J. R. lo hizo imposible en vida, pero imponía el traslado de sus restos. En todo momento supe que con esto impedía que la fama de J. R. se centuplicara en todo el mundo; pero puede pesar que una vida dedicada enteramente a la poesía, como fue la de J. R., obtuviera su mayor gloria por motivos absolutamente extrapoéticos y el propio J. R. lo hubiese rechazado enérgicamente.

Como consecuencia de lo expuesto hemos padecido (aparte de continuas injurias) infinidad de contratiempos en todos los aspectos. El cumplimiento del testamento de J. R. se ha visto obstaculizado hasta lo imposible y se ha demorado mucho más allá de lo que permiten los términos legales. Para que se cumpliera, en parte, nos vimos forzados a recurrir a los Tribunales y todavía tenemos pendiente una reclamación

que afecta a los documentos de J. R. y más concretamente al diario de Zenobia a que se refiere la nota.

Estando en P. R. me encomendó especialmente J. R. el citado diario, así como sus papeles íntimos, y me encargó recogerlos de la Sala de la Universidad, donde estaban provisionalmente depositados. De ello tienen buena constancia personas muy allegadas a la U. P. R., y particularmente la encargada de la Sala, quien, amablemente, quedó en seleccionar y separar este material para entregármelo. La rápida gravedad y muerte de J. R., con el inmediato traslado de sus restos, me impidieron recogerlos entonces y todo lo dejé, plenamente confiado, esperando su posterior entrega, que nunca llegó a realizarse y que actualmente se niega.

Consideramos la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez como el mejor monumento que puede existir en homenaje permanente y vivo a ellos. Por esta razón siempre hemos buscado una solución amistosa, ofreciendo nuestra mejor voluntad y el más generoso desprendimiento. Pero no podemos olvidar los deseos manifestados por el propio J. R. y los derechos que nos concedió por su testamento.

De este depósito se han hecho algunas publicaciones, de la obra de J. R., sin nuestro consentimiento y con la natural protesta por nuestra parte. Incluso han llegado a publicar cartas íntimas, lo que me parece la más evidente violación de unos derechos universalmente reconocidos.

Aparte de estos dos importantes depósitos debe existir algún conjunto más, de pertenencias de J. R., en poder de algunos de los escritores que componían el grupo que despojó su casa, de la calle Padilla, a la terminación de nuestra guerra. Fué una actuación totalmente privada, aunque utilizando el organismo oficial a que pertenecían. Hace años que algunos devolvieron lo que conservaban en su poder; pero todavía existen cosas perdidas de las que desaparecieron en aquella ocasión. Entre ellas, el famoso dibujo de la cabeza de J. R., hecho por Vázquez Díaz, que tantas veces se ha reproducido. Aprovecho esta oportunidad que me brindas para rogar a quienes tengan algo de esto que lo entreguen en el Ministerio de Educación y Ciencia por cualquier medio incógnito. Es nuestro deseo que pasen a engrosar el patrimonio cultural de nuestro país, como se hizo con los libros, documentos y otras propiedades de J. R. que estaban en mi poder.

Perdóneme la extensión de esta carta, que por las razones indicadas al principio no me fué posible reducir más. No obstante, tú puedes hacerlo, o suprimirla íntegramente.

Con mi agradecimiento y amistad, te envío un cordial abrazo.

Francisco H.-Pinzón Jiménez

Juan Ramón recibe la noticia de haber sido galardonado con el premio Nobel



JRJ NUNCA FUE UN «REFUGIADO» EN PUERTO RICO

(Puchi de Guzmán en «El Mundo»,
lunes 28 de abril de 1958)

JUAN Ramón Jiménez declaró ayer que «se encontraba bien en Puerto Rico y que sus razones por no regresar a España por ahora eran exclusivamente de carácter sentimental». Al mismo tiempo su sobrino, que alegadamente está tratando de inducir al poeta español a volver a su país natal, acusó a ciertas autoridades universitarias a tratar de hacer una figura política de Juan Ramón.

El señor Jiménez solicitó personalmente una entrevista a EL MUNDO para aclarar una información publicada en la primera página de la edición final del periódico del sábado donde Herbert L. Matthew, del *New York Times*, revela que Juan Ramón rehúsa volver a España y que los puertorriqueños sienten que tienen «que luchar para mantenerlo aquí».

Juan Ramón autorizó al efecto las siguientes declaraciones:

«Mire usted, quería decir algo sobre un artículo que se ha publicado en EL MUNDO.

Se dice en ese artículo que Juan Ramón rehúsa regresar a España. Parece dar a entender que a mí se me invita a ir a España y que yo no quiero ir.

Yo quiero decir que concretamente nadie me ha ofendido en España, sino lo contrario, siempre están teniendo atenciones conmigo.

Mi problema es otro. No es un problema político, puesto que a mí nada me impide ir a España.

Es un problema particular. Yo me encuentro bien en Puerto Rico. Mucha gente aquí tiene atenciones conmigo, empezando por la Universidad. Mi familia desea que yo vuelva a España, y si yo no quiero volver ahora es por razones sentimentales, porque desde el año 50 he vivido aquí hasta la muerte de mi querida esposa y todo me la recuerda y yo prefiero morir en Puerto Rico, donde ella está enterrada.

Repito que no se trata de ningún problema político y de ningún problema de malquerencia hacia España.»

Aquí intervino el capitán Francisco Hernández Pinzón, sobrino de Juan Ramón y ahijado de su esposa Zenobia, para declarar que nadie estaba obligando a Juan Ramón a volver a España.

«Es natural que la familia quiera llevarlo a Sevilla. Aquí no hay nadie de su familia; es absurdo además que traten de hacer ver que vengo encomendado por el Gobierno actual de España.»

A esto Juan Ramón interrumpió para decir, «eso es ridículo, figúrese usted, al Gobierno qué más le da, esas son niñerías».

El poeta español dice resiente «el tono político que se le ha dado a su interés sentimental de quedarse en Puerto Rico», y afirmó con voz segura y pausada, que él jamás ha tenido nada que ver con la política en España y fuera de ella.

«No era político», dijo Juan Ramón; «mis amigos de antes poetas, la mayoría republicanos», pero insistió que no había tenido ni querido «cargos políticos, ni nada».

Salió de España en el 1936, cuando empezó la Guerra Civil española, porque «no estaba de acuerdo con nada de lo que pasaba allí». Siguió diciendo que su esposa y él tuvieron buenas ofertas para trabajar en los Estados Unidos, y debido a las condiciones de su país entonces prefirió aceptar la oferta de América.

Hace veintidós años que no pisa tierra española. El capitán Hernández Pinzón cree que en España Juan Ramón tendría «el cariño de la familia, algo que por muy bien cuidado que esté aquí, le faltaría».

El sobrino de Juan Ramón agregó que el Rector de la Universidad estuvo aquí acompañado de otras autoridades y del periodista norteamericano. Fué el Rector quien preguntó al tío Juan si quería irse, y él contestó que no. El periodista no habló con él en ningún momento».

Siguió diciendo que después estuvieron hablando el Rector Jaime Benítez y él y que no pudieron llegar a un acuerdo «desde el momento en que el Rector considera a Juan Ramón como un refugiado político».

Volvió a interrumpir entonces Juan Ramón: «A mí nadie, el Rector ni nadie, me considera un refugiado político».

Continuó el capitán español afirmando que él no ha pensado tomar acción legal para obligar a Juan Ramón Jiménez a regresar a España y que si él no quiere irse, nadie le puede obligar. Dijo que fué la misma Zenobia la que le pidió unos días antes de morir que se llevase a Juan Ramón a España y que tenía en su poder cartas de Zenobia pidiéndole que velara y cuidara siempre por Juan Ramón.

«Este es el motivo que me ha traído a Puerto Rico cuando Juan Ramón tuvo la caída y rotura de cadera en meses pasados. Es un encargo que traigo de la familia.»

Juan Ramón dijo entonces: «Acaso iré a España más adelante, cuando todo se haya deliberado un poco. Estoy agradecido de todo lo que hace mi familia por mí.»

Destino Transoceánico en el Amor de JUAN RAMON JIMENEZ

NICASIO SALVADOR MIGUEL

PIENSO que no es discutible la importancia que tienen algunos datos íntimos en la vida de los grandes hombres. Nunca son más sinceros éstos que en su intimidad y, de ahí, que el estudio de las notas personales y emocionales de un escritor pueda aportar nuevos elementos en el juicio del mismo. Una de las señales que es factible observar en Juan Ramón Jiménez es lo que podemos denominar su destino amoroso transoceánico.

UN AMOR EN SEVILLA

Por un número, aún reciente, de la revista *Bayoán* conocimos el primer amor de Juan Ramón. Cuando él estudiaba pintura en Sevilla, a sus catorce años, sin haberse aún despertado su temprana vocación poética, conoció en la ciudad de La Giralda a Rosalina Brau. Rosalina era hija del poeta e historiador puertorriqueño Salvador Brau, que, por aquel entonces, realizaba una investigación en el Archivo de Indias de dicha ciudad. Tenía Rosalina veinte años, y Juan Ramón se enamoró de esta mujer «opulenta» y bella, que debió causar una fuerte impresión en su alma, aún adolescente. «Tú no sabes cómo aman las criollas», le dijo. Y cuando hubo de partir para su país, Juan Ramón quedó nostálgico, dedicándole, posteriormente, un poema en que soñaba con un barco que, llevándole a Puerto Rico, lo uniría a su amada.

GEORGINA HUBNER

Quienes conocen la obra de Juan Ramón a través de las «antologías» y colecciones de sus obras que se han prodigado, enormemente, desde hace tiempo, sin haber seguido la producción juanramoniana libro por libro, ignoran, casi con seguridad, la existencia de un maravilloso poema que nuestro autor publicó en 1913 en su obra *Laberinto* con el título de *Carta a Georgina Hubner en el cielo de Lima*. El poeta y profesor español Antonio Oliver publicó en la revista *Destino*—6 de octubre de 1951—un artículo, del que no he visto alusiones en la bibliografía de nuestro poeta, donde aclaraba datos sobre esta dama peruana y sus relaciones con Juan Ramón.

Las obras del poeta de Moguer—las de notas musicales, coloristas y de luz, unidas a una sensibilidad patética y sensual de su primera época—no eran recibidas, con normalidad, en Perú. José Gálvez Barrenechea, poeta peruano y traductor de poemas catalanes, que fué cónsul en Barcelona en 1918 y 1919, deseaba obtener los libros de Juan Ramón, pero no estaba seguro de que éste se los enviase. Y así fué que, puesto en contacto con su compañero y amigo Carlos Rodríguez Hubner, acordaron que la prima del último, Georgina Hubner, escribiese al poeta pidiéndole sus poesías, pues pensaban que, de este modo, el autor no se negaría. Este hecho fue reconocido por el propio Gálvez, quien en carta al profesor Oliver le comunicó textualmente: «En cuanto a la travesura a Juan Ramón Jiménez, efectivamente reconozco con franqueza que la hice en compañía de un amigo y compañero de labores en la Sociedad de Beneficencia Pública cuando aún no tenía, creo, ni veinte años. Fué con el objeto de obtener sus libros que, por aquel entonces, no se conseguían en Lima.»

Lo cierto es que «Georgina y Juan Ramón sostuvieron una larga y curiosa correspondencia», dedicándole el poeta sus volúmenes. Este activo y continuado contacto epistolar—las cartas de Georgina eran dictadas por su primo y por Gálvez—despertó el amor del joven poeta, que no poseía ni un retrato de Georgina, y en una de sus cartas le anunció su marcha al Perú para solicitar su mano. Al saber esto, Georgina se negó a seguir el juego, y pronto se recibió en el Consulado del Perú en Madrid un cable, dirigido al representante Jiménez en la capital española, en que se decía: «Comunique a Juan Ramón Jiménez que Georgina Hubner ha muerto.»

Gálvez dice en su carta a Oliver que desconoce quién pudo ser el autor del cable, aunque yo tengo mis fundadas sospechas de que fué la misma Georgina, sobresaltada por el inminente viaje del poeta y por la broma de que le habían hecho objeto. Lo que interesa, sin embargo, es que Juan Ramón dedicó a la supuesta muerte de esta dama real, que

posiblemente viva aún en Lima, un extraordinario poema donde pueden apreciarse los caracteres de su sentimentalismo poético de aquellos años.

EL POEMA A GEORGINA

Hemos dicho más arriba que es posible advertir un eco transoceánico en el amor de Juan Ramón Jiménez. Rosalina Brau, Georgina Hubner y, por último, su esposa Zenobia, que tan gran influencia ejerció en su vida, fueron hispanoamericanas. Un triángulo con vértice en Perú y bases en Puerto Rico, de cuyo centro parece irradiar la atracción jugosa de la mujer americana con sangre española.

En el poema a la supuesta muerte de Georgina es destacable el mismo tema marino del barco que le había de llevar a la mujer soñada:

... Georgina... en cuantos barcos
salían, fué mi loco corazón en tu busca...
...
Ahora, el barco en que iré, una tarde, a buscarte
no saldrá de este puerto ni surcará los mares...

las notas coloristas—«dirios malvas», «ataúd blanco—y de luz—«el sol poniente», «las estrellas». Y junto a esto, el tono patético—«triste», «solitaria», «tus noches», «fúnebre», «dolor»—, unido a una cálida sensibilidad sensual:

Ya tus muslos están para siempre cerrados

En una palabra, todas las características del Juan Ramón modernista, avaladas por el carácter emocional que jamás desaparecerá de su obra.

Como el poema a Georgina Hubner no volvió a ser publicado desde la edición de *Laberinto* en 1913 por la editorial Renacimiento, pues Juan Ramón

CARTA A GEORGINA HUBNER EN EL CIELO DE LIMA

El cónsul de Perú me lo dice: Georgina Hubner, ha muerto.

Has muerto. ¿Por qué?, ¿cómo?, ¿qué día?
¿Qué sol al despedirse de mi vida, un ocaso,
iba a rozar la maravilla de tus manos
cruzadas dulcemente sobre el parado pecho
(con un libro en la mano)
como dos lirios malvas de amor y sentimiento?
Ya tu espalda ha sentido el ataúd blanco;
¡ya tus muslos están para siempre cerrados!
Sobre la tierra verde de tu reciente fosa
el sol poniente dorará las chuparrosas,
ya está más triste y más solitaria la Punta
que cuando tú la viste, huyendo de la tumba...
aquellas tardes tristes en que tu amor me dijo:
«cuánto he pensado en usted, amigo mío».

Y yo, Georgina, en ti. Yo no sé cómo eras...
¿ardiente, casta, triste? ¡Sólo sé que mi pena
parece una mujer, cual tú, que está sentada
llorando, sollozando al lado de mi alma!
Sé que mi pena tiene aquella letra suave
que venía, volando, a través de los mares
para decirme: «amigo...», o algo más..., no sé... algo
que sentiste en tu corazón de veinte años...
Quise entrar en tu vida y ofrecer mi mano
noble cual llama, Georgina, en cuantos barcos
salían, fué mi loco corazón en tu busca...
Yo soñaba encontrarte, pensativa, en la Punta
con un libro en la mano, como tú me decías,
pensando, entre las flores, encantarme la vida...

Ahora, el barco, en que iré, una tarde a buscarte
no saldrá de este puerto ni cruzará los mares,



lo suprimió de sus antologías y colecciones, al conocer posteriormente la simpática broma de que había sido objeto, creemos interesante reproducirlo a continuación. Poseemos dos redacciones del poema: la que da el autor en el libro citado y otra que nos ha facilitado nuestro amigo, el poeta puertorriqueño y director de la revista *Bayoán*, Luis Hernández Aquino. Esta segunda copia le fué entregada a Hernández Aquino por Ricardo Gullón, autor de las *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, y difiere en ciertas palabras y frases del original. Como conocemos la afición de Juan Ramón a las correcciones y la amistad y trato que le unió con Gullón durante la estancia de éste en Puerto Rico, no es difícil pensar que esta redacción la recibiese de manos del propio poeta. Nosotros conservamos, casi íntegramente, la versión original de *Laberinto*, aun cuando anotamos alguna palabra siguiendo la relación facilitada por H. Aquino.

irá por lo infinito, con la proa hacia arriba
buscando, como un ángel, una celeste isla.
¡Oh!, Georgina, Georgina. ¡Oh!, qué cosas... mis libros
estarán en el cielo y tú le habrás leído
a Dios algunas cosas... Tú veras el ocaso
en que mis pensamientos nostálgicos se mueren.
Desde allí tú sabrás que esto no vale nada,
que, salvado el amor, lo demás son palabras...

¡El amor! ¡El amor! Tú sentiste en tus noches
el encanto lejano de mis ardientes voces
cuando yo, en las estrellas, en la sombra, en la brisa
sollozando hacia el sur te llamaba: ¡Georgina!
¿Una onda quizás del aire que llevaba
el perfume suave de mis vagas palabras
pasó junto a tu oído? Tú supiste de mí
los sueños del camino, los besos del jardín.

¡Cómo se rompe lo mejor de nuestra vida!
Vivimos... para qué, ¡para mirar los días
de fúnebre color, sin alma y sin remansos...
para tener la frente caída entre las manos!
para llorar, para anhelar lo que está lejos,
para no encontrar nunca la verja del ensueño.

¡Oh, Georgina, Georgina, para que tú te mueras
una tarde, una noche... y sin que yo no lo sepa!
Y el cónsul de Perú me lo dice: Georgina
Hubner ha muerto.

Has muerto. Estás en Lima
abriendo rosas blancas debajo de la tierra...
Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran,
¿qué niño idiota, hizo del odio y del dolor,
hizo el mundo, jugando, con pompas de jabón?

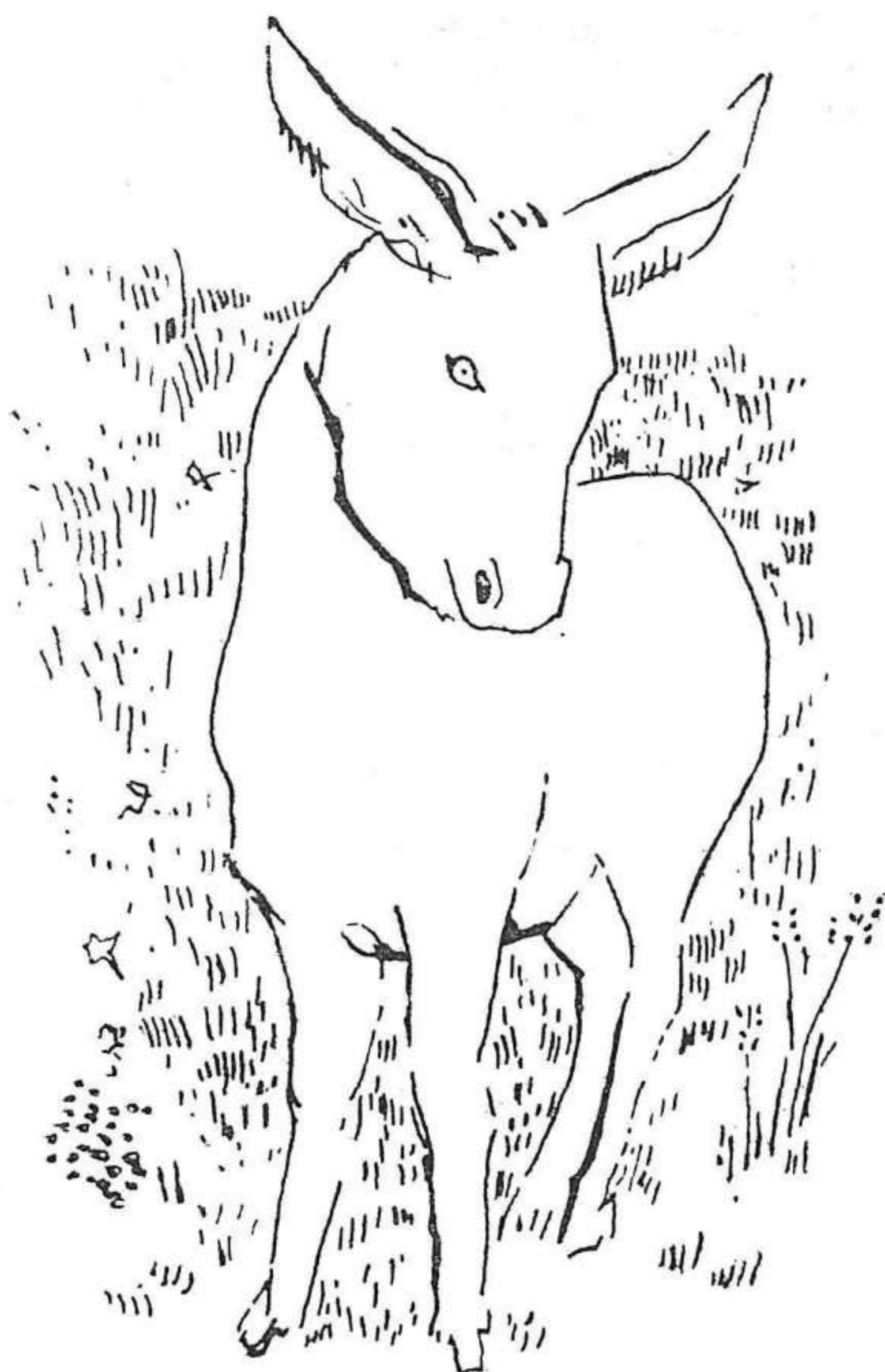
Juan Ramón:

MIS IDEAS ORTOGRAFICAS

SE me pide que escriba algo en «Universidad» sobre mis ideas ortográficas; o, mejor dicho, se me pide que explique porqué escribo yo con jota las palabras en ge, gi; porqué suprimo las b, las p, etcétera, en palabras como oscuro, setiembre, etc.; porqué uso sc en vez de x en palabras como escelentísimo etc. Primero, por amor a la sencillez, a la simplificación en este caso, por odio a lo inútil. Luego, porque creo que se debe escribir como se habla y no hablar, en ningún caso, como, se escribe. Después, por antipatía a lo pedante. ¿Qué necesidad hay de poner una diéresis en la u para escribir vergüenza? Nadie dice excelentísimo ni séptima, ni transatlántico, ni obstáculo, etc. Antiguamente la exclamación «Oh» se escribía sin «h» como yo la escribo hoy, y hombre también. Y ¿para qué necesita hombre una h; ni otra, hembra? ¿Le añade algo esa h a la mujer o al hombre? Además, en Andalucía, la jota se refuerza mucho y yo soy andaluz.

Pero, aparte de estas sensateces, cuando yo era niño, en los fines del siglo XIX, un grupo de escritores distinguidos promovieron esta costumbre de simplificación ortográfica. El diccionario que yo usé siempre y sigo usando, es el «DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, con todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno; las de ciencias, artes y oficios; notables de historia, biografía y todas las particulares de las provincias españolas y americanas, por una Sociedad de personas especiales en las letras, las ciencias y las artes, los señores don Augusto Ulloa, Félix Guerra Vidal, Fernando Frago, Francisco Madinabeitia, Isidoro Fernández Monje, José Plácido Sansón, José Torres Mena, Juan Creus, Juan Diego Pérez, Luis de Arévalo, Ventura Ruiz Aguilera, y revisado por don Domingo Fontán, ex director del Observatorio astronómico de Madrid, catedrático de Matemáticas sublimes y autor de la carta de Galicia, don Facundo Goñi, catedrático de Filosofía y Derecho internacional del Ateneo científico y literario de Madrid, don Joaquín Avendaño, inspector jeneral de las escuelas del Reino, don José Amador de los Ríos, individuo de la Academia de la Historia y catedrático de Literatura de la Universidad de Madrid, don Juan Bautista Alonso, antiguo abogado del Colegio de Madrid, don Patricio Filgueira, ingeniero de Minas, don Pedro Mata, catedrático de la facultad de Medicina de Madrid, don Rafael Martínez, doctor en Medicina y rejente en Botánica, don Tomás García Luna, catedrático del Ateneo. Y ordenado por don Nemesio Fernández Cuesta». En él están escritas como yo las escribo todas las palabras que yo escribo como en él están escritas. Este diccionario era de uno de mis abuelos y en él encuentro siempre todo lo que no encuentro en ningún otro diccionario enciclopédico. Siempre ha viajado conmigo y lo uso como libro de cabecera. Yo leí a Figaro por primera vez en una preciosa edición que aún poseo, impresa en París con esta misma ortografía que yo uso. Un tío mío, hombre de gran cultura y viajero incansable y quien me legó una parte de su hermosa biblioteca, escribía así y me pidió que yo lo hiciera; y, como me gustaba, lo hice. De modo que, como me acostumbré a escribir así desde niño, me pareció absurdo escribir de otra manera. Mi jota es más hijiénica que la blanducha g, y yo me llamo Juan Jiménez, y Jiménez viene de Eximenes, en donde la x se ha transformado en jota, para mayor abundamiento. En fin, escribo así porque yo soy muy testarudo, porque me divierte ir contra la Academia y para que los críticos se molesten conmigo. Espero, pues, que mis inquisidores habrán quedado convencidos, después de leerme, con mi explicación y, además, de que para mí el capricho es lo más importante de nuestra vida. Emerson había escrito fancy en la puerta de su cuarto de trabajo

(Este es el aforismo que recordabas: «Quien escribe como se habla, irá más lejos en el porvenir, que quien escribe como se escribe.»)



EL ESPAÑOL PERDIDO

Cuando yo estaba en España, creía que todos los españoles que conocía allí hablaban español. No lo dudaba, no necesitaba diferenciarlos. Hoy creo que ningún español de los que conozco fuera de España habla en español, español, el español que yo voy perdiendo. ¡Qué extraño!

Y si analizo esto y revivo aquello, decido que la única persona que habla español, en español, el español que yo creo español, era mi madre, tan natural, tan directa y tan sencilla, cuya voz sigo oyendo debajo de la mía. Y sufro más que nunca que ella esté lejos de mí, tan callado y tan oculto su español de hoy bajo nuestra tierra andaluza, Osuna, Cádiz, Moguer.

Como el idioma es un organismo libre, y vive, muere y se transforma constantemente,

el español que se venga hablando en España, desde el año 36, en que yo la dejé, habrá cambiado en doce años, tendrá doce años más o doce menos, según y conforme.

Si yo fuese a España ahora, seguramente hablaría, oíría y hablaría, con duda primero, y luego, un español diferente del que estoy hablando. ¡Yo extraño o el español extraño! Igual yo que esos judíos que he oído hablar por aquí, que hablan todavía su español del siglo 15. ¡Qué extraño!

En todo caso, mi español se ha detenido, hace doce años, en mí. Yo supongo, no lo sé ya tampoco, que hablo como hace doce años. Desconfío de mí ahora y desconfío ahora de lo que leo ahora escrito en español en España y fuera de España.

Y si quiero recordar, pensar, criticar el español, los españoles, ya no sé lo que leo, lo que hablo ni lo que escribo.

Antes había para mí un español. Ahora, ¡qué extraño!, hay muchos españoles para mí.

Todos los españoles de España se me unían en Madrid en uno. Todos los españoles de España se me separan en América en muchos.

Temo, aunque tanto lo deseo, y no quiero ir a más países de la América española que a los que ya fui: Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, por donde anduve tres años. Porque no quiero y temo «perder» mi español y «ganar», ¡qué extraño!, los otros españoles. No sé si me decidiré a ir este año de 1948 a la Argentina, ¡tentación tan rica!

Y no porque crea que estos españoles son peores que mi español. Al contrario, pienso, ¡qué extraño!, que algunos son mejores. (¡Y tan bellos, Lidia boliviana!)

En Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, noté por vez primera las diferencias, encantadoras diferencias. Unas veces, las palabras nuevas

para mí me parecían más falsas que las otras; otras, más verdaderas, más mías que las mías de... ¿cuándo?, más cerca de las mías de niño. Falsas por olvido, verdaderas por memoria.

Porque el español hispanoamericano, los hispanoamericanos españoles se detuvieron en un español un día, mi día anterior, o se desarrollaron en esa detención por otro lado posible de ella. ¡Qué extraño que estos hispanoamericanos detenidos en un español o renovados por otro camino que el mío, se me disculpen a veces de su español! Como yo empiezo hoy a disculparme. ¡Y qué extraño este querer hablar de otra manera para entendernos mejor!

¡Qué cerca y qué lejos yo de mí! Lo lejos

Todos los españoles de aquí y de allí (allí, Europa) ¿me son extranjeros?

¡Qué extraño, qué extraños españoles extranjeros, extranjeros españoles!

¡Qué extraño el español de los españoles en ésta, este radio, fatal en todos los sentidos, que acentúa tanto las pronunciaciones particulares, disímiles, diferentes.

Oigo «verdat, talves, yega, cirial, guerra, vielnes», tan bien dichos para quienes lo dicen. ¡Qué extraño!, digo yo.

Y qué extraña esa perfección arcaizante «vallaolizana», ¡o Jorge Guillén!, que buscan otros en el radio y fuera del radio. «En eso

más, el acendrado), este español que no se habla ni se ha hablado ni se hablará nunca en ninguna parte!

¡Qué extraña una buena parte de mi escritura anterior, la más literaria! ¡Qué necesidad de volver a escribir esto, aquello, qué repulsión tales libros de literatura poética «castellana»! ¡Qué nostalgia de mi español de niño en Moguer! ¡Qué odio de castellano en Madrid! ¡Qué afán de dejarlo todo claro, liso, fluido, transparente (como Leonardo quería la pintura del cuerpo humano), redichos sonetistas arquitecturales!

Lo único bueno en esta extrañeza es saber bien, a veces, qué es lo bueno, cuál es el buen español de cada día; que el buen español de cada día (el que hablaba aquella muchacha de Sevilla, que por eso vino a nuestra casa de Madrid) era y es lo mejor de lo mejor.

Pero, ¡ay!, a veces también; no siempre, no siempre. Y la muchacha, cuando se dió cuenta de que yo «la escuchaba», se puso a hablar... mejor.

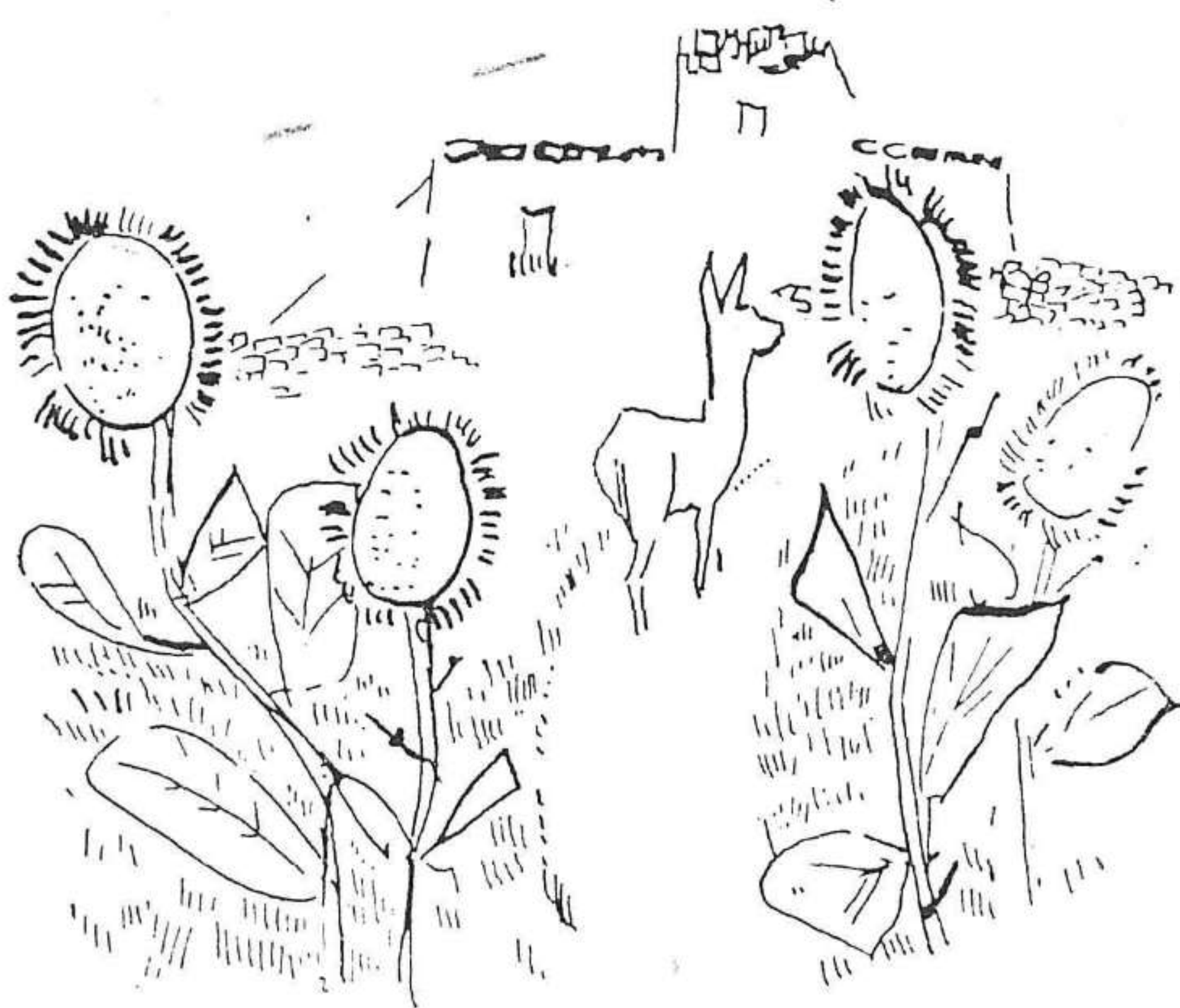
Y qué extraño renovar mi español con lo extranjero, ser ya extranjero definitivo, no ser de ningún otro país ¿ni nunca ya español?

¿Muerto hoy para mí el español de España; muerto el otro español desterrado, muerto mi español?

¿El español de España no se está desarrollando conmigo; yo no he contribuido «allí» ni «aquí» a desarrollarlo desde el año 36? ¿El español desterrado no se desarrolla con España? ¿Mi español no se desarrolla con ninguno de los dos?

Y yo, un día, escribí un español auténtico y propio, y fui sencillo a veces y a veces complicado, corazón o cabeza, pero siempre de «dentro» de España y de los españoles de España.

¡Y yo estaba «creando» un español de España, mi español!



hacia delante, si es lejos; lo cerca hacia atrás, qué cerca de mi madre, ¡más cerca de mí que nunca!

Y qué extraño oír hablar un español «mejor» a un colombiano, un mejicano, un boliviano. Un español mejor que el mío, qué extraño, más educado que el mío.

Si, qué extraño, un español como mi español perdido, o un español más inventivo ahora, porque sigue en su hora y su lugar, su espacio y su tiempo.

En Cuba, una bella habladora me dijo: «Claro, a usted le extraña lo que le digo. Como usted tiene ese "dejo español"...»

¿Ir a ver a un español recién llegado ahora de España, para hablar con él? ¡Qué extraño; a lo que llega el español perdido!

Un español no es el español ahora para mí; el español que yo quiero es todos los españoles. Y todos los hispanoamericanos.

Y todos los españoles aquí, ahora, tienen su español detenido en años diferentes; uno, por ejemplo, en el 1917; otros, en el 20, en el 28, el 35. Y yo sé, por sus palabras de aquel año, que yo aislé en España, el año en que vinieron.

¿Cuál mejor, el venido más antiguo, el más reciente, el más medio?

¡Qué concurso de extrañezas! Todos hablamos un español diferente o creemos hablarlo. O lo creo yo, en todo caso.

Ninguno hablamos en español. (Ahora mismo dudo si está bien este «ninguno hablamos» o si está bien para mí. Claro que lo puedo pensar, pero no quiero. ¡No lo quiero pensar, no quiero pensarlo!)

estábamos, a las buenas horas.» Y tan bien imitado, actores del Sacrosanto Idioma de la Patria. En España, Madrid, el español que enseñaba Tomás Navarro Tomás a los extranjeros y que pretendía enseñar a los españoles, no me preocupaba nunca, porque allí estaba el español de la calle haciendo lo suyo. Pero aquí en Broadway, ¡qué extraño! (Tomás Navarro Tomás, discípulos de Tomás Navarro To-

PATRIA Y MATRIA

SIN RUMOR ESPAÑOL

No oír el pueblo al pueblo de España; al hombre, a la mujer, al niño; ese español que es el rumor de mi sangre, la razón de mi vida!

¿Qué es mi vida sin rumor español eterno e interno?

TUS MARIAS

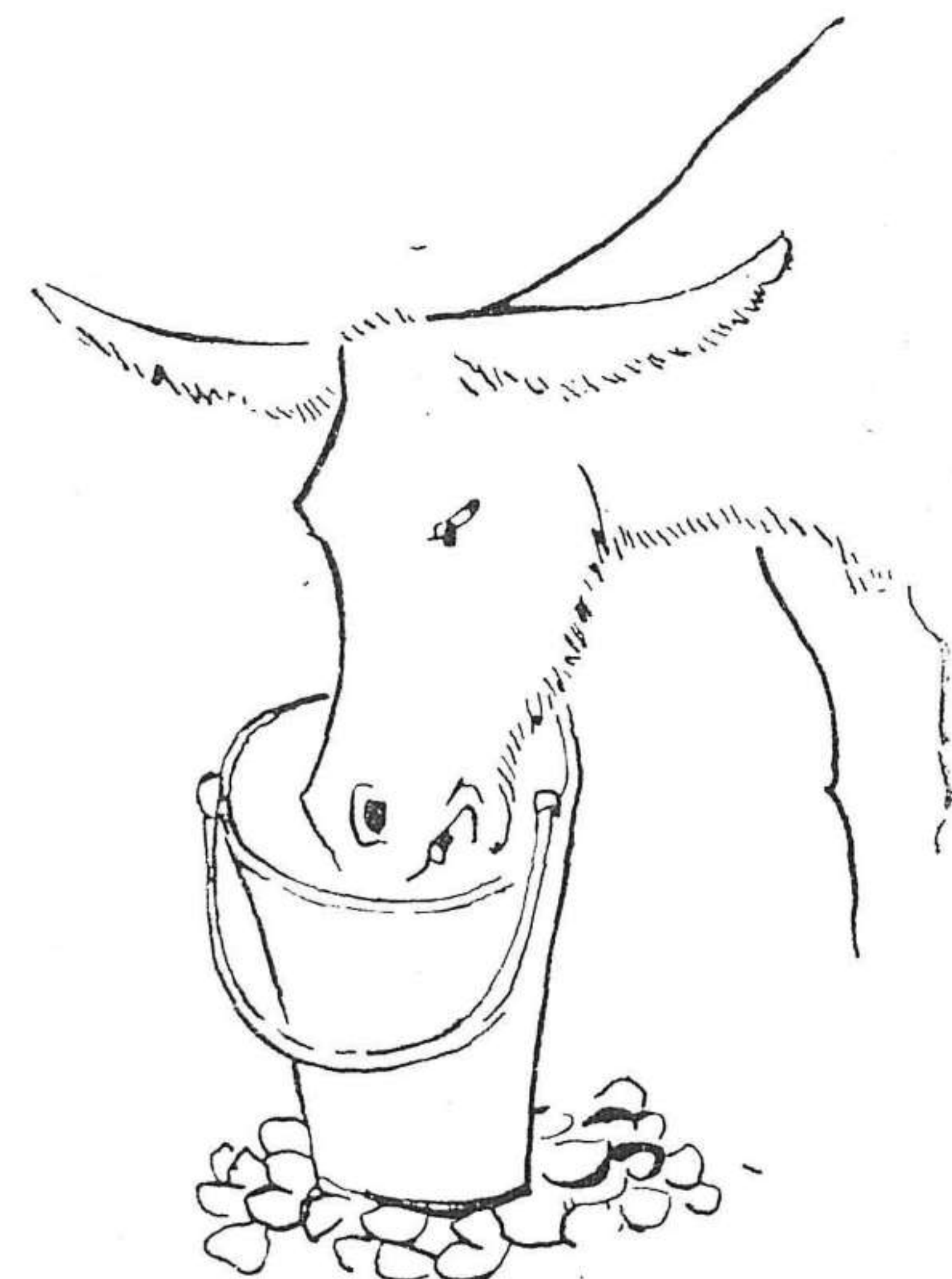
España, Andalucía, ¡cómo estará sonando ahora la voz de tus Marias, María de Montemayor, María del Carmen, María del Pilar, María de los Dolores, María del Rocío, María de la Esperanza, junto al agua corriente por el campo propio.

UNA TRAICIÓN

Como no oigo español atmosférico, no quiero hablar inglés y hasta me parece una traición hablar francés, más parecido al español, a un norteamericano que no sepa español.

MÁS LENGUA

Por mi gusto no hablaría ni leería ni escribiría nunca más lengua que la de España, y



EL MILAGRO ESPAÑOL

El milagro de mi español lo obró la República Argentina: el Río Juramento, barco que me llevó, Buenos Aires, La Plata, Rosario, Santa Fe, Panamá, Córdoba, Buenos Aires. Cuando llegamos al puerto de Buenos Aires y oí gritar mi nombre, ¡Juan Ramón, Juan Ramón!, a un grupo de muchachas y muchachos, me sentí español, español renacido, revivido, salido de la tierra del desterrado, desenterrado, con mi piedra de mi Fuentepiña en el bolsillo del pecho.

—¡El grito, la lengua española; el grito en lengua española, el grito! Y tan andaluz, lo más español para mí de España, ocho siglos de cultivo oriental, Andalucía.

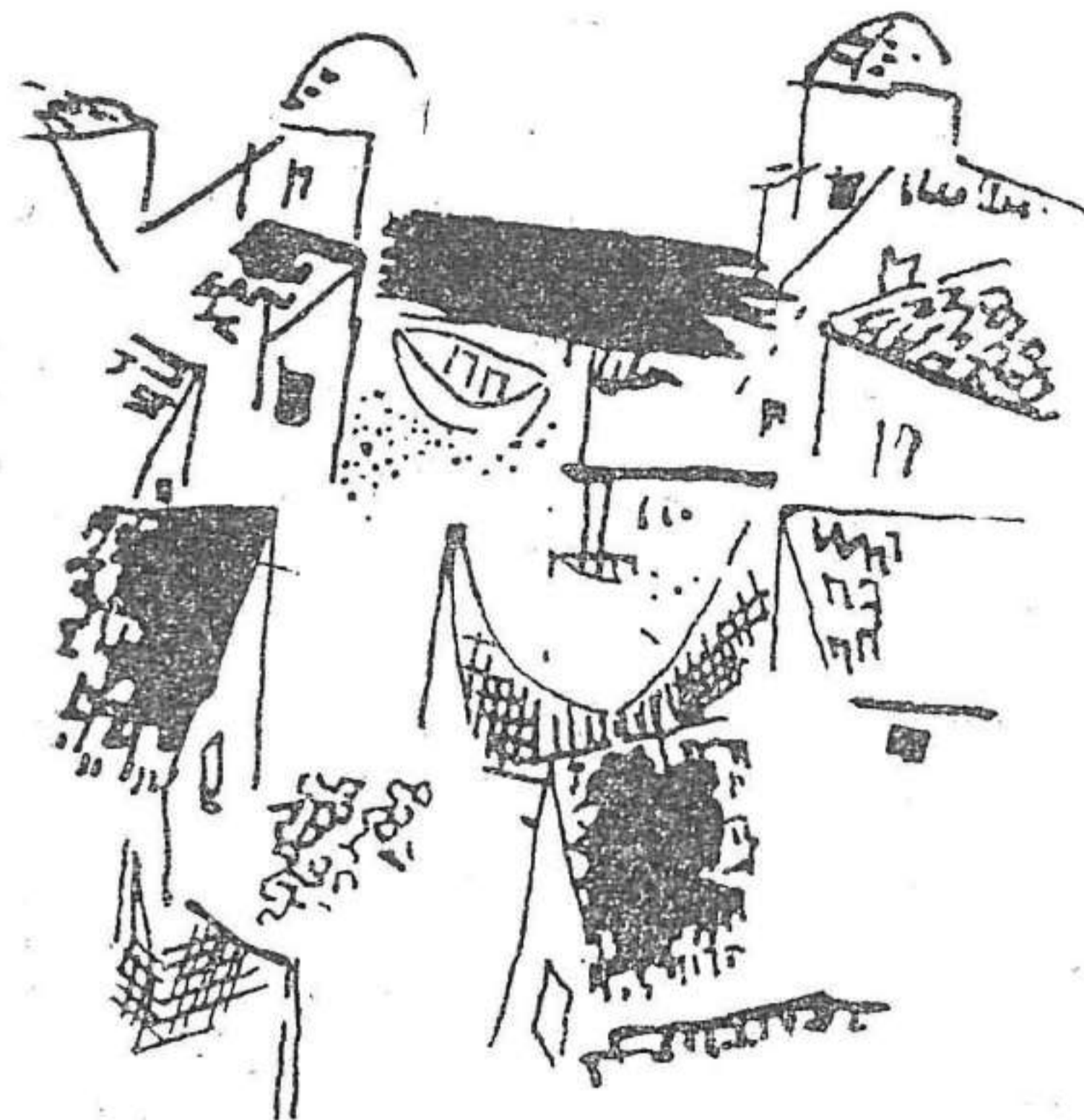
Comprendí. Todo aquello era por mi lengua, por la lengua en la que había escrito lo que ellos habían leído. Nunca soñé cosa semejante. En mi España de piel de toro, isla mayor con alto río sólido, nieve de Pirineos, España, «que faz los homes y los desfaz», no hubiera sido posible esperar aquella realidad que otro país de lengua española me aseguraba. Sí, mucho afecto en Puerto Rico, en Santo Domingo y en Cuba; ¡pero aquel besar, aquel llorar, aquella vida en la Argentina, no!

Cuando llegué al cuarto del hotel Alvear, los empleados, hombres y mujeres gallegos, andaluces, vascos, asturianos, todos sonreían, hablando en un español limpio y resonante por los pasillos de mármol que me estremeció.

Oír a un argentino fuera de Buenos Aires siempre me había sonado un poco raro; pero oír a Buenos Aires me enamoró: un hablar rápido con todas las letras pronunciadas y en su sitio, con un acento fino y agradable, lleno de ondeajes de sorpresa. Hasta la y griega enellada, aquel «Mayea», aquel cabayo o cabacho, me parecían tan naturales. Sin duda aquello estaba en el sol. Aquella misma noche yo hablaba español por todo mi cuerpo con mi alma, el mismo español de mi madre, muchas de cuyas palabras, que ya no decían en España el año 36, eran allí corrientes y vivían del todo. ¡Español que yo querría fijar para siempre con todas sus combinaciones imaginadas en andaluz, en mi escritura!

Y por esta lengua de mi madre, la sonrisa mutua, el abrazo, la efusión. Allí se mecía como en Andalucía. Era la seguridad de un convencimiento, un reconocimiento que se prolongará ya en esta existencia americana mía mientras yo viva.

No soy ahora un deslenguado ni un desterrado, sino un conterrado, y por ese volver a languarse, he encontrado a Dios en la conciencia de lo bello, lo que hubiera sido imposible no oyendo hablar en mi español. En la casa de Dios estoy ahora hablando y España está, en Dios, conmigo. Ahora soy feliz, madre mía, España, madre España, hablando y escribiendo como cuando estaba en tu regazo y en tu pecho.



querría una federación universal de lengua española.

A LAS ORILLAS DE LOS RÍOS

Me voy a las orillas de los ríos el Hudson, el Sherandoali, el Potomac, a ver si les oigo el romance español rumor de los ríos españoles y no me suenan a inglés, sino a río español traducido a río inglés.

CON MI MUJER

Con mi mujer hablo siempre español, claro está, pero ya nos correjimos uno a otro y hasta consultamos el diccionario.

¡A OÍR, A HABLAR!

¡A hablar, a oír, íntimos, discretos, fuertes, tonantes habladores, una lengua como la de España!

ESTRANJEROS

No debo, no puedo, no quiero necesitar más lengua que la mía, extranjeros, más lengua que la tuya, España.

NO ME PARECE

En España, los extranjeros me parecían extranjeros y a veces interesantes; aquí no me parecen hombres ni siquiera interesantes animales.

TODO PARA TI

Lengua madre, lengua única, lengua humana y divina, lengua española, ¡todo, toda para mí!

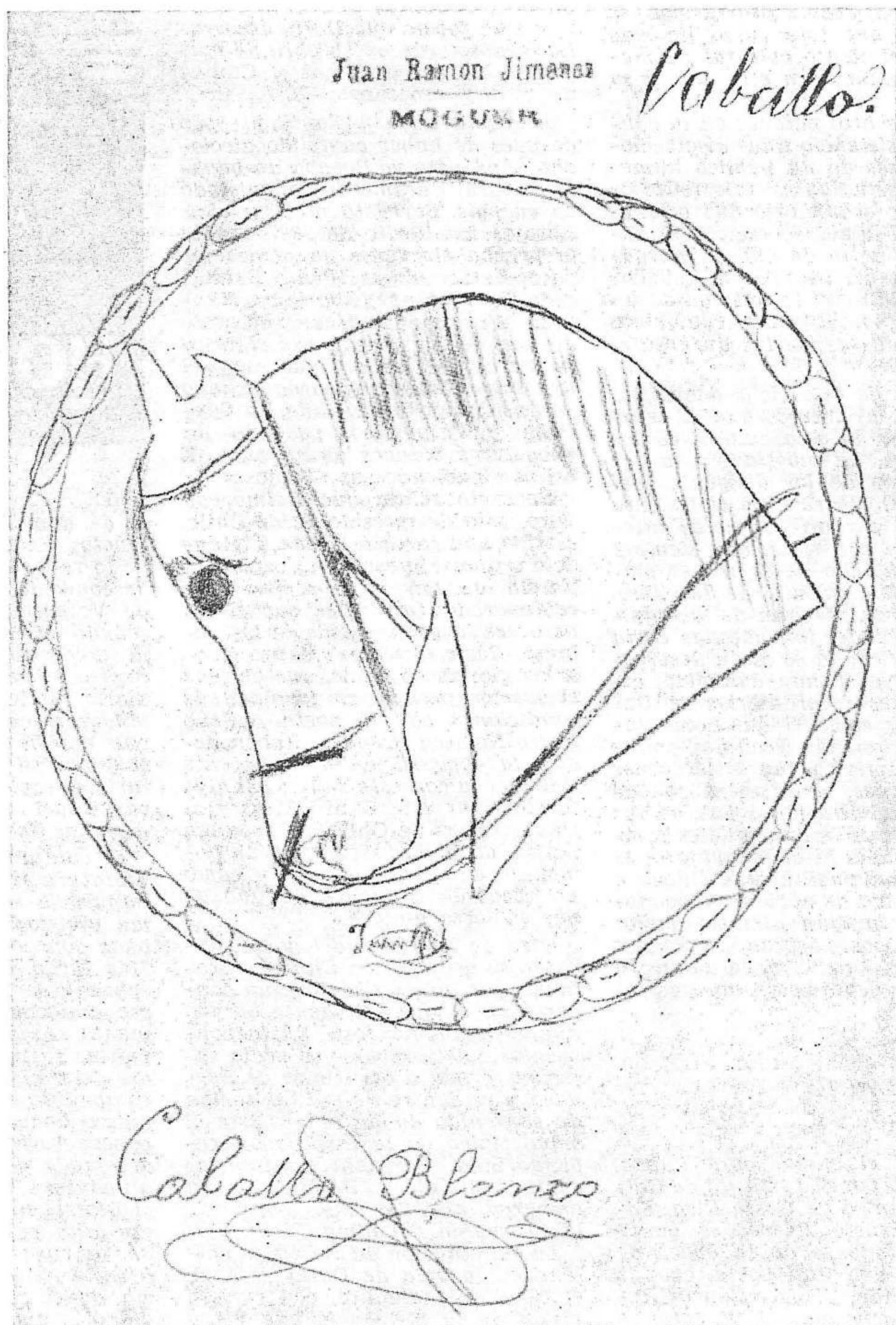
MÁS PATRIA

La mayoría de los países tienen nombres femeninos; España, Patria y Matria, femeninos los tres, son ahora más Matria que Patria o son una sola.

EN LA PROFUNDIDAD

Mi madre viva, de quien yo lo aprendí todo, y más que todo mi lengua, hablaba como toda España para mí. Y España toda me habla ahora a mí, ¿desde dónde?, como mi madre ahora, más lejana en la superficie de esta tierra, más cercana ahondando aquí, atravesando la tierra en su profundidad, en la profundidad, más alta ahora para mí, de su muerte.

Dibujo infantil de Juan Ramón





RUBEN DARIO Y UN "DESCUBRIMIENTO"

EN San José de Costa Rica, durante tres meses, se desarrolló un curso de homenaje a Rubén Darío. En el acto de clausura se puso de relieve el carácter internacional que tuvo por la participación de disertantes no sólo costarricenses, sino también españoles, franceses, chilenos y nicaragüenses. Desde Managua acudió Diego Sequeira para exponer la relación del poeta con la República de Costa Rica, y desde España, el profesor Dámaso Santos, para ofrecer un análisis lingüístico de la obra poética rubendariana.

Varios diplomáticos ocuparon la cátedra a lo largo del curso para enfocar diversos aspectos de la vida, el verso y la prosa del nicaragüense, cuyo centenario ha de conmemorarse en el próximo mes de enero: entre ellos, el embajador de Chile, Edgardo Barrueto; el agregado cultural a la Embajada de Francia, Emile Moirin; el secretario de nuestra representación diplomática en San José, Fernando Schwartz y Girón.

En la capital costarricense se considera que este curso ha sido el acontecimiento cultural de mayor importancia en este año, y su desarrollo despertó un gran interés, que se hizo patente en la continuada asistencia a las disertaciones y clases de un público numeroso. Los estudiantes universitarios y del ciclo secundario que asistieron con asiduidad, recibieron diplomas, y a fin de año se otorgarán otros certificados a aquellos que cumplan con la entrega de un trabajo original sobre cualquiera de los temas expuestos durante el curso.

El éxito de este ciclo, debido no solamente al interés que el tema despierta, sino a la calidad de los expositores, ha mostrado una vez más el celo de los dirigentes del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica por ofrecer actos intelectuales y artísticos, que siempre se han señalado en el primer plano de la vida cultural de San José.

En la gran mayoría de las capitales y ciudades importantes de la América Hispánica se están desarrollando, o ya se han cumplido, diversos actos recordatorios de Darío: cursos como el que comentamos, conferencias, recitales poéticos. Iberoamérica, tan dividida por otras razones, se muestra solidaria en la admiración a una de sus más preclaras figuras, que es también española. Si el lenguaje es el vínculo fundamental que enlaza a la comunidad de naciones hispanoparlantes, ningún símbolo mejor que este poeta—gran renovador del idioma—encierra la esencia más pura del hispanismo permanente.

RUBEN DARIO, EN CHILE

Durante el curso sobre Rubén, organizado por el Instituto de Cultura Hispánica de Costa Rica, Edgardo Barrueto Reeves se ocupó con detenimiento de la época de formación del gran poeta, cuando vivió en Chile. Tiene entonces Rubén diecinueve años, y ya empieza

a publicar poemas y notas literarias en la prensa chilena. Estas se refieren a lecturas de Carducci y Goethe, y reflejan su admiración por Quevedo, Santa Teresa y Cervantes. Nombra frecuentemente a Walt Whitman, el poeta de la otra América, que ejercerá sobre él una gran influencia. Darío, rápidamente, conquista la amistad de los hombres de letras chilenos, la mayoría de ellos mucho mayores que él.

Rubén halla en Chile el medio ideal para una maduración. Está rodeado por un grupo de hombres cultos, entre los que sus inquietudes hallan siempre el eco condigno. El país vive en paz, y cuenta con universidades de alta calidad, bibliotecas bien provistas y una prensa interesada por las manifestaciones del espíritu.

Barrueto Reeves, en su disertación, corrobora el juicio de Marasoso, en el sentido de que en Azul, obra sentida, elaborada y cumplida en esos años de Chile, se encuentra en germen toda la revolución modernista y que representa, además, una lúcida antelación de la temática y la forma que Darío desarrollará más tarde en su obra de madurez: *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*.

El poeta llegó a Santiago poco después de haber cumplido dieciocho años, pero ya llevaba un bagaje cultural duramente conquistado en su país. Barrueto precisa: «*Sus Abrojos, un librito de 1887, son la prueba elocuente de su desamparo. Nobles almas (Pedro Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza, Narciso Tondreau, Eduardo Poirier) le hacen conocer el tesoro inefable de su amistad, pero el joven que llega de Nicaragua lleno de ilusiones está en Chile, en Santiago y Valparaíso, pasando los más duros trances de su vida. Y así van naciendo sus Abrojos.*»

Barrueto relata que Balmaceda Toro, hijo del presidente de Chile, escribe una carta a Rubén, instándolo a que se presente al certamen Varela, en que hay premios bien remunerados, y le dice que el dinero «es la gran poesía de los pobres». Darío escribe su Canto épico a las glorias de Chile, que obtiene el primer premio, en igualdad de condiciones con el poeta chileno Pedro Nolasco Préndez. Rubén dedica la composición al presidente Balmaceda con este envío: «*Si algo puede valer este Canto a las glorias heroicas de Chile, mi segunda patria, acéptelo usted como un homenaje al hombre ilustre y como un recuerdo al padre de uno de mis mejores amigos.*»

Otra de las obras del poeta, durante su estancia en Chile, es *Otoñales*, que fué escrita para un concurso en el que solamente obtuvo una mención honrosa. En la convocatoria del concurso se pedía sujeción formal a las *Rimas de Bécquer*, y es dentro de esa limitación de contenido donde se advierte el signo típico de la inspiración rubendariana. Barrueto puntualiza: «*Está imitando a Bécquer y, sin embargo, está haciendo obra original, poesía del alma.*»

La culminación de esa época chilena en la vida de Darío es Azul, el libro que saludara, con certera visión de la influencia que iba a



tener, ese espíritu acucioso que fué el de don Juan Valera. Dice Barrueto: «... estamos en el umbral de la renovación estética. Un mozo desconocido, pesador de la Aduana de Valparaíso, está solitario, pasando sus veinte años de amor y de dolor por los malecones del puerto comercial, trabajaba en el diario El Herald, pero el director le ha dicho que debe retirarse, porque escribe demasiado bien y no conviene su prosa, artística y literaria, al espíritu periodístico y mercantil del diario. El pesador de Aduanas tiende la mano al vacío...»

El contacto tan estrecho con la literatura francesa parece que fué impulsado en el curso de su íntima amistad con Balmaceda Toro, buen conocedor de las letras galas. Más tarde, en El Salvador, Darío sabrá la noticia de la muerte de ese amigo entrañable. Inmediatamente escribe un libro en su memoria. Y Rubén escribe así al padre del amigo: «*Para mí, el querido compañero no ha muerto. Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño hasta que, si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile, pueda ver en la casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa solitario, y yo, sin aquel que me diera aliento, aplauso, apoyo, consuelo y amor.*»

Nunca más volvería a Chile el poeta, que, sin embargo, fué un incansable viajero. Barrueto señala cómo esos años de Santiago y Valparaíso fueron el momento estelar en el poeta, que, si bien tuvo que afrontar dificultades materiales muy penosas, la suerte le depaó la amistad de Balmaceda, que no sólo significa para él apoyo material en aquellas dificultades, sino una poderosa influencia y un aliento en los primeros esfuerzos de una obra que cristalizará en una revolución literaria. Subraya también el afecto que muestra Darío al describir las personas del presidente Balmaceda y de su esposa, a quienes tuvo oportunidad de tratar sin protocolo, dada la relación tan íntima que mantenía con el hijo.

Para desentrañar el origen de la influencia francesa en el poeta hay que remontarse a aquellos años, y, como explica Barrueto, «para llegar como llega Rubén a la asimilación de una sensibilidad y una cultura ilustres, como la francesa, dominando apenas los rudimentos del idioma, se puede hablar sin exageración de un caso de adivinación genial. En las velas de la Moneda, en Santiago de Chile, su amigo fraternal, Pedro Balmaceda Toro, le facilita, le traduce y lee libros y revistas que vienen de Francia. Sobre una mesa, recuerda Rubén al

escribir sobre las noches pasadas en la intimidad del amigo, los diarios, las pilas azules y rojizas de la Nouvelle Revue y otras revistas literarias. Chile dió a Rubén la iniciación en la cultura francesa...»

La conferencia de Barrueto en el Instituto de Cultura Hispánica de San José de Costa Rica es una buena contribución al estudio de esos años aurales del poeta y una guía para llegar a la formación del cosmopolitismo rubeniano. Chile, siempre abierto a las influencias universales, fué el mejor cuadro para el joven ansioso de conocimientos y también de experiencias vitales. Esto es lo que Barrueto demuestra ponderando la parte que a ese país sudamericano corresponde en la plasmación de uno de los genios poéticos de la lengua española.

RUBEN DARIO, EN MEJICO

La revista Horizonte, que se publica en Méjico, nos da cuenta en su número 47 de la aparición de unos libros dedicados a conmemorar el aniversario dariano. Con una selección de Rafael Sánchez Vargas, en la que se contienen textos antológicos de diferente orientación, se inicia esta colección en la que han aparecido también las Poesías completas, las Prosas profanas y El canto errante.

En el mismo número de la revista, Humberto Tejera publica un artículo titulado «Rubén Darío, día de gloria en Indoiberia», estudio apasionado de la personalidad del poeta puesta en relación con diversos acontecimientos culturales de resonancia iberoamericana.

RUBEN DARIO Y LA POLITICA

La editorial nicaragüense, tan pródiga en editar documentos de interés para el mejor entendimiento de las letras centroamericanas, ha publicado el discurso del fallecido presidente de Nicaragua René Schick Gutiérrez, leído en el acto de su recepción pública como miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua.

En su discurso el desaparecido presidente recoge con cariño y dedicación diversos aspectos poco conocidos de la personalidad del gran poeta americano; con un método de trabajo exigente y cuidadoso, el político, que era también un gran humanista, nos revela inéditas facetas en la personalidad del poeta, que era también, en cierto modo, un hombre preocupado por la pasión política.

EL CONCURSO «RUBEN DARIO»

La comisión nacional para la celebración del centenario del nacimiento de Rubén Darío, de conformidad con el artículo 8.º de las bases del concurso «Rubén Darío» —ensayo literario— para escritores de habla española, ha acordado integrar el jurado que fallará las obras mediante la designación de los profesores Guillermo Díaz Plaja, Carlos Martínez Durán y Ernesto Mejía Sánchez.

La personalidad del profesor Díaz Plaja, gran conocedor de las letras iberoamericanas y figura destacada de la literatura española, da especial relieve a esta conmemoración. Según advierte la comisión al hacer público su acuerdo, el jurado deberá emitir su fallo el día 3 de enero de 1967.

RUBEN DARIO Y SANTANDER

Recibimos el texto del discurso pronunciado por el embajador de Nicaragua en Madrid, Vicente Urcuyo Rodríguez, con motivo de la inauguración del parque y monumento dedicados a Rubén Darío en Santander.

En este discurso el diplomático centroamericano traza una breve semblanza de las relaciones de Rubén Darío con diversas personalidades santanderinas, entre ellos con el gran polígrafo Menéndez y Pelayo. Dentro de su brevedad y del compromiso conmemorativo al que va dirigido, el discurso aporta numerosos datos del mayor interés para el entendimiento de la presencia de Rubén Darío entre los literatos españoles de su tiempo.

RUBEN DARIO Y CULTURA HISPANICA

El Instituto de Cultura Hispánica se prepara activamente a conmemorar el centenario del nacimiento de Rubén Darío. En casi todas las entidades adheridas al Instituto, de España y América, se celebrarán ciclos de conferencias y recitales en honor del poeta nicaragüense.

La revista Mundo Hispánico prepara un número extraordinario, en el que colaborarán diversas personalidades de América y España



Casa natal de Rubén Darío

ilustrando aspectos diversos de la vida y el pensamiento de Rubén Darío. Tarea semejante emprenderá la revista Cuadernos Hispanoamericanos.

Aun cuando no están todavía concluidos los programas, la Dirección de Intercambio y Cooperación del Instituto, la Cátedra Ramiro de Maeztu y el Departamento de Asistencia Universitaria conmemorarán con diversos actos y realizaciones el centenario dariano.

La Asociación Cultural Iberoamericana proyecta dedicar una sesión especial de sus seminarios a esta conmemoración, y del mismo modo está ya casi ultimado el programa de un ciclo de conferencias en el que intervendrán diversas personalidades universitarias y diplomáticas iberoamericanas que ilustrarán diversos aspectos de la obra y la personalidad de Rubén Darío.

RUBEN Y UN RUBENIANO NICARAGÜENSE

Ha permanecido en Madrid durante algunos días Alejandro Hurtado Chamorro, intelectual nicaragüense que cuenta con una brillante trayectoria en el campo de la crítica literaria y el ensayo. Nacido en la ciudad de Granada, realizó también estudios de Derecho. Sus obras comprenden William Walker: ideales y propósitos, La obra poética de Rubén Darío, ensayos sobre poesía y temas culturales hispanoamericanos, entre los que se destaca un minucioso estudio sobre la mitología griega en la obra de Rubén.

En la actualidad Hurtado Chamorro prepara un libro sobre Ru-

bén Darío que, sin duda alguna, introducirá nuevas perspectivas en el entendimiento de esta gran figura de las letras nicaragüenses.

CUADRIVIO, OCTAVIO PAZ FRENTE A RUBEN

La ruptura que se produce con la aparición del modernismo, en las postrimerías del siglo anterior, engendra un movimiento que, a juicio de Octavio Paz, aún no ha terminado. Detrás de ella está la voluntad de diferenciarse, alzándose contra las tradiciones, en un colosal esfuerzo de creación. Para ejemplificarlo acude al estudio de cuatro poetas de producción diversa, aunque enlazados por el ánimo renovador.

«Revolución —dice— significa regreso o vuelta, tanto en el sentido original de la palabra —giro de los astros y otros cuerpos— como en el de la visión de la historia.» A esa luz, el poeta Octavio Paz se encara con el poeta Rubén Darío y desentraña el sentido de la revolución modernista y el signo de su cosmo-

mes manchados que es la historia latinoamericana.»

El segundo poeta es Ramón López Velarde. Paz busca su equivalente no en las letras españolas, sino en las inglesas, proponiendo una semejanza entre el primer Eliot y el último López Velarde. Coloca el acento sobre el significado del amor y afirma que el corazón, como símbolo y realidad, es el sol en torno al cual giran los elementos de la poesía de López Velarde.

Con el título de «El desconocido de sí mismo» enjuicia la obra del poeta lisboeta Fernando Pessoa, al que describe con estos trazos reveladores: «anglómano, miope, cortés, huidizo, vestido de oscuro, reticente y familiar, cosmopolita, que predica el nacionalismo, investigador solemne de cosas fútiles, humorista que nunca sonríe y nos hiele la sangre...» Y así todo está dicho, porque además «el mundo de Pessoa no es ni este mundo ni el otro». El hombre Pessoa se refleja en el poeta Pessoa, y su mensaje se cifra en una sensación sutilmente captada por Paz: «La inminencia de lo desconocido.»

Este Cuadrivio, cuyas páginas están empapadas de lirismo y de certera visión de los hombres que eligió para integrarlo, se cierra con la figura de Luis Cernuda, al que debemos «una obra edificante». El amor, la pasión y su entronque con la moral social, dan pie a Octavio Paz para calar en el sentido profundo de la poesía de Cernuda, otro de los disidentes, muy distinto de los otros tres, pero cuyo mensaje se coordina con los de aquéllos. El libro de Paz tiene el valor de un testimonio palpante de cómo ve el poeta hispanoamericano de hoy la herencia inmediata del modernismo y cuánto se puede aún espiar en esos campos ya madurados por una perspectiva histórica que no los niega, sino más bien los afirma.

«EL PEZ Y LA SERPIENTE»

Las entregas séptima y octava de El pez y la serpiente, que dirige en Managua Pablo Antonio Cuadra, componen un solo volumen de homenaje a Dante, que recogen citas de La divina comedia. Un poema de Rubén Darío, otros de Ungaretti y una concisa antología de la nueva poesía italiana en traducciones de Alfredo Barrera.

El texto fundamental de la revista es un estudio de Pablo Antonio Cuadra en el que, bajo el título de «América o el purgatorio», analiza la vida y la cultura de la América Hispana, adscribiéndoles una condición dual o de tránsito, siempre en búsqueda de lo nuevo. América así se presenta como un purgatorio. Cuadra toma como punto de partida el descubrimiento de América en la poesía de Dante, cuando en el Canto XXVI del «Infierno» alude a un continente lejano, desconocido y despoblado más allá de las aguas del Atlántico y señala que, en la concepción Alighieri, el hombre que cruza el océano sufre un cambio fundamental porque pasa de un lugar de «fe que se enjuicia por el pasado a un lugar de esperanza que se enjuicia por el porvenir».

Fuera de los artículos y notas relativas al homenaje figuran dos cuentos nicaragüenses y una utilísima guía de libros centroamericanos.

Todo este conjunto positivo trae, infelizmente, un juicio introductorio cuya falsedad no coincide con la seriedad de los intelectuales que escriben la revista. Al afirmar que «a Italia debemos el descubrimiento de este mundo y del otro» no sólo incurren en un error histórico, sino que pecan de ingenuidad, sin que la frase añada ningún atributo ni a Italia, que bastantes otras glorias tiene, ni al homenaje de la revista.

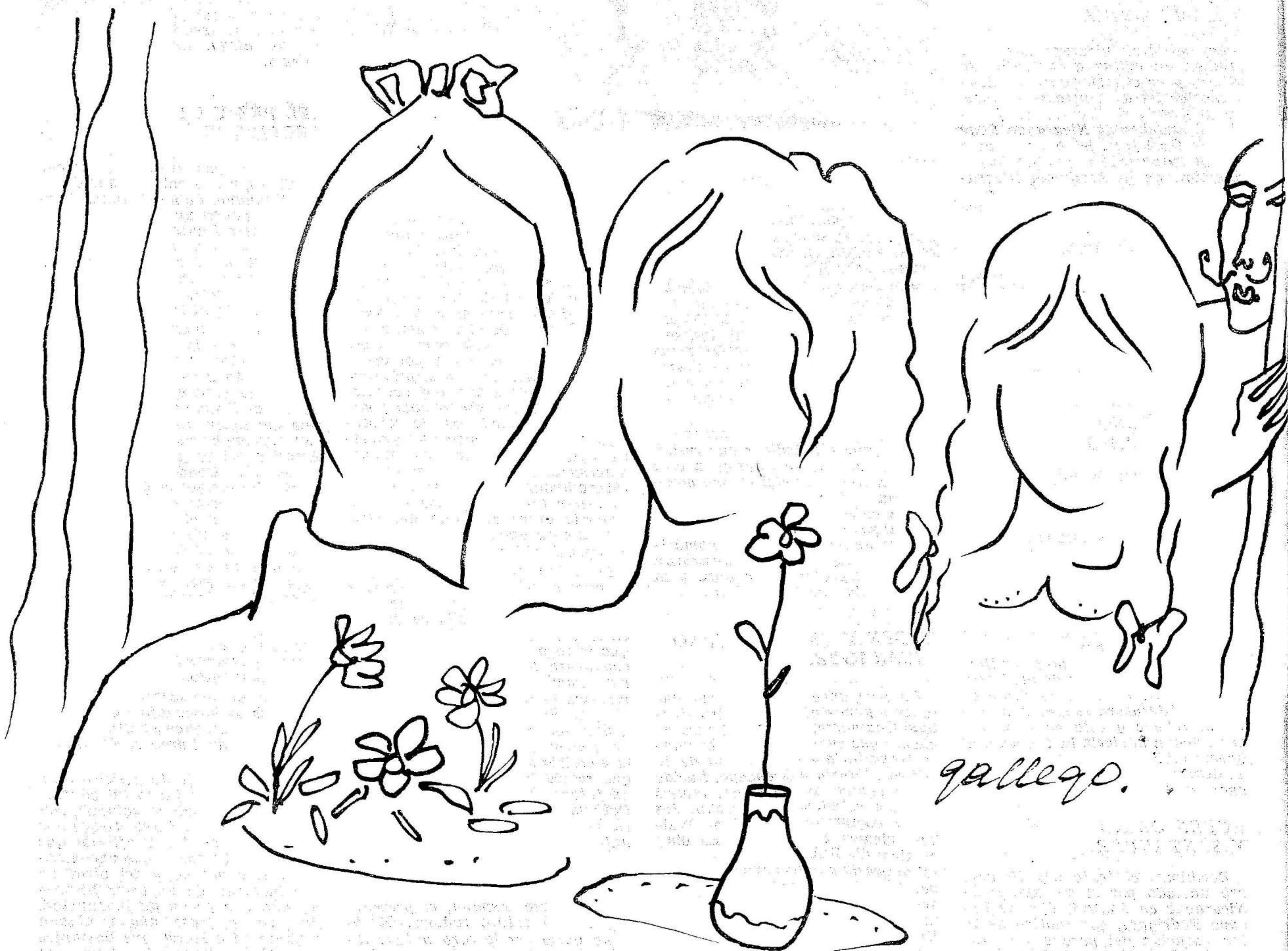
de huesos, cruces rotas y unifor-

El CASO de la Señorita AMELIA

RUBEN DARIO

Ilustra: GALLEGO

Cuento de «Año Nuevo»



I

QUE el Doctor Z es ilustre, elocuente, conquistador; que su voz es profunda y vibrante al mismo tiempo, y su gesto avasallador y misterioso, sobre todo después de la publicación de su obra sobre La plástica de Ensueño, quizás podríais negármelo o aceptármelo con restricción; pero que su calva es única, insigne, hermosa, solemne, lírica si gustáis, ¡oh, eso nunca, estoy seguro! ¿Cómo negaríais la luz del sol, el aroma de las rosas y las propiedades narcóticas de ciertos versos? Pues bien; esta noche pasada, poco después que saludamos el toque de las doce con una salva de doce taponazos del más legítimo Roederer, en el precioso comedor rococó de ese sibarita de judío que se llama Lowensteinger, la calva del doctor alzaba, aureolada de orgullo, su bruñido orbe de marfil, sobre el cual, por un capricho de la luz, se veían sobre el cristal de un espejo las llamas de dos bujías que formaban, no sé cómo, algo así como los cuernos luminosos de Moisés. El doctor enderezaba hacia mí sus grandes gestos y sus sabias palabras. Yo había soltado de mis labios, casi siempre silenciosos, una frase banal cualquiera. Por ejemplo, ésta: «¡Oh, si el tiempo pudiera detenerse!» La mirada que el doctor me dirigió y la clase de sonrisa que decoró su boca después de oír mi exclamación, confieso que hubiera turbado a cualquiera.

—Caballero—me dijo saboreando el champaña—; si yo no estuviese completamente desilusionado de la juventud; si no supiese que todos los que hoy empezáis a vivir estáis ya muertos, es decir, muertos del alma, sin fe, sin entusiasmos, sin ideales, canosos por dentro; que no sois sino máscaras de vida, nada más... sí, si no supiese eso, si viese en vos algo más que un hombre joven de fin de siglo, os diría que esa frase que acabáis de pronunciar: «¡Oh, si el tiempo pudiera detenerse!», tiene en mí la respuesta más satisfactoria.

—¿Doctor!

—Si, os repito que vuestro escepticismo me impide hablar, como hubiera hecho en otra ocasión.

—Creo—contesté con voz firme y serena— en Dios y su Iglesia. Creo en los milagros. Creo en lo sobrenatural.

—En ese caso, voy a contaros algo que os hará sonreír. Mi narración espero que os hará pensar.

En el comedor habíamos quedado cuatro convidados, a más de Mina, la hija del dueño de casa: el periodista Riquet, el abate Pureau, recién enviado por Hirsch, el doctor y yo. A lo lejos oíamos en la alegría de los salones la palabrería usual de la hora primera del año nuevo: happy new year! happy new year! ¡Feliz año nuevo!

El doctor continuó:

—¿Quién es el sabio que se atreve a decir esto es así? Nada se sabe. Ignoramus et ignorabimus. ¿Quién conoce a punto fijo la noción del tiempo? ¿Quién sabe con seguridad lo que es el espacio? Va la ciencia a tanteo, caminando como una ciega, y juzga a veces que ha vencido cuando logra advertir un vago reflejo de la luz verdadera. Nadie ha podido desprender de su círculo uniforme la culebra simbólica. Desde el tres veces más grande, el Hermes, hasta nuestros días, la mano humana ha podido apenas alzar una línea del manto que cubre a la eterna Isis. Nada ha logrado saberse con absoluta seguridad en las tres grandes expresiones de la Naturaleza: hechos, leyes, principios. Yo que he intentado profundizar en el inmenso campo del misterio, he perdido casi todas mis ilusiones.

Yo que he sido llamado sabio en Academias ilustres y libros voluminosos; yo que he consagrado toda mi vida al estudio de la humanidad, sus orígenes y sus fines; yo que he penetrado en la cábala, en el ocultismo y en la teosofía, que he pasado del plan material del sabio al plano astral del mágico y al plan espiritual del mago, que sé cómo obraba Apolo-

nio el Thianense y Paracelso, y que he ayudado en su laboratorio, en nuestros días, al inglés Crookes; yo que ahondé en el Karma búdhico y en el misticismo cristiano, y sé al mismo tiempo la ciencia desconocida de los fakires y la teología de los sacerdotes romanos, yo os digo que no hemos visto los sabios ni un solo rayo de la luz suprema, y que la inmensidad y la eternidad del misterio forman la única y pavorosa verdad.

Y dirigiéndose a mí:

—¿Sabéis cuáles son los principios del hombre? Grupa, jiba, linga, sharira, kama, rupa, manas, buddhi, atma, es decir: el cuerpo, la fuerza vital, el cuerpo astral, el alma animal, el alma humana, la fuerza espiritual y la esencia espiritual...

Viendo a Mina poner una cara un tanto desolada, me atreví a interrumpir al doctor:

—Me parece que ibais a demostrarnos que el tiempo...

—Y bien, dijo, puesto que no os placen las disertaciones por prólogo, vamos al cuento que debo contaros, y es el siguiente:

—Hace veintitrés años, conocí en Buenos Aires a la familia Revall, cuyo fundador, un excelente caballero francés, ejerció un cargo consular en tiempo de Rosas. Nuestras casas eran vecinas, era yo joven y entusiasta, y las tres señoritas Revall hubieran podido hacer competencia a las tres Gracias. Demás está decir que muy pocas chispas fueron necesarias para encender una hoguera de amor...

Amor, pronunciaba el sabio obeso, con el pulgar de la diestra metido en la bolsa del chaleco, y tamborileando sobre su potente abdomen con los dedos ágiles y regordetes, y continuó:

—Puedo confesar francamente que no tenía predilección por ninguna, y que Luz, Josefina y Amelia ocupaban en mi corazón el mismo lugar. El mismo, tal vez no; pues los dulces al par que ardientes ojos de Amelia, su alegre y roja risa, su picardía infantil... diré que era ella mi preferida. Era la menor; tenía doce años apenas, y yo ya había pasado de los treinta. Por tal motivo, y por ser la chiquela de carácter travieso y jovial, tratábala yo como niña que era, y entre las otras dos repartía mis miradas incendiarias, mis suspiros, mis apretones de manos y hasta mis serias promesas de matrimonio, en una, os lo confieso, atroz y culpable bigamia de pasión. ¡Pero la chiquilla, Amelia!... Sucedió que, cuando yo llegaba a la casa, era ella quien primero corría a recibirme, llena de sonrisas y zalamerías: «¿Y mis bombones?» He aquí la pregunta sacramental. Yo me sentaba regocijado, después de mis correctos saludos, y colnaba las manos de la niña de ricos caramelos de rosas y de deliciosas grageas de chocolate, los cuales, ella, a plena boca, saboreaba con una sonora música palatinal, lingual y dental. El por qué de mi apego a aquella muchachita de vestido a media pierna y de ojos lindos, no os lo podré explicar; pero es el caso que, cuando por causa de mis estudios tuve que dejar Buenos Aires, fingí alguna emoción al despedirme de Luz, que me miraba con anchos ojos doloridos y sentimentales; di un falso apretón de manos a Josefina, que tenía entre los dientes, por no llorar, un pañuelo de batista, y en la frente de Amelia incrusté un beso, el más puro y el más encendido, el más casto y el más ardiente ¡qué sé yo! de todos los que he dado en mi vida. Y salí en un barco para Calcuta, ni más ni menos que como vuestro querido y admirado general Mansilla cuando se fué a Oriente, lleno de juventud y de sonoras y flamantes esterlinas de oro. Iba yo, sediento ya de las ciencias ocultas, a estudiar entre los mahatmas de la India lo que la pobre ciencia occidental no puede enseñarnos todavía. La amistad epistolar que mantenía con madama Blavatsky, habíame abierto ancho campo en el país de los fakires, y más de un gurú, que conocía mi sed de saber, se encontraba dispuesto a conducirme por buen camino a la fuente sagrada de la verdad. Fuí ¡ay! en busca de la verdad, y si es cierto que mis

labios creyeron saciarse en sus frescas aguas diamantinas, mi sed no se pudo aplacar. Busqué, busqué con tesón lo que mis ojos ansiaban contemplar, el Keherpas de Zoroastro, el Kalep persa, el Kovei-Khan de la filosofía india, al archoeno de Paracelso, el limbuz de Swedemborg; oí la palabra de los monjes budhistas en medio de las florestas del Thibet; estudié los diez sephiroth de la Kabala, desde el que simboliza el espacio sin límites hasta el que, llamado Malkuth, encierra el principio de la vida. Estudié el espíritu, el aire, el agua, el fuego, la altura, la profundidad, el Oriente, el Occidente, el Norte y el Mediodía; y llegué casi a comprender y aun a conocer íntimamente a Satán, Lucifer, Ashtarot, Beelzebuth, Asmodeo, Belphegor, Mabena, Lilith, Adrameleh y Baal. En mis ansias de comprensión; en mi insaciable deseo de sabiduría; cuando juzgaba haber llegado al logro de mis ambiciones, encontraba los signos de mi debilidad y las manifestaciones de mi pobreza, y estas ideas, Dios, el espacio, el tiempo, formaban la más impenetrable bruma delante de mis pupilas... Viajé por Asia, Africa, Europa y América. Ayudé al coronel Olcot a fundar la rama teosófica de Nueva York. Y a todo esto—recalcó de súbito el doctor, mirando fijamente a la rubia Minna—¿sabéis lo que es la ciencia y la inmortalidad de todo? ¡Un par de ojos azules... o negros!

II

—¿Y el fin del cuento?—gimió dulcemente la señorita.

El doctor, más serio que nunca, dijo:

—Juro, señores, que lo que estoy refiriendo es de una absoluta verdad. ¿El fin del cuento? Hace apenas una semana he vuelto a la Argentina, después de veintitrés años de ausencia. He vuelto gordo, bastante gordo, y calvo como una rodilla; pero en mi corazón he mantenido ardiente el fuego del amor, la vestal de los solterones. Y, por tanto, lo primero que hice fué indagar el paradero de la familia Revall. «¡Los Revall—me dijeron—las del caso de Amelia Revall», y estas palabras acompañadas con una especial sonrisa. Llegué a sospechar que la pobre Amelia, la pobre chiquilla... Y buscando, buscando, di con la casa. Al entrar, fuí recibido por un criado negro y viejo, que llevó mi tarjeta, y me hizo pasar a una sala donde todo tenía un vago tinte de tristeza. En las paredes, los espejos estaban cubiertos con velos de luto, y dos grandes retratos, en los cuales reconocí a las dos hermanas mayores, se miraban melancólicos y oscuros sobre el piano. A poco, Luz y Josefina: «¡Oh, amigo mío, oh, amigo mío!» Nada más. Luego, una conversación llena de reticencias y de timideces, de palabras entrecortadas y de sonrisas de inteligencia tristes, muy tristes. Por todo lo que lo gré entender, vine a quedar en que ambas no se habían casado. En cuanto a Amelia, no me atreví a preguntar nada... Quizás mi pregunta llegaría a aquellos pobres seres, como una amarga ironía, a recordar tal vez una irremediable desgracia y una deshonra... En esto vi llegar saltando a una niñita, cuyo cuerpo y rostro eran iguales en todo a los de mi pobre Amelia. Se dirigió a mí, y con su misma voz exclamó: «¿Y mis bombones?». Yo no hallé qué decir.

III

Las dos hermanas se miraban pálidas, pálidas, y movían la cabeza desoladamente...

Mascullando una despedida y haciendo una zurda genuflexión, salí a la calle, como perseguido por algún soplo extraño. Luego lo he sabido todo. La niña que yo creía fruto de un amor culpable es Amelia, la misma que yo dejé hace veintitrés años, la cual se ha quedado en la infancia, ha contenido su carrera vital. Se ha detenido para ella el reloj del Tiempo, en una hora señalada ¡quién sabe con qué designio del desconocido Dios!

El Doctor Z era en este momento todo calvo...

LA ULTIMA Noche

JUAN JOSE PLANS

Ilustraciones del Autor

(A Walt Disney, que no sabía mentir, que me enseñó a amar a los animales y que buscaba al niño que llevamos dentro.)

EL asfalto de la carretera me iba sumergiendo en una tibia oscuridad. Un viento suave, que cimbreaba las ramas de los árboles y que enroscaba las hierbas, acarició mi rostro. El pastel de luces multicolores, de flores de plástico, de ruidos metálicos, de *starlets* y de voces de *croupiers* cantando números ante las ruletas se había quedado atrás.

Un satélite artificial se confundió durante unos segundos con las estrellas, antes de desaparecer abrazado por el horizonte.

A treinta millas de Los Angeles sólo me acompañaba el silencio al cruzar un campo besado vagamente por la Luna.

Las ruinas de Disneylandia formaban pequeñas montañas de piedra y cartón.

El viento, al introducirse por las oquedades, levantaba un tímido susurro, que era como el llorar melancólico de un niño.

Sombras que me hacían añorar un pasado desconocido era todo lo que ante mí apuntaba.

Unos pasos rompieron el silencio, alejaron los tímidos susurros, apartaron los tallos empapados de humedad.

El hombre, de unos sesenta y cinco años, de cabellos de color blanco como la nieve y de bigote salpicado de plata, me tendió la mano.

—Es extraño ver a personas por aquí—me dijo—. No suele ocurrir, pero es muy agradable. ¿Por qué ha venido?

—No se lo puedo explicar porque ni yo mismo sé la razón. Fué como si saliera huyendo, como si de repente me acordara de algo que siempre había pensado y que jamás conocí. Monté en el vehículo y me alejé de la ciudad. Necesitaba esta penumbra, este silencio. Creo que me resultaba imprescindible llegar a estas ruinas.

—Mañana acabarán con todo, no quedarán

ni las ruinas. Tengo entendido que piensan instalar aquí una fábrica de armas.

Los ojos del hombre estaban cruzados por filamentos rojos.

Se sentó a mi lado.

—¿Y usted?

—Llámeme Walt.

—Bien, Walt, ¿por qué estás aquí?

—Nunca he abandonado Disneylandia. Nací aquí y moriré aquí. Mañana, cuando retiren las ruinas y comiencen las máquinas a excavar la tierra, dejaré de existir.

—¿Cómo lo sabe?

—No puede ser de otra forma. No resultó nada fácil Disneylandia. En cambio, destruirla, ha sido sencillo. Llevaba a mis hijas a los parques. Ellas se entretenían, pero yo no, acababa sin saber lo que hacer, cruzado de manos, forzado a interesarme por las palomas o por las risas de los monos. Porque los animales, aunque se diga lo contrario, también saben reír. Los conozco muy bien. Y entonces se me ocurrió un parque en el que se entretuvieran los pequeños y los mayores. Pasé horas y horas estudiando proyectos, plasmando lo que bullía en mi interior. Después vino el buscar dinero. Hacía falta mucho dinero para construir Disneylandia. Tuve que vender hasta la póliza de seguro de vida. Pero, paso a paso, el castillo, la selva, el fondo de los mares, el tren, los muñecos o el río se fueron convirtiendo en una realidad.

—Eso debió ocurrir hace muchos años. He leído que Walt Disney murió el quince de diciembre de mil novecientos sesenta y seis. No puedes ser él—le dije un tanto enojado.

—Es cierto. Walt murió en aquella fecha. ¿Sabes? Por entonces ya resultaba cercana la Navidad.

—¿Navidad?

—Ya, te extrañas de oír hablar de la Navidad. Eran unos hermosos días en los que todo el mundo se dedicaba a cantar la *Paz*. Figurate, en caso de guerra, hasta las potencias en lid ordenaban que cesara el estruendo de los cañones o el fuego de las ametralladoras. Así, todos los soldados podían celebrar la Navidad. Y los Reyes Magos o Papá Noel llevaban juguetes a los niños mientras éstos soñaban. En los hogares se afanaban en adornar árboles o nacimientos. Y ante los nacimientos cantaban villancicos acompañados por pandeteras o zambombas. El *Amor* llegaba hasta los rincones más apartados de la tierra...

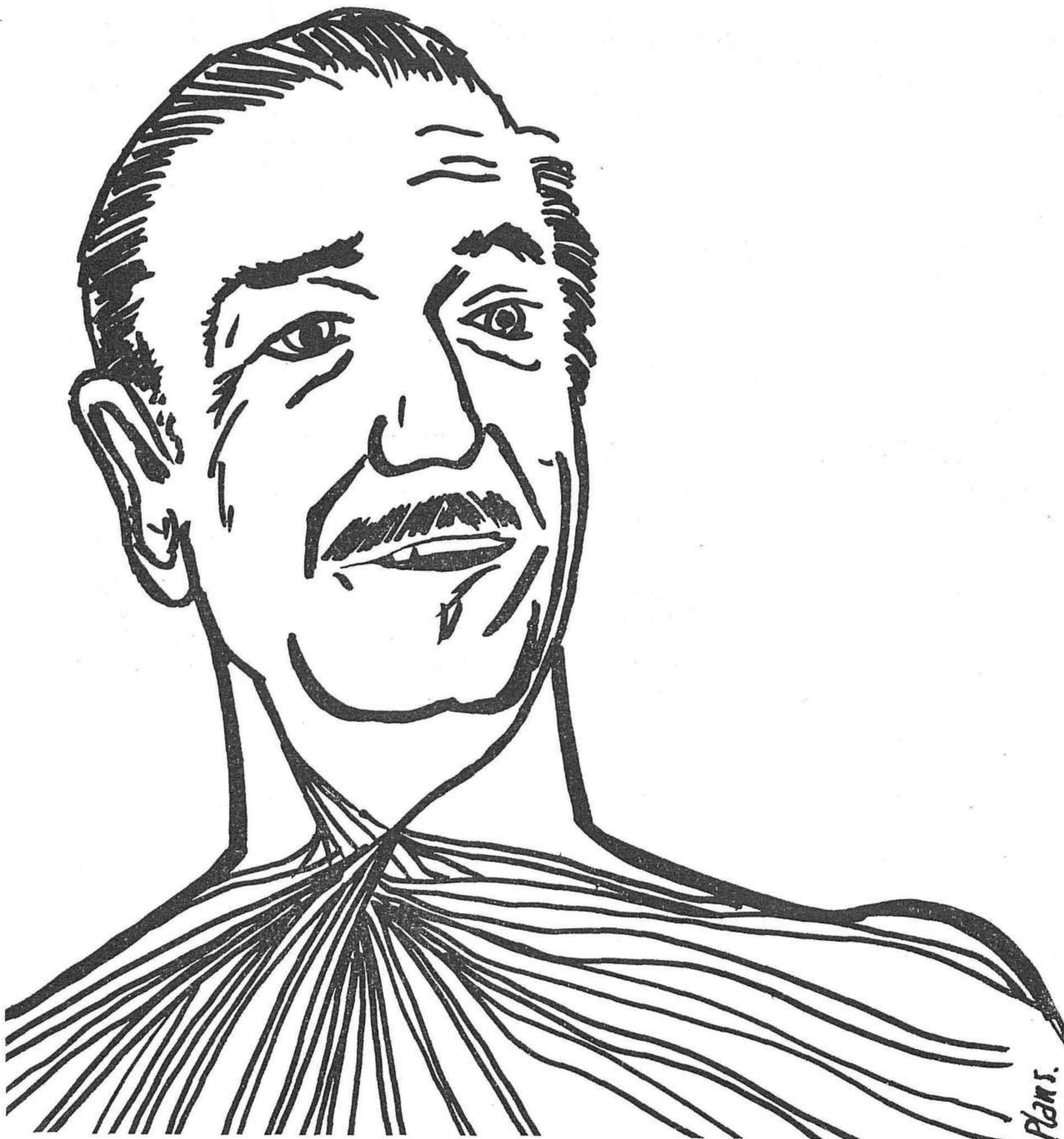
—Pero el *Amor* es un sentimiento inútil.

—También dicen que el soñar resta energías. Por eso ahora no dejan soñar. No obstante, creo que *Amar* y *Soñar* era maravilloso.

La boca del hombre se estremeció.

—¿Por qué me hablas así, no te acabo de comprender? Es como si me hablaras en un idioma que no conozco. Y, a la vez, es como si resucitaras en mí unas apetencias que jamás pude satisfacer. Me has mentado al decirme que eras Walt Disney.

—No, no te he mentado. El murió, a los pocos años nací yo. Y yo vengo a ser él. Camino,





narrativa

río, hablo o me siento como él. En Disneylandia, junto con las demás atracciones, había unos seres que Disney casi llegó a dotar de vida: los robots. Era una de las grandes ilusiones de Walt, una de mis grandes ilusiones. Su mayor empeño había sido construir la figura de Lincoln, un viejo presidente. Le costó once años de trabajo. Aquel robot podía hacer doscientas setenta y cinco mil combinaciones de gestos y era capaz de cuarenta y ocho movimientos con el cuerpo y diecisiete con la cabeza. Walt estaba orgulloso de él, pero también triste. Un escultor había dicho ante una de sus creaciones: ¡Habla! Walt decía: ¡Camina! El quería construir otros más perfectos que llevaran los nombres de Aristóteles, de Homero, de Dante, de Galileo... Se murió sin poder llevar a cabo sus deseos. Y en Glendale, en donde estaba su fábrica de robots, sus amigos y colaboradores me hicieron a mí. Resulté ser un Walt Disney perfecto. Por mi cuerpo, una maraña de millones de tendidos, de cables, de mandos electrónicos, hicieron circular los pensamientos y las ideas de Walt. Todo quedó grabado en mí. Y por eso pienso, hablo, camino, sueño, como, río, lloro igual que él. Porque ahora soy Walt. Durante muchos años los pequeños y los mayores formaban colas ante mí, que estaba situado en el lugar preferente de Disneylandia. Todos querían verme, hablarme, tocarme. Y la mayoría de las veces paseaba con ellos, les enseñaba lo que él, lo que yo, habíamos construido. Los llevaba en un cohete a la Luna, charlábamos en un salón del Oeste, veíamos bailar a los indios sus danzas, navegábamos por el Mississippi, atravesábamos la selva, buscábamos oro mientras los pioneros mascaban tabaco, visitábamos las ruinas de la Atlántida, ascendíamos en un telesférico con Peter Pan al castillo de la Bella Durmiente del Bosque... Todo resultaba hermoso.

Aquella mano que me había saludado era solamente de duraflex. Pero tenía todo el calor de la vida.

—Soy el robot más dichoso del mundo. Pero mañana moriré, tiene que ser así. Moriré con las ruinas de Disneylandia. Walt nos dejó en el hospital de San José, en Burbank, de un tumor.

Los tumores antes eran peligrosos. Pero en el mundo se quedó su obra. Y generaciones y generaciones siguieron disfrutando con ella. Generaciones y generaciones volvieron a nacer y amaron a sus personajes. Pero todo se fué quedando añejo ante las nuevas formas de vida, ante las nuevas técnicas. ¡Oh, no crea que voy a hablarle mal de la técnica! Yo existo gracias a ella. Pero el hombre ha ido dejándose influenciar por la técnica cuando la técnica debería estar al servicio del hombre. Por eso el soñar, el reír con ingenuidad, el amar, son cosas que han ido desapareciendo. Tengo la esperanza de que resurjan, como siempre la tenía Walt.

El robot alzó la mirada hacia las estrellas. Parecía recrearse en las constelaciones.

—Me haces sentirme nervioso —le dije—. Apenas te comprendo más que al principio, pero desearía que estas ruinas continuaran aquí, que las máquinas no acabaran con ellas.

—Mañana, mi pila atómica dejará de funcionar. Y me barrerán como a un resto más. Volveré a ser cables, chatarra... No estoy triste, tenía que suceder. Además, tengo confianza. El mundo sufre decadencias, porque el mundo es así. Pero todo viene a ser como una rueda. Y lo que antes existía volverá a existir para después dejar de existir... Y vuelta a la rueda. Amigo, el hombre no es malo.

Pasó una lechuza y Walt se llevó las manos a los ojos, anonadado.

—¿Qué le ocurre?

—Las lechuzas me hacen llorar. Cuando era niño maté a una, sin ningún motivo. Es algo que nunca he dejado de reprocharme. Walt se disgustó para siempre, yo me he disgustado para siempre.

—Me habían dicho que estas ruinas eran la demostración de la debilidad de nuestros antepasados, la nota más vergonzosa de la historia. Ahora pienso que no es así, que aquí hubo algo grande... ¿Por qué, Walt, no puedo apenas entender nada?

—Con el tiempo todo se llega a comprender. Lo más complicado es lo más sencillo. Lo único que no se entiende es lo que no se desea en-

tender. Eres joven, aún te queda tiempo. Antes de irte, espera unos instantes.

El robot —¿o el hombre?— tardó un rato en volver a mi lado. Traía una carpeta desgastada.

—Aquí tienes todo lo de Walt. Sí, lo de él. Porque lo único que no lograron que yo hiciera fué dibujar. Y bien que lo he sentido.

El hombre abrió la carpeta y unos personajes extraños aparecieron ante mí.

—Y esto, ¿qué es?

—Los seres que creó Walt, con un lápiz. Los seres que hicieron felices al mundo. Este es *Mickey Mouse*.

—¿*Mickey Mouse*, un ratón? Yo he visto ratones, pero no son así.

—No, no son así. Pero él hizo que fueran así. Y cuando se hablaba de un ratón se hablaba de *Mickey Mouse*; y cuando se hablaba de un pato, de *Donald*; y cuando se hablaba de un loro, de *José Carioca*; y cuando se hablaba de un cervatillo, de *Bambi*; y cuando se hablaba de un conejo, de *Tambor*; y cuando se hablaba de un elefante, de *Dumbo*; y cuando se hablaba de un grillo, de *Pepito Grillo*... ¿Sabes por qué se amaba a estos animales? Porque eran hombres también. Porque tenían los instintos de los hombres. Y Walt, o yo, estamos plasmados en todos ellos.

Una claridad comenzó a levantarse por el horizonte.

—Regresa a tu mundo, regresa con esta carpeta. Y acabarás por comprender lo que es el *Amor*. Y cuando sepas lo que es amar, cuando puedas amar, ya te resultará fácil todo lo demás.

Por la carretera me crucé con las máquinas. Roncaban como animales aletargados. Iluminadas por las primeras luces del día, eran seres espectrales que se me antojaron monstruos.

Apreté más el acelerador. No quería ver el final. Tampoco quería llegar a Los Angeles. Quería ir lejos, con aquella carpeta de dibujos que guardaban el *Amor*.

Lejos.

Tal vez hacia una ciudad perdida.

EL HOMBRE, el NIÑO y la PATINETA

OTHON CASTILLO

Ilustra: BEGOÑA IZQUIERDO

narrativa

ERA una exhalación entre la muchedumbre. Raudo, muy raudo, escurriase entre el bullicio de las gentes agolpadas en aquel sector de la urbe, erizadas de ruletas y baratijas, en donde se compraban o jugaban los juguetes de la Navidad. Las plantas de sus pies descalzos patinaban desnudas sobre las amplias veredas.

Tenía el niño prisa por llegar a su cita.

—¡Lotería! ¡El último que me ha quedado!—repetía como autómeta el muchacho.

Dando traspiés avanzaba y avanzaba, abriéndose camino a codazos. Recibiendo pisotones, gesticulando, arropado por las estrellas que le guiñaban sonrientes, comprensivas, en la insondable anchura de sus misterios. ¡Y tanto!, que hasta tenía la extraña sensación de repetir a voces su cansado retorno: «¡Lotería...! ¡El último que me ha quedado!» Más no se oía. Ni podía escuchar el ensordecedor quejido de los cláxones. Ni el hiriente chirriar de pífanos enloquecidos en la noche. Ni el reclamo de los vendedores. Ni las palabrotas de los que perdían en el girar multicolor de las ruletas. Ni la risa alegre de los felices, ni el desgarrador llanto de los niños a quienes la suerte les negó su juguete.

—¡Lotería...! ¡El último que me ha quedado!

Esta vez no andaba a caza de parroquianos en los bares. Iba el niño presuroso a su cita, pensando. Haciendo sus ideas palabras y plasmando éstas en perdidas realidades. Aturdiéndose en la fantasmagoría de sus sueños perdidos y de sus deseos insatisfechos. Se detuvo instintivamente y alzó los ojos recordando: «Mamá, ese hombre se me lleva mi patineta», gritaba convulso. El monstruo giró sobre sus talones haciéndole una mueca y creciendo espantosamente, como si fuera de humo. Su lengua barba blanca hacía contraste con lo encarnado de su rojiza vestimenta, que cegaba hasta el dolor. Retorciéndose el hombre, subía y subía. Era como uno de esos monigotes que exhiben su beatífica sonrisa en los escaparates de las jugueterías en la Natividad. No, ¡que era un hombre! Era un monstruo que reía a carcajadas ante las súplicas del niño. «¡No seas malo... Dame mi patineta!», insistía gimoteando o pateando de impotencia. El gigante, que era como una tromba neblinosa que hacía visajes sobre un cielo de plomo, le tomó por una oreja que se estiró hasta el firmamento hasta tropezar con una nube. Esta se recogió y lloró a torrentes, apaciguando el dolor del niño que se restregó los ojos.



Begonia Izquierdo

Luego todo fué claro. El sol brillaba sobre la concavidad plateada de los espacios siderales. Rojo, rojo como la vestimenta del gigante, que ya no estaba. El niño se agitó pensando en su patineta. Sobre ruedas de oro refulgentes, engastada en la albura de su pequeña plataforma de marfil, ésta corría sola sobre los vellones de una nube abandonada. El niño estiró la mano, pero fué tarde. La patineta se deslizó con mayor violencia, como si huyera de sus temblorosos dedos y se perdió, finalmente, por el agujero de un cirro renegrido que le hizo fisgas. El niño lloró desconsoladamente, gimiendo: «¡Mamá... mi patineta. Que se va mi patineta!» Cuando despertó su madre lo remecía con tal violencia que aún sentía lastimadas sus endebles costillas. La mujer, soñolienta, se tumbó sobre el duro petate que servía de lecho, gruñendo: «Déjate de pesadillas, muchacho, que me quitas el sueño».

—Lotería... ¡El último que me ha quedado!

El niño respiró profundamente, agitando en su cuerpo convulso, por los recuerdos y continuó corriendo, ajeno al mundanal ruido. Arriba el cielo ardía en la pirotecnia de explosiones policromas. Milagros de siglos que embriagan los ojos hartos o de bellezas o de miserias. Hasta que el niño se detuvo.

¡Era su cita!

Aquí había otro mundo. Su propio mundo. Construido con sus sueños martirizantes. En la negación abstrusa de sus deseos reprimidos. En el tiempo sin límite de su miseria y de su desnudez; y aprehendido de los fuertes cristales de los escaparates de aquel almacén adonde había acudido, a la misma hora, nueve noches consecutivas. Nueve jirones de su vida. Nueve siglos en el ansia de sus sentimientos. Allí iba a pegar su carita pálida contra la vidriera. Devorando con la cuenca de sus ojos cansados los juguetes que rodeaban a un Santa Claus, tan grande y tan rojo. Su mirada se paralizaba permaneciendo, allí, en los

profundos estratos de su mundo, que le pertenecía íntegramente, por mucho tiempo.

Desde adentro, el caleidoscopio de las vitrinas jugaban con el rostro demacrado y sucio del niño, retorciendo su figura endeble. Al menos era esa la visión que tenía el dueño de aquel establecimiento que habíase ya acostumbrado a tal aparición nocheriega. A veces le parecía todo aquello muy chistoso; pero, otras, le invadía una rara sensación de ternura que lo inmovilizaba en su asiento, mientras se humedecían sus pupilas. El niño lo sospechaba, con su instinto de bestezuela, jugando con el hombre a la coincidencia veleidosa de sus propios mundos.

La ciudad ardía en la noche navideña con el resplandor de sus luces, sus vitrinas y sus anuncios luminosos. La abigarrada muchedumbre ascendía con el eco de su alegre algarabía hasta allá, en donde revientan en la nada los fuegos de artificio. De la orilla del inmenso río, en donde se asentaba la urbe, soplabla el vaho sofocante del tropical invierno. En la tienda de juguetes el hombre continuaba descubriendo *nueva* perspectivas en el rostro desfigurado del niño, hasta que un horrible estremecimiento lo sacó de su cómoda butaca. Cerró los ojos como queriendo ahuyentar recuerdos perdidos y salió.

Por atrás, visto un niño, es sencillamente tal. Pero cuando el pequeño volvió sus asustadizos ojos hacia el hombre, éste sintió algo que nunca le había herido con tal violencia su sensibilidad. Pudo leer en las cuencas violáceas del niño y en las dilatadas y opacas pupilas, los pasajes más tremendos de una vida sin sentido, pero estremecida por profundas tormentas.

—¡Lotería...! ¡El último que me ha quedado!—dijo el niño tímido y confuso.

El hombre sonrió indulgente desordenándole los cabellos, empujándolo después nuevamente hacia el interior de la

tienda. Doblándose sobre sus talones, le dijo:

—Esta noche me siento tan chicuelo como tú. ¿Qué juguete quieres?

Los ojos del niño brillaron alegres sobre su rostro, limpio ya de la roña por el júbilo. Sintió crecer como el gigante de sus sueños y señalando resueltamente al escaparate dijo:

—Eso.

—¿Eso...? Pero...—titubeó el hombre.

—Sí... eso—insistió el niño.

El hombre volvió a apretar sus párpados y tiró fuertemente hacia atrás la cabeza encanecida por los años. Sombras de recuerdos desfilaron por la penumbra de sus pensamientos. Sombras de miseria, de sueños rotos, de trancos deseos. Cuando la pobreza en que se debatían sus padres negaba hasta lo más indispensable. Entonces iba a los parques a ver jugar a los otros niños y a embelesarse con las patinetas que pasaban veloces junto a él, dejando con su ruido huellas imborrables en su espíritu que no alcanzaba a alegrar la risa de los otros. ¡El también había soñado con patinetas con alas de céfiros y ruedas de fuego!

Abrió lentamente la vitrina, mientras arrancaba de un restregón una lágrima a sus mejillas, musitando:

—Pues bien. Toma eso. Es tuya. Llévatela.

El niño no dijo nada. Se avalanzó como una tromba sobre el juguete, saliendo disparado sin decir siquiera adiós. Fugándose a lo largo de la calle con su desconcertante júbilo. El hombre lo vió perderse en el bullicio, adivinando su vocecilla que gritaba cristalina, segura, anchurosa:

—¡Lotería...! ¡El último que me ha quedado!

La ciudad se estremeció de gusto. Las nubes reflejaron la calcomanía de los juegos pirotécnicos, floreciendo en el cielo lucecillas de colores y en el hombre y en el niño la alegría de la risa.

NAVIDAD AZUL

LORENZO ANDREO

Ilustra PEPI SANCHEZ

ME lo repitieron todos antes de salir: en casa, en la calle, en la estación: «Qué suerte la tuya, Manolo, vas a pasar las Navidades en el barco (algunos resabidos decían «en alta mar»). Más les valía haberse callado. Todos. Pues, ¿qué sabían ellos, ninguno lo que es una Navidad en alta mar? ¿Sabían siquiera lo que es un barco? ¡Entonces a qué tanto bla, bla!

Estamos a veinticuatro y abundan las caras tristes, pensativas, decepcionadas diría yo. Algunos se esfuerzan por mostrarse optimistas, y hacen bien: si cundiera su ejemplo, otro gallo nos cantara. Este barco me da en la nariz que es un poco fantasma: ondea bandera panameña, pero los armadores son suizos. ¿Desde cuándo

tiene Suiza puerto de mar? Los suizos como están bien es dando la hora, y si me aprietan un poco, mojados en el desayuno. Por otra parte, el capitán no se ha dejado ver el pelo desde que zarparamos. Otra cosa rara: la desnudez que impera en los pasillos y salones. Ni un aplique siquiera. Alegan los camareros, que en la travesía anterior volaron hasta las lámparas, a manos del pasaje. Me parece mucha exageración a pesar de todo. Se ve que el capitán, en represalia, se ha propuesto amargarnos la Navidad a nosotros.

Veinticuatro de diciembre, en un barco en alta mar, rodeado de gente cosmopolita, y que si quieres arroz... Si hubieran cerrado el pico, si no me hubiesen puesto la miel en los labios,

todos, familia y amigos, si no me hubieran embarcado (hablo en metáfora); yo no sería ahora pasto de la decepción. Pero estoy persuadido de que a todo el pasaje le ocurre lo mismo que a mí. Y cuidado que viaja gente de distinta condición. El ingeniero alemán, sin ir más lejos, es un pillín: se pasa las mañanas buscando asuntillos en tercera. Juana Mary y sus «papaitos» andan detrás de un servidor; deben tener fortuna (Si no estuvieras tan gorda, hija). Lucas, el «doctor», resulta que es tan sólo practicante. Maribel y Julita, las dos recién casadas por poder, están apetecibles de verdad. El diplomático y su mujer forman la pareja más simpática. Luego están las cuatro señoronas, ya habitadas al trópico, pues van de regreso a América;

alguna dará la nota por el camino: los dos tenderos de Madrid (ellos se hacen llamar «hombres de negocios») las rondan desde que salimos. Pero a mí el que más gracia me hace de todos los pasajeros es Raúl, el criollo. Raúl zascandilea por el barco como Pedro por su casa; debe tener más dinero que Roqueféler: lo mismo pone un cable a Nueva York que a Bogotá, que a Miami; y tiene fotos con Ava Gardner; veintiún años de edad, huérfano desde que era así, y con un abuelo chocho a punto de caramelo.

Nos encontramos justamente en mitad del Atlántico. Como para que suene de un momento a otro la sirena de alarma... ¿Nos salvaríamos alguno? Más vale no pensarlo. ¡Alta mar!... ¡Dios, qué espectáculo tan impresionante! Masa azul inescrutable, protoplasma nutricio de la Tierra. Cielo húmedo, bóveda blanda, horizontes curvos. Pequeñez ridícula del hombre, ese insensato... Aquí, a esta plenitud del Océano—lágrima del cielo—, debieran venirse, por unas horas, esos hombres... grandes ¡Aquí!

El grupito de los criollos estirados me saca de quicio, no lo puedo remediar. ¿Qué se habrán creído esos nenes recién licenciados en Salamanca? El único algo tratable es el veterinario: los dos mediquitos y el abogadejo albergan más ínfulas que un duque postizo. Hacen la vida por su cuenta, y en las raras ocasiones que se dignan echarnos una mirada—por encima del hombro—parece que nos dijeran: «Ya podéis prepararos, emigrantuchos, que en cuanto lleguéis a nuestro país vais a

cobrar más palos que una estera». A mí al menos se me antoja que dicen eso. Le he preguntado a Raúl sobre el particular y ha respondido «¡Umjún!». ¿Qué habrá querido decirme?

Ya me lo barruntaba yo: de cena, potaje ¡Nochebuena con potaje! ¡No hay derecho! Ni misa del Gallo, ni villancicos, ni el belén, ni un árbol de Navidad siquiera. ¡Ay España, que te hemos perdido por ambiciosos! Cada cosa en lo suyo, cada fiesta en su salsa. La Navidad, con frío, con nieve, blanca. Esta Navidad azul, ¡para los peces!

Soy un sentimental empedernido: me conmueve la tristeza en el prójimo. ¿Qué podría hacer yo para alegrarles la Noche a esta gente del barco?... Nada. Me tomaré mi botella de champán en el camarote, y a dormir se ha dicho. Ni me apetece darle unos mordiscos al turrón que guardo en la maleta: el turrón es para comerlo en familia, entre bromas y recuerdos y propósitos. El turrón comido a solas sabe a postre amargo.

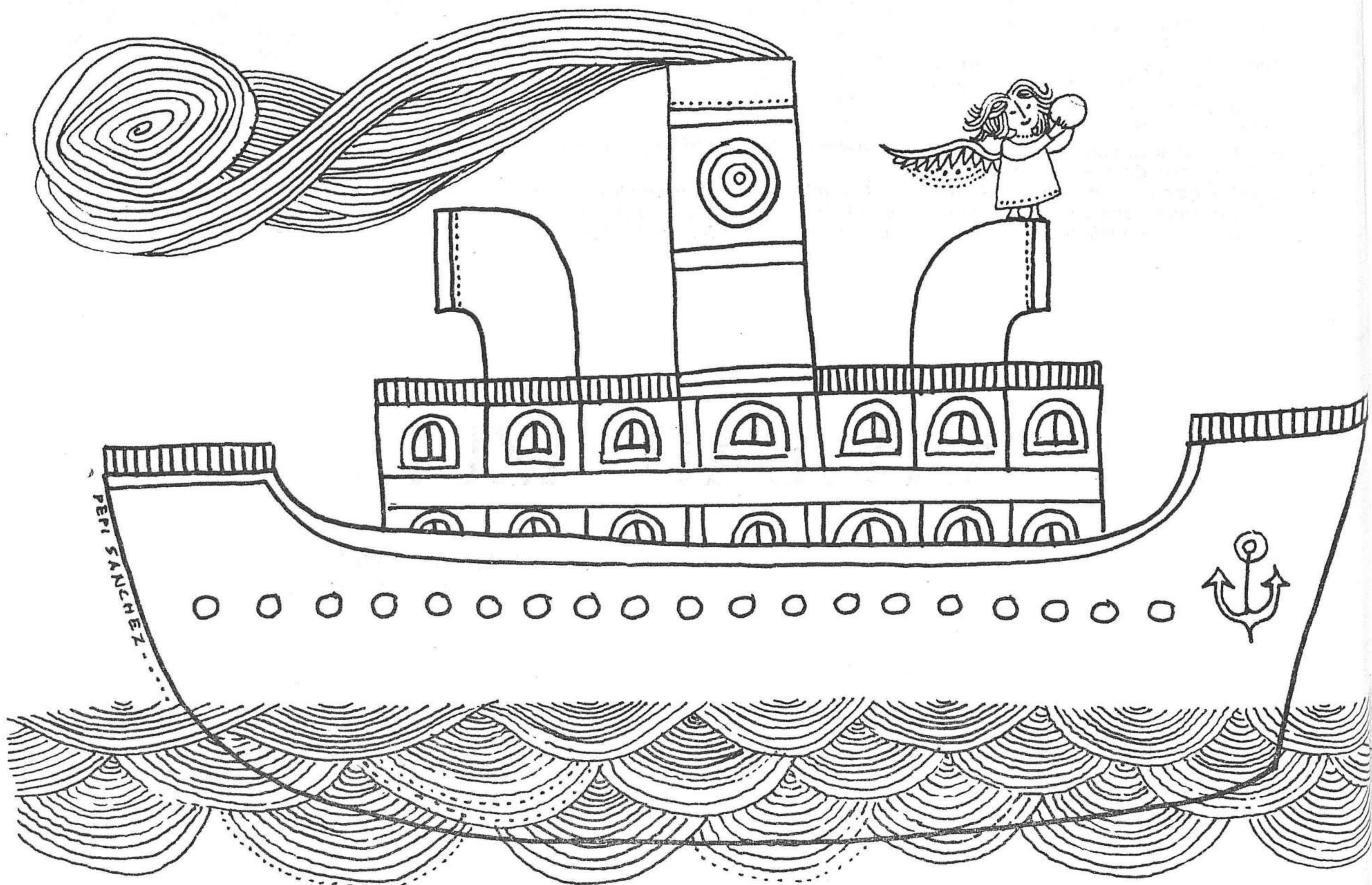
Me avergüenza escribir en mi diario de a bordo lo que pasó anoche a última hora. «¡Yo no me como el turrón a solas, qué demonios!», grité. Sufrí entonces un arrechucho de nervios, como una especie de pataleta, y ni corto ni perezoso volví al salón y abordando al grupo numeroso que agonizaba en una esquina les dije con aplomo:

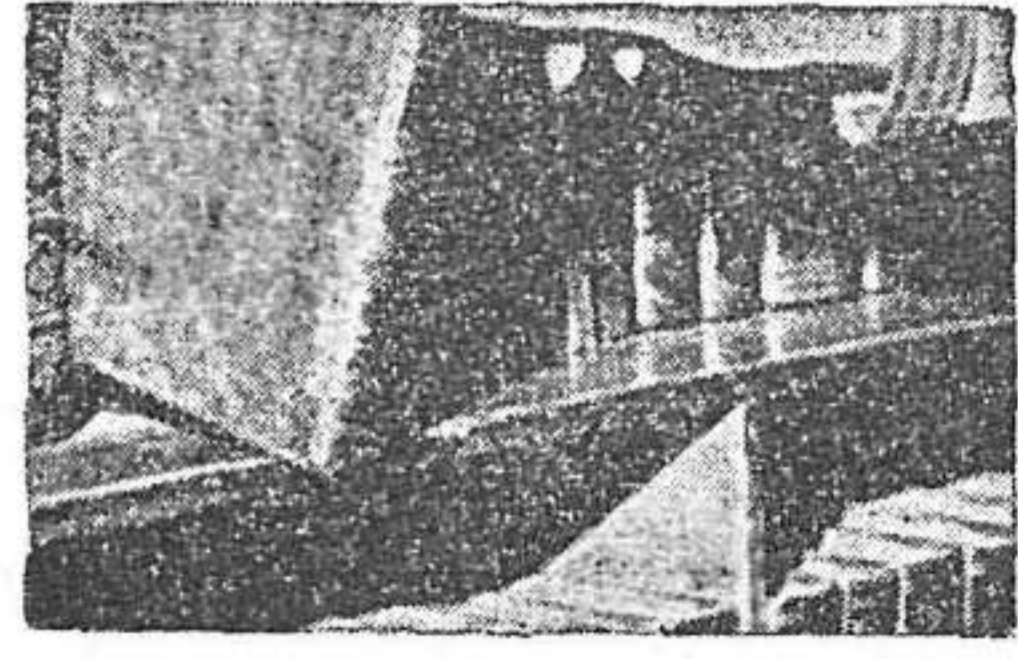
—Compañeros, estamos a punto de amargarnos la noche de una forma voluntaria. Yo sé, me lo imagino, que todos reservamos en lo más

hondo de la maleta unos trozos de turrón y la botella de champán... ¿Por qué no hacemos causa común y, reuniéndonos en bloque, aportamos a la comunidad aquello que buenamente le sea posible a cada uno?... Yo, para romper el hielo, ofrezco media barra de turrón de Jijona: es lo único que me queda, porque el champán ya hace rato que me lo he bebido en el camarote. ¿Se me nota?

Me aplaudieron con ganas. Y en unos minutos levantamos en el salón un montículo de cosas: botellas, turrón, mazapanes... Mas como quiera que el grupito de los estirados no participaba del jolgorio, les hice una visita. Estaban tristes y aburridos en cubierta. Ignoro lo que les dije. El caso es que regresé al salón, ¡tras ellos!

Hemos pasado una noche fenomenal. Resulta que el abogadejo entiende tanto de prestidigitación que supo escamotear ¡a Juana Mary! debajo de una mesa. El ingeniero alemán se puso las botas contando chistes verdes. Maribel perdió a las prendas y hubo de darme un beso muy a gusto. Luego bailamos todos en la cubierta de proa. La mujer del diplomático se dió un baño, en bikini, a las cinco de la madrugada, y como fin de fiesta Raúl se tiró a la piscina con el esmóking. La juerga se prolongó hasta el amanecer. ¡Hemos visto cómo sale el sol en el Océano! La mejor Nochebuena de mi vida. Palabra. Rodeado de gente ajena, de agua, de peces, de olas. Una Navidad azul maravillosa.





UNOS PASOS POR LOS LIBROS

EN TORNO A NUESTRA LITERATURA

EMILIA DE ZULETA: *Historia de la crítica española contemporánea*. Editorial Gredos. Madrid, 1966. 454 págs. Ø 20 x 14,5 Ø. 180 ptas.

Como ya indica la autora, no es ésta una obra que recoja exhaustivamente la crítica española contemporánea, sino que su propósito ha sido «simplemente, establecer las tendencias dominantes en la crítica española de los últimos años a través de los autores más significativos».

La autora considera a Menéndez Pelayo como fundador de la crítica española moderna, en cuanto dice, es quien fija los conceptos generales y determina los resultados. Quizá por eso le dedica las treinta y una páginas que constituyen el primer capítulo de esta obra. En cambio, entre los discípulos, cuando se refiere a Bonilla y San Martín, tan solo le dedica siete líneas y no cita, por ejemplo, Psiquis y Cupido, ese magistral y extenso ensayo filosófico al que sirve de ocasión el estudio sobre el mito contenido en la obra de Lucio Apuleyo *El asno de oro*. Y es que Bonilla y San Martín no atrae la atención por la cantidad, sino por la calidad. De todas formas, se ha hecho habitual esta forma de minimizar a un autor tan importante, y es lástima que no existan sus obras completas, porque al hallarse desperdigadas y algunas poco conocidas hace que se le conceda menos espacio en los comentarios e historias de nuestras letras y, por tanto, que se lea menos. Por todo lo dicho, la anterior advertencia no es censura, sino coyuntura para exponer el valor que merece Bonilla y San Martín por sí mismo y no como si la nota más distintiva y relevante de su personalidad consistiera en haber sido discípulo de Menéndez Pelayo.

Doña Emilia de Zuleta nos informa y enjuicia con claridad en todos los

temas que desarrolla en su obra, con maestría de buen pedagogo, aunque en algunos aspectos nos resulte de una «objetividad» inapropiada al juzgar a personajes tan plenos de afectividad como don Miguel de Unamuno. Así, por ejemplo, dice que «Unamuno busca—sobre todo en el caso de la literatura española—que las letras le sirvan de punto de partida para la reflexión sobre temas centrales: la vida como sueño, la lucha entre razón y fe; la paz y la guerra; lo histórico y lo eterno; cosmopolitismo y universalismo; los problemas de la lengua y del estilo. La envidia como sentimiento dominante; la necesidad de chapuzarse en el pueblo como reencuentro con la savia bárbara, intrahistórica; el 98 como sacudimiento, y la salvación de la personalidad a través del Quijote, integran también este balance, o bien, algunas ideas aparentemente paradójicas, como la defensa del resentimiento o el rechazo de la dignidad castellana que califica de pudor dañino. Generalmente, el crítico persigue la configuración de una idea a través de un libro o de un autor, y expresa su asentimiento o su rechazo. Crítica de ideas y crítica en simpatía más que crítica objetiva, formal y estética.»

Es inevitable decir que don Miguel es mucho más que todo eso, porque realmente va más allá en su penetración y en su intención. Y si no fue todo lo «objetivo, formal y estético» que parece ser necesario, es precisamente porque sus valores están por encima de lo objetivo, lo formal y lo estético, cuando dichos conceptos se hacen tópico y rutina. Claro que la autora se reitera en la idea de que en Unamuno «la obra ajena sirve como pretexto para la explotación circular de algunos pocos tópicos». En todo caso, resulta precisamente muy satisfactorio su juicio de que Unamuno ha-

cía «crítica de ideas» y «en simpatía». Ojalá supiera el que escribe estas líneas, calar «en las ideas» como lo hacía Unamuno y también en lo afectivo, «en simpatía», que gracias a Dios nunca debe estorbar a nadie, en cuanto responden a lo moral y vital, noble aspiración humana, como la sentía Unamuno.

Resultan evidentes para todo lector muchas afirmaciones de la autora, sobre todo cuando hace historia y generaliza sobre movimientos literarios. El planteamiento que realiza en esta Historia de la crítica española contemporánea parece orientado desde un personalísimo punto de vista crítico de la autora, a suplir el poco espacio dedicado en la mayoría de las historias de la Literatura a la labor de muchos escritores como críticos; aunque resulta ineludible, y quizá ésta es la más difícil tarea en el presente caso, no salirse del estricto aspecto de crítico en un autor cuando se habla de él, sin dejarse influenciar por el concepto general y preconcebido que se pueda tener de sus obras, ajenas a su labor de crítica en sí.

LUIS BONILLA

ERNESTO JUAN FONFRÍAS: *Razón del idioma español en Puerto Rico*, Ed. Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1966; 80 págs.

Hablar de un libro de Ernesto Juan Fonfrías exige, ante todo, el reconocimiento de la extraordinaria labor del escritor y político puertorriqueño. Senador desde 1944 por sucesivas reelecciones, Fonfrías pertenece a numerosas asociaciones científicas e intelectuales de su país y del extranjero. Poeta, ensayista y novelista es, además, autor de innumerables artículos en la prensa nacional e internacional,

así como miembro de la Academia Puertorriqueña de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española.

El 12 de enero de 1963 leyó en la Universidad de Nueva York su ensayo *Mística y realidad del lenguaje*, y en 1964 presentó al Congreso de Academias de Lengua Española su tesis *Geografía, voz y espíritu de Puerto Rico en el idioma español*. Son estos dos ensayos los que reúne en este breve libro de cuidada y agradable presentación.

Dios creó en un principio la palabra alumbrada por el sonido de la voz; y de la ordenación de estas palabras nació el lenguaje, «vehículo del pensamiento» y signo de identificación de un pueblo. Un pueblo no puede poseer personalidad propia sin el lenguaje —«el pueblo es pueblo por su palabra»—, y, por ello, el lenguaje debe ser defendido sin titubeos. El español de Puerto Rico se ha enriquecido con términos tomados del taino, en vocablos de la flora, fauna, utensilios del hogar y toponimia, y con algunos vocablos del inglés; pero es, en esencia, lenguaje español. Por él conserva Puerto Rico su idiosincrasia hispánica, su vivencia de raza y el pueblo vive orgulloso de ello, pues la lengua le da una manera inconfundible de ser puertorriqueño.

Puerto Rico debe, asimismo, defender su lenguaje, porque «advino al mundo de la civilización hablando español» y porque éste «es el idioma de su cultura», desde el desembarco de Colón en Guanahani, la conquista de San Juan por V. Yáñez Pinzón y, sobre todo, desde que Juan Ponce de León conquistó y afincó a título perpetuo (1508) «la lengua que España diera a sus hijos del nuevo mundo». Lengua enriquecida por voces indígenas acumuladas, poco a poco, desde Juan de Castellanos y Diego de Torres hasta nuestros días.

Esto es, en apretada síntesis, el libro de Fonfrías. No se busquen en él teorías lingüísticas o filológicas nuevas, que el mismo autor no intenta, al confesarse ajeno a estas ciencias. Pero es algo tanto o más importante: una defensa bella y sincera del idioma es-

VISTO EN LIBRERIAS

NARRACION

Miguel Pérez Calderón
LA VIDA COMO ES
AFRODISIO AGUADO
MADRID, 1966
211 PÁGS. Ø16 x 22 Ø 125 PTAS.

José Riera Clavillé
SOLSTICIOS Y ESTANCIAS DEL AMOR

EDICIONES RAICLAN
BARCELONA, 1966
77 PÁGS. Ø17 x 25 Ø 150 PTAS.

Miguel Luesma Castan
POEMAS EN VOZ BAJA
EL BARDO
BARCELONA, 1966
67 PÁGS. Ø13,5 x 21 Ø. S./p.

Antonio y Carlos Murciano
PLAZA DE LA MEMORIA
CAFFARENA ● MALAGA, 1966
96 PÁGS. Ø16 x 22 Ø. S/p.
CAFFARENA ● MALAGA, 1966
53 PÁGS. Ø15,5 x 21 Ø. S/p.

Luis Matilla
MONCLOA-PARANINFO
ALFAGUARA ● MADRID, 1966
110 PÁGS. Ø11 x 16,5 Ø. 20 PTAS.

TEATRO

TEATRO ESPAÑOL 1964-65
EDITORIAL AGUILAR
MADRID, 1966
440 PÁGS. Ø11,5 x 20 Ø. 175 PTAS.

Hermann Kuprian
EL GRAN ESPECTACULO DE LAS SOMBRAS
PARTICULAR
MADRID, 1966
90 PÁGS. Ø12 x 17 Ø. s/p.

pañol, asentada en razones de espíritu y de historia.

Cuando, día a día, vemos nuestra lengua maltratada por ese imperdonable conjunto de bachilleres, curas y barberos—usando la expresión cervantina—es un verdadero solaz para el espíritu la lectura de esta obra de Ernesto J. Fonfrías. Llevamos mucho tiempo protestando por la invasión de Gibraltar. Y, mientras tanto, la lengua se convierte, a marchas forzadas, en una colonia del inglés. ¿Cuándo vamos a comenzar, con seriedad, las protestas lingüísticas?

NICASIO SALVADOR MIGUEL

LUIS GASCA: *Tebeo y cultura de masas*. Colección «Vislumbres» de Prensa Española. Madrid, 1966; 249 págs., Ø18,5 x 12,5Ø, 100 ptas.

En estos años de vida apresurada, de vuelos espaciales, de grandes colecciones literarias e históricas y de abultados libros de investigación hemos dado por olvidar lo humilde. Se tiende a lo grandioso y se posterga lo menudo, ignorando, repetidamente, la importancia de las cosas pequeñas. En este libro, que avalora un breve prólogo del doctor López Ibor, aborda Luis Gasca, con profundo conocimiento y ágil prosa, el estudio del género universalmente conocido por *Comics*, y denominado en castellano *tebeo*.

Gasca acierta al encajar su trabajo dentro del dominio absoluto y progresivo de la imagen, a la que llama, atinadamente, el «quinto poder de la sociedad del siglo xx». Los personajes predilectos que nos llegan, día tras día, a través de las revistas ilustradas, de las pantallas de televisión y del cinematógrafo, y de los anuncios publicitarios, se graban en nuestra retina e influyen en nosotros. El problema psicológico y sociológico de este influjo es mucho más patente desde que Gasca nos informa que, según datos recientes del *Newspaper Comics Council*, el género del tebeo tiene millones de lectores, y «toda la ideología de la mentalidad americana está dentro de las viñetas de sus revistas ilustradas».

El autor estudia las formas, la historia y las influencias de este género. «El tebeo puede definirse como una narración gráfica en forma de viñetas, en la que los textos se encuentran encerrados en unos «globos» o nubecillas que salen por las bocas de los protagonistas». La inclusión de dibujos en textos es tan antigua como la historia de la humanidad, pudiendo encontrarse paradigmas en Mesopotamia, Egipto y otras civilizaciones antiguas. En cuanto a los primeros dibujos cómico-políticos hay que remontarse a la Roma del siglo I, donde eran frecuentes en plazas y mercados, así como en los alrededores del Senado. El sistema, de una u otra forma, se va repitiendo a lo largo de los siglos. El XVII y el XVIII llevan consigo el auge del dibujo de humor, normalmente conocido con el nombre de chiste, aun cuando la primera revista semanal de *comics* no aparezca hasta 1846 en Nueva York, con el nombre de *Yankee*

Doodles y el nacimiento «oficial» del género deba fecharse «el histórico día 16 de febrero de 1896».

En España pueden encontrarse antecedentes desde el siglo xv. Pero las primeras tiras de historias ilustradas en nuestro país, dedicadas a los niños, no surgen hasta 1915 en el semanario *Dominguín*. *TBO*, *Pulgarcito* y *Chicos* han sido en nuestra Patria las grandes revistas del género, de las cuales siguen aún editándose las dos primeras. No olvida Luis Gasca las revistas humorísticas para adultos entre las que resalta el valor de *La Codorniz*, con un plantel de excelentes colaboradores.

En nuestra visión del tema ofrecen sugestivo valor las muchas páginas dedicadas a la influencia del tebeo y revistas de humor en la lengua, la literatura y la política. Estos folletos han influido, enormemente, en las onomatopeyas y en el lenguaje coloquial americano y de otros países, citando el autor algunas expresiones castellanas que tuvieron su origen en el tebeo.

Escritores como Joyce, Faulkner, Steinbeck, W. Styron, James Jones, Joseph Heller...; pintores como Lichtenstein, J. Rosenquist, Mel Ramos, Peter Blake..., se han visto influidos por el tebeo en sus obras. Asimismo lo han sido las portadas de libros en los dos últimos años y la publicidad en todas sus categorías. En el cine, 1.216 películas, según el autor, han acusado este impacto.

Kennedy, Coodlige, Wilson y otros políticos fueron o son fanáticos del *comics*, y son muy interesantes aquellos datos que nos revelan que en 1959 el partido conservador inglés utilizó los personajes de tebeo ingleses para su campaña electoral o que Capp apoyó la campaña publicitaria de Johnson a través de su protagonista *L'il Abner*.

Consecuencia clara es el poder inmensurable que en los muchachos y en gran parte de la sociedad obtiene el tebeo, cuyos héroes son imitados, constantemente, de forma que «en este sentido, el tebeo puede hacer y demostrar todo, lo cierto y lo falso, la verdad y la mentira, el honor y la traición disfrazada de honor».

A qué se debe el que los ligeros folletitos del *comics* hayan llegado a desplazar, asombrosamente, la tradicional forma de cultura es algo que nos hubiera gustado ver más extensamente tratado. Porque, ¿puede admitirse, sin más, que en nuestros textos de enseñanza deba ser «la letra impresa la que complete el grabado», según dice Gasca? Nosotros pensamos que no puede haber cultura sin estudio sacrificado—sacrificio de la voluntad y de la inteligencia—, y la enseñanza reducida a imágenes simplificaría demasiado las cosas. Si nos contentamos con dar a nuestros pueblos una «cultura de masas», abortaríamos una civilización en parto inmaduro. Como casi siempre, es posible que la solución se encuentre en un término medio. Mientras tanto, queda en pie la duda. Para usar la conocidísima expresión de Shakespeare «ese es el problema», y la cuestión exigiría un estudio más amplio, que no quita nada el valor objetivo y real del libro reseñado.

NSM

HUMANISMO Y REVOLUCION

MARCELINO ZAPICO, O. P.: *Revolución en Hispanoamérica*. Lo que vi en Santo Domingo. Escelicer. Madrid, 1966. 215 páginas. Ø16 x 21,5Ø. 150 ptas.

El autor de este libro nos era ya conocido por sus artículos de colaboración publicados en la revista *Cuadernos* para el Diálogo. El documento que ahora ofrece, como testigo presencial de los acontecimientos que en el ámbito político-social se han desarrollado en la República Dominicana, es revelador, a la vez que de la esencia de unos confusos episodios revolucionarios, de la influencia que éstos han ejercido en el ánimo del autor, quizá porque le han dado oportunidad de conocer lo que va de lo pintado a lo vivo, de las elucubraciones teorizantes a la evidencia de los hechos.

Justamente la evidencia de unos hechos que le ha correspondido presenciar han movido a Marcelino Zapico a indagar en sus posibles móviles. Las páginas de su libro no contienen solamente la propia y directa versión de lo acontecido en los agitados días de la revolución dominicana, sino que, según aseveración del mismo Zapico, «interesa, sobre todo, conocer el trasfondo de la revolución».

Consecuente con tal propósito, el autor ha calado más allá de las etiquetas que pudieron ostentar las fuerzas contendientes. Del «14 de Junio», por ejemplo, dice: «Este partido no se proclama comunista, pero lo es hasta la médula. Todas las consignas, todos los programas, etc., coinciden con Fidel Castro hasta en la letra.» Y de sus dirigentes: «Estos jefes no saben una palabra de nada: ni de economía, ni de ciencia del Estado, ni de nada. Son charlatanes del tres al cuarto. Pero la mercancía que brindan tiene éxito seguro entre los dominicanos: hablan contra los Estados Unidos, contra la OEA, contra los ricos; hablan de oligarquía, de reacción, de capitalismo; hablan delibertad, del pueblo, de imperialismo...»

En su cualidad de imparcial espectador, Zapico llega a la conclusión de que «en este ambiente de río revuelto la minoría comunista, bien organizada y con ideas muy claras sobre el rumbo que habría de tomarse, no hubiera tardado en controlar la situación». Y en el párrafo siguiente: «El peligro comunista sigue latente en la República Dominicana. La intervención norteamericana evitó allí su triunfo inmediato, pero las negociaciones tan prolongadas entre la OEA y los constitucionales dieron a éstos la oportunidad de ocultar sus armas y poner condiciones muy ventajosas.»

Naturalmente, no escapa a la voluntariosa indagación del religioso español la parte de culpa que corresponde a los abusos de poder en la era trujillana. Admite que no todo fué malo en Trujillo, como lo atestiguan las numerosas obras materiales de que dotó al país durante su prolongado mandato, pero... «al hacer el balance del régimen de Trujillo, puede afirmarse

que la herencia más funesta dejada por él al pueblo dominicano fué el desprestigio del gobierno de fuerza».

La visión que Zapico nos ofrece de la revolución dominicana queda complementada con capítulos dedicados a la economía, al militarismo, a la misión de España en Hispanoamérica, al nacionalismo antinorteamericano, etc., para finalizar con la solbente y bien meditada respuesta al interrogante que plantea en la última página: «¿Lograrán las democracias consolidarse y realizar las reformas necesarias, cerrando el paso al comunismo?»

JUAN EMILIO ARAGONES

JOSÉ MARÍA DELGADO VARELA, O. DE M.: *Supervivencia del hombre*. Publicaciones del Monasterio de Poyo, Madrid, 1966, 300 págs., Ø21 x 15Ø, 175 ptas.

El padre J. M. Delgado viene dedicándose desde hace años al desarrollo de un sistema filosófico-teológico llamado «correlativismo», y del que este libro nos ofrece ciertos aspectos de considerable importancia: las cuestiones escatológicas, las relativas al destino trascendente del hombre, a su literal supervivencia.

El autor sabe que, si bien los dogmas son inalterables, hay toda una constelación de afirmaciones discutibles a su alrededor, así como una interpretación y un progresivo análisis de su contenido. También cabe mirar las pronunciamientos dogmáticos relacionándolas con las exigencias humanas y aunando ambos, dogmas y datos de nuestra condición, iluminar más las oscuridades de los misterios. Este sistematizar relaciones, logrando un entramado humanodivino como resultado explicativo, vendría a concluir en una antropología teológica, una antropología cristocéntrica.

En su incursión a través de la más limitante de las situaciones que pueda sufrir el hombre: la muerte, el padre Delgado va tocando y soltando las numerosas fibras de ese tremendo nudo de problemas. El paso a lo trascendente, las condiciones de tal paso: tiempo y espacio en relación con la eternidad, los modos del paso: alma y cuerpo, y los estados posteriores; los destinos: cielo e infierno, el valor de lo humano para la salvación, su relación con los méritos de Cristo, la cuestión del limbo, sobre la que el padre Delgado se declara en contra: no existe el limbo, y aun considerando las razones de la fe virtual de la Iglesia, que suple el acto personal del niño, se inclina el autor a considerar una elección última—primera en este caso—en la que el niño se inclinaria o no hacia Dios. La existencia de tal elección última, en la que el sujeto, intensísimamente iluminado, haría su voluntaria decisión salvadora o condenatoria, es punto afirmado por el padre Varela y —añadimos nosotros— cuestión espinosísima.

Marcel Proust

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO (2)

A. EDITORIAL MADRID, 1966

596 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 100 PTAS.

Fedor Dostoievski

EL ADOLESCENTE

JUVENTUD BARCELONA, 1966

656 PÁGS. Ø15,5 x 17,5Ø. 80 PTAS.

Anne Hocking

NOVELAS ESCOGIDAS (II)

AGUILAR • MADRID, 1966

1362 PÁGS. Ø11 x 17,5Ø. 250 PTAS.

Pierre Massé

EL PLAN O EL ANTIAZAR

LABOR • BARCELONA, 1966

172 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Albert Ducrocq

LA AVENTURA DEL COSMOS

LABOR • BARCELONA, 1966

268 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

C. F. von Weizsäcker

LA IMPORTANCIA DE LA CIENCIA

LABOR • BARCELONA, 1966

169 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Gillo Dorfles

ULTIMAS TENDENCIAS DEL ARTE DE HOY

LABOR • BARCELONA, 1966

206 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Juan Vernet

LITERATURA ARABE

LABOR • BARCELONA, 1966

263 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

La plenificación de todos los valores humanos, centrados en la unión ya realizada con la persona gloriosa de Jesucristo, en esa otra vida super-viviente, es culminación del desarrollo del libro, que en un epílogo aclara determinados puntos anejos.

La obra está presentada en forma de diálogo entre dos supuestos interlocutores, método usado por el padre Delgado, según propia confesión, para hacerla más asequible a todos los lectores.

JULIO E. MIRANDA

JOSÉ MANUEL GARCÍA ROCA (DIRECTOR): *Universidad y política en América*, Ed. Afrodisio Aguado, S. A., Madrid, 1966; Ø22x14Ø, 125 ptas.

El presente libro, que, bajo la dirección de J. M. García Roca y con la colaboración de un destacado equipo de especialistas, ha salido recientemente de las prensas, ofrece un marcado valor de actualidad a causa de la ininterrumpida repetición de manifestaciones estudiantiles de protesta, desde hace años.

En la obra que reseñamos se estudian el origen y causas de estos movimientos en Estados Unidos e Iberoamérica. La agitación universitaria en U. S. A., analizada a través de una depurada documentación, manifiesta claramente la progresiva politización de las protestas de los estudiantes norteamericanos, tradicionalmente apartados de las injerencias extraacadémicas. Tomando como modelo la Universidad de Berkeley, en el estado de California, analizan los autores las diferentes frases que, partiendo de los primeros síntomas de politización a raíz de la depresión económica de 1929, culminan en los descarados rebotes políticos motivados por la campaña electoral de 1964. El minucioso examen de documentos y datos lleva a la conclusión de una infiltración comunista, sagazmente dirigida por una minoría de «activistas» y profesores, que aprovecha los factores de carácter exclusivamente universitario para conducir estas algaradas hacia fines políticos bien delimitados.

La injerencia comunista, con fines subversivos, constatable, en principio, en la citada Universidad, en la de Chicago y en el City College de Nueva York, ha ido extendiéndose progresivamente a las Universidades de Akron, Columbus (Ohio), Norma (Oklahoma), Michigan Miami y otras. Las reclamaciones estudiantiles, que en todas ellas surgían por intereses académicos, acababan politizándose inevitablemente, hasta el punto de que la Comisión de Actividades Antiamericanas y el propio F. B. I. hayan tomado cartas en el asunto, denunciando, con multitud de pruebas, la participación marxista en estos incidentes; participación puesta de relieve, asimismo, por revistas de considerable importancia como U. S. News and World Report y Tactis. La atención general del país se ha volcado sobre estas manifestaciones políticas, condenándolas con inequívoca repulsa.

La importancia fundamental que los agitadores comunistas conceden al

mundo de habla hispánica, patentizada en los 110 millones de dólares dedicados en 1965 para la subversión estudiantil en Iberoamérica, avala la dedicación de la segunda parte al estudio de la agitación universitaria en los países de la América española.

Los movimientos de las Universidades de Colombia, Argentina, Perú, Bolivia, Venezuela, El Ecuador, Brasil, Méjico, Panamá y Chile ofrecen las mismas características que los de Estados Unidos, agravados por la tradicional politización de la Universidad latinoamericana y por la existencia en Cuba del centro motor de la actividad subversiva estudiantil en Iberoamérica, que dirige y coordina las agitaciones universitarias en estos países.

Completa la obra un apéndice de la publicación Este y Oeste (octubre 1966, número 97), en que se estudian las vicisitudes por las que ha pasado el Congreso Latinoamericano de Estudiantes, y de donde se infiere con exactitud la escalonada infiltración marxista en los medios universitarios, así como «la impotencia e ineficacia» de los poderes que se le oponen.

De la lectura de este libro se desprende la facilidad y la astucia con la que los agitadores profesionales al servicio del comunismo internacional saben aprovechar, hábilmente, las justas y sanas aspiraciones apolíticas de un grupo de estudiantes, encauzándolas a sus fines. Pero, también, se deduce que esto no ocurriría, o quedaría notablemente aminorado, si se resolviesen los graves problemas que, en mayor o menor grado, tienen hoy planteados las Universidades de todos los Continentes: concentración masiva de estudiantes en las grandes poblaciones, escasez del profesorado, falta de capacidad de la Universidad para adaptarse a las actuales circunstancias de la vida, escasa o nula comunicación entre profesores y alumnos, y otros muchos. Se aprecia, pues, en el fondo una crisis real de la institución universitaria, extensible a los países europeos—y, desde luego, al nuestro—, que exige un planteamiento rápido y serio de los problemas del Alma Mater si queremos evitar desenlaces ingratos. Más vale prevenir que curar.

NSM

El volumen se lee con facilidad; el estilo es realista, sin aspiraciones formalistas, y la agilidad descriptiva, aunada a toques precisos de ambientación certera, dan a su lectura capacidad de sugestión y agrado. Quedamos esperando futuras producciones de su autor, para poder juzgarle a la vista de un más amplio despliegue de sus posibilidades narrativas.

JEM



FÉLIX MARTÍ IBAÑEZ: *De noche brilla el sol*, Editorial Alfa-guara, Madrid, 1966; 480 páginas, Ø18x11Ø, 100 ptas.

NOVELA HISPANICA



FEDERICO PELTZER: *La noche*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1966; 153 págs., Ø12,5x18,5Ø, sin precio.

La literatura, como todo arte en nuestros días, busca nuevos modos de expresión, nuevos accesos a realidades que, si bien son de siempre, se nos presentan hoy de manera más áspera, más hiriente. Esta novela o crónica de un encuentro frustrado, toda ella un diálogo del que conocemos lo que dice uno solo de los interlocutores, tiene su clave en una de las frases de la mujer que habla: «Si alguien hubiera grabado lo que hablamos, saldrían dos versiones. Dos. ¿Te das cuenta? Separadas: la tuya y la mía. Cada una por su lado. Dos monólogos. Siempre ha de ser así.»

Y se nos da uno de estos monólogos, a través del cual reconstruimos tanto lo que el otro, el hombre casualmente conocido en un parque, va di-

ciendo, así como los datos necesarios de la vida de ambos. Tal construcción exige un esfuerzo, agotador a ratos, que contribuye a situarnos en la atmósfera de amargura y derrota que envuelve la novela.

Pocas son ciento cincuenta páginas para dar un juicio sobre el método. Su resultado es, al menos en parte, efectivo, y el libro todo, de innegable interés literario y humano.

Es evidente que el argentino Peltzer domina bien la técnica narrativa y, aunque no hemos leído nada más de él, el libro nos da noticia de que es autor de otras dos novelas: *Tierra de nadie* (premio Emecé 1955) y *Con muerte y con niños*.

JEM

El autor de este libro tiene en su cuenta una ya larga y variada lista de obras, tanto de temas literarios como médicos, psicológicos, periodísticos y narrativos. Sus títulos abarcan desde *Ensayo sobre la psicología y fisiología místicas de la India hasta La flecha de cristal: ensayos de literatura*. Muchos de ellos han sido originalmente escritos en inglés, pues en New York vive desde hace bastantes años y allí ha fundado una editorial científica y varias revistas. En el campo de la creación literaria, su preferencia parece corresponder al cuento, de lo que ha escrito cinco libros, con el que ahora comentamos.

Félix Martí Ibañez se acerca, pues, a la narración por el gusto de contar algo, como pudiera hacerlo en amigable tertulia. Utiliza para ello tanto sus conocimientos psiquiátricos como su mera experiencia de hombres y lugares, adquirida a través de años y viajes. Así, sus relatos son situados en París, New York, México, Ginebra, La Habana, en islas remotísimas. Pero estos ambientes enmarcan unos personajes que se nos mostrarán siempre como variaciones sobre un mismo tema: el hombre, sus cosas, sus deseos, sus acciones, sus imprevisibles destinos.

Los hombres, el hombre, éste y aquél, el Don Juan donjuaneado, que en la bien calculada operación de conquista pierde su propia mujer, enamorada del otro al cual su esposo iba a despojar. La seductora sorprendida, porque su encanto físico no hace mella

NICOLÁS CÓCARO: *Los creyentes*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1966; Ø13x19Ø, 160 págs.

Escribir cuentos en la Argentina debe ser hoy extremadamente difícil, con la abundancia de magníficos narradores que por allá se encuentran, desde un Borges a un Abelardo Castillo, pasando por Cortázar. En tal atmósfera, el libro de Nicolás Cócaro no nos depara nada sustancialmente nuevo, quedando, eso sí, como un conjunto de relatos de calidad aceptable, alguno en particular demasiado tarado por cierto filosofismo o deseo de brindar una moraleja resultante, o por un sobrenaturalismo artificial, y otros destacables por la lograda creación de tipos o situaciones—«Una increíble fama», por ejemplo.

Claude Cuénot
TEILHARD DE CHARDIN
LABOR • BARCELONA, 1966
218 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

H. y G. Termier
TRAMA GEOLOGICA
DE LA HISTORIA HUMANA
LABOR • BARCELONA, 1966
207 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Jan Vansina
LA TRADICION ORAL
LABOR • BARCELONA, 1966
224 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Aurel David
LA CIBERNETICA
Y LO HUMANO
LABOR • BARCELONA, 1966
186 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Serge Lifar
LA DANZA
LABOR • BARCELONA, 1966
196 PÁGS. Ø13,5 x 19,5Ø

Federico C. Sainz de Robles
EL ESPIRITU Y LA LETRA
AGUILAR • MADRID, 1966
260 PÁGS. Ø15 x 23Ø

Michel Feissel
EL MUNDO PERDIDO
DE LOS MAYAS
JUVENTUD
BARCELONA, 1966
272 PÁGS. Ø14,5 x 22,5Ø. 230 PTAS.

Emil Ludwig
NAPOLEON
JUVENTUD
BARCELONA, 1966
512 PÁGS. Ø14,5 x 22,5Ø. 260 PTAS.

en su recién conocido interlocutor y que poco a poco va dejándose envolver en el efluvio de la voz ronca del hombre sentado a su lado, con la mirada fija en ella pero sin inmutarse; hasta saber, al cabo, que él es ciego. La voz de una muchacha que cante blues en Manhattan, que ofrezca a su autor el blues ya terminado que él tenía sólo en fragmentos, para luego desaparecer y volver a ser encontrada en un manicomio, enfrente de la casa del compositor y gracias a lo cual la joven escuchó los pedazos de la melodía y en su atormentada sensibilidad las completó. El escritor que con su fantasía hace de los más miserables sitios de New York encantadoras pagodas y que enseña a sus amigos a utilizar esa varita mágica que todos poseemos sin saberlo.

Quince cuentos en que, uno tras otro, Félix Martí nos sumerge con mano hábil en un entramado de realidades iluminadas desde imprevistos fondos: a veces el azar, a veces la imaginación de un hombre, el amor de otro, etc. Su técnica es sencilla, tradicional, sin mayores ambiciones innovadoras. La prosa cuidada, pulida, de imágenes deslizadas en el texto sin resaltar, pero que son sugestivas notas de color.

En suma, un libro de grata lectura que, sin pretender alcanzar un puesto en ninguna historia de la literatura, cumple con una de sus fundamentales funciones: entretener, hacer pasar las páginas para alcanzar esa pequeña joya que cada relato esconde, joya que nos baña en su luz melancólica y que destila siempre una lección de humanidad.

JEM

TECNICA DEL CINE

KAREL REISZ: *Técnica del montaje*. Editorial Taurus. Madrid, 1966. 256 págs., Ø 11 x 24 Ø, 250 ptas.

Si bien es cierto que el montaje no cuenta con la trascendental importancia que en los tiempos del cine mudo, al ser incorporados a la técnica cinematográfica adelantos como la banda sonora, sí resulta uno de sus principales valores. Prueba de ello es que muchos films se engrandecen o empalidecen según sea bueno o no el montaje de los mismos. Decía Pudovkin que «el montaje es la fuerza creadora de la realidad filmica, y que la naturaleza sólo aporta la materia con que formarla. Esa, precisamente, es la relación entre montaje y cine». Tal vez este pensamiento sea en la actualidad desproporcionado, pero, indudablemente, la técnica del montaje es necesario cuidarla de una forma especial para que la película cuente con un no deslabazado hilo argumental.

En este libro se hace referencia en la primera parte a la historia del montaje; en la segunda, del montaje en la

práctica (secuencias de acción, de diálogo, cómicas, de puro montaje; del documental informativo, del imaginativo y de ideas; del sonido en el cine documental; de los films educativos y de los noticiarios); en la tercera se desarrollan los principios del montaje.

La obra, si bien escrita por Karel Reisz, ha sido avalada por el asesoramiento de Thorold Dickinson, Reginald Beck, Roy Boulting, Sindy Cole Robert Hame, Jack Harris, David Lean, Ernest Lindgren, Harry Miller y Basil Wright, la mayor parte de ellos personajes conocidos por los aficionados al llamado séptimo arte. Contiene una serie de ilustraciones aplicadas al texto.

Técnica del montaje resulta un libro que resolverá diversos problemas cinematográficos a los aficionados. Su lenguaje está al alcance de cualquier lector, ya que el autor evita, generalmente, términos técnicos. O, en caso de utilizarlos, todos ellos son definidos. También para los profesionales es de interés.

JUAN JOSE PLANS

ANTONIO CRESPO: *El guión de cine*, Particular, Murcia, 1966; 142 págs., Ø 15 x 21 Ø, 80 ptas.

El autor sintetiza con esta frase qué es el guión de cine: «Una película sobre el papel; es el desarrollo escrito de todo lo que ha de ofrecernos después un film en la pantalla».

Antonio Crespo da a conocer la diferencia que existe entre el guión y el argumento, y las del primero con cualquier género literario, ya que el guión acaba su función una vez que se ha rodado la película.

El autor, que analiza las condiciones que ha de tener un guión de cine, considera como las más importantes:

1. Un guión de cine ha de ser, ante todo, un buen relato.
2. El guionista debe suprimir en su obra los elementos superfluos.
3. Los personajes han de ser muy humanos, con un claro perfil psicológico.
4. El cine es fundamentalmente un arte de imágenes, no de palabras.

Después de explicar las relaciones entre el guión literario y el guión técnico, trata a ambos separadamente.

La elección del tema, el tratamiento cinematográfico, las partes del guión, la importancia del planteamiento, el desarrollo del guión y la culminación y desenlace son los apartados que se refieren al literario; planos, movimientos de cámara, transiciones y otros recursos, los del técnico.

El autor indica que el libro «va dirigido tanto a quienes simplemente se interesan por el cine por dentro como a los que aspiran—dotados de la base intelectual necesaria—a la difícil empresa de escribir guiones para la pantalla».

Como dice Julián Marías en el prólogo, este libro «tiene tres virtudes capitales: es informativo, es reflexivo, carece totalmente de pedantería». Estamos de acuerdo.

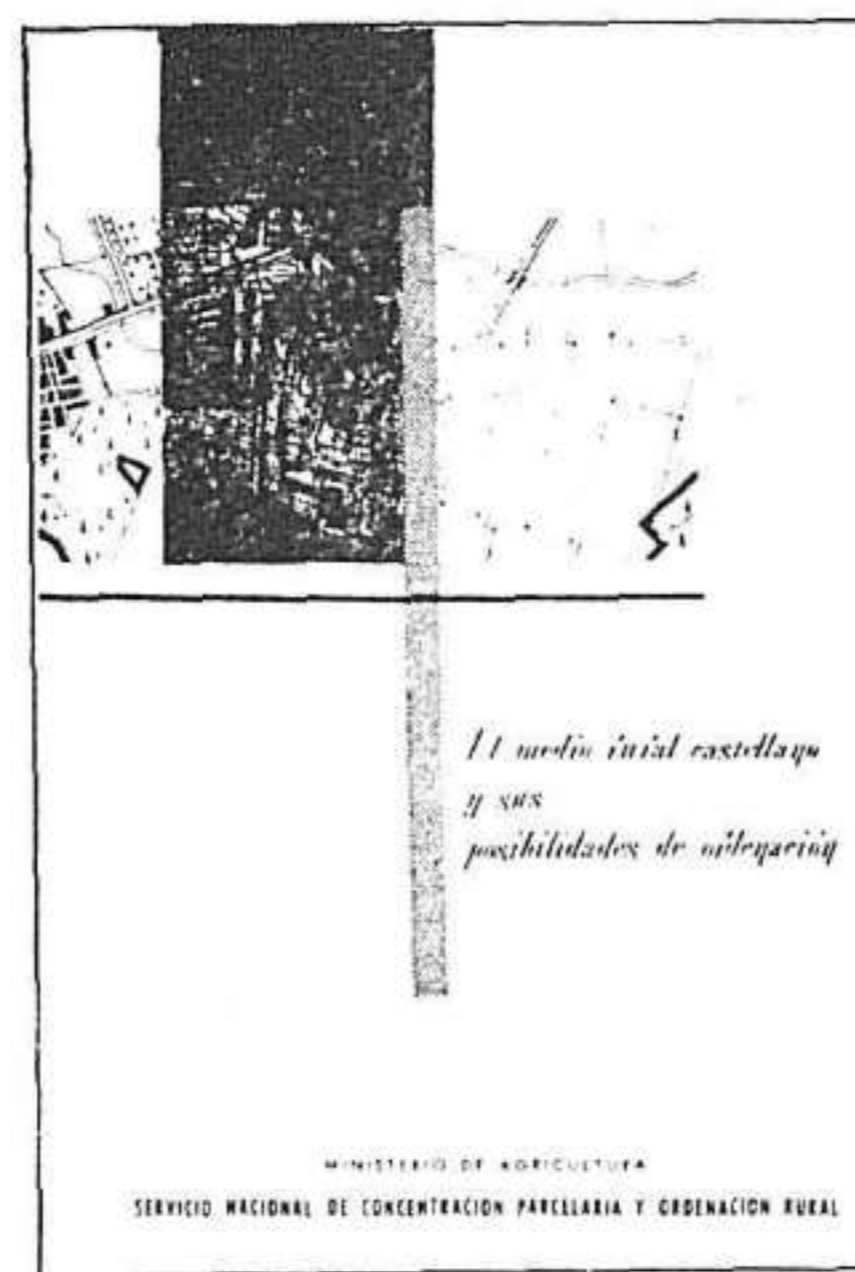
JJP

LA BOLSA O LA VIDA

J. M. NÚÑEZ LAGOS: *Información al inversionista*. Ediciones Rialp. Madrid, 1966. 172 páginas. Ø 15 x 24 Ø. 130 ptas.

José Manuel Núñez Lagos publicó en 1962 un libro, titulado *Iniciación a las inversiones en bolsa*, que durante mucho tiempo ha sido eficaz auxiliar para todo aquel que quería aventurarse por el complejo derrotero de las operaciones bursátiles. Ahora su objetivo es totalmente distinto: se trata de abordar el problema de la información al inversor como un derecho público y como una actividad de la empresa. Por ello, el libro se inscribe en la tarea de la colección «La Empresa y el Hombre», auténtica enciclopedia de la actividad empresarial, de enorme interés para la reconsideración de las transformaciones empresariales en nuestro mundo actual.

El libro está escrito con gran claridad, con un uso irreprochable del no siempre asequible vocabulario bursátil y con un decidido propósito de hacer fácilmente comprensible una operación tan compleja como es la vulgarización informativa de la actitud económica de la empresa. Con este libro, Núñez Lagos—es profesionalmente agente de Cambio y Bolsa—enriquece una faceta de nuestra bibliografía. RCHP



MIGUEL SIGUAN SOLER: *El medio rural castellano y sus posibilidades de ordenación*. Ministerio de Agricultura. Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural. Madrid, 1966; 284 págs., Ø 24 x 17 Ø.

Los aspectos sociológicos y psicológicos del campo español y de sus moradores es cuestión de la más palpitante actualidad, no sólo desde un punto de vista teórico, sino eminentemente práctico como lo enfoca este libro. Se trata de un nuevo volumen de la colección de Monografías que realiza el Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación rural, que ha sido realizado por una persona ajena al citado servicio, pero sobradamente conocida como catedrático de Psicología de la Universidad de Barcelona, don Miguel Siguan Soler, que nos ofrece un estudio de gran valor construc-

tivo por cuanto enfoca los problemas desde su base, sin perder de vista ni un solo instante el factor humano. Ha realizado su trabajo «sobre el terreno», nunca mejor empleada esta frase, porque ha sido así efectivamente su actuación directa y la de sus colaboradores. Se desplazaron a pueblos designados al azar para efectuar un estudio directo, aunque circunscrito a la meseta castellana; y convivieron con los habitantes de estos pueblos, conocieron su realidad de existencia, de tal forma que no pueden ser más fidedignos los informes en su aspecto individual y en sus consecuencias globales, porque en dicho estudio se describen las formas de vida, haciendo hincapié en los problemas humanos, que son presentados de forma directísima a través del examen de quince familias campesinas, de las que nos presenta su vida, sus anhelos, problemas y desesperanzas. El estudio de estas familias constituye uno de los capítulos más interesantes de los apéndices del libro, porque no se olvida aspecto alguno de su organización interna y externa de vida. La vivienda, alimentación, equipo de casa, vestido, instrucción, tiempo libre, religiosidad, perspectivas, etcétera, nos dan una visión directa, psicológica, económica y social.

El estudio del profesor Siguan aborda en los problemas económicos y sociales del campo una serie de aspectos cuyo interés puede ser extraordinarios para un correcto planteamiento de la política hacia la cual ha derivado la concentración parcelaria: la ordenación rural. El estudio psicológico, sociológico y del ambiente ha de dar necesariamente una ruta directa, vital y positiva, para la comprensión y resolución de los problemas en el mejor planteamiento lógico. Las evidencias tan fundamentales a que nos lleva el profesor Siguan garantizan una proyección de las cuestiones rurales donde los valores humanos y las realidades económicas se conjugan para un efectivo planteamiento de la ordenación rural.

El prólogo de esta obra es del señor García Oteyza, director del Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural, donde juzga como lógico este planteamiento, «porque en Castilla la concentración parcelaria no es sino la primera fase del proceso de ordenación rural». Esto ha sido claramente visto por el profesor Siguan, quien reflexiona en las páginas de su libro sobre las posibilidades de actuación de la ordenación en la meseta. Posibilidades llenas de dificultad pero que engendran un gran entusiasmo en quienes tengan que realizarlas, porque cuentan con ese calor humano que presta la buena acogida y colaboración entusiasta de los campesinos. Así ocurrió con el éxito de la concentración parcelaria, debido en su mayor proporción a ese estrecho contacto mantenido entre la administración y los hombres del agro. Es esta una relación de la mayor trascendencia, que el señor García de Oteyza destaca en el prólogo con estas palabras: «Para llevar a cabo el desarrollo se precisa la colaboración y participación de la población, lo cual sólo se consigue cuando la comunidad de que se trate puede visualizar los objetivos propuestos».

Varios

POESIA BELGA
CONTEMPORANEA
AGUILAR ● MADRID, 1966
366 PÁGS. Ø 13 x 20,5 Ø. 150 PTAS.

Arturo del Hoyo

TEATRO DE LA JOVEN
ALEMANIA
AGUILAR ● MADRID, 1966
266 PÁGS. Ø 13 x 19,5 Ø. 100 PTAS.

Leibniz

LA PROFESION DE FE
DEL FILOSOFO
AGUILAR ● MADRID, 1966
120 PÁGS. Ø 11,5 x 15,5 Ø. 54 PTAS.

Hermes Trismegisto

TRES TRATADOS
AGUILAR ● MADRID, 1966
172 PÁGS. Ø 11,5 x 15,5 Ø. 66 PTAS.

Juan Emilio Aragonés

ARNICHES
DONCEL ● MADRID, 1966
131 PÁGS. Ø 14 x 21 Ø. 35 PTAS.

Juan Emilio Aragonés

BENAVENTE
DONCEL ● MADRID, 1966
103 PÁGS. Ø 14 x 21 Ø. 35 PTAS.

José Ovlándis

LA CRISIS
DE LA UNIVERSIDAD
EN ESPAÑA
RIALP ● MADRID, 1966
112 PÁGS. Ø 11 x 18 Ø. 60 PTAS.

Carlos Murciano

LA AGUJA
E. NACIONAL
MADRID, 1966
106 PÁGS. Ø 14,5 x 22 Ø. 150 PTAS.

El profesor Siguan, a través de argumentos técnicos, económicos y sociales mantiene la tesis de que la ordenación rural debe concebirse a escala comarcal, precisamente la orientación actual de los organismos oficiales, y a lo cual se refiere igualmente ya en el prólogo el señor García Oteyza cuando afirma: «Aunque los pueblos y las aldeas tiendan a constituir economías cerradas, su dependencia comarcal es evidente. Los habitantes de un determinado pueblo han de acudir a la cabecera de comarca prácticamente para todo, hasta el punto de que el primero no es propiamente un pueblo, sino sólo lugar de residencia. La decadencia del comercio y de la artesanía en la cabecera de la comarca resulta directamente de la decadencia de los pueblos y aldeas de su zona de influencia.»

Cuando el profesor Siguan busca las raíces de los problemas del campo destaca la intervención de nuevos factores que producen una agravación y desbordan los conceptos tradicionales. Se refiere aquí al desequilibrio económico y social en contra del campo, producido por el desarrollo del proceso de industrialización y urbanización en todos los países en vías de desarrollo, como ocurre en España. Y afirma que la consecuencia más visible de este desequilibrio, al menos desde la perspectiva de la ciudad, «es la emigración progresivamente acelerada de las masas humanas desde las comarcas campesinas a los núcleos industrializados, emigración que por los abundantes problemas sociales que provoca obliga a los ciudadanos a interrogarse sobre la situación del campo». Este traslado de mano de obra, dice el profesor Siguan, desde el ámbito de la agricultura al de la industria y a los servicios «ha llegado a considerarse inevitable, como resultado natural del progreso técnico y casi como condición para el progreso social. Pero admitir la necesidad de este traslado no equivale a resignarse a la decadencia y a

la miseria del campo. El objetivo del desarrollo económico-social sólo puede ser (si no quiere hacerse contradictorio) la promoción de la totalidad de la población, y esto supone una sociedad equilibrada en el doble sentido de un equilibrio estructural (entre los distintos sectores productivos) y un equilibrio geográfico entre las distintas regiones de un territorio.»

Los centenares de hombres y mujeres con los que dialogaron el profesor Siguan y su equipo de estudiantes universitarios, el hecho de vivir cotidianamente entre ellos durante una larga temporada, confiere a este estudio un indudable valor práctico. Es la palpante realidad interindividual, de psicología social directa, que sólo puede obtenerse cuando se viven realmente los problemas. Así, por ejemplo, cuando el profesor Siguan se refiere a este aspecto de la labor, y recuerda en la introducción de su libro aquellos días pasados entre los habitantes de los pueblos, no puede acallar una evocación de afecto, plenamente humana, al referirse a esos hombres y mujeres «con los que hemos charlado en el campo, en la plaza, en la taberna o al calor del hogar, que nos han abierto las puertas de sus casas y han compartido con nosotros el pan y la sal mientras nos contaban sus angustias y sus esperanzas».

Por ese contacto tan directo se han dejado a un lado ideas preconcebidas y tópicas, como la del apego del campesino a la rutina tradicional, y se ha profundizado en la verdad actual. Así, por ejemplo, no es cierto ya que el campesino rehuya procedimientos de la técnica actual en su trabajo, sino que carece de nivel económico para lograrlo. Los casos de hombres que añoran la yunta y el brazo son cada vez más escasos y resultan excepcionales, siempre exclusivamente entre los viejos. El tractor, dice el profesor Siguan, se convirtió en símbolo de progreso. Aquí resulta muy atinada la siguiente

observación: «Algún joven campesino se ha quedado en el pueblo porque puede manejar un tractor y no lo habría hecho si su padre hubiese seguido con las mulas.» Por donde vemos cómo la emigración del campo a la ciudad tiene a veces facetas de muy clara solución. No es cuestión de elección entre la yunta y el tractor, o entre segar a mano o con máquina, sino problema económico para mecanizarse; si el campesino carece de tractor y sigue labrando con mulas es porque «no tiene bastante dinero para adquirirlo o bastante tierra para amortizarlo; si lo tuviese, cambiaría las mulas por el tractor, igual como cambiaría el tractor de una marca por el de otra si lo considerase más eficaz». Con esta nueva visión del campesino respecto a los medios de trabajo, ocurre también algo similar en la evolución de conceptos respecto a la forma de valorar el campo, porque «cuando el campesino veía su instalación en la tierra como definitiva, ésta tenía un carácter casi sagrado, era su horizonte y su destino. Llegar a adquirir su propiedad justificaba cualquier sacrificio. Pero este carácter definitivo de su relación por la tierra se está disolviendo rápidamente. La perspectiva de la ciudad y de la industria, el ejemplo de los vecinos emigrantes, la convierte en una relación provisional que cualquier día puede disolverse y que ha de justificarse por su rendimiento económico».

Todos estos juicios del profesor Siguan hacen de su obra un estudio de clara autenticidad, al tratar los problemas en la realidad, sin caer en los falsos espejismos literarios en los que es tan fácil incurrir cuando no se estudian las cuestiones en su momento actual, en su ambiente y con un científico enfoque de psicología social. Así es como resulta evidente la utilidad del estudio realizado sobre cuestiones agrícolas, precisamente por un cateórico de Psicología.

LUIS BONILLA

ECONOMIA AL CUADRADO

LIONEL ROBBINS: *Teoría de política económica*. Ed. Rialp, Madrid, 1966; 196 págs., Ø24 x 15Ø, 225 pts.

Este volumen recoge el curso pronunciado por el profesor Robbins en la famosa «London School of Economics», en 1939. Comprende seis conferencias en las que se enfoca la teoría clásica de los economistas ingleses desde diversos puntos de vista, con lo cual la exposición adquiere un vivo carácter de contraste, destinado no a realizar una crítica negativa —a la luz de las nuevas concepciones de la ciencia económica—, sino a hacerlos más comprensibles, desde la perspectiva actual, relevando los valores que ellos aportaron y las razones históricas que determinaron su carácter.

Hay, por tanto, una intención histórica al servicio del propósito didáctico que se cumple con brillo. El estudiante de nuestros días hallará en estas páginas una visión certera sobre cómo fueron propuestos, en su tiempo, los temas permanentes de la ciencia económica, dando origen a una corriente de pensamiento siempre renovada, pero que no puede prescindir de estas fuentes en que halló su origen.

Robbins señala el profundo carácter individualista que asoma bajo las formulaciones de la teoría clásica y que desborda el concepto de utilidad que se le ha atribuido como su nota más saliente. El criterio último de la felicidad para aquellos autores, precisamente por su marcado individualismo, resulta un hecho nuevo en la historia de la filosofía social.

AL CURIOSO LECTOR

«LA CIENCIA - FICCIÓN EN NUESTRO MUNDO» es el título de un breve ensayo de nuestro colaborador Alfonso Alvarez Villar. En él analiza los géneros comprendidos en esta clase de Literatura y las diversas escuelas que cultiva la ficción científica.

HEMOS RECIBIDO «EDUCATION ET CULTURE», revista publicada por el Consejo de cooperación cultural del Consejo de Europa y que se edita en Francia. En su número tres, diversos temas, entre los que destacan los referentes al civismo europeo, la exposición Cristina y a los escritores de pequeños países de nuestro continente.

«VECINDARIO» es un libro de poesía que ganó el premio Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York en 1965. Rolando Campins, su autor, es cubano. Con un ejemplar del libro nos envía Campins una tarjeta de Navidad con un poema suyo.

EL TEXTO DEL DISCURSO leído por el Marqués de Luca de Tena en la Real Academia el 3 de noviembre del año reciente 1966 ha sido publicado. Se trata de una semblanza literaria y sentimental acerca de Rafael Sánchez Mazas.

LA ASOCIACION DE AGREGADOS CULTURALES AMERICANOS Y FILIPINO da a conocer en

el Boletín número 13 diversas actitudes al público francés sobre publicaciones de Argentina, Ecuador, Paraguay, Estados Unidos, Canadá, Perú y Nicaragua. Los actos más sobresalientes son aquellos que se organizaron con motivo del Día de la Hispanidad.

J. CARLOS LISBOA ha publicado en portugués, y en Río de Janeiro, «Lorca e Bodas de sangre». El ensayista hace un profundo estudio de la obra de Lorca. Como preámbulo nos ofrece notas sobre la vida y obra del poeta.

«L'ARXIU DEL REINE DE VALENCIA», de Enric Soler Godes, es una pequeña separata del Almanaque de las provincias de 1966. Contiene varias ilustraciones, y la portada reproduce la cerámica que representa la creación de l'Arxiu Reial.

«TOLEDO, UNA CITTA MONUMENTO NAZIONALE» es el título de la conferencia pronunciada por la Presidente de «Amici della Spagna», Beatrice Palumbo Caravaglios, el 16 de diciembre pasado, en el Salón de Actos del Instituto Español de Santiago, en Nápoles. La disertación de Beatrice Palumbo, tan apasionada por todo lo español, fué ilustrada con proyecciones y diapositivas.

HA APARECIDO EN PARIS una nueva revista titulada «La Quinzaine Littéraire», que se propone informaciones en todos los campos de la literatura, en Francia y en el extranjero, haciendo la crítica de las más importantes de ellas. De las extranjeras se ocupará sobre todo de las que aparezcan en traducción francesa. ¿Comodidad o chauvinismo? La nueva revista tiene el formato de periódico pequeño y está impresa en offset.

GIUSEPPE CARLO ROSSI, Catedrático del Instituto Universitario Oriental de Nápoles, cuyas publicaciones testimonian una constante dedicación a los temas hispanos, ha publicado en separata la comunicación que sobre «España (y Feijoo) en motivos culturales y eruditos portugueses del siglo XVIII» presentó en el Simposio celebrado en la Universidad de Oviedo, titulado «El P. Feijoo y su siglo».

«GALERIAS DE ARTE» es el título de una colección editada por la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona y destinada a estudios críticos de los artistas que expusieron en la capital navarra. El correspondiente al «Ciclo 1965-66» contiene reproducciones de cuadros de Basiano, Juan José Larrañaga, Jesús Lasterra, Navarro Vives, Manterola, Quero y Erenchun, más una obra atribuida a Lenain. De estos y de otros pintores escribe J. A. Larrambeberre.

EL SUPLEMENTO LITERARIO DE «O ESTADO DE S. PAULO» DEDICA UN NUMERO A VALLE-INCLAN, en el Centenario de su nacimiento. La publicación depende de la cátedra de literatura que rige el español Julio García Morejón en la Universidad de São Paulo, y el mismo García Morejón colabora en este homenaje brasileño al autor de Luces de bohemia con un extenso y sagaz estudio titulado A difícil universalidade do esperpento.

Otras colaboraciones igualmente interesantes de este bien meditado número-homenaje del Suplemento Literario de «O Estado de S. Paulo», son: O pioneirismo de Valle-Inclán, en el que Eduardo Peñuela Cañizal dice que las piezas teatrales del gran escritor gallego «representan, en el campo de la dramaturgia española, una tentativa audaz para dotar al teatro peninsular de dignidad que lo proyectase en el mundo». Manuel Bermejo Marcos escribe sobre Novos caminhos em «El ruedo ibérico». Y estos son los nombres de escritores y títulos de las colaboraciones que cada uno de ellos publica en este valleincliniano número de la publicación paulista: Daví Arrigucci Júnior: A teia de Deus e do diabo; Edward Lopes: «La mejor máscara»: verso e reverso; Manoel Dias Martins: Valle-Inclán e a crítica atual; Monica Paula Rector: O «quietismo» de Valle-Inclán; Ecléa Bosi: Don Ramón e Rosalía; José Carlos Garbuglio: En torno das «Sonatas»; Neusa Pinsard Accese: O tempo da saudade; Carlos Westendorp y Cabezas: Valle-Inclán ou a ambigüidade política, y Tiekko Yamaguchi: En torno de «Tirano Banderas».

H. M. CRUICKSHANK y K. DAVIS: *Casos prácticos de dirección de empresas*. Rialp, S. A., 1966; 320 págs., Ø24 x 15Ø, 260 ptas.

La colección «La Empresa y el Hombre», de la editorial Rialp, acaba de lanzar una nueva edición de este libro en el que se presentan infinidad de casos recogidos, tanto en los pequeños talleres y almacenes con personal muy reducido, hasta en las empresas de gran volumen que dan ocupación a miles de individuos.

La eficacia del volumen consiste en

que no sólo se proponen los problemas emergentes de esas situaciones prácticas, sino que vienen acompañados por cuestionarios a través de los cuales no se resuelven los casos propuestos, sino que se brinda un método para llegar a las soluciones, dejando así al lector interesado y al estudiante en situación de cumplir por sí mismo el trabajo de resolver cada uno de los temas propuestos que han sido agrupados en tres campos bien definidos, la dirección de empresas, la dirección de personal y la dirección de producción.

RCHP

LO FREUDIANO

GASTÓN BACHELARD: *Psicoanálisis del fuego*. Alianza Editorial, Madrid, 1966. 191 págs. Ø11 x 18Ø, 50 ptas.

Aunque a simple vista puede parecer un estudio más curioso y anecdótico que profundo, la verdad es que los fenómenos caloríficos han influido en la forma de ser y de comportarse del hombre, tanto como los que derivan del

agua, de la tierra o del aire. Los complejos de Prometeo, Empédocles, Novalis y Hoffman; la química del fuego, las combustiones espontáneas, el alcohol, el fuego idealizado o el fuego sexualizado son los temas desarrollados en este ensayo de psicoanálisis, con un estilo que navega de una forma extraordinaria entre la ciencia y la poesía. Gastón Bachelard nos demuestra plenamente la importancia de la existencia del fuego relacionado con el hombre.

JJP

LOS VERSOS

LUIS JIMENEZ MARTOS



JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS: *El canto del hombre*. Palabra y Tiempo XX. Madrid, 1966; 84 págs., Ø14 x 20,5Ø, 40 ptas.

Un investigador y crítico literario crea poesía. Siempre sorprende un poco—particularmente a quienes no son amigos de la sorpresa sea cual fuere—que un crítico y erudito saque sus poemas y los exponga al juicio público. Las cartas de la literatura no están marcadas de antemano y, por eso, Entrambasaguas, igual que otros dedicados a su misma o semejante especialización, ofrece, de vez en vez, sus papeles de versos que no se hallan tan distantes de la otra cara de su obra como a primer toque pudiera creerse, pues sus búsquedas por los textos más o menos antiguos tienen nervio, pasión y en ocasiones un interés que podría llamar de «suspense». (Pienso, concretamente, en su descubrimiento de la comedia de Lope sobre Santa Teresa contado de manera casi detectivesca.)

A la hora de poetizar, el profesor Entrambasaguas se ha puesto siempre en la línea de hoy; pero acaso nunca como ahora. Puede que estemos apurando—yo lo creo así—un modo de hacer la poesía muy de cara a las internas convulsiones humanas dichas con arreglo a una nueva estética romántica en la que se mira a la verdad sin pestañeo y se canta al hombre y para el hombre. Puede, repito, que hayamos llegado a la saturación de tan extraordinario empeño. Sin embargo, la amplitud de ese campo expresivo permite, mucho más que en otras épocas, insistir en pisarlo, porque cada poeta, si no duda en el valor de su sinceridad, aporta lo que vale la pena al fondo común, ayuda a que el proceso humanizante se desarrolle del todo.

Quien ha escrito estos poemas los ha concebido como el mejor modo de tomarse conciencia de sí mismo; de dispararse hacia adentro y hacia afuera, compasiva, irritada o tiernamente. El dramatismo—nudo de nuestra poesía actual—se resuelve en angustia ante el tiempo, en visión satírica (menos de lo imaginable en Entrambasaguas) o en canto de libertad y también de

cuanto sirva a la puesta a punto de la persona frente a lo falso. Este repertorio se ajusta a un versolibrismo de impecable exactitud rítmica y, por supuesto, a una continua vibración espiritual, transmitida de sí a los otros, sin preocupaciones formalistas. Poesía, pues, muy en caliente, viva, y que en los *Tres poemas en el tiempo* (colocados al fin del libro) encuentra, al arribo de la amistad y de la música, un son emotivamente sereno, como asimismo, a mi entender, sus valores poéticos más palpables. Porque a las suscitaciones del arte escuchado o leído—Bach, Cabezón, Pessoa—se responde con el arte. *Escuchar de rodillas / no es tener los oídos en las rodillas; / esto, este imposible mirar al suelo; / este estar ciego, aplastado contra el suelo; / es solamente Juan Sebastián Bach, etc. O, en el siguiente poema: Pero es ahora cuando he acabado de penetrar en tu pecho / para que se entregue a tus ojos, / lejanos hasta estar disueltos en la niebla gris de las larvas.*

JOSÉ RIERA CLAVILLÉ: *Solsticios y estancias del amor*. Ediciones Raicán. Barcelona, 1966; 76 págs., Ø17,5 x 25Ø, s. p.

Después de *Noches de Shemadl*, con su atmósfera cósmica y su a veces tan desolado contenido, Riera Clavillé—un poeta tardío, mas dispuesto a desquitarse de su silencio—entrega este otro libro. *Shemadl* es una palabra sugeridora, según apuntaba Ignacio Agustí, prologuista de dicho volumen, de la voz hebrea que significa escucha. Riera la utilizó porque le recordaba el desierto, y esa decisión no es sino una prueba más del orientalismo poético tan presente en aquellos poemas y en los que acabo de leer. Se trata de un orientalismo hondo, aunque busque también serlo por la referencia paisajística o de vocabulario.

En este clima, que tiene alguna relación con el que conocieron y expresaron nuestros poetas arábigo-andaluces, sitúa Clavillé su poesía. Pero él es un occidental, y si no llega a orientales refinamientos (consecuencia acaso de un puro mimetismo), pone en su decir una fuerza y un sentido totalizador que, en ocasiones, se aproxima al que hay en Aleixandre. Esta fuerza (subrayada por frecuentes admiraciones) hace del objeto amoroso no ya algo sensual, sino mental y no habría que decirlo, estético. *Aire sutil de mil despertadas rosas que se abren, miran / bajo la piel, poblando tus sombras temerosas. / ¡Cómo se abren las manos a la fría y suavísima / agua que canta en los bosques oscuros / donde crecé el helecho milenario y callado!* La mujer llega a ser identificada con la tierra, aunque este simbolismo no llega a producirse de manera literal, pues Riera Clavillé mantiene la individuación amorosa, sin desdeñar la anécdota.

Arrebato, auténtica pasión es lo que estos versos comunican. Y, consecuentemente, su lenguaje resulta abraza-

dor, e incluso ampuloso, para darle forma a tanto y tanto ímpetu.

La edición es espléndida, igual que la de la obra primeramente citada.

JULIO TOVARH *Desvelada soledad*. Ediciones Nuestro Arte. Santa Cruz de Tenerife, 1966; 149 págs., Ø17,5 x 24Ø, s. p.

Joven aún—había nacido en 1921—falleció en septiembre de 1965 el poeta de quien se publica ahora esta obra póstuma. Cubano de origen, Julio Tovar vivió desde niño en Santa Cruz de Tenerife, en donde fué alternando la actividad periodística con la poesía, la prosa y el teatro, de todo lo cual ha dejado algunas muestras. Pocas cosas me producen más emoción que escribir sobre las últimas palabras de un poeta, sea poca o mucha su calidad. El juicio definitivo siempre intimida un poco. Desvelada soledad han titulado justamente los amigos del autor esta muy cumplida serie de poemas. Nos dejaron muy solos... / que ni siquiera ahora es compañía el miedo, / el grito o el dolor. Esa soledad no es de las que se complacen en ella misma, de las que se retuercen y se exprimen con gusto de esteta, aunque otros quieran ser sus pretextos. Hay aquí una tensión permanentemente humanitaria (en particular al principio del libro) y que, como tal, se inquieta por el destino común, sin dejar de mostrarse individualizada. Tovar se mantiene en un medio y lírico tono; su dolor es confidente; el «tú» de estos versos es como un «yo» desdoblado para hacer compañía al solitario. Una preocupación ética atraviesa de punta a punta la escritura, muy insistida—tal vez demasiado—del tema central y con un constante soporte reflexivo. Una enorme melancolía lo llena todo y nos empapa. Julio Tovar veía el mundo en imagen que refleja este verso: Lloro por mi vivir de hombre. Da escalofrío pensar en ciertas anticipaciones, en ciertas predisposiciones cumplidas.

FERNANDO ALLUÉ Y MORELL: *Ciudad de oro*. Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Málaga, 1966; 44 páginas, Ø15,5 x 22Ø, s. p.

Reúne aquí el autor tres breves libros: el que lleva el título general, Verdad del aire y Viaje hacia la gracia. La ciudad de oro—Ciudades de oro tituló Villaespesa— es Salamanca, recordada, entrevista desde el presente. Un buen poema, de los mejores que hemos leído de Allué y Morer, tiene la virtud de darnos de golpe la plena sustentación de sus versos. Plaza Mayor, es eso: la base de cuanto sigue. Aquí, Plaza Mayor, yo quiero ver mis días / antiguos, otra vez de pie, resucitados / adolescente, ileso junto a tu bloque, intacto / para siempre en el sueño de la luz geométrica. Otras evocaciones, otras poesías, van logrando el objetivo de reconstruir el pasado, como a ráfagas, con estilo poético ceñido y

equilibrado, pero en el que hay una pulpa de emoción y hasta de consuelo: No existe el tiempo; el tiempo se ha parado / en permanente, en entrañable aurora. / Ni mañana ni ayer: Tan solo ahora, / dando la luz sobre el amor logrado. En los versos de Verdad del aire se nota un oro claramente guilleniano, sólo que Allué incide más en la nota cordial que su maestro: Qué estremecido el aire / hecho infancia. Qué tierna / bendición de presagios / bajo la tarde esbelta. El apartado último está compuesto de tres piezas. De ellas, la que cierra el volumen es, a mi juicio, con Plaza Mayor, logro principalísimo: el soneto Rostro claro: ¿Cuánto milagro el sol de este cabello? / Gozar así del alma este destello, / ¿cuánto lento reloj, cuánta jornada?

El elegante y diáfano curso de Allué Morell halla en estas páginas, editadas con su buen gusto habitual por Angel Caffarena, el más logrado ejemplo que le conocemos.

LUIS JIMENEZ MARTOS

Y, ADEMÁS, ANOTAMOS

EL NUMERO 1 (segunda época) de la revista *Pájaro Cascabel*, de Méjico, dirigida por Thelma Nava. Recientemente esta publicación dedicó sus páginas a la poesía del país en que se edita. Espléndida entrega aquélla, como esta de ahora, donde aparece una selección de jóvenes poetas venezolanos, veinticuatro en total. Nuevamente hay que admirar el alto nivel de la poesía venezolana. *Pájaro Cascabel* anuncia que su próximo número lo dedicará a la poesía contemporánea española. Hay que esperar con expectación.

EL DURO OFICIO DE JOSE EGI-DO (Colección «Tarayal», Cádiz, 1966). Primer libro de este poeta gaditano, nacido en 1932. No se trata, sin embargo, de sus primeros poemas, y ello se nota, sobre todo, en la soltura del lenguaje. Se advierte facilidad y sentido de la belleza. Debe cuidar Egido que su verbo no se le desboque. Produce buena impresión este cuaderno. Adelante.

EL RIO IMAGINADO, de Rafael Muñoz de Burgos (*Aeda*, 3. Sevilla, 1966). Poesía amorosa en gran parte, correcta y entonada, con claras reminiscencias de Pedro Salinas, incluso por el metro empleado (heptasilabo). Un poeta fino, como suele decirse, quien por cierto edita siempre sus libros con arreglo a las características tipográficas y de formato de la colección «Adonais», cosa curiosa, pero, después de todo, muy explicable. Gracias por la imitación, aunque lo conveniente sería no repetir un modelo tan conocido

LOS PREMIOS NACIONALES de LITERATURA



Josep Vicens Foix



De izquierda a derecha: Jaime Delgado, Pedro Gimferrer, María Dolores Gómez Molleda, Tomás Borrás, Federico Carlos Sainz de Robles y Luis Gómez de Aranda

Con las últimas horas del otoño les llegó a los escritores galardonados la noticia; con las primeras horas del invierno recibieron el premio en sus manos. Y es que el 21 de diciembre cabalga sobre esas dos estaciones del año, cubierta una por las hojas tostadas de los árboles y la otra por la blancura de las nubes, que toman forma de copos y que así descansan tendidas sobre la tierra.

Fué en el Club Internacional de Prensa en donde se desarrolló el acto, presidido por el ministro de Información y Turismo. Los nervios andaban por allí como fantasmas, y en cuanto uno se descuidaba, ya estaba en poder de ellos. Los nervios no sólo acompañaban a los galardonados. Los nervios nos invadían a todos, porque, quien más o quien menos, se deja conmover por lo que conmueve a los demás.

PALABRAS DE ROBLES PIQUER

Al término del almuerzo, el secretario de los jurados dió lectura a las actas de concesión de los premios, y a continuación, el Director General de Información, presidente de los jurados que atribuyeron los premios, pronunció las siguientes palabras:

«Excelentísimo señor Ministro, excelentes e ilustrísimos señores, señoras y señores:

«Los premios convocados en 1966 han sido ocho. De ellos, los premios "Francisco Franco", "José Antonio Primo de Rivera", "Miguel de Cervantes" y "Menéndez Pelayo" son premios ya antiguos, los dos primeros creados en 1940, el tercero en 1949 y el último en 1955. En cuanto al teatro, el premio "Calderón de la Barca" se incorporó en 1964 a los nacionales de Literatura. El mismo año apareció el premio "Miguel de Unamuno", y fué también creado el premio "Emilia Pardo Bazán". En años anteriores se crearon premios especiales, y así se hizo en esta convocatoria con el premio "Jacinto Verdaguer", de poesía catalana, que, en el próximo año será sustituido por un premio especial, titulado "Rosalia de Castro", para poesía gallega. Otros géneros estarán representados sucesivamente en las distintas lenguas regionales españolas de carácter culto.

«La composición de los Jurados que este año presidió incluye representantes de organismos como las reales academias españolas de la Lengua y de Jurisprudencia y Legislación, las facultades de Derecho de la Laguna y de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, el Consejo Superior de Teatro, el Ateneo de Santander y la Asociación de la Prensa de Oviedo,

además de los galardonados con estos premios en el año anterior. El premio de lengua catalana ha contado con el catedrático de la asignatura en la Universidad de Barcelona, con un miembro de la Real de Buenas Letras de Barcelona y con representantes de los institutos de Estudios Gerundenses, Ilerdenses y Tarraconenses.

«A los premios nacionales de Literatura han optado, en esta ocasión, noventa libros, generalmente presentados por los autores—y en algunos casos por los editores—, de acuerdo con la novedad introducida este año para vigorizar el interés editorial por estos premios. A ello tiende también el propósito que ahora anuncio de fortalecer la difusión de estos libros a través de Radio Nacional de España y de Televisión Española, no sólo dedicando una atención muy intensa y preferente a estas obras y a sus autores, sino incluso concertando con ellos alguna fórmula para presentar el libro en nuestras antenas de radio y nuestras cámaras de televisión, según la naturaleza de cada obra. Estoy seguro de que ello ha de significar un singular incremento en la venta y difusión de estos libros, y lo agradezco al Ministro y al Director General de Radiodifusión y Televisión, en nombre de los autores galardonados que obtendrán el legítimo beneficio moral y material.

«El premio nacional "Francisco Franco", para una obra doctrinal sobre temas político-sociales y económicos, ha sido concedido a Luis Gómez de Aranda, secretario general técnico de la Secretaría General del Movimiento. Su libro *El tema de las ideologías*, publicado por Ediciones Europa, consolida el nombre de este magistrado, conferenciante, orador y político. El Jurado—Raimundo Fernández Cuesta, César Real de la Riva, Carlos Iglesias Selgas y Francisco Esteve Barba, conmigo—apreció el valor de esta aportación serena, bien escrita, a la vez erudita y original, a un tema candente. Así ratificó el sobresaliente *cum laude* otorgado a este libro cuando se presentó, como tesis doctoral en la Universidad de Madrid, por un tribunal compuesto por los profesores Luis Legaz, Luis Sánchez Agesta, Jaime Guasp, Joaquín Ruiz-Giménez y Agustín de Asís. Se trata de una obra meditada, prudente donde debe serlo y atrevida donde corresponde.

«El mismo Jurado fué unánime en proclamar, ante otros libros magníficos, el mérito especial del de la doctora María Dolores Gómez Molleda, titulado *Los reformadores de la España contemporánea*, otorgándole el premio "Menéndez Pelayo" para estudios históricos. Esta profesora adjunta de Historia contemporánea trabaja con el profesor Palacio Atard y es secretaria de la Escuela de Historia Mo-

derna. Antes se había ocupado con éxito y rigor del siglo XVIII, en particular del reinado de Fernando VI, y había contribuido también a los estudios sobre la historia de Gibraltar. Su trabajo, un grueso volumen de quinientas páginas, penetra en nuestro krausismo, en la personalidad de Giner de los Ríos, en los hombres del 98, en la obra reformadora que todo ello implica, para bien o para mal. Lo hace con toda serenidad *sine ira et studio*, como corresponde, por otra parte, a la hora de serenidad y de trabajo que vive hoy España.

«He tenido también el honor de presidir otro Jurado, formado por Antonio Martín Pérez, Eugenio Martínez Pérez, Luis María Ansón y Antonio Valencia. Y a todos nos ha cabido la fortuna y la honra singular de poner remedio a algo peor que una injusticia, a un verdadero contrasentido; así se ha otorgado el premio "Miguel de Unamuno", para ensayo literario, al prototipo y paradigma del género, felizmente vivo y fecundo, es decir, a Azorín. Presentado por la Editorial Doncel, que lo publicó, su maravilloso libro *España clara*, con extraordinarias fotografías de Muller, tiene una buena parte no recogida antes en ningún otro libro y un delicioso prólogo, escrito en 1966. Permitidme que lea las líneas finales de este prólogo: "¿Es que no seremos moderados, prudentes? Leamos a los escritores que acaban y leamos a los escritores que comienzan. Son bellos los crepúsculos vespertinos y son bellas las auroras." Nada he de añadir, evitando el ridículo de explicar quién es Azorín;

sólo quiero subrayar esta unidad que el premio establece entre su nombre y el de Unamuno. Y quiero dar otra noticia: por iniciativa personal del señor Ministro, el año próximo existirá un nuevo premio nacional de literatura dedicado a libros que glosen y expliquen el paisaje de España, en todos los sentidos de la palabra *paisaje*. Este premio llevará el nombre de Azorín.

«El mismo Jurado otorgó por unanimidad el premio "Emilia Pardo Bazán" a favor de Federico Carlos Sainz de Robles, cuyas obras de crítica literaria y de creación, sobre todo las de crítica, son tantas, que no podríamos enumerarlas aquí. Recordemos su valiosísimo *Ensayo de un diccionario de la literatura o su Historia del teatro español*. Madrileño y madrileñista—aunque a él no le agrade mucho este adjetivo—, es apenas natural que la obra crítica de este cronista de la capital se ejerza, amplia y semanalmente, en el diario *Madrid*. Por ella ha sido galardonado, así como por dos libros de la Editorial Aguilar, en los que estudia la viva obra de Alejandro Casona y la viva historia de un siglo de nuestra literatura. Una vez más, este premio cobra prestigio a través de quien lo recibe.

«También tuve el honor de presidir por quinta vez el Jurado quizá más típicamente literario. Lo formaron conmigo este año Luis Rosales, José López Rubio, Rafael González y Echegaray, Alfonso Canales, Ignacio Agustí y Miguel Mihura. Por mayoría, y con verdadero dolor, se propuso dejar desierto el premio "Calderón de la Barca".



Gimferrer, benjamín

Todos esperamos poder atribuirlo en el próximo año a una obra que reúna los máximos méritos: literarios y estrictamente teatrales. Por el contrario, el Jurado encontró dificultades para elegir la mejor obra poética entre los muchos y buenos libros de versos que han concurrido. Por ello, decidió unánimemente lo que sigue: atribuir el premio "José Antonio Primo de Rivera" a un joven poeta barcelonés, Pedro Gimferrer, de sólo veintiún años, y cuyo primer libro es prácticamente éste; se titula *Arde el mar*, y es un conjunto rico y profundo de bellos poemas, sorprendentemente maduros. El Jurado espera que su decisión, que alguien podría llamar aventurada por tratarse de un poeta joven y de un primer libro, sea un vaticinio hacia el futuro. El libro fué incluido en la colección barcelonesa "El Bardo". Al mismo tiempo, quisimos asociar en un doble homenaje los nombres de Antonio

y Manuel Machado, creando el premio "Hermanos Machado", que ha sido unánimemente atribuido a Jaime Delgado, catedrático de Historia de América en la Universidad de Barcelona, segoviano de raíz, un tiempo delegado de Información y Turismo en Barcelona, maduro personalmente en su joven cuarentena y literariamente en este tercer libro, titulado *Lo nuestro*, que es un bellissimo poema al amor y a la amistad, publicado en las Ediciones Palabra y Tiempo, y que ratifica el triunfo que logró hace casi diez años al ganar el premio "Ciudad de Barcelona" de poesía castellana y el que acaba de concederle la Diputación Provincial de Segovia.

»En cuanto al tercer premio de los discernidos por este Jurado, fuimos todos unánimes en felicitarnos de la iniciativa que llevó a incluir las narraciones breves, las novelas cortas para adultos, en el campo de atribución del

acertado elogio llevan las palabras de Soldevila, para decir aquí que la obra de Foix, "tanto en las más atrevidas exploraciones del subconsciente como en sus innovaciones popularísimas, une a la modernidad de la inspiración y la realización un lenguaje de una pureza y una firmeza diamantinas, por todo lo cual este premio vendrá a constituir la coronación de la obra de toda una vida".

»Termino estas palabras agradeciendo la presencia del señor Ministro y de todos quienes honran esta ceremonia con la suya, en particular de los jurados, cuyo prestigio cimienta el de los premios. Y felicitando a quienes los ganaron con buena lid y a quienes, aun no ganándolos, nos hicieron el honor de concurrir a ellos. Todo sirve a la mejor gloria de las letras de España.»

RESPUESTA DE GOMEZ DE ARANDA

En nombre de los galardonados, agradeció los premios don Luis Gómez de Aranda, y se expresó en estos términos:

«Excelentísimo señor Ministro, queridos amigos:

»Me pide, durante la comida, Carlos Robles Piquer que diga unas palabras en nombre de todos. Lo hago, por eso, en vuestro nombre, de los que estáis aquí, con quienes he hablado y cambiado impresiones, y en nombre también del ilustre ausente, el maestro Azorín, que ha conferido un prestigio nuevo y superior a nuestros premios con su premio *España clara*. Frente a la España negra y a la España demasiado colorista, de pandereta, la España clara, que es lo mismo que decir la España luminosa, España con luz.

»En nombre de todos, pues, las gracias al Ministerio de Información y Turismo, que conserva y dota los premios. Gracias también por el escrúpulo, por la seriedad, por el automatismo con que se designan los jurados, garantía de objetividad para todos. Gracias especiales a Carlos Robles Piquer por sus palabras, tan generosas y tan bien dichas.

»Este acto me trae a la memoria unas palabras recientes del Jefe del Estado. Cuando Franco, en su histórico mensaje a las Cortes el 22 de noviembre, nos decía que la paz verdadera ha sido la meta generosa de las muchas cosas buenas de la España de estos años, de tantos esfuerzos, y entre ellos citaba concretamente "los estímulos a los artistas, a los poetas, a los pensadores". Pues éste es un acto representativo de esos estímulos. Aquí estamos, con los mandos del Ministerio de Información y Turismo, un grupo de escritores que hemos trabajado al amparo de esa paz y en el servicio de esa paz, una paz militante, vigilante, sin irenismos ni entreguismos perturbadores de la paz verdadera.

»Y hemos concurrido a estos premios porque sabemos que toda nuestra vida ha de ser un servicio. Y en el servicio queremos estar siempre. En esto sí que tiene razón Sartre cuando dice que el intelectual tiene que superar la mentalidad del perpetuo becario, "a quien se le pensiona para que suspire". No suspiros, sino servicio. Servicio que no es servilismo, sino todo lo contrario. El servicio es la virtud aristocrática por excelencia, el lema de toda alma distinguida. Diametralmente opuesta a lo diabólico, a la frase blasfema "mejor reinan en el infierno que servir en el cielo", que Milton pone en la boca del Satán de su *Paraíso perdido*.

»Pues los escritores españoles queremos estar unidos al pueblo de España, tan unido él también, más que nunca, en esenciales fidelidades, en prometedores propósitos. Que no se nos juzgue por la última burbuja de la cresta de la ola, que el mar es ancho y profundo, inmenso, poderoso en sus mareas, fecundo en la fauna y en la flora que en sus abismos atesora.

»No hemos de tener los escritores ninguna soberbia pretensión de monopolio de la inteligencia. Ya en 1905, Miguel de Unamuno se preguntaba:

"¿Quiénes son los intelectuales?" Y en ese artículo reaccionaba contra la abusiva asimilación de intelectual y literato. Para llevar una fábrica de vidrio o una sociedad minera—son los ejemplos que pone—hace falta tanta inteligencia como para escribir. "Y tanto espíritu e idealidad puede ponerse—añadía—tanto en un ejercicio de la actividad intelectual como en el otro."

»Pues esta noción de la medida hemos de tener con humildad, que no es humillación; que a veces es pecado frecuente en intelectuales creer que tienen el futuro entero en su idea, que puede ser utópica, como encerrado en una semilla milagrosa, y guardar esa simiente entre algodones. Las semillas hay que echarlas al surco cada día, y la semilla ha de abrirse, descomponerse y perecer como tal semilla para que nazca la planta nueva, apunte el tallo y se corone con la espiga.

»Con ese sentido de la responsabilidad hemos de escribir. A mí me gusta hablar más de literatura responsable que de literatura comprometida. Que el compromiso puede ser para el bien o para el mal. Lo mismo hay compromiso en la conspiración para un delito que en el voto del religioso, o en el juramento del soldado. En cambio, la responsabilidad es la condición esencial del hombre, presupuesto necesario de la relación entre personas, entre el responsable y otro ser inteligente y libre. Dios mismo o los demás hombres. Y, aparte de la cuestión de la responsabilidad de los ángeles, responder—de *respondere*—, prometer, contestar, es acción del hombre, dotado de Logos, del Verbo, que los distingue de la bestia, la planta o la roca.

»En el sentido de la medida, en el servicio y en la responsabilidad ha de estar, sin duda, la fuerza del escritor. Así no será, como decía Pedro Salinas, un poder que no puede. Así no tendrá que quejarse, como si se doliese el aire delicado y sin cuerpo de no ser capaz de mover más que molinos de viento, olas y bergantines, envidiando al negro carbón, que puede impulsar locomotoras y acorazados.

»Porque, si tiene fe, moverá montañas. Unido a la fe del pueblo. Dice una moderna poesía de Carmen Conde, y con ella termino—en homenaje mío especial a la poesía y a la mujer española, también aquí premiada—, que la naturaleza entera nos da el ejemplo de lo que es trabajar sin descanso:

*La luz no está cansada de alumbrar
[tanto día,
ni el agua de correr, cuando corre en
[la tierra.
Los cielos no se cansan, el aire no se
[cansa...
ni la vida de ser para todos la vida.
Solamente se cansan los que no tie-
[nen fe.*

»Tengamos todos fe. Esa fe que se traduce en obras, y de la que se ha escrito que puede mover hasta las mismas montañas.

»Muchas gracias.»

FRAGA IRIBARNE

Acto seguido, el Ministro de Información hizo entrega de los diplomas y los premios, pronunciando las siguientes palabras:

«Señoras y señores:

»Muy pocas palabras, ya que, como el alcalde del cuento, yo creo que deben ser solamente dos: *España clara*. A España la queremos fuerte, la queremos rica, la queremos en paz y bien avenida; la queremos, querido Raimundo, una, grande y libre, que siempre será lo mejor; pero, intelectuales que somos, cualquiera que sea la aceptación de la palabra, los que estamos aquí, la queremos clara; clara en libros de buen análisis, sin pasión de lo que han sido y son nuestros problemas; clara en la ordenación puntual del verso, del sentimiento o también de la pasión; clara en el proceder de los hombres, como han procedido estos hombres de bien, a quienes yo agradezco su trabajo meritorio en los Jurados, claro en el espíritu de servicio



Azorín, decano

Francisco ha logrado que España tenga conciencia de sí misma; a eso tendían Joaquín Costa, Antonio Cánovas del Castillo y la generación del 98, de la que soy el último superviviente.

Azorín

premio "Miguel de Cervantes", antes reservado sólo a la novela larga. Ello nos permitió—por unanimidad, y no obstante el número de las restantes obras y aun su calidad—otorgarlo a las *Historias de coral y jade*, publicadas por la Editora Nacional, y cuyo autor es este gran maestro de las letras castellanas, este primer nombre del cuento literario que se llama Tomás Borrás. Aunque ustedes no lo crean, Tomás Borrás dobló hace algunos años el cabo vital de los setenta, pero con ello no ha perdido juventud física, ni fluidez estilística, ni imaginación creadora. Estas historias nos traen una estampa, a veces oriental, a veces marroquí, en las que reconocemos un mundo que él parece haber vivido como propio, y vemos las constantes de la naturaleza humana. Congratulémonos todos del crédito que gana el premio así otorgado a Tomás Borrás.

»Para finalizar, quiero dejar cons-

tancia de mi alegría al haber podido presidir un Jurado que otorgó, por primera vez, un premio nacional de Literatura a un libro escrito en una lengua española distinta de la castellana, en este caso la armoniosa y fértil lengua de Cataluña. Si siempre soy un presidente coordinador, en raras ocasiones moderador—porque todo suele discurrir por cauces de templanza—, en esta ocasión todo el mérito del fallo reside en la feliz concurrencia de los muchos y excelsos poetas que han optado al premio "Jacinto Verdaguer". Mis compañeros de Jurado—Antonio Comas, Fernando Soldevila, Félix Ros, Fernando Colás, Ignacio Bonnín y José Sánchez Real—fueron unánimemente concordes en atribuir este premio a las *Obres poétiques*, de José V. Foix, publicadas por Ediciones Nauta en bella edición. Este libro, realmente extraordinario, continúa y corona una obra, no menos extraordinaria, por la que Foix es admirado y alabado. Todo un

que con razón exaltaba, como el primero, en cualquier trabajo y también en el intelectual, Luis Gómez de Aranda.

»España clara. España clara, de Azorín, es, sin duda—todos me perdonarán—, el gran libro de este año y el que nos recuerda, en definitiva, que todos nuestros esfuerzos han de ser para construir edificios grandes que se sumen de modo notable al gran edificio clásico de una gran cultura como es la española, a la que se llega por todos los caminos, desde todas las posibilidades extraordinarias que una historia, tan rica como la española, ha podido hacer posible.

»España clara, en fin, porque en estos días, una vez más, España ha vuelto a reiterarse a sí misma que está clara consigo mismo, y que clara consigo mismo quiere seguir estando. Enhorabuena a todos.»

OPINION DE LOS PREMIADOS

Decididamente, no era el 21 de diciembre el mejor día para conversar con los galardonados con el premio

nacional de Literatura. Después del acto aún pervivían los fantasmas de los nervios. Y alguno de los galardonados estrujaba con desasosiego el diploma entre sus dedos. Se hablaba del «Calderón de la Barca», que quedó desierto, y de Azorín, que no había podido asistir. Al tener noticia del premio, el maestro dijo:

—Entiendo que estos premios, revalorizados por el ilustre Ministro de Información y Turismo, dan prestigio literario. Yo he creído siempre que la juventud que comienza es la que necesita ese prestigio para proseguir luchando. En cuanto a mí, a los noventa y tres años, soy casi un dimisionario de la vida, aunque hasta ahora la dimisión no me la hayan aceptado todavía.

María Dolores Gómez Molleda, premio «Menéndez Pelayo» por su obra *Los reformadores de la España contemporánea*, nos dijo que había tardado seis años en escribirla. Naturalmente, en ese período de tiempo entra también el dedicado al estudio y a la investigación.

Federico Carlos Sainz de Robles, premio «Emilia Pardo Bazán», para la crítica por sus dos libros, uno sobre

Casona y otro sobre la historia de un siglo de nuestra literatura, así como por sus semanales trabajos en el diario *Madrid*. Sainz de Robles nos habló de la crítica actual:

—Creo que está en su mejor momento. Los críticos de hace años eran más bien autodidactas, gente que se preparaba ella misma, sin atender a estudios. En la actualidad, los críticos cuentan casi todos ellos con carreras universitarias y son personas muy preparadas.

Luis Gómez de Aranda, premio «Francisco Franco», autor de *El tema de las ideologías*, para una obra doctrinal sobre temas político-sociales y económicos, nos remitía a sus palabras, y Jaime Delgado, premio «Hermanos Machado», creado en homenaje a éstos, por su obra poética *Lo nuestro*, nos señaló que estaba muy satisfecho de haber recibido un galardón como éste, que lleva el nombre de aquellos escritores que él considera dentro de su línea creacional.

Tomás Borrás, premio «Miguel de Cervantes», para novelas o libros de relatos, por su obra *Historias de coral y de jade*.

—Es un libro de cuentos, ¿sabes?

Llevo ya más de seiscientos cuentos escritos. Todos ellos suman unos diecinueve libros.

—Más los otros, que no son pocos... ¡Toda una biblioteca!

J. V. Foix, premio «Jacinto Verdaguer» con su libro poético en catalán *Obres poètiques*, no pudo asistir, como Azorín, premio «Miguel de Unamuno» por su obra *España clara*, lleno de amor hacia nuestra tierra. Y, finalmente, conversamos con Pedro Gimferrer, de veintiún años. Su primer libro, *Arde el mar*, ya es premio nacional de Literatura. Dicen que es un libro escrito por un joven y con toda la madurez de un veterano.

—Y ahora publicaré *Madrigales*. De *Arde el mar*, lo confieso sin ningún bochorno, se han vendido 84 ejemplares. ¿Que si estudio? Pues sí, dos carreras. Voy en tercero de Derecho y en segundo de comunes de Letras.

Pedro Gimferrer, de veintiún años, recibió el 21 de diciembre el galardón. Todo se queda en la cifra 21. Y ahora ya es cuestión de esperar. De esperar al próximo año, a ese día en que el otoño pasa a ser invierno y en el que varios escritores ven coronados sus esfuerzos.

PLASTICA



ADOLFO CASTAÑO

DURACAMPS

Otra vez ha descendido Durancamps hasta su residencia habitual del Salón Cano. Una vez más, el público ha acudido fielmente a recrearse con la pintura que le gusta y la ha comprado.

En todo esto existe un equilibrio perfecto que honra a Durancamps, a sus años de labor pictórica continuada y, por extensión, a su público fiel.

Pero hay algo totalmente recusable en la actitud de este decano de la pintura, y este algo es su catálogo.

Inevitablemente, y siempre con feroci-

dad, el maestro arremete contra toda la pintura que hoy día se hace en los cuatro puntos cardinales de este mundo nuestro. Durancamps, semejante a un Quijote, pincel en ristre, arremete contra los molinos, los que él cree molinos de la mentira y del engaño. Los calificativos son poco elegantes. Con frecuencia salta el adjetivo *gamberrismo*, amén de otros de idéntica catarata.

Crear en nuestras propias razones y defenderlas es noble y lícito, pero negar el pan y la sal y un rincón en el fuego a aquellos que no mantienen nuestra propia opinión resulta, a estas alturas—alturas de diálogo—, una actitud de personaje neolítico de Mingote.

Es cierto que no deja de tener gracia la exasperación del maestro. Y, sobre todo, si miramos sus cuadros y advertimos las influencias de modas que han enriquecido, y continúan enriqueciendo, la pintura. Y me refiero concretamente al surrealismo, cuya característica de ausencia de aire utiliza Durancamps en muchos de sus cuadros. Pero esta nota graciosa de su enfado se agría por el tono jupiterino utilizado. Jupiterino y poco castellano, hay que decirlo.

En la antigüedad clásica, los ancianos eran respetados, entre otras muchas razones, por su sabiduría y equilibrio. La vejez es una noble edad que contempla el pasado y el futuro con confianza y serenidad, sin torcer el gesto ni perder la paciencia.

Yo le pido desde aquí al maestro Durancamps que continúe pintando como lo ha hecho siempre, pero que no hable de pintura, de la pintura ajena. Porque entonces pierde toda su categoría humana, su elegancia, el añejo poso que acompaña a su éxito; éxito que no le abandona nunca.

No está bien su egoísmo. Tras él vienen otros pintores que luchan por mantener viva una tradición, que sienten la necesidad de expresarse, de inventar la realidad una vez más. Y sus palabras, sus airadas palabras, no sirven más que para ofenderles.

JOSE MIGUEL RODRIGUEZ



De una manera absolutamente consciente, José Miguel Rodríguez ha elegido su camino, su sendero, dentro de la innumerable posibilidad que le ofrecía la pintura.

Dentro de lo pasado de moda, de lo cursi, existen cualidades. La belleza resplandece siempre en las cosas de los hombres cuando éstos las hacen con buena ley. Y los ojos se nos paran en las cosas viejas, anticuadas, aunque no hayan adquirido carta—pasaporte más bien—de naturaleza para nuestro tiempo.

José Miguel Rodríguez pinta cursi. No pinta torpemente, no pinta por afición; pinta porque le gusta, y, desde luego, pinta en cursi.

¿Y qué es lo que pasa con su cursilería?

En su exposición de la Sala Neblí, el tema de los óleos y dibujos eran las hadas. A lo largo de 55 trabajos, José Miguel Rodríguez nos cuenta cómo son sus hadas. Y nos lo cuenta con gracia, con cierta profundidad, con indudable imaginación poética.

A través de la maraña inextricable de la composición, de la loca ebriedad de los colores, existe un hilo conductor que nos pone en contacto, queramos o no, con la voluntad de captación que el pintor derrocha. Nadie sonríe con ironía ante estas mujeres, ocupadas en los más inútiles quehaceres. Hacia la mitad de la exposición, el visitante busca el catálogo para enterarse de una manera definitiva de lo que está sucediendo allí.

Y no queda defraudado, porque el niño que todos llevamos dentro se complace en seguir la historia, abigarrada y gayá, que nos cuenta, entre serio y alegre, José Miguel Rodríguez.

El artista elige, normalmente con tino, la parcela de la realidad o de la intimidad en la que va a moverse. Es necesario que esté pertrechado de una panoplia completa de ingenios para ganar y ganarse. José Miguel Rodríguez la tiene, y gana. Gana con su evasión, con su imaginación, nada mágica, por cierto; por lo menos, no mágica en un sentido que bordea lo religioso. José Miguel Rodríguez toca más bien en la puerta, en la trastienda de fábula que todos los seres llevan consigo. Y en esa posibilidad, indudable, que tienen los hombres de tratar con mariposas, pájaros, flores, e incluso con la muerte, para hacerlos suyos, no para dominarlos.

Y este trato encantador, en el sentido más puro de la palabra, se establece entre el contemplador y lo contemplado. Con tino, mesura y deleite, por obra de un artista, un raro artista, que se llama José Miguel Rodríguez.

MANUEL MENDEZ



Manuel Méndez es un hombre lúcido y con sentido del humor. Es también un hombre preocupado, profundamente preocupado, por la pintura. Y alguien cuyo dinamismo personal es evidente.

Su exposición de la Sala del Prado, del Ateneo de Madrid, da fe de todas mis afirmaciones previas.

Su neofigurativismo es incipiente. No está determinado todavía, no lleva una dirección precisa; carece de intención, está formándose aún en la mente y la voluntad del artista.

Todas estas negaciones no cabe tomarlas en un sentido restrictivo. Si se leen con atención, el lector se dará cuenta de que valoran por encima de todo la profunda libertad de Manuel Méndez frente a su obra. En ningún momento Manuel Méndez se siente «llevado» por su trabajo. No sigue una corriente determinada y vi-

gente de nuestro momento. Pacientemente, ahonda en la materia, insinúa el tema: figuras humanas. Busca no un modo de expresión, una técnica que ya posee, sino otra cosa: una síntesis pictórica. Algo que asuma su experiencia, su pensamiento, su palpitación, el todo.

En el fondo, Manuel Méndez es un realista, pero un realista de nuestro tiempo, lo que, traducido, quiere decir un hombre que desea inventar su lenguaje, hacer que salte sobre la materia la palabra usual, pero con un contenido vivo para nosotros, con una entraña nueva, un descubrimiento.

ARTURO BONFANTI

Es importante hablar de este pintor italiano, que podría ser incluido dentro de la época clásica de la pintura abstracta.

Su exposición de la Sala de Santa Catalina, del Ateneo de Madrid, es una amplia y cantante lección de honradez y equilibrio.

Toda la inteligencia y la peculiaridad de su arte estriban en no dejar ningún cabo suelto, ningún hilo al azar.

Bonfanti estudia serenamente el espacio, de acuerdo con la idea inicial que le suscita el formato, y con aplicación artesana sitúa el color y precisa la forma geométrica o geometrizada que centrará su intuición, su quehacer. Este rigor no resta humanidad a su pintura; antes al contrario, le añade viveza, le aporta un interés inmediato.

Bonfanti es un maestro al que Michel Seuphor sólo cita de pasada, llevado, quizá, de una prisa demasiado momentánea en la redacción de su diccionario de pintura abstracta.

OTRAS EXPOSICIONES

● En primer lugar, Picasso. No se puede dejar pasar sin un comentario la exposición que la Galería Blosca ha hecha de sus cerámicas. De cerca comprobamos, una vez más, la verdad de que Picasso es la pintura, es el arte. Estas cerámicas podrían ser griegas, minoicas o de mañana. Son hoy un milagro más de la facundia de un genio.

● Adolfo Estrada (Sala Quixote) nos describe un mundo burgués lleno de objetos queridos y bellos, con un acento tierno y velado, con una gran sensibilidad.

● Mari Angeles de la Torre no es una pintora *naif*. Es una mujer que sabe muy bien lo que quiere y lo que es dibujar. Una gran ilustradora en potencia para un determinado tipo de relatos o cuentos. (Sala El Bosco.)

● Oscar Estruga, Alfredo Alcain y Miguel Díaz-Orts nos dan en la Sala Abril su versión de la tarjeta de Navidad. Hay múltiples hallazgos en su trabajo, como corresponde a estos tres mosqueteros, artistas de indudable y acusada personalidad.

● Llanos Gallardo tiene aún que caminar mucho, no sólo por el paisaje manchego, sino por otros paisajes. Su exposición de la Galería Círculo 2 es terriblemente primeriza.

● José María Fibla, que ha expuesto en la Sala Neblí, es un hombre dotado para la pintura. Sólo que, a pesar de su exquisitez, a pesar de su indudable filiación pan-chocossiana, todavía no nos arrastra a su terreno. Claro que es joven y merece nuestra confianza.

● Pic Adrián, el microscópico, el filiforme Pic Adrián, tiene salero. Y eso que sus cuadros son tan poquita cosa como lo es un germen, una bacteria; tan poquita y tan terrible cosa. (Sala del Prado.)

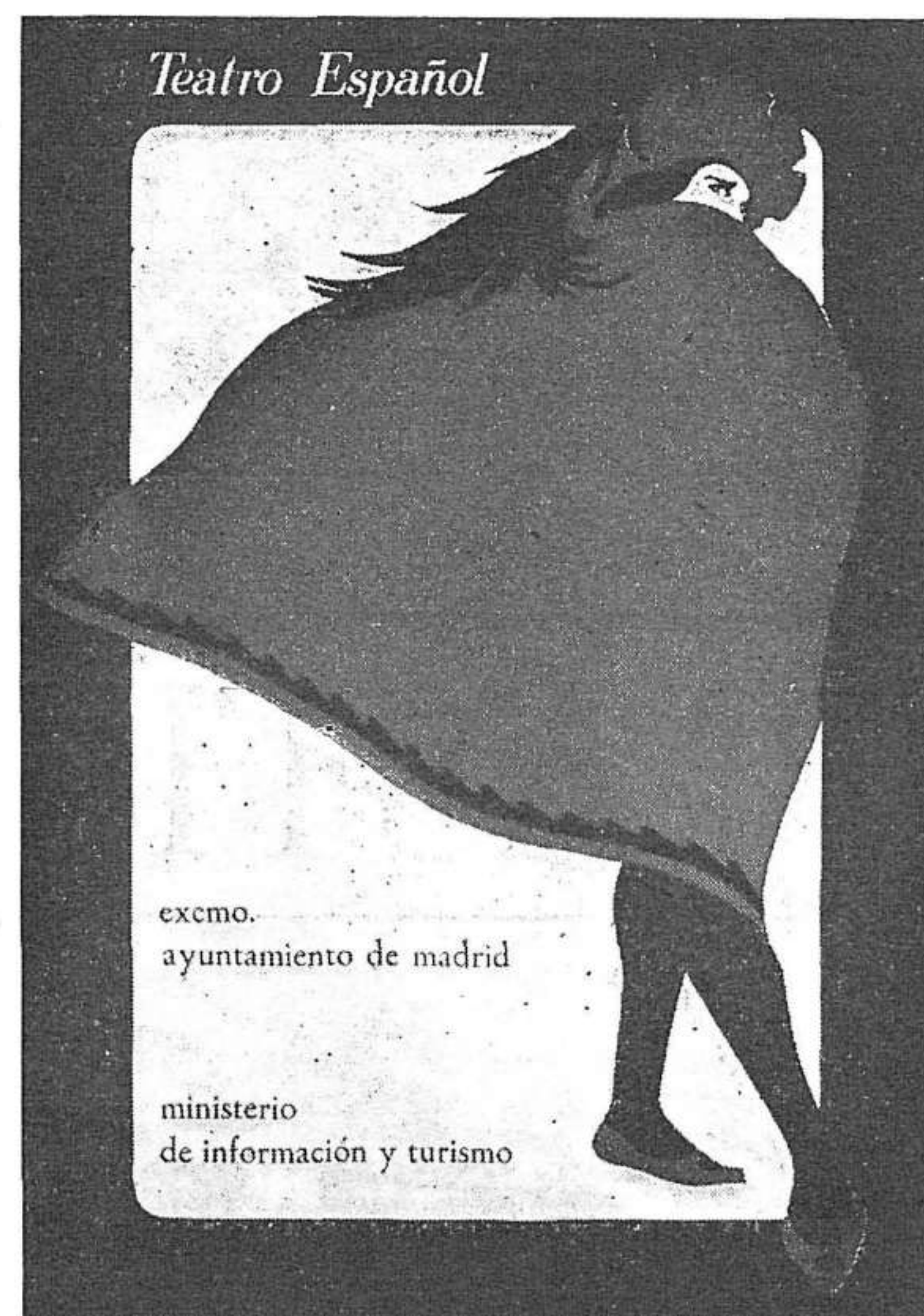
● Con Mingorance no termino de entrar en la pintura. Todo está bien dispuesto, dicho con buenos instrumentos. Pero la historia es añeja, se aleja de nosotros, inevitablemente. (Círculo 2.)

TEATRO

JUAN EMILIO ARAGON

Un don Juan
distinto:

«EL BURLADOR
DE SEVILLA»



Teatro Español

excmo.
ayuntamiento de madrid

ministerio
de información y turismo

LOABLE intento este del teatro Español de representar obras basadas en el mito de Don Juan, diferentes—y en el caso actual, anteriores— a la famosísima de José Zorrilla, hasta ahora representada un año sí y otro también..., no sin causa justificada, sobre todo de cara a la taquilla. Pero el mito es tan complejo, que el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla no lo representa en la totalidad de sus características, y es preciso el conocimiento de otras versiones para que los espectadores tengan al respecto los suficientes elementos de juicio.

Ojalá prospere tal criterio, y en años sucesivos el escenario del teatro Español acoja otras piezas sobre el mito, anteriores y posteriores a Zorrilla, españolas y extranjeras: *La venganza en el sepulcro*, de Alonso de Córdoba; *No hay deuda que no se pague y Convidado de piedra*, de Antonio de Zamora; antecedentes tangenciales, tales como *El rufián dichoso*, de Cervantes, y *La fianza satisfecha*, de Lope de Vega; las aportaciones extranjeras al tema: Molière, Goldoni, Byron, Shaw, Lenormand y otros de menor cuantía, para desembocar en los autores españoles contemporáneos que también han contribuido al mito: Unamuno, Azorín, Pérez de Ayala, los Machado, Marquina y Hernández Catá, los Alvarez Quintero...

Claro está que ninguna de dichas escenificaciones del mito posee las cualidades dramáticas del romántico *Don Juan* de Zorrilla, pero la continuada y anual presentación de todas ellas en un mismo escenario cumpliría una misión divulgadora muy acorde con la finalidad del Teatro Nacional Español.

La obra que ahora se nos ofrece está basada en las dos piezas—o en las dos versiones de una misma obra, según quieren los trata-

distas— que, con distintos títulos, realizó Tirso de Molina. El autor de la versión refundida de *¿Tan largo me lo fiáis?* y *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra* es Alejandro Casona, que puso en tan delicada función toda su sabiduría de la mecánica teatral, como bien se ve en el prólogo añadido al texto de Tirso, escenificando uno de los más remotos precedentes del mito: el romance salmodiado *Pa misa diba un galán*. Lástima que el tono de voz de la actriz encargada de la cantina resultase poco grato y que el romance no llegara en su totalidad al público, por el excesivo son de la panderada coreográfica. Aun con estos reparos, uno y otro subsanables, la inserción del prólogo romancesco hace que el auditorio comprenda desde el primer instante la sima psicológica que distancia las paralelas vidas del Don Juan que va a presenciar y la del de Zorrilla, semejante a la que separa los criterios con que los dos autores concibieron sus tramas: teológico en Tirso y romántico en Zorrilla. La condenación del primero es inevitable, en tanto que el segundo halla una muy conveniente salvación en el amor que por Doña Inés siente. (En realidad, la contrafigura del Don Juan romántico pudiera ser una de las mujeres burladas en el drama de Tirso, la orgullosa pescadora Tisbea, como bien se prueba cuando la oímos decir: «Yo soy la que hacía siempre / de los hombres burla tanta; / que siempre las que hacen burla, / vienen a quedar burladas.»)

Casona ha tenido el buen gusto de concluir su versión con la muerte del burlador, suprimiendo el «parche» final de Tirso de Molina, tan inverosímil y casamentero. Suprime también algunos parlamentos de indudable belleza literaria en el original, quizá por apremios de tiempo.

El montaje de Miguel Narros es irregular, pero ambicioso. Incluso cuando se equivoca, es justo reconocerle un decidido propósito de originalidad y una visible voluntad innovadora. No todos estarán de acuerdo con los matices burlescos que emplea en la dicción de algunos personajes, que, al contrastar con la naturalidad de los restantes, va en detri-

mento de la unidad de estilo de la obra, pero no lo hace al buen tuntún, sino deliberadamente y con su porqué. De sus colaboradores, ocupa un primerísimo plano Francisco Nieva, autor de figurines y decorados; como figurinista, irreprochable; en cuanto a decorador, un tantico barroco e imaginativo. El reparo es por exceso y no por defecto; mas parece oportuno este toque de atención, cuando las demasías escenográficas postergan más de la cuenta a la misma esencia del teatro: la acción dramática. Bien las ilustraciones musicales de Bernaola, si admitimos como lógico el hecho de que se asemejen demasiado a otras ilustraciones sonoras del mismo Bernaola para obras de muy distinta concepción.

De la interpretación, quiero referirme a cuatro nombres: José Luis Pellicena, por su lucha denodada en la corporeización del protagonista; Agustín González, en Catalinón, el más regular de todos, eficazísimo actor; Lola Cardona, que da brío al más extenso de los personajes femeninos, Tisbea, pese a haber tenido que aprenderse el papel en lucha contra el reloj y con poquitos ensayos, tras la deserción de otra actriz inicialmente designada para incorporarlo, y Carlos Lemos, que da una lección de humildad y de disciplina profesional aceptando un cometido relativamente secundario y sirviéndolo con sus mejores dotes artísticas.

«CAROLINE SE HA PERDIDO», ¿Comedia insustancial?

DE sobra sé que una respuesta negativa al interrogante contenido en el título escandalizará a los muchos que utilizan o entienden el teatro exclusivamente como arma política, como medio de comunicación, desde el que es posible intentar que

nuestra sociedad se desprenda de toda suerte de lacras, individuales y colectivas, sin tener para nada en cuenta la condición artística del arte dramático. Pero «no he de callar, por más que con el dedo...» me motejen de reaccionario y lindezas similares los empecinados del hasta hace poco llamado «teatro social». Y digo hasta hace poco, porque parece ser que alguno de sus más calificados defensores ha dicho que lo de «social» ya no tenía vigencia, debiendo ser sustituido por «épico». Por ahora, nadie ha propugnado la sustitución del sustantivo *teatro*. Es un consuelo...

A mi leal entender, la comedia de André Haguet y Jean Valmy que, en versión española de José Osuna, se ha estrenado en el Infanta Isabel madrileño suscita un problema de tanta trascendencia como es el conflicto de dos generaciones dentro del ámbito familiar, y el hecho de que no lo haga airada o agresivamente, la circunstancia de que los autores hayan elegido la fórmula de una comedia de enredo, en modo alguno restan capacidad de denuncia a la trama. Entre más bromas que veras—porque la almendra amarga de la cuestión se ofrece edulcorada con una capa de situaciones hilarantes y frases ingeniosas—, Haguet y Valmy lanzan su acusación, implícita en el desarrollo de toda la trama y también explícita en el diálogo, contra unos padres de la alta burguesía francesa que, por excesiva dedicación al trabajo o por desmesurada frivolidad, han descuidado totalmente la formación de sus hijos y éstos se les aparecen—ya en la adolescencia—como unos desconocidos, capaces de pensar y actuar independientemente.

Ya, ya sé. Haguet y Valmy son autores menores y su comedia no pasará a la historia del teatro. Pero eso ocurre con el 999 por 1.000 de todas las que se estrenan: no es para rasgarse las vestiduras o apelar al sentido de la responsabilidad de los profesionales. El denominado «teatro de consumo» también es necesario, que lo de «instruir deleitando» no es ninguna tontería ni se ha inventado ayer.

Caroline se ha perdido es una comedia perfectamente construida, con hábil dosificación

AL PAÑO

LOPE DE VEGA Y NAPOLES

El hispanista italiano Giuseppe Carlo Rossi nos envía, en separata, su estudio titulado *Paseando por Nápoles con Lope de Vega*, que publicó «Cuadernos Hispanoamericanos». Alude en tal trabajo Rossi a las diez comedias de Lope de Vega cuya acción se desarrolla parcialmente en Nápoles, si bien centra su atención más detenidamente en el examen de *El perro del hortelano*, *La inocente Laura* y *Dineros* son calidad. Mediante las tramas de dichas piezas y guiado por «la energía infatigable y la mirada variadísima de Lope», el hispanista italiano realiza un «vagabundo casual y episódico a través de Nápoles», ciudad que supuso para nuestro autor, además, el amor con la actriz Lucía de Salcedo, la amistad con el duque de Osuna y una más estrecha relación con los poetas italianos de aquel tiempo.

TERTULIAS TEATRALES

Las vacaciones de Navidad y Año Nuevo han señalado también un paréntesis en las Tertulias Teatrales que los sábados por la tarde venían celebrándose en el Beatriz, con tal éxito de asistencia que el teatro madrileño comienza a resultar insuficiente. Quiero aprovechar tal pausa para un somero examen de los aspectos positivos

y negativos derivados de unas tertulias que están adquiriendo, cada vez, más carácter multitudinario.

Hay en ellas una faceta resueltamente positiva: el interés que por los varios problemas del teatro ha promovido en los jóvenes y en los que ya no lo somos tanto; o, si se quiere, la canalización vivificadora de un interés que se hallaba disperso, desnortado o carente de posibilidades expresivas. Resulta alentador el mero hecho de que los sábados, a las cuatro y media de la tarde, unos cuantos centenares de madrileños se reúnan para dialogar sobre el teatro.

Ahora bien, ocurre que la pasión puesta en las intervenciones resta conocimiento con más frecuencia de la deseable. Así, la tertulia convocada para dialogar sobre la situación del actor en España, hubo de verse convertida en algo parecido a un juicio popular, en el que de manera inmisericorde fueron puestos en la picota los actores—cuando justamente se trataba de buscar soluciones a sus problemas—. En general, los coloquios han ido derivando de la cuestión propuesta a otras marginales y accesorias, sin que puedan evitarlo las oportunas mediaciones de Víctor Aúz. Se me ocurre la conveniencia de que, en lo futuro, los profesionales que intervienen en la tertulia desde el escenario lleven bien meditadas—e incluso escritas en un folio—algunas ideas que vengan a cen-

trar de manera inequívoca y en sus varios aspectos la cuestión a dilucidar. Y sólo tras la intervención de todos ellos, podrían pedir puntualizaciones o aclaración de conceptos los asistentes a la tertulia. De este modo, la tertulia transcurriría sin escapadas a los cerros de Ubeda, y los asistentes se habrán quedado sin esa opción—de la que tanto abuso han hecho algunos—a pregonar en dilatada arenga «su caso»... aun cuando nada tenga que ver con el tema propuesto en la convocatoria.

Es una lástima que tertulias con tan nutrida concurrencia se empleen en disquisiciones accesorias o en el planteamiento de problemas que no afectan al teatro en su totalidad, sino a tal o cual persona, y acaso circunstancialmente.

UNIVERSIDAD Y TEATRO

Cualquier tentativa de aproximación entre la Universidad y el teatro ha de ser bienquista. Alegra constatar las actividades teatrales de diversos grupos estudiantiles en provincias. Las últimas de que tengo noticias son:

Teatro Universitario de Sevilla. Ha representado *El Arenal de Sevilla*, de Lope de Vega, y *Vida y muerte severina*, de Joao Cabral, en traducción de Angel Crespo y Gabino-Alejandro Carriedo. Dirige este grupo Joaquín Ar-

bide. Esta es su octava temporada ininterrumpida, y el TEU de Sevilla ha montado en las siete precedentes obras de autores de vanguardia y de noveles, de clásicos y de contemporáneos, tales como Ionesco, Arrabal, Max Frisch, Averchenko, López Mozo, Pérez Casaux, Rellán, Jiménez Romero, Cervantes, Shakespeare, Camus, Alfonso Sastre, Brecht, Muñoz, Cocteau, Dürrenmatt, etc.

Teatro Experimental del Colegio Mayor Guadaira, de Sevilla. El pasado 3 de diciembre leyó el primer drama estrenado por Alfonso Sastre, *Escuadra hacia la muerte*, en dirección de Francisco Braza.

Grupo de Teatro Arlequín, de la OJE de Murcia. Esta agrupación, que dirige José Molina, ha conmemorado el 350 aniversario de la muerte de Cervantes, escenificando dos de sus entremeses: *Retablo de las maravillas* y *La cueva de Salamanca*, en dirección escénica de César Oliva.

Agrupación de Cámara y Ensayo de la Universidad de Navarra. José Montañez Moliner, director del citado grupo, ha ensayado la considerable experiencia de presentar *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, de García Lorca, en un montaje épico. Realmente difícil esto de dotar de distanciamiento a un poema tan sensorial como el de Lorca...

de los efectos—aunque resulte un tanto expeditiva la doble argucia de que los autores se sirven para obligar a que desistan de conseguir la mano de Caroline los dos aspirantes que sobran—, y viene aderezada con frases de auténtico ingenio, que casi siempre son dichas por el personaje que encarna, con su habitual maestría cómica, Mari Carmen Prendes.

La versión de José Osuna, muy inteligente y con las pertinentes aportaciones personales; en alguna que otra oportunidad incurre en traslaciones demasiado literales, como la de «voto» donde un buen castellano debería figurar «promesa».

Dirigida por Arturo Serrano, la comedia produce continuadas risas..., y quizá materia para reflexionar después, a la salida del teatro. No debo ni quiero ocultar que el argumento está entramado con materiales de derribo y figuran en él personajes tan estereotipados como el noble arruinado, el sabio distraído, su mujer frívola y grafómana y la criada venida del extranjero a servir en París—que en el texto original era española (aragonesa, para más señas) y en la versión de Osuna ha resultado ser italiana—, pero también figuran los jóvenes «nueva ola», que desparraman por la escena autenticidad y esperanza, desde la voluntariosa Caroline al enamorado Olivier. En la escala valorativa de los jóvenes, la sinceridad de los sentimientos «manda» más que prejuicios y conveniencias de todo tipo.

En el cuadro interpretativo secundan a Mari Carmen Prendes, encomiablemente, Paco Muñoz—sobrio en un personaje propicio a la caricatura—, Marta Puig—guapa, muy en tipo— y Juan Diego.

«REQUIEM POR UN GIRASOL».

Drama onomatopéyico

EL teatro de Jorge Díaz no admite encajamiento alguno. El autor chileno, hijo de padres españoles, ha logrado un estilo propio. Un estilo en el que los eruditos a la violeta encontrarán vestigios de Ionesco y de Beckett, acaso de Adamov... como podrían hallarlos de Maeterlinck, de Arniches o de Buero Vallejo. Es natural. Jorge Díaz

habrá leído a todos los autores citados para, de cada uno de ellos, extraer aquellos aspectos con los que se siente más identificado. La resultante es un teatro que no se parece a ningún otro, que obedece, simplemente, a la manera de Jorge Díaz. Su innato talento dramático otorga perfiles personalísimos a cuanto hace.

La voluntad de expresar todo cuanto necesita de forma diferente y nueva hace que algunas de sus piezas—como ésta que en el Infanta Beatriz representa el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo—se resientan de confusiónismo argumental; incluso nada tendría de extraño que el propio Díaz haya querido producir tal sensación en los sorprendidos espectadores. Se necesita una gran personalidad dramática para dialogar una acción con diálogos inconexos—en algún momento, mediante simples sonidos onomatopéyicos—sin que el resultado sea el teatro del absurdo. Y Jorge Díaz lo consigue casi siempre.

No obstante el confusiónismo a que líneas arriba me he referido, queda claro que Réquiem por un girasol enfrenta dos estadios contrapuestos de la humanidad. Y el espectador menos avisado advierte desde las primeras escenas qué personajes pertenecen a cada uno de ellos. A símbolos oscuros y situaciones equívocas, capaces de producir un momentáneo desconcierto en el público, siguen escenas y hallazgos que clarifican todo lo anterior. El mero hecho de que el segundo Manuel sea interpretado por el mismo actor que corporeiza al Manuel fallecido en la primera parte, basta para dar sentido a toda la trama: desde que se reanuda la acción, después del descanso, los espectadores advierten la tesis, sólo intuída antes, de la obra; la estirpe de los resignados Manueles—y lo mismo ocurriría con la de los malifluros Linfas—, continúa de una a otra generación; la muerte es un accidente que cambia a las personas, pero no al sistema.

Ya se ve lo lejos que se encuentra una obra así del teatro de Beckett, en el que al principio veíamos un directo antecedente. Por su simbología, Jorge Díaz puede igualmente equipararse a Maeterlinck. Y por su hondura temática, por una especie de profundización de lo cotidiano, a Buero Vallejo, en tanto que dialécticamente se produce como un Arniches puesto al día.

La incoherencia lingüística utilizada en ocasiones por los personajes de Jorge Díaz, paradójicamente, contribuyen a definirlos mejor y hace que el espectador cale en el estado de ánimo de la criatura escénica que así se

expresa. Para decirlo castizamente: «se les entiende todo». Y es que hay autenticidad en ellos, y la serie de sonidos más o menos inconexos que pronuncian están del todo acordes con la situación por la que atraviesan.

Además de Réquiem por un girasol, conozco otra pieza de Jorge Díaz—El velero en la botella—. El análisis conjunto de ambas obras conduce a la conclusión de que nos hallamos ante un autor sin escuela ni técnica estilística. Realiza sus obras a manera de respuesta intuitiva ante problemas del tiempo que le ha correspondido vivir. De ahí la heterogeneidad de elementos que utiliza. No es Jorge Díaz, en modo alguno, un autor fácil; pero tampoco un mimético dado a adornarse con plumas ajenas. Tiene algo importante que decir, y acabará encontrando el modo más eficaz y directo de comunicarse, en cuanto logre serenarse algo más.

Obras como ésta justifican la ejecutoria del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo: es, indudablemente, una experiencia de interés.



MUSICA

CARLOS-JOSE COSTAS

Saldo del trimestre:

LOS COROS DE RADIO TELEVISION ESPAÑOLA

DE los sectores que forman el complejo de la actividad musical se habla y se escribe siempre de las orquestas, sinfónicas y de cámara; de las agrupaciones de cámara, quintetos, cuartetos, etc.; de la ópera, música y teatro, y, por último, de los coros. Y decimos «por último», porque cualquiera de los otros componentes se comenta

con un mayor sentido de urgencia o de compromiso de prestigio. Tal vez sea esta la causa de que, en un resumen de la primera fase de la temporada, veamos en las actuaciones del Coro de la Radio Televisión Española la aportación de mayor interés entre las nacionales.

Primero su creación, y después la idea de utilizarlo como columna

vertebral de la programación, ha supuesto un detalle de originalidad dentro del eterno panorama de los repertorios, y un puntal clave de ese compromiso de prestigio.

Las obras ya interpretadas y los títulos que se anuncian no recorren el manido camino de las oportunidades: Las Novenas, los Mesias, etc. Por otra parte, con un

criterio de equilibrio, parece haberse planeado una tarea a completar a largo plazo. Por eso, lo seleccionado va cubriendo ángulos sin pretender ser exhaustivo de una primera línea. Lo que no significa, en absoluto, que falte interés por alguna de las obras.

La calidad se logra en el trabajo continuado. Un ejemplo reciente lo tenemos en la misma Orquesta. La calidad, el ajuste, se han ido consiguiendo a través de los propios conciertos y de los ensayos que éstos implican. El Coro no es una excepción. Paso a paso, Alberto Blancafort ha consolidado las secciones, y es fácil advertir, con momentos más felices que otros, la curva del progreso. El triunfo le corresponde, y, con él, el que haya quedado cubierto uno de los vacíos del cada día más importante mundo musical español.

El estreno del Salmo, de Oscar Esplá, nos hace pensar que, como en la ópera, el repertorio español para coros y orquesta es muy escaso. No es de extrañar si tenemos en cuenta las mínimas posibilidades de estreno que encuentran o, mejor, encontraban los compositores. Y lo más sorprendente es que el vacío anterior se producía en medio de una abundancia en número y calidad de conjuntos regionales.

Para cerrar su primera etapa de la temporada, y con ella el año, Orquesta y Coros de la Radio Televisión ofrecieron el oratorio Sansón, de Haendel. Desde nuestro punto de vista, la elección de este título tiene varios significados. Uno, quizá el principal, el de novedad. Por esa insistencia en determinadas obras, la novedad representa frente a los programas uno de los detalles más de agradecer. Otro, implícito, el que fuera de Haendel y no precisamente el consabido Mesías, cuya belleza no justifica la exclusiva. Y aún otro, el interés intrínseco del oratorio. Era, además, dura prueba para los dos grupos participantes—Markévitch, a cargo de uno; Blancafort



del otro—, en la que tuvieron ocasión de mostrar la estabilidad y la cohesión logradas; mucho más importantes que algún pequeño detalle transitorio.

De todas las obras corales ya ofrecidas, no hay duda de que la interpretación más afortunada fué la de Alexander Nevsky, de Prokofiev. Desde el plano de la calidad musical, el primer puesto le corresponde al Sansón tan desconocido.

Entre las programadas para la segunda fase de la temporada nos

llama la atención Carmina Burana, de Carl Orff, que, al margen de las posturas de admiración o repulsa que despierta, encierra un interés extraordinario. De la trilogía que completan Catulli Carmina y El triunfo Afrodita, preferimos personalmente la segunda citada, pero es lógico que se vayan presentando por orden cronológico y que adquieran una difusión de concierto después del uso que se ha hecho de las tres como «músicas de fondo».

El Coro de la Radio Televisión ha sido el gran regalo de la temporada y era justo que se le dedicara un comentario en el que fuera protagonista. En el criterio ya expuesto de resaltar principalmente lo que pueda tener fuerza de carácter, le corresponde ese papel. Mientras llega la ópera, se van cubriendo etapas, y el florecer ya celebrado de nuestro panorama musical anima a pensar que la solución de los puntos todavía no considerados es sólo cosa de un poco de tiempo.

ENTRE AYER Y MAÑANA

Debido a la pausa entre los dos años, algunos comentarios llegarán con retraso, pero no es posible abandonarlos. Más vale tarde que nunca. Su interés está por encima de la actualidad.

Uno de ellos corresponde al primer concierto de la temporada del grupo «Alea», con la colaboración de los institutos Alemán y Francés y el concurso de «Cantar y Tañer».

Anton Webern, Ferruccio Busoni y Alban Berg no son nombres que veamos con frecuencia en los programas como para poder demorar la referencia a la próxima ocasión. Nadie sabe cuándo será esa próxima ocasión.

El Concierto para nueve instrumentos, de Webern, es otro ejemplo de la sinceridad de su autor y, sobre todo, un testimonio de su vigencia. Otro tanto se puede decir del Concierto de cámara, de Alban Berg, compuesto en 1925,

y que era un «primera vez» en España. La escuela de Viena, aún atacada por muchos y rebasada por otros, tiene demasiada importancia para que continúe siendo un «raro» en nuestro panorama musical diario. Estos «estrenos en España» van a un ritmo terriblemente lento. De aquí que todo lo que rebasa parezca desdibujado en la línea del horizonte, mucho más allá de la visión normal sin gemelos de campaña.

Hacer crítica de estas obras está fuera de lugar. Ya son, ya están desde hace muchos años para que se pueda añadir una sola coma a lo dicho. Nos limitamos a hacer constar que nos gustaron, que nos interesaron, sobre todo la de Alban Berg, cuyo «adagio» tiene un extraordinario contenido.

Busoni no estaba representado con sus títulos más afortunados. La interpretación, por otra parte, fué un tanto

irregular. Para compensarla, Max Deutsch, al frente del Conjunto de los Grandes Conciertos de la Sorbona, dió lo que un director de calidad, enamorado de unas partituras, puede llegar a ofrecer.

La segunda referencia, tan sólo un poco más reciente, se debe al estreno de Sinfonías para instrumentos de viento, de Luis de Pablo. El encargo de Radio Nacional de España llegó a través de los instrumentistas de viento de la Orquesta de la Radio Televisión, dirigidos por Enrique García Asensio.

La reacción del público estuvo lejos de ser apasionada. En honor a la verdad importa reseñarlo, aunque creamos que, una vez más, se repite el problema ante una obra contemporánea. El tema no es nuevo, como no lo es la reacción. Tampoco puede sorprender a nadie, incluido el compositor, ni nos seguirá sorprendiendo en un futuro próximo (?). Lo más impor-

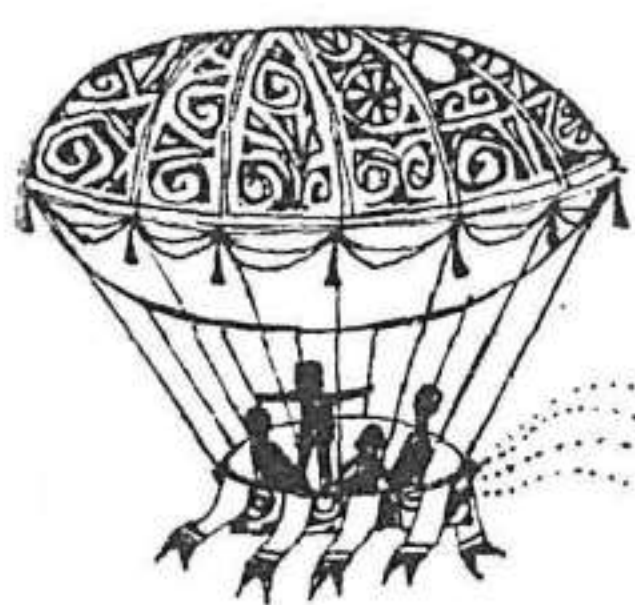
tante puede que sea que esa falta de interés no está en relación directa o inversa con el valor y la calidad del estreno, que no supone, por tanto, una repulsa o una actitud fría ante «esta» obra, sino que forma parte de una posición general ante cualquier estreno desde la dodecafonía hacia adelante. Es, simplemente, una falta de elementos de juicio.

El comentario de si es «bonita» o es «fea», escuchado repetidas veces durante el descanso, es la mejor prueba de esa carencia de términos de comparación, esenciales al hombre. Por eso, la falta de apasionamiento no significa en estos casos una auténtica opinión. Es solamente una postura.

Las Sinfonías fueron encontrando más calor en la interpretación—esto es indudable—a partir del número II. Tienen ingenio, imaginación, una gracia expresiva que no se fundamenta en los valores

tradicionales, que es importante escuchar con otros oídos. El error, a nuestro parecer, está en seguir buscando los «temas» que no se van a encontrar, o las repeticiones. Es una música que se da en el tiempo y se va marchando con él, que está en movimiento constante y distinto, y que, en suma, apoya sus valores en conceptos sin relación alguna con los del pasado. En los números II y III, en especial en este último, la imaginación es más rica, la belleza de los contrastes más acusada.

El problema de su valoración es grave. Desgraciadamente aún falta mucho para que una mayoría supere la sorpresa. Pero llegará, como con tanta frecuencia nos vemos precisados a comentar ante sorpresa que ha dejado de serlo. El hecho de que se estrenara y que, además, fuera un encargo, ya parece un buen tramo del camino que falta por recorrer.



vueltecilla al mundo en 14 días

RODOLFO AREVALO

FESTIVAL CINEMATOGRAFICO DE LA RESISTENCIA EN CUNEO

Acaba de inaugurarse en la ciudad italiana de Cuneo el IV Festival Internacional de Cine, sobre la Resistencia. Dado el movimiento ideológico y político creado alrededor de la Resistencia en Italia, el festival tiene un sentido marcadamente comunista. Como se sabe, el movimiento de resistencia, en el que participaron activamente los afiliados a dicho partido, fué uno de los elementos de fuerza que les permitieron insertarse en el régimen político de la posguerra. Los organizadores han dado a este festival una mayor actualidad, no limitándose a presentar películas referentes únicamente a la lucha antifascista sino a los problemas típicos de la

sociedad, originada por la mencionada lucha hasta nuestros días.

A este festival, como es lógico por todo lo dicho anteriormente, asistirán Checoslovaquia, Yugoslavia, Unión Soviética, Polonia y Cuba. Se proyectarán igualmente dos películas francesas, entre las cuales figura *La Guerre est finie*, de Alain Resnais, película que fué retirada en el último Festival de Cannes.

VALLE-INCLAN EN LA UNIVERSIDAD DE SYRACUSE

Con motivo del centenario del gran escritor español Valle-Inclán, varias universidades extranjeras están organizando actos académicos de gran

interés sobre su vida y su obra. Especialmente invitado por la Universidad de Syracuse, a través de su Departamento de Lenguas Románicas, pronunciará una conferencia el profesor doctor Germán Bleiberg, director de Estudios para Post-Graduados, de Estudios Hispánicos de la Universidad de Massachusetts. El profesor Bleiberg ha titulado su conferencia *Introducción a Valle-Inclán*.

Igualmente se dará una audición en cinta magnetofónica de *Divinas palabras*, con el concurso de la Embajada de España en Washington, que ha prestado dicha cinta.

Este es uno de los resultados de la difusión de material cultural a todas las embajadas de España, organizado por la Dirección General de Relaciones Culturales con motivo de los centenarios del corriente año.

«LA VERBENA DE LA PALOMA» EN MANILA

La productora cinematográfica Suevia Films ha cedido una copia de la película *La verbena de la Paloma* a la Embajada de España en Manila para que sea presentada en una sesión de gala patrocinada por dicha representación en la capital filipina. El acto se realizará el día 14 de los corrientes, con asistencia de representantes de la sociedad filipina. Con ese motivo la Embajada de España ofrecerá una recepción a los asistentes, y el embajador señor Pérez del Arco presentará la película centrándola en su ambiente madrileño de fines del siglo XIX. La prensa filipina ha recogido esta noticia con gran interés, lo que contribuirá al gran éxito cultural de este acto.

PRODUCCION INTELLECTUAL BELGA, FRANCESA E INGLESA EN 1965

Según datos estadísticos publicados el mes de abril del corriente año por el *Boletín de la Biblioteca Real*, de Bélgica, se puede hacer un estudio analítico, aunque naturalmente incompleto, de ciertas tendencias de la producción intelectual belga, francesa e inglesa del pasado año. La cantidad de libros publicados en conjunto por Bélgica es, por razones obvias, inferior a las cifras que se citan para Francia e Inglaterra, pero sí resulta muy instructivo ver cómo esta última supera en unos cinco mil títulos a la francesa. Figuran en primer lugar, por la cantidad, los libros de literatura, por este orden: 7.791 Inglaterra, 6.653 Francia y 1.062 Bélgica. Por el mismo orden reseñamos las siguientes materias, ateniéndonos a la mayor cantidad de libros publicados, pues la proporción se mantiene siempre constante: Ciencias Aplicadas, 4.152, 3.957 y 491; Ciencias Sociales, 3.640, 2.682 y 454; Historia, Geografía y Biografías, 2.554, 1.635 y 368; Ciencias Puras, 2.350, 2.265 y 346; Obras Generales, 2.148, 308 y 142; Arte y Juegos, 1.636, 1.107 y 278; Religión, 1.227, 1.103 y 286; Filosofía, 568, 674 y 117, y Filología y Lingüística, 292, 967 y 257. Un estudio detenido de este cuadro, aunque de forma relativa, podría llevar a conclusiones muy interesantes.

FRANCIA: PROYECTO DE UN LIBRO BLANCO DE LA JUVENTUD

El señor François Missofe ha dado a conocer por televisión el expediente-encuesta para un futuro libro blanco de la juventud. Este libro, en palabras del ministro, desea atraer la atención de los jóvenes, de los padres y de los educadores para hacerles ver la necesidad de reunirse y redactar sus ideas y conclusiones, pues, sigue diciendo el ministro, en una tarea colectiva de este tipo es imprescindible conocer la opinión de la mayoría y no dejar su estudio y redacción a una sola persona. Las preguntas que se someten a juicio de las personas citadas han sido seleccionadas de forma bastante general para poder dar una mayor amplitud al ámbito de las contestaciones. Lo fundamental es tratar el conjunto del problema que plantea la creación de una política dirigida a la juventud, o bien, si así se estima, tratar de algunos aspectos particulares de la misma. A título de ejemplo reseñamos a continuación algunas de las preguntas:

¿Qué lugar deben ocupar en el sistema de enseñanza las actividades físicas y deportivas?

¿Qué formas de diversiones individuales o colectivas se prefieren?

¿Qué piensa usted de las instalaciones deportivas o socioculturales? ¿Se interesan los jóvenes por ellas? ¿Cuáles son sus peligros? ¿Qué mejoras se podrían introducir?

¿Desearía usted alguna otra forma de diversión para los jóvenes? ¿Cuáles y por qué?

¿Cree usted que los jóvenes deben participar en la vida de la provincia y de la región? ¿De qué manera?

¿Sobre qué materias cree usted que debe informarse a la juventud?

El esfuerzo que ese proyecto francés revela demuestra la importancia cada vez creciente que los problemas de la juventud suscitan en los medios responsables gubernativos.

EDUCACION FEMENINA EN EL MUNDO

Un reciente informe de la UNESCO, basado en contestaciones de ciento veinticuatro países, revela que el problema de la escolarización secundaria y de la formación profesional de las jóvenes no es nada satisfactorio.

El estudio subraya que en la mayor parte de los casos los obstáculos que se oponen al acceso de las jóvenes a la enseñanza secundaria son de tipo socio-culturales y económicos. Perduran todavía muchos prejuicios como el de «la mujer en el hogar» y la desconfianza con la que en muchos países se ve a la mujer trabajar y desempeñar un papel en la vida económica del país.

Diez países informan que ni los padres ni la sociedad comprenden qué interés puede tener para las jóvenes la enseñanza secundaria. Otro problema planteado es el de que los estudios cuestan mucho: aparte de atender a las necesidades normales de los hijos, están los gastos de escolaridad y lo que dejan de ganar esas jóvenes. En el caso de los hijos, las familias soportan mejor este sacrificio, pues, a la larga, se considera rentable. Las mujeres, sin embargo, encuentran difícilmente salida.

De todo ello se deduce la necesidad de adaptar los programas escolares a la evolución de la condición de la mujer, que se va observando en todo el mundo.

Únicamente dieciséis países presentan medidas tomadas para mejorar la educación de las jóvenes.

En lo que se refiere a la formación profesional sigue pesando mucho la atribución a los hombres de determinados oficios, en detrimento de las mujeres. Para éstas se citan especialmente la enseñanza primaria, las profesiones para-médicas, la asistencia social, la cocina, las labores y en último término la taquígrafía y mecanografía y las empleadas de oficina.

Se echa de menos un número suficiente de escuelas técnicas, dedicadas exclusivamente a las mujeres, y en algunos países estos establecimientos están mal enfocados, pues imparten una enseñanza que no corresponde ya a las necesidades actuales.

EL PROBLEMA DE LAS ENFERMERAS EN EUROPA

En toda Europa viene observándose un creciente desinterés por la carrera de enfermera. Según la Oficina Internacional de Trabajo, el número óptimo de enfermeras sería de 33,2 por 10.000 habitantes. La realidad es que Europa está muy lejos de llegar a esta cifra. Este número asciende en Francia a 10, en Holanda a 14, en Alemania a 26, en Suiza a 16, en Noruega a 28 y en Dinamarca a 32. La falta se nota especialmente en las regiones rurales y en los hospitales psiquiátricos. Algunas enfermeras, además, abandonan muy pronto la profesión, pues les resulta muy difícil hacer compatible el horario de trabajo con su vida familiar.

Pero hay otras razones más graves: Condiciones de trabajo poco satisfactorias; pocas posibilidades de ascenso; desorganización de la vida privada, y descontento por la organización y los métodos de trabajo. La dura realidad del trabajo de la enfermera desilusiona rápidamente a muchas de ellas.

Este problema ha suscitado una viva inquietud en los medios políticos y médicos, siendo la causa del presente informe. Se ha recomendado al Comité de Ministros someta estos problemas a técnicos que estudien los medios que puedan remediar tal situación.

OTRAS NOTICIAS

La revista *Unisa*, Anuario de la Universidad de Africa del Sur, publica un interesante artículo del Lector de Español del Departamento de Lenguas Románicas, con el título de *El legado español en Suramérica*, donde se hace un estudio muy positivo de la labor de España en dicho continente. || La Editorial «Selecciones del Reader's Digest», de Italia, ofrece, como incentivo a los lectores, para que se suscriban a la obra *Tutta la seconda Guerra Mondiale*, seis espléndidas reproducciones de la famosa serie de grabados *Los desastres de la guerra*, de Francisco de Goya. || La revista *Gallia-Hispania*, editada por la Asociación de Estudios Hispánicos de Périgueux, en su último número, dedica un estudio a don José Zorrilla y un artículo sobre los jardines de España, donde se citan el de la Huerta del Cura, de Elche; el de la Alfabia, de Buñolas; el de la Ciudadela, de Barcelona; el de la Dehesa, de Gerona; los de la Alhambra, Generalife y Mártires, de Granada; el de la Concepción, de La Coruña; el de Padrón, y de Madrid, aparte de otras ciudades, la Alameda de Osuna, el Campo del Moro, la Casa de Campo, la Estufa de la Ciudad Universitaria, el Jardín de la Princesa, el Botánico, el Retiro, la Quinta del Berro y otros más en Aranjuez, Cadalso de los Vidrios, El Escorial y El Pardo.

ALMERIA

EXPOSICIONES.—En la Casa de la Cultura «Francisco Villaespesa», y con motivo del XX aniversario de la fundación de la UNESCO, se ha celebrado una exposición bibliográfica de la mencionada organización, en la que se han exhibido las publicaciones periódicas, como son el boletín de la UNESCO, para las bibliotecas; *Impacto*, revista de gran alcance científico; la *Revista analítica de educación*, y la más popular de todas, *El Correo*, una ventana abierta sobre el mundo, así como otras que resaltan la labor realizada en estos veinte años por la importantísima organización mundial.

En la sala de exposiciones de la Biblioteca «Villaespesa» tuvo lugar la exhibición de óleos del pintor cordobés Francisco Ariza Arcas, catedrático de Dibujo del Instituto de Enseñanza Media de Lorca. Figuran en la exhibición 18 cuadros de una pintura allegada a la tendencia «especialismo», con motivaciones de peces de gran intensidad de colores y un fino trazado que hacen de las obras un auténtico encuadre de las figuras y un profundo sentido estético, buscando siempre un motivo de decoración. Es Ariza Arcas un magnífico dibujante, de gran personalidad y ágil paleta, que da consolidación a sus obras, con perspectivas sorprendentes, equilibradas masas y una estimable armonía de colores. Su exposición fue muy bien acogida en Almería, cuna de grandes artistas y fuente de donde manan finas tendencias pictóricas por la luminosidad y la belleza de nuestro paisaje, motivos siempre recogidos por pinceles de todo el mundo.

REPRESENTACIONES TEATRALES.—El día 3 representó el cuadro artístico de Educación y Descanso de Almería la inmortal obra de Zorrilla *Don Juan Tenorio*. Una vez más podemos felicitar a este conjunto de artistas almerienses, en su mayoría jóvenes, que han logrado formar un auténtico cuadro conjuntado. En una obra tan difícil por la declamación y la mímica no ha restado nada para que desde aquí podamos felicitar con toda honradez la logradísima representación y puesta en escena, en nuestro teatro Apolo de la inmortal figura de Don Juan.

ESTAFETA BREVE DE LAS PROVINCIAS



CONCIERTOS. — En la sala de conciertos de la Casa de la Cultura «Francisco Villaespesa» tuvo lugar un concierto de violín y piano a cargo de los maestros almerienses Cuadra y Barco. No vamos a pretender hacer un juicio crítico de esta magnífica velada musical con que deleitaron al selecto auditorio los maestros Cuadra y Barco, que de tan justa fama gozan en nuestra ciudad, pero sí diremos que se apuntaron un nuevo éxito a los muchos cosechados en su larga vida dedicada a la música.

El concierto se nos ofreció en dos partes, con piezas tan conocidas como el *Nocturno número 2*, de Chopin; *Romanza andaluza*, de Sarasate, *Sonata número 4*, de Mozart, y *Gran jota («Capricho español»)*, de J. de Hierro. Los justos y merecidos aplausos del auditorio obligaron a los prestigiosos artistas a interpretar fuera de programa *Mi-nuetto*, de Mozart.

En la misma sala de conciertos, la Agrupación Coral Almeriense dedicó un magnífico concierto a Santa Cecilia, Patrona de la Música. Si al comienzo las bellezas de la música clásica evidenciaron la labor estudiosa y perseverante de este grupo artístico, así como el entusiasmo y competencia de quien es alma de esta Coral, el maestro Carrión, también en las obras finales, de estructuras melancólicas más asequibles, los cantores almerienses hicieron agradable e ilusionada demostración de sus cualidades y aptitudes, manteniendo siempre un equilibrio sonoro de perfecta afinación y justeza expresiva.

Se empezó, como ya hemos apuntado, con piezas de gran riqueza clásica de Mozart, Palestrina y Guerrero, para terminar con composiciones populares de Manuel del Aguila y del propio director de la Coral, el maestro Emilio Carrión. Con grandes aplausos se cerró este nuevo concierto con que nos deleitó este grupo coral, que ha adquirido gran popularidad en toda la fina sensibilidad por la música de la geografía española.

CONFERENCIAS. — Magnífica la exposición sobre *Reflexions sur le cinema*, del escritor y novelista francés Henri Queffelec, quien disertó con un profundo conocimiento de la materia en la sala de conferencias de la Biblioteca Villaespesa. Su facilidad de expresión, su fina y

punzante imaginación hicieron de su conferencia una hora de amenísima estancia para quienes tuvimos la suerte de escucharlo.

Con gran brillantez disertó en la misma sala de conferencias la reverenda madre Ana María Loring Cortés sobre *Las misiones en el Japón*. Su conferencia fué documentada con una película en color que la reverenda madre Ana María Loring explicó con gran amenidad. Toda su intervención versó sobre su experiencia de dieciocho años en la misión de Wuhu (China) y su expulsión de allí por los comunistas. Aportó igualmente la conferenciante datos relacionados con las misiones en las islas del Pacífico. Impresionó al auditorio los relatos de los suicidios, que son muy frecuentes en una población que carece de fe y de esperanza. Fué muy aplaudida a la terminación de su conferencia.

CINE-CLUB. — Han continuado las actividades del Cine-Club Oseyda con la presentación y proyección de películas en el cine Apolo. La última que presentamos fué la magnífica obra puesta en escena por Leo McCarey de *Satanás nunca duerme*, magistralmente presentada por el reverendo padre don Bartolomé María Fernández. Al final de la proyección se prolongó un interesante y profundo coloquio entre los socios del Cine-Club y el presentador sobre el amplio mensaje que la película era portadora.

RMD

BURGOS

PINTURA. — En una céntrica calle, y dotada de buena instalación y local, se inaugura la nueva «Galería Mainel».

Buen comienzo con una extraordinaria exposición inaugural. Más de treinta obras, entre lienzos y esculturas. Entresacamos del catálogo los nombres de Venancio Blanco, Canogar, Chirino, Farre-ras, Millares, Mompó, Rivera, Rueda, Saura, Suárez, Torner, Zóbel.

«Galería Mainel» supone un buen inicio y gran promesa de continuidad. El público la ha recibido muy bien, en cuanto al acrecentamiento artístico se refiere.

«Galería Mainel» viene empujada y de la mano del pintor burgalés Luis Sáez. El pintor abre al público su casa y sus gustos, Luis Sáez cuenta en su haber más de cincuenta exposiciones.

LIBRERÍA. — Las mismas salas que abren sus muros a los lienzos de «Galería Mai-

nel» sirven de estanterías para una gran librería nueva. Pintura y libros en notable ensamblaje artístico.

La nueva librería nada peca de estrecheces de comienzos y tanteos de principiante. «Galería Mainel», librería y sala de arte, es un paso decidido y vigoroso en la cultura.

El amplio campo de la literatura y el arte, la pedagogía y la historia junto al material técnico y las revistas nacionales y extranjeras.

«Galería Mainel», museo y biblioteca, nada tiene que envidiar a los establecimientos de su rango en París y Londres, Madrid o Lisboa.

Vaya para la nueva galería y biblioteca nuestro mejor elogio y el agradecimiento de todos.

JLA

CACERES

CERTAMEN DE PINTURA. — El Club Juventud de las Hermandades del Trabajo, con motivo de la celebración del II aniversario de su fundación, convocó en su día un certamen de pintura, que ahora ha sido fallado.

Al certamen se han presentado pintores cacereños de valía, y que, dada su juventud, esperamos confirmen en el futuro la buena impresión que nos han producido en estos sus primeros pasos vocacionales por los derroteros artísticos.

Los premios de este concurso, al que nos referimos, han recaído en los jóvenes Angel González Muriel y Diego María Pino Palacios, el primero y el segundo respectivamente.

EXPOSICION DE DIBUJOS EN PLASENCIA. — La Caja de Ahorros de la bella ciudad del Jerte, a través de su aula de cultura, está desplegando una importante actividad cultural, digna de encomio.

Ahora se exponen en los salones de la citada aula de cultura varios dibujos de vistas de la ciudad placentina.

Los dibujos son obra del profesor de dibujo del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Gabriel y Galán» señor Boué.

Esta exposición, de gran categoría, pone a prueba las excelentes dotes y buen gusto del dibujante placentino en obras de verdadero interés.

VGM

HYESCA

PRIMERA EXPOSICION DE ANSIBA. — La Agrupación Sindical de Bellas Artes (ANSIBA) ha organizado su primera exposición de arte en los salones de la Caja de Ahorros. ANSIBA sale hoy a la luz pública para darse a conocer en esta provincia. No

tiene carácter de certamen. Exhiben obra los artistas Enrique de Caso Ribas, Angel Gutiérrez Fanlo, José María Lanzarote Gros, Enrique Montañés Gutiérrez, Leoncio Mairal Ciprés, Alejandro Brioso Lafuente y Francisco Larruy. Integran la exposición numerosas obras de pintura, acuarela, dibujo y talla. Predominan los temas de paisaje de la alta montaña y urbanos, exponentes de toda la belleza que guarda el Alto Aragón. La exposición, por su calidad, ha sido muy visitada y elogiada.

FF

MELILLA

CUARTETO DE LA FILARMONICA CHECA. — Esta agrupación dió un concierto, organizado por Amigos de la Música, el día 7 de diciembre en el salón de actos de la Cámara de Comercio.

El programa interpretado comprendió: *Cuarteto en do mayor, Op. 5 núm. 1*, de F. X. Richter; *Segundo cuarteto para cuerda (1925)*, de Bohuslav Martinu; por último, «*Pages Intimes*», *segundo cuarteto para cuerda*, de Leos Janacek.

Calificar este concierto de extraordinario sería lo adecuado. La música checa contemporánea cuenta con numerosas agrupaciones, como ésta, de alta calidad. Sin duda, es de las mejores. La presente es su segunda gira por España.

Los componentes de Cuarteto de la Filarmónica Checa son: Rudolf Novosad, violín primero; Vaclac Kolouch, violín segundo; Jaroslav Kroft, viola; Karel Vik, violoncelo. Excelentes intérpretes los cuatro, de un gran nivel todos; magníficamente competetrados como conjunto, en el cual llevan siete años.

Bellisimo concierto, todo él dedicado a la música checa, fué una exhibición constante de perfección. Variado al mismo tiempo, ya que comprendió los preciosismos del siglo XVIII con Richter, las grandes calidades impresionistas de Martinu, acercándose al jazz de los años veinte, y las melodías de Leo Janacek, cortadas por sorprendentes y a la vez armónicos paréntesis.

MIGUEL FERNANDEZ, PREMIO «ADONAI» DE POESIA. — El poeta melillense Miguel Fernández acaba de obtener un resonante éxito, a escala nacional, al alcanzar en Madrid uno de nuestros mejores trofeos poéticos, el premio «Adonais». Con este motivo, Miguel Fernández, que en la actualidad se ha trasladado a la capital de la nación para recibir el premio de manos del Jurado, está recibiendo numerosas felicitaciones, entre ellas la del Ayuntamiento de nuestra ciudad, a las que nos sumamos.

He aquí una nota que sobre su poesía ha escrito el propio Miguel Fernández:

Cuando yo vine al mundo, un mes más tarde de proclamarse la República, resulta que estaban de moda los sombreros de paja y los gramófonos de bocina. Aquello era encantador sólo para el recuerdo, toda vez que ahora me parece haber vivido en el hemistiquio de dos tiempos bien diferenciados.

En Melilla, donde la vida puede ser igual a una siesta sin sucesión de continuidad, estalló el Movimiento. Quiero decir que en mis cinco años cabales comenzaron a descabarse de su estabilidad los juegos del trompo, de las bolas y los huesos de los albaricoques.

De este recuerdo en donde los niños miraban atónitos los sucesos, surge la parte primera de mi libro. «Sagrada materia» entonces, no hace más que ir cantando en la edad. Primero, los recuerdos de la infancia. Más tarde, los temas que España me los da en materia poética, y para final, como estadia de toda andadura, Cristo-hombre o el hombre en vocación del Cristo. Por tanto, entre panteísta y existencial, los hechos, los objetos, los sueños adquieren un mismo valor: todo lo existente es sagrado. Nuestra hermosa materia, siempre espectante, es lo que nos consagra. De todo esto, creo que quedaba algo definido en mi primer libro «Credo de Libertad». Y es luego, con posterioridad a haber escrito ambos, cuando me doy cuenta de que incluso en los títulos de estos dos libros, existe una contradicción semántica. En realidad, uno se viene siempre contradiciendo.

Por el momento, vengo entendiendo así la poesía porque no puedo entender la vida de otra forma. Si mi burguesía me llevara a sus últimas consecuencias, puede que terminara escribiendo versos preciosos. Esto, claro es, no me atrae en absoluto. Porque hay que ver lo cachondo y trágico al mismo tiempo que resulta aquello de Huidobro: «La poesía es un atentado celeste.»

JOSE LUIS CANO Y GARCIA LORCA. — Organizada por la Biblioteca Pública Municipal, el poeta malagueño José Luis Cano pronunció una amena conferencia, en los salones del Ayuntamiento sobre el tema «Recuerdos de García Lorca».

Desde el primer encuentro con García Lorca, en la desaparecida acera de la Marina, hasta el último, con ocasión de uno de sus últimos estrenos, José Luis Cano, con gracia, con finura y con un inmenso afecto hacia el poeta de Fuente Vaqueros, José Luis Cano habló del hombre García Lorca, de su voz, de su risa, de su amor a la vida, de su terror a la muerte, de su culto a la amistad, de su simpatía, de su exquisito gusto por la música, de sus frases y de sus viajes. José Luis Cano nos evocó un García Lorca «en directo», a lo largo de una hora realmente inolvidable.

LR

NAVARRA

CINE CLUB LUX.—Dentro del interesante ciclo de grandes directores, correspondió en diciembre presentar a Howard Hawks, con sus producciones «Hatari», «Su juego favorito», «Río rojo», «Scarface» y el «Sargento York». Los coloquios subsiguientes han sido muy animados.

COLEGIO MAYOR BELLAGUA.—«Aula de Estudios Teatrales» de la Universidad de Navarra con la Agrupación de Cámara y Ensayo, ha presentado «Irrupción del Montaje Epico en los escenarios españoles», por José Montañez Moliner y «Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía», de Federico García Lorca.

COLEGIO MAYOR ARA-LAR.—Se está celebrando un Seminario de Medicina, acerca de «El virus: productor de cáncer», a cargo del doctor A. Rodríguez-Burgos.

EXPOSICIONES.—En las Salas de Arte de la Caja de

Ahorros Municipal de Pamplona se ha exhibido una exposición de artesanía en alabastro, patrocinada por la excelentísima Diputación Foral con la participación de los talleres que radican en la villa de Cintruénigo, de esta provincia.

En las mismas salas, el notable artista tudelano César Muñoz Sola ha exhibido con nuevo éxito una colección de óleos de su firma.

NAVIDEÑAS.—En las Salas de la Delegación Provincial de Sindicatos está siendo elogiada la exposición nacional, que, dentro de la Campaña Nacional «Paz en la Tierra», ofrecen las Asociaciones de Belenistas de distintas poblaciones españolas.

La Campaña «Paz en la Tierra», que promueve la Subdirección General de Cultura Popular del Ministerio de Información y Turismo, ha contado este año con el valioso concurso de Pamplona, Estella, Tafalla, Corella, Peralta y Puente la Reina. Todas estas localidades se han superado en organi-

zar actos culturales, manifestaciones folclóricas, cabalgatas, certámenes, etc., que han mantenido inmersos en el espíritu de la Navidad cristiana a grandes y pequeños.

FJM

SORIA

«5.ª FORMA». EXPOSICION DE PINTURA EN LA SOCIEDAD ACTUAL DE ARTISTAS SORIANOS (SAAS).—Este año, y ello sin ningún género de duda, se supera al pasado con notable diferencia en el montaje de exposiciones en la ciudad de Soria.

Junto al incansable director de la Casa de la Cultura, cuya labor perseverante en diversas vertientes culturales es ejemplar en grado superlativo, se sitúa esta Sociedad Actual de Artistas Sorianos, dinámica y emprendedora, con arrestos para

irrupir, con la presentación de obras de jóvenes artistas, entre ellos, Blanco, Cardenal y Ruiz, en certámenes convocados en ciudades muy lejos de Soria, llevando el nombre de esta pequeña urbe a un plano artístico de singular relieve.

Creemos que para el buen arte todo es armonía con la gama de variedad implicada a ella; esto justifica el que seis artistas, cinco de ellos domiciliados en Barcelona, Aulestia, Kaydeda, Messa, Rey Polo y Cruells, y otro en Lérida, Coma Estadella, presenten sus obras en la sala de exposiciones de la SAAS.

Embajada de arte, con orla navideña, hemos llamado a esta exposición, y señalamos lo de navideño por el tiempo en que la misma se celebra, ya que ha estado abierta al público desde el día 9 de diciembre pasado hasta el 7 de enero.

Buena muestra de buen arte.

Nos dicen en una nota de apertura para la exposición: «Que hay en arte algo inmuable que es necesario encontrar.»

El artista tiene algo de vate y vaticina con su pincel, transvasando al mismo anhelos y sentimientos, aspiraciones y deseos.

Arte es algo fuera de lo real de la vida, siempre con el fin de elevar la vulgaridad de la misma.

El arte, por ese fin, siempre es paz.

Pues bien, una muestra de esa paz artística tenemos en todas las exposiciones y, por ende, también en la que ahora nos ocupa, y conste que nuestra apreciación es personal, respetando un terreno en el que no debemos entrar: el que compete a la crítica.

Nos ceñimos, por tanto, a señalar un hecho artístico de singular relieve en Soria y que muy mucho la honra.

Seis artistas de fama internacional tienen algo de su alma en el salón de exposiciones de la SAAS.

Y bien guardado está en esta ciudad noble, de la cual con toda justeza pudo decir Machado que «es lo más espiritual de la espiritual Castilla». Bien guardado y muy honrada la ciudad por habersele conferido tal honor.

Que no siempre hay conjunción, como ahora: una ciudad para el arte custodiando obras de arte.

CM

LEÓN

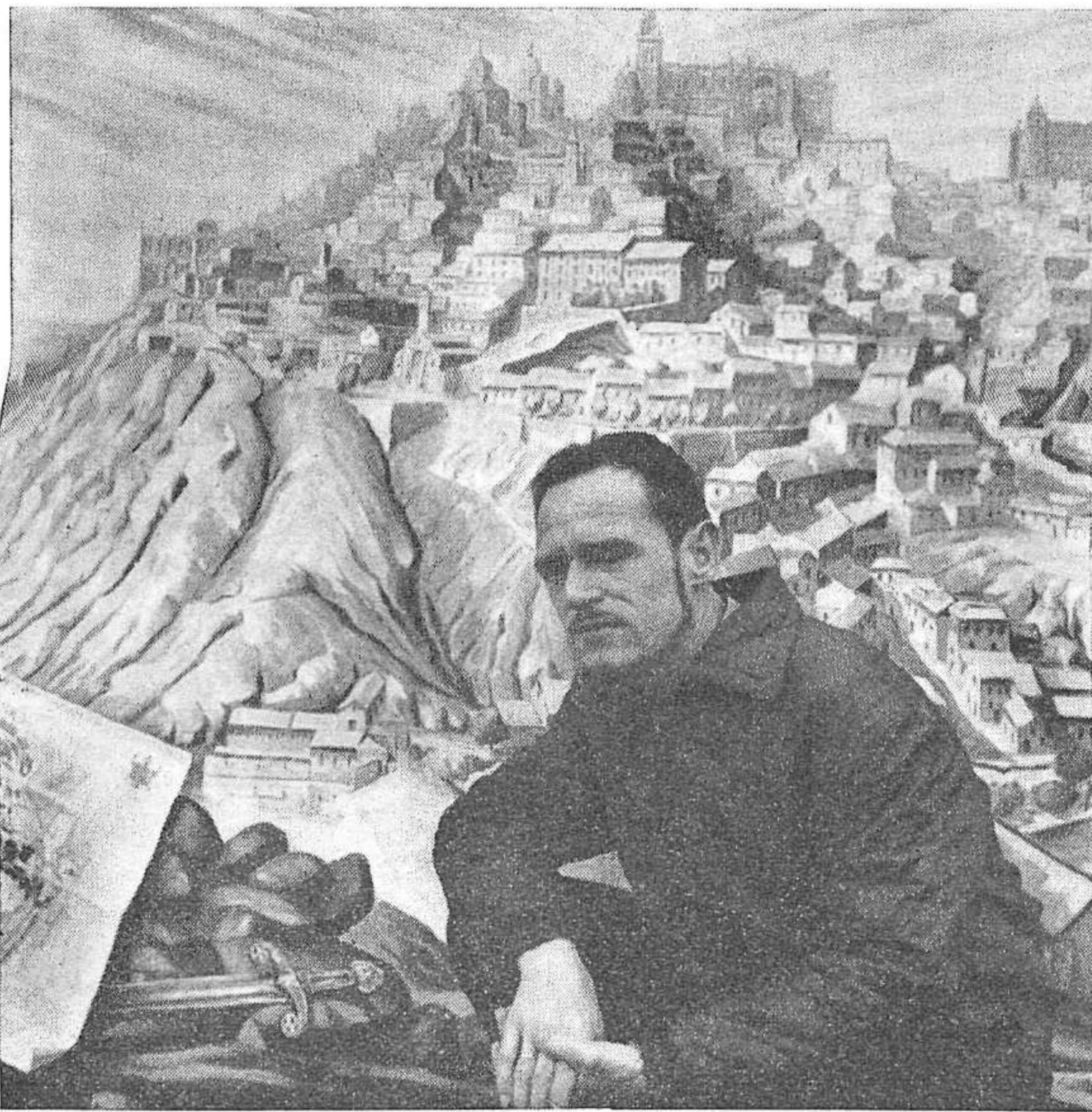
MUSICA Y POESIA EN LA NAVIDAD.—La Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León ha puesto en marcha una obra cultural, donde agrupará todas las actividades de tal índole. Dentro de este dispositivo han tenido lugar unas veladas navideñas que merecieron gran asistencia de público. Bajo el lema de «Música y Poesía en la Navidad», presentó una selección de villancicos la Capilla Clásica que dirige don Adolfo Viejo. Antonio Gamoneda y Antonio Pereira leyeron sus poemas, y como pórtico ofreció Victoriano Crémer un «Pregón y mensaje de la Navidad».

PLANES PARA 1967.—El delegado de Información y Turismo ha convocado, en el Hostal de San Marcos, a los informadores leoneses para hablar de proyectos turísticos y culturales. Se espera que el año 1967 venga a confirmar la categoría que León alcanzó últimamente en tales aspectos. Aparte de las actividades de primavera y verano (especialmente con motivo de las fiestas de San Juan y San Pedro), nos agrada registrar el deseo de nuestros organismos en orden a festivales de invierno, incluso con jornadas de ópera. Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos hoy: León no tiene que ocultar su clima, que suele ser frío, seco, soleado. Al contrario, su propaganda debe montarla sobre estas cualidades. No en todas partes puede disfrutarse del sol y la nieve, con la añadidura de buenos espectáculos y alojamientos confortables y cálidos, a veces alegrados con el fuego visible de los leños ardiendo en las chimeneas.

Carta desde Toledo

EXPOSICION DE TOMAS CAMARERO

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS



Los cuadros de Tomás Camarero, cuando el pintor expone, parece que salen de pincel con el cartelito de «adquirido». Uno entra a la sala de exposiciones y no sabe a qué atenerse cuando presencia este espectáculo. Y lo extraño es que son toledanos los compradores, a excepción de algunos madrileños, cazadores, por cierto, que en esta época, después de sus cacerías en la provincia o al final de cada jornada, se dan una vuelta por la plaza

de Zocodover para comprar sus cajitas de mazapán...

La pintura de Camarero es decorativa y armoniza bien con cualquier clase de mobiliario. Sin embargo, la pintura del Greco, por ejemplo, necesita un sitio preciso. Y esto no lo digo ni por comparar ni con ánimo de ofender a los artistas, pues si al presunto comprador se le ocurre argumentar que en su casa no tiene pared a propósito para determinado cuadro, el autor se

ofende mucho. Y es natural. Y lógica la actitud de ambas partes. Hablo así a riesgo de la censura maestra de don José María de Cossío, al que no le importaría llevarse «La Asunción», del pintor cretense, aunque tuviera que ponerlo en la despensa. Lo rejero porque son palabras que nos dirigió al escritor brasileño Erico Verissimo y a mí ante el famoso lienzo un día que tuve el honor de ver Toledo con ellos y mi buen amigo Ramón Solís. Pero el público, que forma parte de nuestro trabajo cotidiano, tiene derecho a opinar y a decidir. Y cuando éste decide la cosa tiene una notable importancia, pese a que la popularidad que se desprenda de ello tenga la oposición de las minorías de costumbre.

Pero es que, además, en las obras de Tomás Camarero hay arte analizable técnicamente, y el pintor dispone de un dispositivo creador que impone respeto. Maneja los tonos blancos con el más depurado realismo, y los oros del campo con pincel abundante y seguro. A Toledo le ve como una gigantesca custodia cuya base arranca de la profundidad del Tajo y de los siglos. Los trazos son airados, con esa tendencia estilizante, deformadora de la Naturaleza y de la arquitectura, como si el artista intentase una recreación.

Espero que este toledano se decida a exponer en Madrid antes que en Méjico o en París, en cuyas capitales le han nacido algunas ofertas, y que la crítica profesional nos aclare conceptos y nos dé una visión auténtica del valor absoluto de la obra de Tomás Camarero.

Camarero hace su exposición «por libre» dedicada a Picasso. Uno de tantos homenajes que por todas partes se le están tributando al artista malagueño, y la preside una fotografía del maestro, de gran tamaño.



DEBEN (DE) HABER COBRADO:

- 13.208.679ptas.** Suma anterior (premios concedidos desde el 1 de enero de 1966).
- 200.000ptas.** Don Manuel Vicent, premio «Alfaguara» 1966, por su novela *Pascua y naranjas*.
- 200.000ptas.** Doña Mercedes Rodoleda, premio «Sant Jordi» en los XI premios de la Fiesta Literaria Santa Lucía, por su novela *El carrer de les camelies*.
- 100.000ptas.** Don Manuel Lueiro Rey, premio «Ciudad de Oviedo», por su novela *Manso*.
- 100.000ptas.** Don José Molina Plata, premio «Jaime Balmes» de Periodismo.
- 100.000ptas.** Don Ismael Herráiz Crespo, premio «Francisco Franco» de los nacionales de Periodismo, por su labor sobre el tema *Gibraltar*.
- 100.000ptas.** Don Salvador López de la Torre, premio «José Antonio Primo de Rivera» de los nacionales de Periodismo, por sus trabajos, sin firma, acerca de *Gibraltar*.
- 100.000ptas.** Don Jaime Campmany, premio extraordinario en los nacionales de Periodismo.
- 100.000ptas.** Don Luis Hernández Calderón, premio gráfico en los nacionales de Periodismo, por su reportaje *Por primera vez: los Starfighter españoles fotografiados en el aire*.
- 100.000ptas.** Don Francisco Arias, premio «Azorín» de Pintura, por su obra *Carretera de Alicante*.
- 75.000ptas.** Don Manuel Ferrand Bonilla, premio «Elisenda de Montcada», por su novela *El otro bando*.
- 60.000ptas.** Don Julio Espinosa, primer premio del Concurso de Carteles de la Lotería Nacional.
- 50.000ptas.** Don Luis Gómez de Aranda, premio «Francisco Franco» de los nacionales de Literatura, por su obra *El tema de las ideologías*.
- 50.000ptas.** *Azorín*, premio «Miguel de Unamuno» de los nacionales de Literatura, por su obra *España clara*.
- 50.000ptas.** Doña María Dolores Gómez Molleda, premio «Menéndez Pelayo» de los nacionales de Literatura, por su obra *Los reformadores de la España contemporánea*.
- 50.000ptas.** Don Federico Carlos Sainz de Robles, premio «Emilia Pardo Bazán» de los nacionales de Literatura, por su labor en el diario *Madrid*.
- 50.000ptas.** Don Tomás Borrás, premio «Miguel de Cervantes», por su obra *Historias de coral y de jade*.
- 50.000ptas.** Don J. V. Foix, premio «Jacinto Verdaguer» de los nacionales de Literatura, por su libro *Obres poètiques*.
- 50.000ptas.** Don Pedro Gimferrer, premio «José Antonio Primo de Rivera», por su obra *Arde el mar*.
- 50.000ptas.** Don Jaime Delgado, premio «Hermanos Machado» de los nacionales de Literatura, por su obra *Lo nuestro*.
- 50.000ptas.** Don Rogelio Leal Carrillo, premio gráfico a la mejor fotografía de los nacionales de Periodismo, por su obra *La carreta más larga del mundo*.
- 50.000ptas.** Don Leopoldo Cortejoso, premio «Ateneo de Valladolid», por su novela corta *Siete caras en un espejo*.
- 50.000ptas.** Don Juan Barjola, segundo premio «Azorín» de Pintura, por su obra *Composición*.
- 50.000ptas.** Don José María Poblet, premio «Aedos» de los XI premios de la Fiesta de Santa Lucía, por su obra *Frederic Soler*.
- 50.000ptas.** Don Roberto Saladriga, premio «Joaquim Ruyra» de los mismos premios, por su obra *Entre juliol i setembre*.
- 40.000ptas.** *Laperal*, segundo premio de Carteles de la Lotería Nacional.
- 30.000ptas.** Don Luis A. Gorostiaga, premio «Nova Terra» de los XI premios de la Fiesta de Santa Lucía, por su obra *La gestió obrera a Occident: un nou parany capitalista*.
- 25.000ptas.** Don Guillermo Viladot, premio «Víctor Catalá» de los mismos premios, por su obra *La gent i el Vent*.
- 25.000ptas.** Don Francisco Parcerisas, premio «Carles Riba» de los mismos premios, por su obra *Hones es banyen*.
- 25.000ptas.** Doña Carmen Aymerich y doña María Izquierdo, premio «Antonio Balmanyá» de los mismos premios, por la obra *L'expressió: mitjà de desenvolupament*.
- 25.000ptas.** Don Jaime Melendres, premio «Josep M. de Sagarra» de los mismos premios, por su obra *Defensa india de rey*.
- 25.000ptas.** Don Félix Cucurull, premio «Josep Yxart» de los mismos galardones, por su obra *Portugal i Catalunya*.
- 25.000ptas.** Doña Montserrat y don Fernando Paláu y Martí, premio «Maspons i Camarasa», por la obra *Andorra*.

- 25.000ptas.** Doña María Novell, premio «Josep M. Folch» de los mismos premios, por su obra *Les presoners de Tabriz*.
- 25.000ptas.** *La Ballena Alegre*, revista a la que se le concedió el premio extraordinario de Periodismo de Juventudes.
- 25.000ptas.** Don Juan Catalá Soler, premio de Fotografías de la Refinería de Petróleos de Escombreras.
- 25.000ptas.** Don Ricardo Pascual Santiso, premio «Doctor Quintana», por su estudio sobre *La educación sanitaria en la práctica médica*.
- 25.000ptas.** Don Angel Medina, premio «Santa Pola» de Pintura, por su obra *Pesquera*.
- 25.000ptas.** Don José Solana, tercer premio en el Concurso de Carteles de la Lotería Nacional.
- 25.000ptas.** Don Enrique Sordo, primer premio del XI Concurso Nacional Periodístico sobre el Vino.
- 25.000ptas.** Rondalla parroquial San Lorenzo de Córdoba, primer premio en el IV Concurso de Villancicos.
- 15.000ptas.** Coro Albergue, segundo premio en el mismo concurso.
- 15.000ptas.** Don Pedro Martínez Carrión, premio de Fotografía en el concurso de la Refinería de Petróleos de Escombreras.
- 15.000ptas.** Don Miguel Román Vega, premio en el mismo concurso.
- 15.000ptas.** Don José María F. Gaytán, premio de Prensa en el Periodismo de Juventudes.
- 15.000ptas.** Don Manuel López González, premio de Radio en el mismo concurso.
- 15.000ptas.** Don José María Castroviejo y Blanco Cicerón, segundo premio en el XI Concurso Nacional Periodístico sobre el Vino.
- 10.000ptas.** Don Carlos Murciano, premio de cuentos del diario *Baleares*, por su obra *La escalera*.
- 10.000ptas.** Grupo de Piornal, tercer premio en el IV Concurso de Villancicos.
- 10.000ptas.** Don Luis Duarte, premio de Fotografía en el concurso de la Refinería de Petróleos de Escombreras.
- 10.000ptas.** Don Rafael González, premio en el mismo concurso.
- 10.000ptas.** Ballet Gallego, premio concedido por la Diputación Provincial de Galicia.
- 10.000ptas.** Don Juan Teodoro Sardá, premio en el XI Concurso Nacional Periodístico sobre el Vino.
- 10.000ptas.** Don Francisco Mir Berlanga, primer premio «Africa» de periodismo.
- 6.000ptas.** Don José María Fernández Gaytán, segundo premio en igual concurso.
- 5.000ptas.** Don Miguel García de la Mora, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Juan Van-Halen, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Federico López Pereira, premio «Tartessos» de Cuentos, por su obra *Los peces tienen los ojos de barro*.
- 5.000ptas.** Don Edwin Buces, premio en el Concurso de Carteles de la Lotería Nacional.
- 5.000ptas.** Don Eusebio Perdices, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Antonio Cristóbal, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Doña Ana Bort Rueda, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Juan Poza, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Señor Lorcar, premio en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Antonio Alamo, accésit de Periodismo de Juventudes.
- 5.000ptas.** Don Bonifacio Varea, accésit en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Federico Sánchez Aguilar, accésit en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Fernando López Lerdo de Tejada, accésit en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Radio Juventud de Zaragoza, accésit en el mismo concurso.
- 5.000ptas.** Don Carlos Perelégui, primer premio del «Concurso de relatos navideños», de Salamanca, por su cuento *Los ángeles roncos*.
- 5.000ptas.** Doña Rosa Sxügs de Truñó, premio en el concurso de Fotografías de la Refinería de Petróleos de Escombreras.
- 5.000ptas.** Don Miguel Fernández, premio «Adonais» de Poesía, por su obra *Sagrada materia*.
- 4.000ptas.** Don Ramiro Santamaría, tercer premio «Africa» de periodismo.
- 3.000ptas.** Don Escolástico Medina, cuarto premio en igual certamen.
- 3.000ptas.** Doña Antonia Azcona Azcona, segundo premio concurso de relatos navideños por su relato *El loco de Belén*.

(Pasa a la pág. 78.)

CRONICA SOCIAL DE LA FAMILIA LITERARIA

La obra *Gavilla de fábulas sin amor*, de Camilo José Cela, y con ilustraciones de Picasso, recibió la medalla «Ibarrera» 1965 al ser considerado el libro mejor editado del mencionado año. En la Sala «Huarte» se hizo entrega del galardón a Alfaguara, la editorial que publicó la obra. El presidente del Instituto del Libro Español, Carlos Robles Piquer, pronunció unas palabras acerca del contenido de las fábulas y destacó la importancia de las ediciones como la premiada.

En los martes de Editora Nacional, Carlos Murciano dió a conocer el contenido de su libro *La Aguja*, recientemente editado. La crítica de la obra corrió a cargo de Tomás Borrás, quien hizo una semblanza del camino poético que sigue nuestro colaborador.

A causa de una embolia cerebral falleció en Barcelona, el 13 de diciembre, Ramón Pujol Campo, que contaba con treinta y nueve años de edad. Se hallaba adscrito a *Diario de Barcelona* y desempeñaba el cargo de relaciones públicas del gran teatro del Liceo. Su última publicación fué *Mundo lírico: historia del Liceo*.

La Alta Academia Internacional de Lutece, de París, concedió a la novelista María Mercedes Ortoll, por sus obras *Mandato del destino* y *Cumbre nevada*, un diploma y medalla de oro, al propio tiempo que se le ha designado miembro de honor de aquella academia.

Una nueva edición de *La busca*, de Baroja, va a publicarse con numerosas ilustraciones de Juan Esplandiú. En torno a Fernando Rojas y su obra *La Celestina* termina un libro en Roma el académico y director del Instituto de Literatura de aquella ciudad Eugenio Montes. Los clásicos siguen en primer plano de actualidad.

Doña María Luisa Durán Marquina falleció en La Coruña en el pasado mes de diciembre. Desde hacía treinta y tres años, y hasta el mes de agosto—en que se jubiló voluntariamente—, fué redactora del *Ideal Gallego*. Fué una de las primeras mujeres que se dedicaron al ejercicio periodístico en España, siendo la más veterana de todas.

Para la vacante de numerario de la Real Academia Española ha sido elegido Antonio Rodríguez Moñino, que era académico correspondiente de esta corporación por Extremadura y colaborador de la academia. Bibliógrafo,

historiador y crítico, ocupará en la Real la silla «XP», vacante por fallecimiento de Rafael Sánchez-Mazas.

Segismundo Blanco Cuesta, padre de Manuel Blanco Tobío—director del diario *Arriba*—, falleció en Pontevedra en el pasado mes de diciembre. En los medios deportivos y en los periodísticos de la ciudad produjo honda impresión la triste noticia, pues Segismundo Blanco Cuesta ha sido uno de los máximos impulsores del deporte en Pontevedra, cultivando desde hace cuarenta años el periodismo deportivo. Descanse en paz.

El día 4 de diciembre falleció en París, adonde había llegado unas horas antes con motivo de pronunciar una conferencia sobre el novelista Ramón Xuriguera, Rafael Tasis Marca. Hacía justamente una semana que se le había tributado un homenaje, junto a su compañero Juan Torrent, con el que escribió *Historia de la prensa catalana*. Arturo Llopis dijo: «A poder elegir un nombre para ser arropado con él en el largo camino de la muerte, Rafael Tasis habría elegido el de escritor. Todo lo demás, siendo mucho, es accesorio en el hombre que de manera imprevista, casi trágica, acaba de morir en la soledad de un hotel de París.» Su producción literaria abarcó todos los géneros: biografía, historia, crítica, novela, teatro, con un total de más de 20 obras. Nuestro sentido pésame a los familiares de tan ilustre escritor.

José García Nieto, tan buen poeta y tan excelente amigo, colaborador de LA ESTAFETA LITERARIA, ha sido designado director de la revista *Mundo Hispánico*. Sustituye en dicho puesto a Francisco Leal Insúa, que ocupará desde ahora el cargo de director de la Editorial Compostela.

La Academia de la Lengua Vasca tiene nuevo presidente: don Manuel Lecuona, bien conocido por sus trabajos sobre temas históricos, etnográficos y folclóricos del país vasco, siendo además el primer investigador del «bersolarismo». La presidencia de la Academia Vasca se hallaba vacante desde hace algún tiempo, por cese voluntario de don José María de Lojendio.

Nuestro Pepe Gallego, ilustrador poco menos que surgido en las páginas de LA ESTAFETA LITERARIA, es artista con vocación de Guadiana. Desaparece de pronto para asomar la jeta y los pinceles en Palma de Mallorca o en Cadaqués..., o vayan ustedes a saber dónde. Ahora está de nuevo en Madrid, y en su última visita nos informa de que se está celebrando una exposición suya ¡en Filadelfia!

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

AMIGO FERNANDEZ-ARROYO: Aquí va su carta de presentación de Rosa María. Ya ve que no le damos la callada por respuesta. Al contrario, su hija Rosa María ocupa casi toda una doble página de LA ESTAFETA. Y, además, con unos versos suyos hemos combinado la felicitación pascual que recibirán nuestros suscriptores, y que será el más bonito christma de este año. Rosa María ha estado en esta Redacción; con nosotros ha tomado refrescos; delante de nosotros ha pintarrajeado monos y retratos. En fin, no dudamos, tal como el padre lo pide en su carta, de la autenticidad de sus ocho años de edad. No es una niña repipi ni falsificada, sino una niña verdadera. Por muchos años.

Sr. D. Luis Ponce de León

Muy señor mío:

Envío a usted esos poemas de mi hija de ocho años Rosa-María. ¿Podría usted publicarlos en su revista? Como usted verá, esta criatura tiene cierto talento para la poesía. Escribe mucho. Incluso tiene para un pequeño libro.

Espero que me hará el honor de no dudar de su autenticidad. Y, por favor, le ruego que no dé, como mucha gente hace, la callada por respuesta. Un saludo affmo.

JOSE FERNANDEZ-ARROYO

EL LAPICERO

UNA vez, al pasar por una calle, me encontré un bonito lapicero.

Era rojo, con una afilada y larga punta.

Me lo llevé a casa y con él empecé a dibujar una casita.

Cuando iba haciendo la chimenea, le salieron al lápiz unas diminutas patitas y, moviéndolas enérgicamente, echó a correr escapándose de mi mano. Yo le miré asombrada, pero más extrañada me quedé cuando vi que también le salieron un par de brazos, unos pequeños y vivaces ojillos, una puntiaguda nariz y una boca con una sonrisa de oreja a oreja.

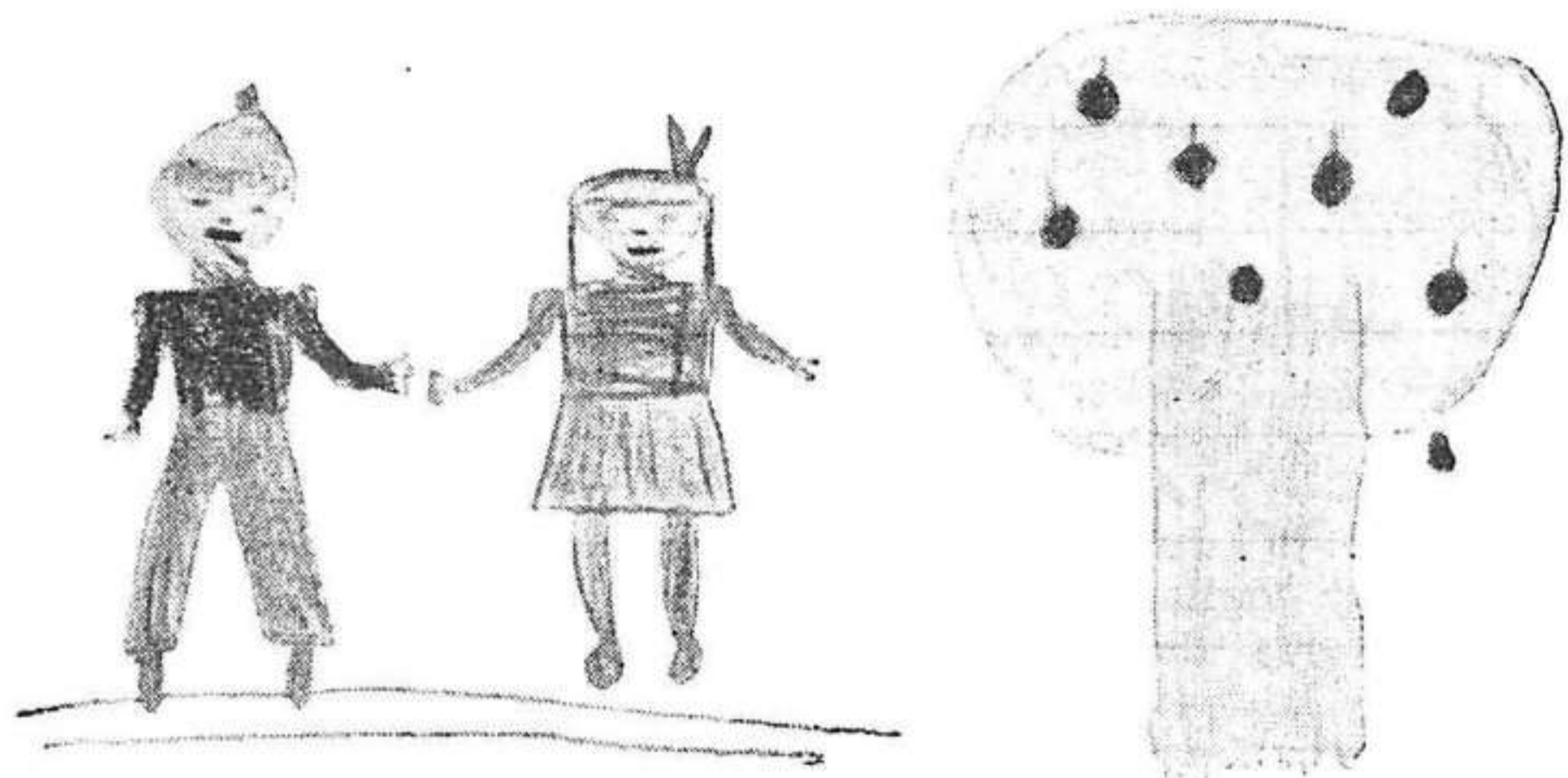
—Perdona, no existo.

Y bajando de la mesa se coló en un agujero y desapareció. En ese momento, mi casita dibujada abría su puerta a modo de boca, y habló así:

—¡Oye!, dibújame la chimenea. ¿No ves que estoy muy fea así?

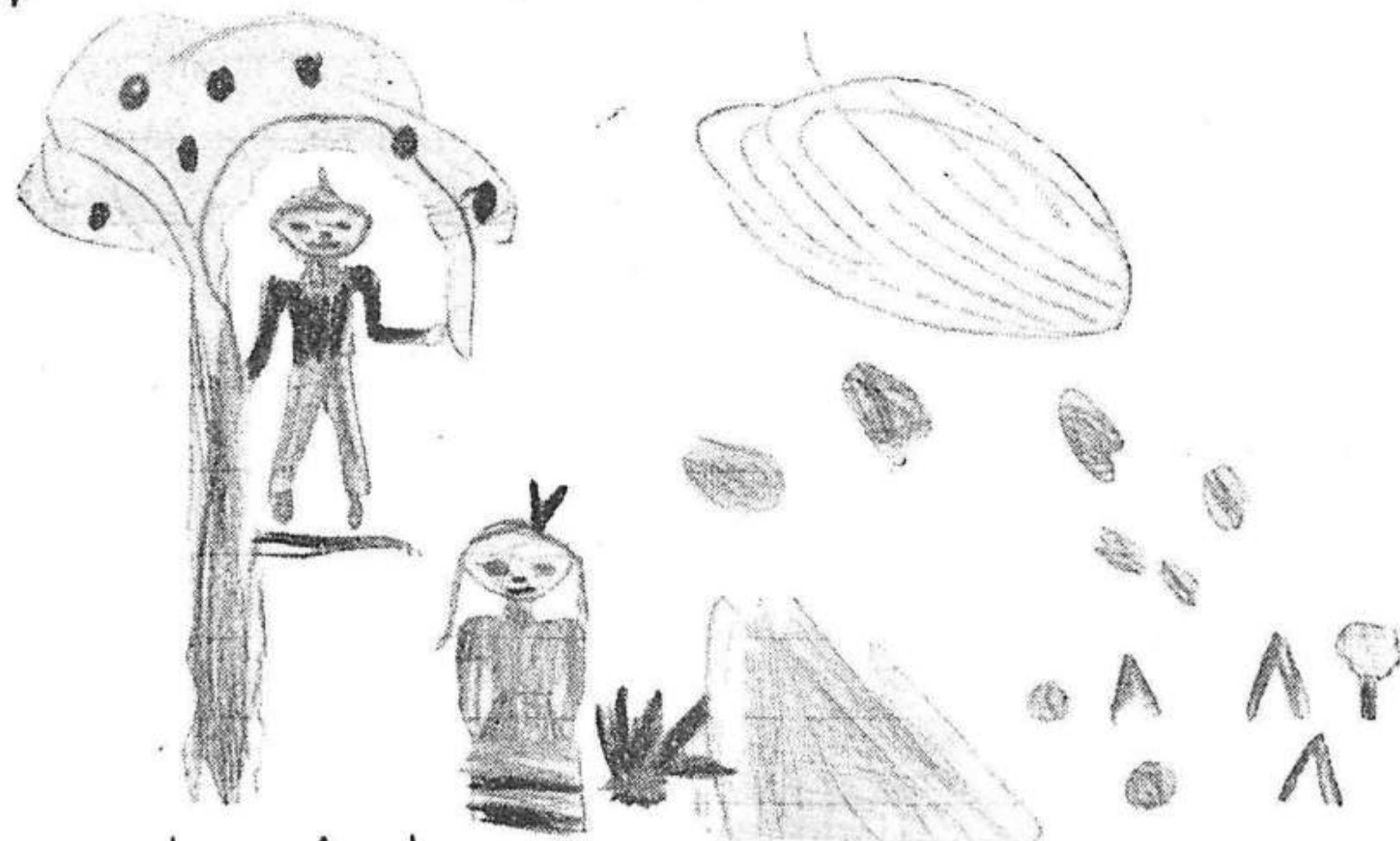


"Pluma Roja" pidió permiso para un mes de vacaciones a "Manitu", el cual la dejó gustoso. "Pluma Roja" se despidió de papá, de mamá y de la abuelita. La niña se fue a Alaska a vivir un mes en el "igloo" de "Akela". Se divertieron mucho.



Patinaban todos los días tres horas sobre el hielo... Pero ¡ah! ya "Pluma Roja" se tenía que marchar a su país, a India. Pero "Akela" pidió permiso a sus papás para pasar otro mes de vacaciones en el país de "Pluma Roja", en India.

Pasó unas felices vacaciones en la casita de "Pluma Roja". Pero llamó a sus padres "Akela" y les pidió que le dejaran pasar otros dos meses más de vacaciones, porque allí se lo pasaba uno tan bien...



Sus padres le dejaron pasar esos meses porque como el "igloo" era pequeño, allí "Akela" estorbaba. Daban paseos "Akela" y "Pluma Roja" por la arboleda del bosquecillo de "Las Lomas", para todo conocido.

Yo respondí:

—Es que no tengo lapicero. ¿No ves que se ha metido por aquí?

—¡Ah!

Entonces cogí una escoba de largo palo y hurgué repetidas veces en el pequeño agujero, mas el tráfugo no salía.

Le conté a mamá lo ocurrido y acto seguido cogí un tremendo berrinche y armé una pataleta que para qué. ¡Y sólo por un simple y vulgar lapicero!

El día siguiente, cuando me levanté, me encontré al muy perillán del lápiz sentado al borde de la mesa. Le toqué suavemente por detrás y, cuando se volvió, le pregunté:

—Oye, tú, enano, ¿por qué ayer me dijiste «perdona, no existo»?

—Pues, sencillamente, porque yo era un adorno de la calle y nadie me cogía, pero como tú viniste y me cogiste, aquí no existo o, por lo menos, no debo existir, así que déjame en la calle.

—Bueno, pero déjame que termine mi casita.

—Terminala.

Cuando hube terminado la chimenea, fui a la calle del «Ilustre Lapicero» donde me lo encontré, le dejé allí y todos se quedaron contentos.

CANCION DE CUNA

Las estrellas corren,
la luna vuela.
¡Duérmete mi niño
que ya el hada llega!

Los pájaros cantan
junto a su nido
pensando en la luna
que ya se ha ido.

Duérmete mi niño,
que vendrá el hada
y velará tu sueño
hasta la madrugada.

LA LLUVIA

El patio se quedó solo,
no hay ningún niño jugando.
La lluvia cae velozmente
haciendo ondas en los charcos.

Poco a poco salió el sol,
los chicos siguen jugando,
los pajarillos piando
y lenta se abre la flor.

SUEÑO

HE soñado que una vez fuimos papá, mamá, Carlos y yo a un campo que era la ladera de una montaña. Por fin llegamos a una pequeña llanura, pero estaba habitada por una flor enorme y venenosa y un caballo loco, gris.

La flor era un poquito más pequeña que yo y, en el medio de la corola, tenía una lengüecita venenosa, y corría de un lado para otro moviendo sus hojas. Y el caballo loco iba siempre dando corvetas y saltos. Penetramos en su terreno.

Yo andaba para atrás para que el caballo loco no me cogiera, hasta que por poco me caigo en un barranquito de poca altura.

El caballo se fué y papá y mamá me llamaron.

Me reuní con ellos y con Carlos y, en una tarde, sin cansarnos, sin comer y sin parar, nos fuimos a la China andando.

Fuimos recibidos en el Palacio Real Chino como huéspedes de honor. A todos nos vistieron lujosamente, con bonitos zapatos, menos a Carlos, que le vistieron con un traje de niño chiquitín y descosido y unos zapatos agujereados.

Una vez salí yo de paseo y no sabía cómo volver. Se lo pregunté a un chino, pero en vez de decirme por dónde se iba al Palacio Real, empezó a darme sermones de iglesia. Yo le dejé hablando al aire y me fui. Vi una gran puerta que tenía un agujerito, a través del cual podía ver a Carlos practicando su puntería con su Topo Gigio, tirándolo a un cubo de agua. Llamé de un silbido y me abrió.

Una vez tuvimos que pagar una deuda por estar tanto tiempo en el Palacio Real. Papá decidió: «Entonces nos vamos». Así hicimos. Cogimos nuestra ropa y nos marchamos.

Así termina mi sueño de la flor venenosa, el caballo loco y la China.

OTRO SUEÑO

HE soñado que mamá, Carlos y yo (papá se quedó en casa haciendo pasteles), nos íbamos al campo y veíamos un león grande y feroz que venía hacia nosotros (teníamos un camión). Nos subimos en el camión, pero el león se montó en la trasera del mismo, donde había unas cuantas gallinas muertas y se pasó el rato divirtiéndose de lo lindo cazando moscas.

Llegamos a casa de la abuelita porque mamá tenía que hacer no sé qué negocios. Nos trajeron los pasteles que eran para la abuelita, pero nos los comimos Carlos y yo.

Una vez abrí la puerta y me encontré con el león de rabo a hocico. Me señaló el lomo y yo me monté encima de él. Me llevó a dar un paseito. Luego regresó trotando velozmente a casa. Le acaricié y él pasó dentro. Salió corriendo Carlos a esconderse, pero yo le convencí de que el león era amigo mío. Le bautizamos con el nombre de «Bravo» y se quedó a vivir con nosotros.

(Viene de la pág. 75.)

- 2.000ptas.** Don José Menéndez, quinto premio «Africa» de periodismo.
- 1.000ptas.** Don Eduardo González Ruiz, sexto premio en igual certamen.
- 1.000ptas.** Don Juan Emilio Aragonés, premio en el XI Concurso Nacional Periodístico sobre el Vino.
- 1.000ptas.** Don Jaime Bover Argerich, premio en el mismo concurso.
- 1.000ptas.** Don Ramón López Villodre, premio en el mismo concurso.
- 1.000ptas.** Don Francisco Roig Riera, premio en el mismo concurso.
- 1.000ptas.** *Efeajota*, premio en el mismo concurso.
- 1.000ptas.** Don Francisco Umbral, accésit en el mismo concurso.
- 1.000ptas.** Don Leandro Cuadrado, tercer premio concurso de relatos navideños.
- 500ptas.** Don Francisco Casanova, accésit de dicho concurso.
- 500ptas.** Don Angel María Vecino Moleña, accésit del mismo certamen.

15.790.679ptas. Suma total de los premios concedidos en el año 1966.

(A partir del próximo número comenzaremos a publicar los premios otorgados en el año actual, partiendo de cero.)

PUEDEN JUGAR

NOVELA
Premio: 50.000 ptas.
GABRIEL MIRO

Podrán optar al VIII Premio Gabriel Miró 1967 todos los escritores españoles

les que lo deseen, sean o no noveles. El premio, dotado con 50.000 pesetas, es indivisible y se adjudicará a la novela que el jurado calificador estime con más méritos para ello. Pero si ninguna los tuviera suficientes, el jurado podrá declarar el premio desierto.

Las obras presentadas, escritas en lengua castellana, deberán ser rigurosamente originales e inéditas. No se considerarán incluídas en esta denominación las traducciones o adaptaciones de otras obras.

Existe libertad absoluta en cuanto al procedimiento y tema de las obras concursantes, sin más limitaciones que las que pudieran derivarse del fallo de la censura. La extensión de las obras no podrá ser inferior a la de doscientos folios mecanografiados a doble espacio y a una sola cara.

Cada concursante podrá presentar cuantas novelas originales e inéditas desee.

Los originales deberán presentarse por duplicado, y todos los ejemplares, encuadernados, o cuando menos cosidos, se entregarán en la secretaría del excelentísimo Ayuntamiento de Alicante, antes de las catorce horas del día 30 de enero de 1967.

También pueden ser remitidas las obras por correo certificado. En este caso es preciso que sean depositadas en la oficina de origen antes de la precitada hora del día fijado en la base anterior como término del plazo de admisión, y dirigidas a: «Secretaría del excelentísimo Ayuntamiento, para el VIII Premio Gabriel Miró 1967. Alicante».

Los originales no deberán ir firmados, ni presentar inscripción alguna que pudiera sugerir el nombre del autor. Llevarán escrito en la cubierta, además del título de la obra, un lema. El autor incluirá un sobre cerrado, en el que hará constar, en el exterior, el lema y la inscripción «VIII Premio Gabriel Miró 1967», y en el interior su nombre, apellidos, domicilio y población.

En el caso de concurrir dos obras con los mismos títulos y lema, el autor de la presentada en segundo lugar deberá variar el lema en evitación de confusiones.

El premio será otorgado mediante votación de un jurado nombrado oportunamente por el excelentísimo ayun-

tamiento e integrado por personas de competencia y autoridad indiscutibles. Este jurado se reunirá en Alicante, si ninguna dificultad de orden material lo impide, en el mes de abril, fecha en que emitirá el fallo del premio.

El jurado tiene facultad para conceder una o dos menciones honoríficas entre las obras no premiadas que pudieran merecer esta distinción. También puede conceder tres menciones honoríficas en el caso de que ninguna de las obras presentadas a concurso reuniera los méritos indispensables para que le fuera adjudicado el premio y hubiera, en cambio, algunas que merecieran ser mencionadas.

Adjudicado el premio, los autores de las obras presentadas que no hayan sido elegidas por el jurado podrán retirar sus originales en la secretaría del Ayuntamiento de Alicante, durante el plazo de cuatro meses, no respondiéndose en ningún caso del extravío o pérdida de algún original. Transcurrido dicho plazo, el ayuntamiento podrá ordenar la quema de las obras no retiradas.

El premio se hará efectivo en el Ayuntamiento de Alicante, dentro de los quince días siguientes al de la publicación del fallo del jurado.

Tanto el autor de la obra premiada, como los de las que obtuvieran mención honorífica conservarán todos los derechos que la ley de la Propiedad intelectual reconoce a los autores con respecto a ediciones impresas, adaptaciones para el teatro y la radioaudición y cualquier otro reconocido por dicha ley; pero, tanto en las impresiones que pudieran realizarse como en cualquier otro modo por que se le dé publicidad, tendrá que estamparse en lugar preferente o hacer mención de manera ostensible de las siguientes leyendas respectivamente: «VIII Premio Gabriel Miró», creado por el excelentísimo Ayuntamiento de Alicante, año 1967, o «Mención honorífica» en el concurso para el VIII Premio Gabriel Miró creado por el excelentísimo Ayuntamiento de Alicante, año 1967.

ENSAYO
Premio:
30.000 pesetas
CUADERNOS PARA EL DIALOGO

La Editorial Cuadernos para el Diálogo ha convocado un concurso para autores noveles que traten temas religiosos, culturales, políticos o económicos desde una perspectiva social

actual. Los originales no podrán exceder de 150 folios, mecanografiados a dos espacios. Han de enviarse al domicilio de dicha editorial: Héroes del 10 de Agosto, 5, Madrid, antes del 31 de marzo de 1967. El premio consistirá en 30.000 pesetas en metálico y la publicación de la obra.

PRENSA, RADIO Y TV
Premios:
140.000 pesetas
CRUZADA DE PROTECCION OCULAR

La Cruzada de Protección Ocular ha convocado el sexto concurso de prensa, radio, televisión y chistes para difundir la necesidad de cuidar y vigilar los ojos. *Optantes:* Los autores de artículos, guiones radiofónicos o de televisión y chistes en periódicos o emisoras. *Envío:* Cinco copias, a Cruzada de Protección Ocular, Balmes, 56, Barcelona. *Plazo de admisión:* Concluye el 10 de febrero de 1967. *Premios:* 25.000, 15.000 y 5.000 pesetas para prensa, e igual dotación para radio y televisión. Para el mejor chiste, 5.000 pesetas.

ENSAYO
Premio:
150.000 pesetas
PRENSA E IMPRENTA

Por el Ministerio de Información y Turismo se convoca concurso para una monografía. *Tema:* «Historia del Derecho de la Prensa e Imprenta en España». *Optantes:* Escritores españoles. *Extensión:* Mínima de 150 holandesas mecanografiadas a doble espacio. *Presentación de trabajos:* Por triplicado, en el Registro General del Ministerio de Información y Turismo, bajo seudónimo y, en plica, el nombre de autor o autores. *Plazo de admisión:* Finalizará el 1 de marzo de 1967. *Premio:* 150.000 pesetas. *Cláusula especial:* El contenido del tema objeto del concurso excluirá la consideración del régimen legal vigente sobre Prensa e Imprenta.

BIBIBLIOGRAFIA
Premio:
100.000 pesetas
«JACINTO BENAVENTE»

Por el Ayuntamiento de Madrid se crea, en ocasión de cumplirse el centenario del nacimiento de Jacinto Benavente, un premio que lleva el nombre del dramaturgo español. *Optantes:* Los autores de libros escritos en lengua castellana que hayan sido publicados entre el 1 de julio de 1966 y el 30 de junio de 1967, sobre la vida y la obra de don Jacinto Benavente. *Premio:* 100.000 pesetas. *Otros requisitos:* Las bases íntegras de la convocatoria podrán ser recogidas en el Ayuntamiento de Madrid, Sección de Cultura, de diez a una de la mañana.

MONOGRAFIA
Premio:
150.000 pesetas
MINISTERIO INFORMACION Y TURISMO

Por el Ministerio de Información y Turismo se convoca el concurso para la concesión de un premio de 150.000 pesetas al mejor trabajo monográfico inédito, de autor español, sobre el tema «Historia del Derecho de la Prensa e Imprenta en España». El contenido del tema objeto del concurso excluirá la consideración del régimen legal vigente sobre Prensa e Imprenta. La entrega de los trabajos que se presenten al concurso se hará por ejemplar triplicado, mecanografiado, con

seudónimo y bajo plica el nombre del autor o autores. La extensión mínima de dichos trabajos será de 150 holandesas, mecanografiadas a doble espacio. La presentación de originales se realizará en el Registro General del Ministerio de Información y Turismo, y el plazo para presentación de los mismos finalizará el día 1 de marzo de 1967.

NOVELA JUVENIL
Premio:
200.000 pesetas
CIUDAD DE MADRID

Ediciones Triana ha convocado el II Premio Literario «Ciudad de Madrid» de novela para juveniles. *Optantes:* Todos los escritores, sea cual fuese su nacionalidad. *Envío de originales:* A Ediciones Triana, avenida Donostiarra, 8, Madrid-17, por triplicado. *Extensión:* No inferior a 200 páginas, tamaño holandesa, mecanografiadas por una sola cara, a dos espacios. *Plazo:* Se cerrará el 5 de febrero de 1967. *Dotación:* 200.000 pesetas. *Fallo:* Se hará público en el transcurso de un acto literario, el 19 de marzo de 1967.

Ediciones Triana facilitará cuanta información complementaria le soliciten sobre este II Premio «Ciudad de Madrid».

ENSAYO
Total en premios:
140.000 pesetas
ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en ejecución de su acuerdo del 23 de diciembre de 1958, ha abierto el Concurso de su Centenario, dotado con premio para el autor laureado de 40.000 pesetas y retenidas hasta la suma de 20.000 pesetas para la edición de la Memoria que fuere premiada. El tema del concurso es: «El actual desarrollo industrial y la estructura agraria en España». El plazo para la presentación de los trabajos terminará el día 30 de marzo de 1967.

El autor o autores de la Memoria que resulte premiada obtendrán 40.000 pesetas en metálico, diploma y cien ejemplares de la edición académica, que será propiedad de la Corporación.

Las obras han de ser inéditas, de autor español y presentarse escritas en castellano, a máquina, en cuartillas por una cara y señaladas con un lema, expresando el concurso a que se refieren. Se dirigirán al secretario de la Academia (plaza de la Villa, 2, Madrid).

La Academia se reserva el derecho de fijar el plazo para proceder a la impresión de la Memoria que resulte premiada.

Cada autor remitirá con su Memoria un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el lema de aquella y que dentro contenga su firma y la expresión de su residencia.

En caso de no resultar adjudicadas las recompensas ofrecidas en este certamen, la Academia destinará su importe a sufragar los gastos de edición de una apéndice documental e histórico al «Libro de su primer centenario».

La Academia convoca igualmente tres premios más:

«Premio del conde de Toreno», con el tema: «Investigación estadística e interpretación de las elecciones españolas durante los años 1931-1936». El autor o autores de la Memoria que en este certamen resulte premiada obtendrán 50.000 pesetas en metálico y diploma. Las obras se dirigirán al secretario de la Academia, debiendo quedar en su poder antes de las doce horas del día 31 de diciembre de 1967. Su extensión no podrá exceder de la equi-

valente a un libro de trescientas páginas.

«Premio del conde de Torreánaz», sobre «El pensamiento contemporáneo sobre la inmortalidad del alma». El autor o autores de la Memoria que en este certamen resulte premiada obtendrán 20.000 pesetas y diploma. El plazo de presentación de trabajos terminará a las doce horas del día 30 de marzo de 1967. Según la disposición testamentaria del conde de Torreánaz, «la Academia no ha de premiar ni imprimir en los concursos de esta Fundación Memoria alguna en que se impugne lo que manda crear la Iglesia Católica». La extensión máxima de los trabajos presentados no podrá exceder de la equivalente a un libro de 200 páginas.

«Premio del marqués de la Vega de Armijo», con el tema: «La desamortización y la expansión de la burguesía en España». El autor o autores de la Memoria que en este certamen resulte premiada obtendrán 30.000 pesetas y diploma. El plazo de presentación de trabajos terminará a las doce horas del día 30 de marzo de 1968.

ESCOLAR
Premio: Libros
H. P. DIVISION
AZUL
DE ALICANTE

La Hermandad Provincial de la «División Azul» de Alicante, para conmemorar el XXV Aniversario de la Entrada en Fuego, convoca un concurso de trabajos escolares, cuyas bases son:

Los trabajos deben ser originales de los escolares concursantes, en edad hasta de trece años, alumnos de cualquier centro de enseñanza que radique en la provincia de Alicante, curso 1966-67.

La extensión será, aproximadamente, de cuatro folios, escritos a mano, por una sola cara, con firma, dirección personal y colegio a donde pertenezca el autor.

El premio único consistirá en un lote de libros, equivalente a 1.000 pesetas.

Los trabajos habrán de estar en poder de la Hermandad Provincial, antes del 1 de febrero de 1967.

El fallo del jurado se hará público el 10 de febrero de 1967, a través de la prensa local. Será inapelable, no pudiendo ser declarado desierto, ni fraccionado. El nombre de los componentes del jurado no se hará público hasta el día del fallo.

El fondo temático será libre, dentro de la idea general «"División Azul" proyección del eterno ser Hispánico».

ENSAYO

Premio: 20.000 ptas.

**MARTINEZ
TORNEL**

El tema del premio para el año 1967 será: Martínez Tornel y su época.

La extensión del trabajo no podrá ser menor de 50 folios, a dos espacios, a una sola cara, escritos a máquina de manera legible. Deberá enviarse original y dos copias, y no podrá exceder de 60 folios.

Los trabajos habrán de presentarse con un lema; y el nombre del autor bajo plica dándose a conocer el nombre del trabajo premiado después del fallo del Jurado y se deberán enviar a la empresa Hijos de Antonio Zamora y Cía., Apartado 149, Murcia, antes del 28 de febrero de 1967.

Al concurso podrán acudir cuantos escritores lo deseen. El trabajo premiado quedará de propiedad de la empresa Hijos de Antonio Zamora y Cía., la cual lo editará a sus expensas, entregando al autor premiado 25 ejemplares del mismo.

La entrega del premio se hará, en el local que se señalará al efecto, el día 11 de mayo, aniversario de la muerte de Martínez Tornel.

La cuantía del premio es de 20.000 pesetas.

(Viene de la pág. 80.)

¿Tienen secciones permanentes donde se refleje ese pensar sincrónicamente? Una golondrina no hace verano. Y más, en España tendría que existir una revista exclusivamente escrita, totalmente escrita por hispanoamericanos como participación viva en el pensamiento español de España—y la redundancia es imprescindible—, no sólo por rigor de información, sino, sobre manera, por una apertura definitiva de la aceptación modificante que la literatura hispanoamericana tiene en relación a la española. Y esa revista, que no considero utópica, sería el espejo donde nos veríamos mejor y nos comprenderíamos con un alto ejercicio de ambivalencia literaria. Por fuerza, dejo aquí este aspecto, pues me alejo mucho de mi otro propósito, que es la literatura del exilio. Si para el hispanoamericano la experiencia de España ha resultado angustiosa, ¿qué no resultará el exilio al español que renuncia a su tierra para siempre? Estudiar, por ejemplo, lo que ha sido la poesía de Juan Ramón en España y fuera de ella es una tremenda, trágica revelación. El Juan Ramón desterrado resulta la más desesperada elegía que pueda concebirse. Busca y rebusca, va y viene, quiere y no quiere, vive y muere, desea a Dios y pierde a Dios, y la única verdad es que intenta ser un poeta español sin España, una estrella sin cielo. Recuerdo la tristísima emoción que me produjo la muerte de Juan Ramón, sentimiento que meses más tarde recaló en un soneto del que voy a citar el primer verso y el terceto final, pues expresa, creo, una versión distinta del hecho; decía:

Me duele más tu exilio que tu muerte

.....
España fué tu muerte y tu belleza.

Tú ya sabes al fin que sin España

no acabas de morir aunque estás muerto.

Lo de Juan Ramón, su obra de exiliado, va acompañado del resto de los otros poetas espa-

ñoles en igual circunstancia, pues sus obras, si por algo se caracterizan es por ser muy inferiores a cuanto habían escrito antes, cuando en España vivían. Trátase de Cernuda, de Altolaguirre, de Salinas o de Alberti; de éste, aparte de su gran libro Sobre los ángeles, puede decirse también que, repetido o agotado en sus recuerdos, intentó una lírica de tema hispanoamericano, que es la que mejor se ve al ser que ya no tiene pie y se encuentra en la tierra de nadie. Ramón de la Serna quiso volver a España; pero se encontró que las nuevas generaciones españolas estaban en otra cosa y el mundo había cambiado y ya no podía ser el rey de Pombo, ni siquiera el valido, y se volvió a Buenos Aires, a lo que estaba, hecho una calcomanía de una época difunta. Casona volvió, pero menos, nunca se había ido del todo, aunque su teatro es una larga confesión protohistórica de la España de un español catecúmeno, la que ya no se explica confrontándola con la de Buero Vallejo o Sastre. Leer Las meninas y El caballero de las espuelas de oro es darse cuenta instantáneamente de lo que es una literatura viva ante una literatura arqueológica. El caso excepcional es Madariaga, que escribe exactamente igual antes o después, con exilio o sin él; pero esto se comprende con facilidad, si consideramos que Madariaga es una especie de Gibraltar del pensamiento español... Los exiliados escritores no van, sin duda, a reconocer que sus obras escritas sin España son inferiores. La circunstancia de Antonio Machado es única: cuando se dió cuenta de ello se murió. Otros eligieron una muerte lenta, tenaz, pero implacable. Por eso es que, cuando me enfrento con esto del exilio, recuerdo aquella frase de Hamlet: «Esa calavera tenía lengua, y podía cantar en otro tiempo.»

Reciba el fraternal saludo de

HUGO EMILIO PEDEMONTE

Juanicó 3295. Montevideo. Uruguay.

LA QUINTA AMERICA

AMIGO MONTERO ALONSO: Con gusto reproducimos su carta reivindicando una quinta América, la negra que usted llama antillana. Las Américas, como las Españas, son familia numerosa. Nuestros mestizajes son innumerables, innumerables nuestros cruzamientos. Acá entre nosotros, sin que nadie nos oiga, nos parece que en algunas ocasiones el amigo Arciniegas anda descaminado. Gracias.

Sr. D. Luis Ponce de León
Director de LA ESTAFETA LITERARIA
MADRID

De mi consideración:

He leído en LA ESTAFETA un comentario sobre el libro de Germán Arciniegas *El continente de siete colores*. Vivo en América desde hace bastantes años y conozco muchos de sus países, lo que para un español es más importante que conocer otras partes del mundo. Hace pocos meses recorrí las islas del Caribe, donde todo es verde, y lo que no es verde, es negro. (Negro y verde, bandera antillana.)

Pero vamos al grano (de café). En el preámbulo del libro citado, el autor define o clasifica cuatro Américas (las cuatro Américas, dice el escritor colombiano): la América indo-española, la portuguesa, la inglesa y la anglo-francesa (Canadá).

¿Por qué sólo cuatro Américas?... Bien está lo de la América indo-española; bien lo de las otras Américas, aunque la portuguesa podría

definirse como afro-portuguesa. Pero se me ocurre que habría una América más a la hora de las definiciones o clasificaciones: la América negra, la América antillana, que tiene una propia, fuerte y dramática personalidad. (El autor del libro sin duda la incluye en la América indo-española.) Y ésta es la cosa: ¿las cuatro Américas o las cinco Américas? (Bueno, todo lo relacionado con América—la de antes, las de antes y la de ahora—es apasionante.)

Le felicito con fervor por LA ESTAFETA, que desde tiempo es mi cordón umbilical con España, con algo de lo mejor de España. ¡Qué buenas plumas hay en la revista!; plumas con honddura y cultura, humor y salero. ¡Y es una revista sin publicidad! ¿Sabe usted lo que para mí es, dedicado a la publicidad en España y Argentina durante treinta y cinco años, alimentar mi vocación literaria y española con una revista que no tiene avisos, como se dice por acá o por aquí? (El auténtico descanso del guerrero...)

Le ruego me considere su devoto servidor y amigo.

LUIS MONTERO ALONSO

PAZ CONTINUADA

AMIGO PROUS I VILA: No tenemos el gusto de conocerle personalmente, como suele decirse. Sólo sabemos de usted que es un poeta y un exilado de España, que vive al lado de la frontera. Nos abstenemos de cualquier indagación sobre sus particularidades biográficas y políticas. Un amigo común nos remite su poema «Cant a la Pau» y nos dice que lo escribió usted en Montpellier en 1944. Esta fecha explica algunos de sus versos. Han pasado veintidós años más de Paz para la comunidad española. Nos gusta publicar su canto de entonces en la contraportada del presente número dedicado a Rubén Darío; es decir, a la Paz y a la Creación de toda la familia hispánica. Gracias.

CANT A LA PAU

PROUS I VILA

*Jo vull tornar a cantar l'eterna Pau del món
aquella dolça Pau que ja no em vé en memòria
quan jo d'adolescent canti en versos de glòria
i amb crits de llibertat que avui ja no sé on són
Jo vull tornar a cantar l'eterna Pau del món.*

*Tornaren els ocells aquell mati tan clar
aquell mati tan pur, transparent de novembre.
Les campanes al vol encar oïc tocar
i el goig suprem d'ahir ara el meu cor remembra
perquè hi havia ocells aquell mati tan clar.*

*Si ara han fugit de nou mai més no tornaran
ni les vides d'aquells que per sempre fugiren.
Per a tos hi hagi el record perquè per a ells sos-
[piren
per aquell goig i anhel dels dies que vindran.
Si els ocells van fugir d'altres en tornaran.*

*Ja no sé que s'ha fet d'aquell meu Cant de Pau
que jo vaig creure etern, perdurable en la terra
si havia de conèixer el pes d'una altra guerra
que destruí ma llar i enverinà el cel blau.
Jo no sé que s'ha fet d'aquell meu Cant de Pau.*

*No fós potser un infant que no coneix el plor
i descalç pel jardí corre i riu i terreja
entre plantes i ocells que no seben l'enveja.
Serà potser el perfum d'una ignorada flor
sinó fós un infant que no coneix el plor?*

*Ni jo sé com voldria que fós aquesta Pau
que imperés en el món com una flama pura
com gavina en el Port que cap bruit no l'atura*

*com vela blanca al mar inflant-se al vent suau...
Ni jo sé com voldria que fós aquesta Pau.*

*Potser serà un oncell que vingui a ma finestra
i em parli dels ocells que s'han esgarriat
i em porti aquell alé i perfum d'eternitat
que deixi amb el seu vol més clara la finestra
oberta als cants d'ocells i als crits de Llibertat.*

*Que es fonguin els punyals de tant temps ha sag-
[nants
que els canons deixin pas a l'aixada i a la rella,
que els Caïns i els Abels facin bona parella
per estroncar llur sang amb la mort dels tirans.
Que per damunt de tot hi hagi en el món ger-
[mans.*

*Que roseguin la polç aquells que l'han alçat
que una ventada forta no deixi una frontera
que darrera aquest vent sigui ben neta l'era
que ha de fornir el nou pa, que ha de batre el
[nou blat.*

Que roseguin la pols aquells que l'han alçat.

*Reprengui cadascú el seu treball de Pau
retrobi cada llar l'antiga escalforeta.
Que tornin els absents amb el Cant del Poeta
i enllà dels anys devingui un cant suau.
Que cadascú reprengui el seu treball de Pau.*

*Jo vull tornar a cantar l'eterna Pau del món
aquella dolça Pau que ara ja em vé en memòria
quan jo d'adolescent canti en versos de glòria
i amb crits de Llibertat que ara ja sé allà on són,
perquè avui ha tornat de nou la Pau al món.*

GEOGRAFIA INMENSA

AMIGO PEDEMONTE: Deliberadamente hemos demorado la publicación de su carta para insertarla en este número de homenaje a Rubén, pues todo lo que en ella dice, insinúa, sugiere, atestigua, tiene mucho que ver con el tema lengua de varios mundos que ocupa bastantes de nuestras páginas precedentes. Compartimos su preocupación con «el escritor español en el exilio» y, como consecuencia de esa preocupación, nos ocupamos de los literatos españoles fuera de España con patente asiduidad. No hemos de parar hasta convertirla en esa publicación «esencialmente hispánica» que usted preconiza. En las páginas de LA ESTAFETA han colaborado no pocos hispanoamericanos... y esperamos que su contribución siga, tras esta primera carta, tan rezumante de hispanismo. Es verdad que el desarraigado sufre la falta de raíces. Pero las raíces del español, ¿no haincan en todo el planeta? ¿No afincarán en otros astros? ¿No prevé otra literatura del exilio que será la de los colonizadores de otros astros, semejantes a los que otrora colonizaron otros continentes? ¿No será, de veras, Geografía Inmensa la de España? Queda tela cortada, mundo cortado para extenderse. Gracias.

Montevideo, 17 de octubre de 1966

Señor director
de «La Estafeta Literaria»,
don Luis Ponce de León.
MADRID

De toda mi estima:
Con el retraso correspondiente recibo La Estafeta, que me envía—puntual y generoso—el

buen amigo Guedeja Marrón. Creo que La Estafeta es la única revista española de literatura donde nunca publiqué nada, razón de más para que ahora escriba esta carta y comente algunas cosas que he visto por ahí. Mas de la revista quiero decirle que está bastante moza, algo entre Altisidora y Maritornes; gráficamente atractiva, con artículos muy buenos y otros que parecen redactados por una máquina cibernética. Pero se comprende muy bien que una revista

que se edita cada quince días tenga entre semana algún achaque de catatífrisis (esta palabra la hallé en un texto de Pedro de Valencia y la recomiendo para hacer ejercicios de foniatría). Mi propósito no es hablarle de la revista sino para congratularme de que en el número 349 se inserte una carta de Sender—admirable escritor—. Siempre me preocupó—y ya no me refiero a Sender—el escritor español en el exilio. Conozco a varios de los exilados y los he leído respetuosa y atentamente. Yo tengo, referente a esa literatura, una opinión bastante particular. En mi calidad de hispanoamericano que conoce a España, que la ha visto, que anduvo por ella y observó sus paisajes y sus pueblos, hice una experiencia personal de lo hispánico, antes y después, es decir, antes de conocer España y después de conocerla. Esa experiencia es, en cierto sentido, dramática. Lo primero que se me ocurre decirle está vinculado al angustioso proceso de la formación cultural y al idioma, al despertar de una consciencia en medio de un desierto. Todos somos aquí, en la América de lengua española, pioneros de algo cuando advertimos que la tradición comienza con nosotros mismos, desterrados inocentes en un continente sin tiempo. Esta geografía inmensa asusta cuando nos damos cuenta que para dialogar con una aseidad temporal debemos convertirnos en nuestros propios antepasados. El idioma es algo que nosotros no hicimos, y hablamos mucho más abstractamente que cualquier español. La impresión que causa leer a Garcilaso por primera vez es una «realidad» que, seguramente, no puede tener ningún castellano; el Garcilaso que nosotros leemos requiere de nuestra parte un gran esfuerzo de transmigración, de interpretación cultural. El Tajo, Toledo, el Renacimiento no son nada para nosotros, sólo el idioma y la vida que lo contiene, ésa que nos comunica una civilización de la que no hemos participado. Aquí, desde un punto de vista ontocultural, no podría decirse con Ortega «yo soy yo y mi circunstancia». Pero llega el momento en que sí es posible, ya no conocer, sino convivir a España, ver sus ríos, sus catedrales, sus dehesas, sus piedras y su gente, de golpe, España nos da la respuesta física y metafísica que angustiaba nuestra extrañeza de ser americanos. El conocimiento y el sentimiento de la Hispanidad con España es la unívoca razón por la cual podemos justificar ante nuestra consciencia la temporalidad que nos faltaba, y aun la privación de los que hemos nacido ciegos para el concepto de la Historia. Porque es cierto que nacemos hablando español; pero es mucho más cierto que, congénitamente, debemos aprender con los españoles a entendernos en una teleología de la Hispanidad, dándonos ustedes lo que a nosotros nos falta, sea tiempo o sea fe, y nosotros a ustedes la percepción exacta de que España cambió la imagen del mundo, su teodicea, al hacernos partícipes del destino irrevocable de su cultura. Por esto es que yo creo, en un plano inmediato y objetivo, que La Estafeta y todas las publicaciones vuestras no son todavía esencialmente hispánicas; un reportaje y una noticia es muy poca cosa para reflejar el mundo en que nos movemos. La entrada de los escritores hispanoamericanos en las publicaciones españolas más que una necesidad debe entenderse como una integración radical del pensamiento al que la propia hispanidad nos obliga, pues podrán escribirse frases más o menos tonificadas por los nacionalismos, pero en el ámbito de la cultura toda verdad significativa es supraindividual y supranacional, al menos hasta ese punto en que pensar en español, en uruguayo o en chileno, sea coincidir con algo que somos nosotros y los otros, los que ineluctablemente han de creer, como decía Machado, en la realidad del prójimo para no estar solos en aquella cultura. ¿Qué piensan los mexicanos, los argentinos, los peruanos literariamente significados? ¿Las revistas españolas los recogen?

(Pasa a la pág. 79.)